Biblioteca de Patrística

# GREGORIO MAGNO

# libros morales/2



Ciudad Nueva

**Gregorio Magno**
**LIBROS MORALES (VI-X)**

*Libros morales* («Moralia in Iob») es la obra más importante y extensa de san Gregorio Magno. Fue iniciada en Constantinopla hacia el año 583, a petición de Leandro, obispo de Sevilla, y de un grupo de monjes que deseaban escuchar del entonces diácono Gregorio una explicación sobre el Libro de Job. La obra fue terminada siendo ya obispo de Roma, hacia el 597.

La exposición de Gregorio sobre Job supera los límites de lo que hoy entendemos por comentario bíblico hasta formar una verdadera *enciclopedia de la vida cristiana* organizada en torno a este justo del Antiguo Testamento. Por eso, lo que inicialmente iba a ser un comentario para uso de monjes y pastores, pronto se convirtió en lectura formativa para todos los creyentes. Debido a la amplitud de los temas abordados y a la interpretación predominantemente moral de la Escritura, la exposición del pontífice pasó a la historia con el título de *Moralia in Iob*.

La obra consta de 35 libros, agrupados por el mismo Gregorio en seis partes de desigual extensión. Dada la amplitud de la obra, se ha proyectado la publicación completa de los *Libros morales* en seis volúmenes. Tras la publicación del primer volumen en el número 42 de esta misma colección «Biblioteca de Patrística», aparece ahora el segundo, que comprende los libros VI-X.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

62



Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

# Gregorio Magno

# LIBROS MORALES/2
## (VI-X)

Introducción, traducción y notas de
José Rico Pavés





Ciudad Nueva
Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago




José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 84-9715-059-7
Depósito Legal: M-23.274-2004

Impreso en España - Printed in Spain

Preimpresión: MCF Textos. Madrid
Imprime: Artes Gráficas Cuesta. Madrid

*A Pere Montagut,*
*sacerdote amigo.*

# PRESENTACIÓN

*Libros morales* («Moralia in Iob») es la obra más importante y extensa de san Gregorio Magno. Fue iniciada en Constantinopla hacia el año 583, a petición de Leandro, obispo de Sevilla, y de un grupo de monjes que deseaban escuchar del entonces diácono Gregorio una explicación sobre el Libro de Job. La obra fue terminada siendo ya obispo de Roma, hacia el 597.

La exposición de Gregorio sobre Job supera los límites de lo que hoy entendemos por comentario bíblico hasta formar una verdadera *enciclopedia de la vida cristiana* organizada en torno a este justo del Antiguo Testamento. Por eso, lo que inicialmente iba a ser un comentario para uso de monjes y pastores, pronto se convirtió en lectura formativa para todos los creyentes. Debido a la amplitud de los temas abordados y a la interpretación predominantemente moral de la Escritura, la exposición del pontífice pasó a la historia con el título de *Moralia in Iob*.

La obra consta de 35 libros, agrupados por el mismo Gregorio en seis partes de desigual extensión. Dada la amplitud de la obra, se ha proyectado la publicación completa de los *Libros morales* en seis volúmenes. Tras la publicación del primer volumen en el número 42 de esta misma colección «Biblioteca de Patrística», aparece ahora el segundo, que comprende los libros VI-X.

José Rico Pavés
Madrid-Toledo, 3 de septiembre de 2003
Festividad de san Gregorio Magno

# SIGLAS Y ABREVIATURAS*

**Obras de Gregorio Magno**

| | |
|---|---|
| *Dial* | *Diálogos* |
| *Ep* | *Registro epistolar* |
| *Ex Cant* | *Exposición sobre el Cantar de los Cantares* |
| *Hm Ev* | *Homilías sobre los Evangelios* |
| *Hm Ez* | *Homilías sobre Ezequiel* |
| *In I Reg* | *Exposición sobre el Libro I de los Reyes* |
| *Mor* | *Libros morales* |
| *Reg Past* | *Regla pastoral* |

**Fuentes generales**

| | |
|---|---|
| BAC | Biblioteca de Autores Cristianos (Madrid) |
| BPa | Biblioteca de Patrística, Editorial Ciudad Nueva (Madrid) |
| CCL | Corpus Christianorum series Latina, Ed. Brepols (Turnholt) |
| DS | H.J. DENZINGER - A. SCHÖNMETZER, *Enchiridion Symbolorum Definitionum et Declarationum de Rebus Fidei et Morum*, Herder, Barcelona 1965 |
| FuP | Fuentes Patrísticas, Editorial Ciudad Nueva (Madrid) |
| PG | Patrologia Latina, J.P. Migne (Paris) |
| PL | Patrologia Graeca, J.P. Migne (Paris) |
| SC | Sources Chrétiennes, Les Éditions du Cerf (Paris) |

* La Sagrada Escritura se cita según las abreviaturas de la Biblia de Jerusalén.

# INTRODUCCIÓN

La Segunda Parte de los *Libros morales* comprende cinco libros, del sexto al décimo[1]. En ellos Gregorio continúa su comentario versículo a versículo del libro de Job. En concreto, se comentan desde el versículo 5, 3 al 12, 5. En comparación con la Primera Parte, el comentario gregoriano se acelera extendiéndose a más capítulos del texto bíblico. Como ya ocurriera desde el libro cuarto, Gregorio abandona el proyecto inicial de comentar sistemáticamente cada versículo según el triple sentido (histórico, alegórico y moral). Se alternan sin orden bien definido el comentario alegórico y el moral. A partir del libro noveno resulta especialmente difícil distinguir entre un sentido y otro, pues ambos se entremezclan en la exposición.

El comentario de Gregorio se centra ahora en los discursos de los amigos de Job, Elifaz de Temán, Bildad de Suaj y Sofar de Naamat, y en las respuestas respectivas del santo. Gregorio reconoce elementos de verdad en las palabras de los amigos, pero sus afirmaciones son juzgadas desde la conclusión del Libro, en la que los amigos reciben el reproche por parte de Dios[2]. Los amigos de Job son figura de los herejes: con sus palabras dicen buscar la ver-

1. Para la presentación general de la obra, cf. *Libros morales/ 1* (BPa 42, 11-63).

2. Cf. Jb 42, 7.

dad, pero sólo se buscan a sí mismos. En sus discursos se mezclan la verdad y la mentira, como en todas las herejías; por eso, habrá que discernir en ellos cuándo hablan con veracidad y cuándo engañan. Las intervenciones de los herejes ocupan la parte más extensa del Libro de Job. Gregorio se detendrá en ellas distinguiendo lo que es ataque a la Iglesia y ofenda a Dios de lo que puede edificar la fe de los creyentes. A partir de los amigos de Job se presentan las virtudes y sus vicios, de los cuales, con sus palabras son figura.

El *Libro VI* comenta Jb 5, 3-27, versículos que completan el discurso de Elifaz de Temán. El libro se abre con un apretado resumen de la Primera Parte de los *Libros morales*. Elifaz es figura de los herejes que, bajo pretexto de ser seguidores de Cristo, desprecian a los judíos. Los judíos, en efecto, a pesar de poseer los oráculos de los profetas, Palabra de Dios en semilla, no han sabido cosechar su fruto, pues no reconocieron al Redentor. La santa Iglesia, sin embargo, recoge el fruto de las mismas manos de Cristo, pues Él es su Esposo. Al hilo del texto bíblico, Gregorio ofrece interesantes consideraciones sobre el sentido de los milagros, la «necedad» divina que supera la sabiduría de los hombres, la esperanza en la vida eterna, el juicio y la vida activa y contemplativa.

El *Libro VII* comenta Jb 6, 1-26. Gregorio comenta la respuesta de Job a Elifaz, un largo discurso en que el santo varón se desea la muerte, formula preguntas sin respuestas y expresa el desencanto que le producen las palabras del amigo. El comentario de Gregorio recuerda que los tormentos de Job no son sólo corporales, sino también espirituales. A partir de sus palabras considera la condición del hombre cuando pecó y la obra del Redentor. Lejos de lo que podría parecer en una primera lectura, las palabras de Job reflejan el desprecio de la vida presente, tocada por el pecado, motivado por el anhelo de la vida futura. Los he-

rejes, como los amigos de Job, pronuncian vaciedades, como quien dice palabras al viento.

El *Libro VIII* comenta Jb 6, 27 - 8, 22. Concluye la respuesta de Job a Elifaz y comienza el discurso de Bildad de Suaj. La situación de Job expresa bien el estado actual de la Iglesia: soportando la presión de los herejes, siente por su humildad la propia debilidad y no se aleja de la grandeza del amor de Dios. El hombre en este mundo se encuentra fuera de su morada, que es el mismo Dios; por eso, experimenta su paso por esta vida como tentación y prueba. Temeroso del juicio futuro, corresponde al hombre vivir en rectitud para alcanzar de nuevo la patria eterna. Bildad, con sus palabras, representa a los hombres malvados que para ocultar su maldad discursean hablando de lo que todos saben y reprochando la buena conducta de los justos.

El *Libro IX* comenta Jb 9, 1 - 10, 22. Es el libro más extenso de la Segunda Parte. En él se comenta el discurso completo de respuesta a las palabras de Bildad. Las palabras de Job reflejan la discreción del que sabe reconocer lo bueno incluso en el que le ataca. Gregorio organiza su exposición señalando la agudeza de Job y la oportunidad de su contestación. Al hilo del comentario, encontramos algunas referencias importantes al tema del milenarismo, a la condición de los niños muertos sin bautizar, a la condición eterna de los condenados o a los suplicios del infierno. No obstante, la misericordia divina es siempre mayor que el pecado de los hombres y se extiende a todo el que no abandona el camino de la rectitud.

El *Libro X* comenta Jb 11, 1 - 12, 5. Ahora toma la palabra el tercer amigo, Sofar de Naamat. Como atleta adiestrado para el combate, Job soporta de nuevo las embestidas de un discurso injustificado. Las palabras de Sofar están llenas de insolencia y arrogancia, y representan bien la actitud de los hombres carnales. Tomando pie de las palabras

del tercer amigo, Gregorio se extiende en explicar las múltiples manifestaciones de la caridad, figuradas en los justos del Antiguo Testamento. Frente a los malvados, los justos resplandecen con una sabiduría recibida que, brillando como lámpara encendida, evita la ambigüedad y la falsa ostentación.

Gregorio Magno

# *LIBROS MORALES*

*(VI-X)*

# *SEGUNDA PARTE*
# [COMPRENDE CINCO LIBROS][1]

# LIBRO SEXTO

**5**[3]*Yo he visto al insensato echar raíces y sin tardar he maldecido*
*su belleza;* [4]*estén sus hijos lejos de la salvación; serán triturados*
*ante la puerta y no habrá quien los aparte.* [5]*Su cosecha la devora*
*un hambriento y un armado la roba; los sedientos se beben sus ri-*
*quezas.* [6]*Nada sucede en la tierra sin un motivo; el dolor no brota*
*del polvo.* [7]*El hombre nace para la fatiga, el pájaro para volar.* [8]*Por*
*eso, recurriré al Señor y a Dios expondré mi causa.* [9]*Él realiza obras*
*grandes e inescrutables, maravillas sin número.* [10]*Derrama la llu-*
*via sobre la faz de la tierra y riega con aguas el universo;* [11]*pone*
*a los humildes en alto y levanta a los tristes hasta la prosperidad.*
[12]*Desbarata las tramas de los malvados para que sus manos no pue-*
*dan llevar a término lo que empezaron.* [13]*Atrapa a los sabios en*
*su astucia y disipa el consejo de los perversos.* [14]*En pleno día tro-*
*piezan con tinieblas, a mediodía van a tientas como si fuera de*
*noche.* [15]*Pero Él salva al pobre de la espada de su boca y de la*
*mano del violento.* [16]*Habrá esperanza para el necesitado; la ini-*
*quidad cerrará la boca.* [17]*¡Dichoso el hombre a quien Dios corri-*
*ge! No rechaces, pues, la corrección del Señor.* [18]*Él hiere y venda*
*la herida, golpea y sana con su mano.* [19]*De seis tribulaciones te li-*
*brará y a la séptima no te tocará el mal.* [20]*Durante el hambre te*
*sacará de la muerte y en la guerra del alcance de la espada.* [21]*Es-*

1. Este subepígrage no aparece en el texto latino; por eso se incluye entre corchetes.

*tarás a cubierto del flagelo de la lengua; no temerás la calamidad cuando llegue.* [22]*En la ruina y el hambre te reirás; no temerás a la bestia de la tierra.* [23]*Con las piedras de las regiones harás un pacto; las bestias de la tierra serán para ti pacíficas.* [24]*Sabrás que tu tienda gozará de paz, y visitando tu imagen no pecarás.* [25]*Sabrás que tu descendencia es numerosa y tus vástagos como la hierba de la tierra.* [26]*Entrarás en el sepulcro con abundancia como se hacinan las gavillas a su tiempo.* [27]*Todo esto es lo que hemos investigado y así es. Escúchalo y medítalo para tu provecho.*

## *Sentido alegórico*

I 1. Salvada la verdad histórica, me he propuesto examinar el sentido místico de las palabras del santo Job y de sus amigos. Es un dato claro para todos los que investigan la verdad, que la Sagrada Escritura en todas sus afirmaciones promete al Redentor del mundo y le señala por medio de sus elegidos, o sea, de sus miembros. El mismo santo Job, cuyo nombre significa *doliente*, designa con su nombre y sus heridas la pasión de nuestro Redentor, sobre la que dijo el profeta: *En verdad, Él mismo cargó con nuestros sufrimientos y soportó nuestros dolores*[2]. El tentador, después de despojar a Job de sus bienes, mató a sus hijos y siervos, porque durante la pasión golpeó con el dardo de la traición no sólo al pueblo judío que le servía por temor, sino a los mismos apóstoles que había regenerado por amor. El cuerpo del santo Job fue triturado por las heridas, porque nuestro Redentor no desdeñó ser traspasado por los clavos en el patíbulo de la cruz. Quedó llagado desde la planta de los pies hasta la coronilla, porque el tentador, desencadenando la persecución, aflige a la santa Iglesia que es su cuerpo, no sólo en sus últimos miembros sino también en los princi-

2. Is 53, 4.

pales. Pablo afirma: *Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo*[3]. La mujer intenta persuadirlo para que maldiga, porque existen dentro de la santa Iglesia hombres carnales que colaboran con el astuto tentador. La mujer que provoca para que maldiga designa la vida de los carnales, porque, como ya hemos dicho, están dentro de la santa Iglesia y siguen un comportamiento perverso, resultando más dañinos mediante su vida precisamente por estar junto a los buenos mediante la fe. Como profesan la fe verdadera no se les puede evitar, de modo que los fieles los soportan de forma aún peor por estar dentro. Los amigos que parece que vienen a consolar pero que en realidad se dedican a atacar con ásperas palabras, son figura de los herejes que, pretendiendo defender a Dios contra los buenos, no hacen más que ofenderle.

**2.** Así, lo que ya he tratado ampliamente, lo expongo ahora brevemente bajo el sentido místico[4] a fin de que el lector no olvide, considerando esta repetición, que en esta obra me he entregado a la indagación del sentido espiritual. No obstante, cuando la utilidad lo exige, procuro también examinar el sentido histórico. Por lo demás, cuando es necesario, abarco ambos sentidos para que la alegoría produzca frutos espirituales que la verdad hace brotar desde la raíz de la historia.

Pues bien, no censuramos totalmente las palabras de los amigos del santo Job, que ya hemos visto son figura de los herejes, porque cuando se dice contra ellos la sentencia suprema: *No habéis hablado ante mí con rectitud*, en seguida se añade: *Como mi siervo Job*[5]. Es claro que no se desprecia del todo lo que recibe el reproche a partir de la comparación con lo que es mejor. Se pusieron incautamente a

3. Col 1, 24.
4. O alegórico.
5. Jb 42, 7.

reprenderlo y, sin embargo, siendo amigos de tal varón, aprendieron de la familiaridad con él muchas realidades místicas. Por eso, como antes hemos dicho, también Pablo se sirve de sus palabras y, asumiéndolas como apoyo a sus afirmaciones, confirma que son pronunciadas desde la verdad. A pesar de ello, esta verdad los reprende, porque, aunque ciertas, no debieron proferir semejantes afirmaciones contra el santo varón. Se pueden, por tanto, interpretar místicamente las palabras que Elifaz dirige al santo Job:

II **3.** *Yo he visto al insensato echar raíces y sin tardar he maldecido su belleza.* El pueblo de los judíos fue insensato porque despreció la presencia misma en carne de la Sabiduría eterna. Echó firmes raíces porque superó la vida de los elegidos acabando con ella temporalmente. Elifaz lo despreció con sus maldiciones, porque todos los herejes, de los cuales son figura los amigos de Job –como dijimos–, cuando se glorían del nombre de Cristo, reprenden con autoridad la perfidia de los judíos. Sobre este pueblo insensato añade:

III **4.** *Estén sus hijos lejos de la salvación.* Hijos de este pueblo necio son todos los engendrados a partir de su pérfida predicación. Están lejos de la salvación, porque, aunque reciben una vida temporal sin aflicción, luego son heridos más gravemente con castigo eterno, tal como dice el Señor de los hijos de ese pueblo: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas que recorréis mar y tierra para ganar un prosélito y cuando lo lográis, hacéis de él un hijo de la gehenna el doble que vosotros!*[6].

Sigue: *Serán triturados ante la puerta y no habrá quien los aparte.* ¿A quién designa la puerta sino al Mediador entre Dios y los hombres, que dijo: *Yo soy la puerta, el que entre por mí se salvará*[7]? Los hijos de este pueblo necio salen fuera

6. Mt 23, 15. 7. Jn 10, 9.

de la puerta y son triturados ante ella, porque la descendencia perversa de los judíos antes de la venida del Mediador florecía en la observancia de la ley, pero ante la presencia misma de nuestro Redentor, se apartaron de la obediencia a Dios, alejados por la culpa de su perfidia. No hay quien los aparte, porque al empeñarse en acabar con el mismo Redentor persuadiéndolo, se privaron del remedio que se les ofreció para su recuperación. Rectamente añade:

IV **5.** *Su cosecha la devora un hambriento y un armado la roba.* La cosecha de este pueblo necio era el fruto de la Palabra sagrada. Los oráculos de los profetas son como granos de espigas; el necio los tiene pero no los come, porque el pueblo judío, detenido en la letra, tenía la ley pero ayunó de su comprensión por las náuseas que provocaba su necedad. Un hambriento devora la cosecha del insensato, porque el pueblo gentil asimiló y comprendió las palabras de la ley que el pueblo judío trabajó sin comprender. El Señor previó a estos hambrientos de la fe cuando dijo en el evangelio: *Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados*[8]. Sobre estos hambrientos se dice proféticamente por medio de Ana: *Los hartos se contratan por el pan, los hambrientos quedan saciados*[9].

Ahora bien, como perdió la cosecha, indica la manera en que el necio perdió también la vida: *Y un armado la roba.* El antiguo enemigo arrebató armado al pueblo judío porque extinguió en él la vida de fe con los dardos de una impostora sugestión, pues donde creía que se estaba adhiriendo a Dios, se apartó de su mandato. La Verdad previene a los discípulos sobre esto, diciendo: *Llega la hora en que los que os maten creerán estar prestando un servicio a Dios*[10]. Sigue:

8. Mt 5, 6.
9. 1 S 2, 5.
10. Jn 16, 2.

V **6.** *Los sedientos se beben sus riquezas.* Los sedientos se beben las riquezas de este necio, porque las mentes convertidas de los gentiles reciben el riego de los torrentes de la Palabra sagrada que el pueblo judío poseía para ostentación de su soberbia. A los gentiles se les dice por el profeta: *¡Sedientos todos, venid por agua! ¡Acercaos también los que no tenéis plata!*[11]. Con el término *plata* se designa la Palabra de Dios, tal como atestigua el salmista: *La palabra del Señor es palabra pura, como plata refinada al fuego*[12]. Los que no tienen plata son también convocados a recoger agua, porque la gentilidad, que no había recibido los preceptos de la Sagrada Escritura, queda saciada con sobreabundante palabra sagrada, palabra que bebe ahora con más avidez porque, seca, había tenido mucho tiempo sed de ella.

La Palabra de Dios recibe también los nombres de «mies» y «riqueza»: mies porque restaura el alma en ayunas; riqueza porque nos arregla con el encanto de las buenas costumbres. Se dice de ella que se come y se bebe[13], porque son oscuras algunas de sus expresiones y sólo las entendemos cuando son explicadas, al igual que hacemos con la comida que masticamos. Mientras algunas de sus expresiones son oscuras y sólo se entienden cuando se explican como si las masticáramos al comerlas, otras, por el contrario, son tan claras que las tomamos y asumimos tal como las encontramos, como cuando absorbemos un producto que no es sólido y lo bebemos sin machacarlo.

Hemos recorrido estos versículos interpretándolos en sentido místico para que no parezca que nos hemos olvidado de él. Ahora bien, como no podrían haber sido amigos del santo Job si no resplandecieran con gran honestidad en algunas de sus costumbres, queda que indaguemos en sus

11. Is 55, 1.
12. Sal 12, 7.
13. Cf. *Mor* 1, 29.

palabras el valor del sentido moral para que, al examinar el peso de sus expresiones, salga también a la luz la doctrina que contienen.

*Sentido moral*

VI **7.** *Yo he visto al insensato echar raíces y sin tardar he maldecido su belleza.* El insensato echa raíces firmes en tierra, porque se afianza en el amor terreno con todos sus deseos. Se cuenta que Caín fue el primero en construir una ciudad sobre la tierra, para mostrar claramente que puso su fundamento en la tierra quien fue extraño a la solidez de la patria celeste.

El insensato se eleva como con firme raíz cuando aquí se afianza en la prosperidad temporal. Para conseguir todo lo que se le antoja, no debe aguantar adversidad alguna, debe prevalecer sobre los débiles sin encontrar reparo alguno, y debe contradecir con autoridad a los que hacen el bien. A partir de obras cada vez peores debe llegar a mayores comodidades y, apartándose del camino de la vida, debe vivir por un tiempo con mayor felicidad.

Cuando los débiles ven prosperar a los malvados, tiemblan, se turban interiormente por la prosperidad de los pecadores y vacilan en su interior respecto a los pasos de su alma. A ellos se refería el salmista cuando dijo: *Por poco mis pies se extravían, por poco tropiezan mis pasos, porque envidié a los pecadores viendo la paz de los impíos*[14].

**8.** Cuando los fuertes contemplan la gloria de los perversos, piensan en seguida que tras la gloria recibirán el castigo, y en su interior desprecian con elevada reflexión lo que por fuera hace que los soberbios se llenen de vana presun-

14. Sal 73, 2-3.

ción. Rectamente se dice: *Yo he visto al insensato echar raíces y sin tardar he maldecido su belleza.* Maldecir la belleza del insensato significa juzgar su gloria a partir de la consideración de su condenación, porque se precipitarán en tormentos tanto más atroces cuanto más alto se engrían en sus pecados. Lo que engríe, en efecto, pasa; lo que castiga, permanece. El que se honra en el camino será condenado al llegar a la meta. El que camina por las prosperidades de la vida presente hacia la muerte es como el que se dirige a la cárcel por agradables praderas.

Nótese que al decir que ha maldecido su belleza antepuso *sin tardar.* Es propio de la debilidad de la mente humana variar según las cosas que observa. A menudo su juicio se deja condicionar por la apariencia de lo que tiene ante él, y su intención y sentimientos se forman al hilo de lo que ve. Con frecuencia, algunos, cuando ven la gloria de los demás se complacen en ciertos aspectos de esa gloria, la consideran grande y desean merecer algo semejante. Sin embargo, cuando ven que esas personas gloriosas se precipitan rápidamente, o incluso mueren, confiesan con gemidos que la gloria humana no es nada, hasta el punto de exclamar: «¡No es nada el ser humano!». Lo hubieran dicho con mayor rectitud si cuando contemplaban al hombre en su gloria hubieran pensado entonces en su final y hubiesen pensado que la potencia pasajera no es nada. En verdad, se debe considerar en nada la vanidad humana cuando la fortuna hace que uno se engría poniéndose por encima de los demás. Es entonces cuando se debe considerar cuan fugaz es la felicidad que aparece ante los ojos humanos como si fuera permanente. Cualquier débil alcanza a comprender, cuando se encuentra ante la muerte, que la gloria del que va a morir no es nada. Los que han buscado y amado la gloria hasta el lecho de muerte, al encontrarse en ese trance, ya no piensan en ella. De ahí que rectamente diga: *Yo he visto al insensato echar raíces y sin tardar he maldecido*

*su belleza.* Como si claramente dijera: «No me demoré al maldecir la belleza del necio, porque cuando la observé, vi al mismo tiempo el castigo que le esperaba. No la hubiera maldecido sin tardar si me hubiera complacido en su gloria, pero la maldije sin tardanza porque, contemplando cuánto han de durar los suplicios, reprobé sin duda su potencia».

Los inicuos, cuanto más prosperan en este mundo, más personas arrastran consigo a la perdición, por eso continúa: *Estén sus hijos lejos de la salvación.* Hijos del insensato son los que nacen de la ambición de este mundo para imitarle. Están más lejos de la salvación porque no hay debilidad alguna que les impida cometer su maldad. Sobre ellos también se dice:

VII 9. *Serán triturados ante la puerta y no habrá quien los aparte.* Así como la puerta es la entrada de la ciudad, así también el día del juicio es la puerta del Reino, pues por ella entran todos los elegidos a la gloria de la patria celeste. Cuando Salomón vio que este día se acercaba para retribución de la santa Iglesia, dijo: *Su marido es como un noble en las puertas, cuando se sienta con los senadores de la tierra*[15]. Marido de la Iglesia es el Redentor del género humano que se muestra noble en las puertas; primero fue despreciado con insultos, pero aparecerá sublime en la entrada del Reino. Se sienta con los senadores de la tierra, porque decide con los santos predicadores de su Iglesia la sentencia del juicio, tal como Él mismo dice en el evangelio: *Vosotros que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel*[16]. También Isaías lo había anunciado mucho antes, diciendo: *El Señor viene a juzgar con los an-*

15. Pr 31, 23.

16. Mt 19, 28.

*cianos de su pueblo*[17]. Sobre esas puertas dice Salomón en otro lugar: *Dadle del fruto de sus manos y que en las puertas le alaben sus obras*[18]. La santa Iglesia recibe del fruto de sus manos cuando es elevada para recibir la recompensa celeste por sus trabajos. Alaban sus obras en las puertas cuando en la entrada misma del Reino se dice a sus miembros: *Estuve hambriento y me disteis de comer; estuve sediento y me disteis de beber; fui forastero y me hospedasteis; estuve desnudo y me vestisteis*[19], y todo lo demás. Así pues, los hijos de este insensato se engríen ante la puerta, pero en ella son atribulados, porque los amantes de este mundo se ensoberbecen en la vida presente pero son heridos con el castigo eterno en la entrada misma del Reino.

Sigue: *Y no habrá quien los aparte*. La verdad aparta de la desgracia eterna a los que presiona con disciplina en las prosperidades temporales. Por eso, quien ahora rechaza ser probado, no será luego apartado. Los inicuos que se niegan a reconocer a Dios como Padre cuando son probados con disciplina, no encontrarán su ayuda en la aflicción. Continúa:

VIII 10. *Su cosecha la devora un hambriento*. El necio posee también una cosecha cuando el inicuo recibe el don de una recta inteligencia, es instruido con las palabras de la Sagrada Escritura, habla bien y, sin embargo, no hace nada de lo que dice. Pronuncia las Palabras de Dios, pero no las ama; las exalta con alabanzas, pero las pisotea con su forma de vivir. Por eso, como este necio entiende y dice cosas rectas que no ama con sus obras, ayuna aun teniendo una cosecha. Un hambriento la devora, porque si quien anhela con santos deseos llegar a Dios aprende lo que escucha, lleva a la práctica lo que ha aprendido y mientras se restaura con la recta predicación del depravado maestro ¿qué otra cosa

17. Is 3, 14.
18. Pr 31, 31.
19. Mt 25, 35-36.

hace sino saciarse con los frutos del insensato? ¿Acaso la Verdad no exhortaba a sus hambrientos a que comieran de la cosecha del insensato cuando indicaba a los que ardían en santos deseos cómo comportarse respecto a los fariseos, diciendo: *Haced lo que ellos dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen*[20]? Como si claramente dijera: «Hablando cultivan la mies de la Palabra, pero viviendo mal no la tocan ni siquiera mínimamente. Saciad, por tanto, vuestra hambre en esa mies porque, debido a la náusea que produce su necedad, la dejan para vosotros». Rectamente prosigue:

IX **11.** *Y un armado la roba.* Al antiguo enemigo se le vence casi inerme cuando, sugiriendo acciones malas a la mente humana abiertamente, se empeña en destruir todas las obras buenas al mismo tiempo. Viene armado cuando, dejando intactas algunas acciones buenas, corrompe otras ocultamente. Con frecuencia, a los que deja sin tentar en el intelecto, no impidiéndoles que se entreguen a la meditación de los oráculos sagrados, los hace tropezar en las obras. Así, los que son alabados por su ciencia, dejan de percibir los daños de sus acciones, y, arrastrando el ánimo a la complacencia en los honores recibidos, no ponen remedio a las heridas en su forma de vivir. Por eso, el enemigo armado arrebata al que dejando falsamente protegido en unas cosas, vence en otras. Sigue:

X **12.** *Los sedientos se beben sus riquezas.* Con frecuencia el insensato posee en su interior una fuente que mana y corre, pero no bebe de ella, porque recibe, ciertamente, la capacidad para comprender pero no se preocupa por conocer con la lectura las enseñanzas de la Verdad. Sabe que esforzándose podría comprender, pero abandona engreído todo esfuerzo por adquirir la doctrina. Las palabras sagradas son riqueza para la mente, pero el necio mira con los

20. Mt 23, 3.

ojos esta riqueza y apenas la emplea para su decoro, porque, escuchando las palabras de la ley, percibe su grandeza pero no se aplica con amor a comprenderlas.

Otro, por el contrario, tiene sed y carece de capacidad intelectual; pone amor en su meditación, pero su poco sentido es para él un obstáculo. No obstante, gracias a su esfuerzo por instruirse, llega a comprender cosas que el dotado de ingenio desconoce por su negligencia. Por eso, los sedientos beben de las riquezas de este necio cuando los torpes para entender, pero prontos para amar, asimilan los preceptos de Dios que los más ingeniosos ignoran por su indolencia. En las tinieblas de su torpeza brilla el ojo del amor; la sed abre a los más lentos lo que la indolencia cierra a los más rápidos. Llegan a la inteligencia de los misterios elevados porque no descuidan llevar a la práctica lo que comprenden y, mientras con su obrar ayudan a comprender, se elevan a las alturas por encima de los más ingeniosos. De ahí que rectamente se diga por Salomón: *El lagarto se sirve de las manos y mora en los palacios del rey*[21]. Las aves, que tienen alas para volar, muchas veces viven entre zarzas; el lagarto, que carece de alas para volar, sirviéndose de las manos, habita en el palacio real, porque, a menudo, los dotados de ingenio, entorpecidos por su negligencia, se quedan en las obras perversas y los sencillos, a los que no ayudan las alas del ingenio, se elevan con la virtud de sus obras hasta alcanzar los muros del reino eterno. Así pues, el lagarto, sirviéndose de las manos, mora en los palacios del rey, porque el sencillo alcanza mediante la recta intención en sus obras lo que el dotado de ingenio no logra.

Al escuchar estas palabras, surge un interrogante en nuestro corazón: ¿por qué se concede el don de la inteligencia al negligente y al que se esfuerza responsablemente

21. Pr 30, 28.

le cuesta tanto comprender? Rápidamente se responde con lo que sigue a continuación:

XI **13.** *Nada sucede en la tierra sin un motivo.* Al perezoso se le concede ingenio para ser castigado más justamente por su negligencia, pues despreció conocer lo que podía haber aprendido sin apenas esfuerzo. Al que se esfuerza le obstaculiza la lentitud en comprender, para que los premios que reciba en recompensa sean tanto mayores cuanto más grandes hayan sido los esfuerzos por alcanzarlos. Así pues, nada sucede en la tierra sin un motivo, ya que la torpeza lleva al que se esfuerza al premio y el ingenio acrecienta el suplicio del perezoso. Para comprender las cosas que son rectas, unas veces somos instruidos mediante el esfuerzo de nuestro trabajo y otras mediante el dolor con que somos golpeados. Por eso, después de haber dicho: *Nada sucede en la tierra sin un motivo*, añade oportunamente:

XII **14.** *El dolor no brota del polvo.* El dolor brota casi del polvo cuando el hombre creado a imagen y semejanza de Dios es flagelado con cosas insensibles. Por los pecados ocultos de nuestra mente salen a la luz los flagelos del castigo, por eso, el dolor no brota del polvo, porque el sentido de nuestra malicia exige que sea castigado con cosas insensibles. Vemos entonces que, para nuestra corrección, la lluvia esperada no cae sobre la tierra árida y el aire húmedo se seca por el sol que aprieta. El mar se enfurece por el endurecimiento de las tormentas y a unos impide echarse a la mar y a otros dificulta con olas gigantes realizar la travesía deseada. La tierra no sólo ahoga los brotes fecundos, sino que también echa a perder las semillas.

En todas estas situaciones se ve claramente lo que cierto sabio afirmaba del Señor: *El orbe de la tierra luchará con él contra los insensatos*[22]. El orbe de la tierra lucha con el

22. Sb 5, 20.

Señor contra los insensatos cuando la adversidad de los elementos se pone a sus órdenes para castigar a los pecadores. El dolor no brota del polvo, porque nuestro actuar suscita algo insensible que nos aflige. El dolor no brota del polvo porque el castigo no nace de la criatura que nos atormenta sino del pecado nuestro que la provoca para que nos golpee. Debemos tener gran cuidado para que, al vernos abatidos por el peso del dolor en asuntos exteriores, tendamos con esperanza a los bienes supremos, de modo que la mente alcance las alturas a partir del castigo que externamente recibimos. Continúa:

XIII **15.** *El hombre nace para la fatiga, el pájaro para volar.* El hombre nace para la fatiga, porque quien está dotado de razón se da cuenta de que le es imposible recorrer sin gemidos el tiempo de su peregrinación. Pablo, cuando enumeró sus tribulaciones a los discípulos, añadió: *Vosotros mismos sabéis que para esto hemos sido destinados*[23]. Ahí donde la carne es afligida, la mente se eleva al deseo de los bienes superiores, tal como el mismo Pablo atestigua en otro lugar, diciendo: *Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día*[24]. Así pues, el hombre nace para la fatiga y el pájaro para volar, porque el alma alza el vuelo a los bienes supremos ahí donde la carne sufre los más duros trabajos de su debilidad.

**16.** Con el término *hombre* se puede también designar la vida de los carnales. Pablo dijo: *Cuando entre vosotros hay envidias y discordias ¿no sois acaso carnales?*[25]. Y más adelante: *¿Y os comportáis al modo humano?*[26]. En esta vida el hombre nace para la fatiga, porque cuando un carnal ansía bienes transitorios, se aflige bajo el peso de sus propios de-

23. 1 Ts 3, 3.
24. 2 Co 4, 16.
25. 1 Co 3, 3.
26. 1 Co 3, 4.

seos. Gravoso trabajo es, en efecto, buscar la gloria de la vida presente, alcanzarla cuando se encuentra y conservarla con discreción cuando se alcanza. Gravoso trabajo es apoderarse con gran fatiga de algo que se sabe no puede ser conservado durante mucho tiempo.

Los santos, porque no aman los bienes pasajeros, no sólo no tienen que aguantar peso alguno de deseos temporales, sino que además, cuando surgen adversidades, no sufren fatiga alguna en sus tribulaciones y dolencias. ¿Qué es más duro que los azotes? Y, sin embargo, sobre los apóstoles azotados, está escrito: *Marcharon de la presencia del sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús*[27]. ¿Qué fatiga puede haber en las almas de aquellos que no consideran fatiga el castigo de la tribulación? El hombre nace para la fatiga porque quien ansía los bienes de este mundo, siente verdaderamente sus males.

Cuando la mente se eleva a las alturas, todo lo que exteriormente se lanza contra ella, queda por debajo. De ahí que añada: *El pájaro para volar*, porque el ánimo tanto más se substrae de la aflicción de la fatiga cuanto más se levanta por la esperanza a los bienes supremos. ¿Acaso Pablo no había nacido para volar como un pájaro, él que soportando tantas adversidades, decía: *Nuestra patria está en el cielo*[28]? Y en otro lugar: *Sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios, no hecho por mano humana, morada eterna en los cielos*[29]. Como un pájaro había superado las cosas inferiores él, que viviendo aún con el cuerpo en la tierra, se había elevado con las alas de la esperanza a los bienes sublimes. Ahora bien, nadie puede elevarse a las alturas con sus pro-

27. Hch 5, 41.
28. Flp 3, 20.
29. 2 Co 5, 1.

pias fuerzas, por eso, para ser elevado a las realidades invisibles cuando afligen las visibles, rectamente añade:

XIV **17.** *Por eso, recurriré al Señor y a Dios expondré mi causa.* Como si claramente dijera: «Dirijo mi ruego a Aquel que sé que concede estas cosas». Si creyera poderlas conseguir por sí mismo, no necesitaría recurrir a Dios. Sigue:

XV **18.** *Él realiza obras grandes e inescrutables, maravillas sin número.* ¿Quién podrá escrutar las maravillas de Dios omnipotente que creó todo de la nada, que dispuso el entramado del mundo con admirable potencia, que cuelga los cielos en el aire y fija la tierra sobre el abismo, que hace existir todas las cosas visibles e invisibles, que creó al hombre reconstruyendo en él –por así decirlo–, otro mundo en pequeño, esta vez racional, dotándolo de alma y cuerpo, mezclando en él con inexplicable potencia barro y espíritu? De todo esto, una cosa es lo que sabemos y otra lo que somos; descuidamos admirar las obras de la creación porque, a pesar de ser maravillosas para el que las investiga, no las valoramos, acostumbrados como estamos a tenerlas ante nuestros ojos.

Sucede así, que si un muerto resucita, todos se sorprenden y, sin embargo, todos los días viene a este mundo una persona que no existía y nadie se maravilla, cuando nadie duda de que es más crear lo que no existía que reparar lo que ya tenía existencia. Cuando floreció la vara reseca de Aarón, todos se sorprendieron; a diario brotan de la tierra árida arbustos y el polvo se transforma en leño, y nadie se maravilla. Con cinco panes quedaron saciadas cinco mil personas y todos se admiraron al ver crecer el alimento en sus dientes; a diario los granos de trigo esparcidos se multiplican en abundancia en las espigas, y nadie se sorprende. Al ver el agua convertida en vino, todos se admiraron; a diario el jugo de la tierra, atraído por las raíces de las vides, se transforma mediante las uvas en vino, y nadie se maravilla.

Y así, dignas de admiración son todas las cosas que el hombre descuida admirar, porque –como hemos dicho–, se han acostumbrado a ellas[30]. No obstante, al decir *obras grandes*, rectamente añade *e inescrutables*. Las obras que realizó serían menos grandes si fueran escrutables. Sigue: *maravillas sin número*, porque serían de menor magnitud las obras inescrutables que creó si fueran pocas.

**19.** Se debe además saber que los milagros divinos deben siempre ser considerados desde el compromiso de la fe y nunca deben ser discutidos por el intelecto. Con frecuencia, el sentido humano, cuando busca y no encuentra la razón de ciertas cosas, se sumerge en la vorágine de las dudas. Sucede entonces que algunos hombres observan los cuerpos de los muertos reducidos a polvo y, como no pueden comprender racionalmente la resurrección, desesperan de poder volver al estado primigenio. Por eso, las maravillas divinas deben ser creídas con fe, pues no pueden ser escrutadas con la razón; si la razón alcanzara a explicarlas, ya no serían admirables.

Si el ánimo titubea ante estas obras maravillosas, debe traer a la memoria cosas que conoce por experiencia y no por discurso racional, para que, por semejanza, robustezca la fe que la sagacidad debilita. Al considerar la carne humana convertida en polvo, la mente de algunos se siente abatida y se desespera; se pregunta cuándo el polvo volverá a ser carne y cuándo el cuerpo vivificado volverá a tener las articulaciones de los miembros; se pregunta cuándo esa tierra árida verdeará con miembros vivos y se distinguirá por su belleza y forma. Por la razón no lo puede comprender, pero lo puede fácilmente creer por medio de un ejemplo. ¿Quién podrá creer que de una pequeña semilla

30. Cf. AGUSTÍN, *Tratados sobre el Ev. de san Juan*, 24, 1 (CCL 36, 244: *Obras*, XIII, BAC, Madrid 1955, 619).

pueda surgir un árbol inmenso, si antes no tiene la certeza de ello por la experiencia? En tanta pequeñez de un solo grano y en algo que es tan desemejante ¿dónde se esconde la dureza del leño, la médula más o menos dura del tronco, la aspereza de la corteza, el verdor de la raíz, el sabor del fruto, la suavidad de sus aromas, la diversidad de colores, la maleza de hojas? Y, sin embargo, como sabemos por experiencia que de un solo grano brota todo no dudamos al respecto. ¿Por qué, pues, va a ser difícil que el polvo vuelva a formar los miembros humanos cuando vemos a diario la potencia del Creador que de un grano saca admirablemente troncos y de forma aún más admirable saca frutos de ellos? Diga, por tanto, *Él realiza obras grandes e inescrutables, maravillas sin número*, porque la magnitud de las obras divinas no se puede comprender por su calidad ni se puede numerar por su cantidad. Añade todavía:

XVI 20. *Derrama la lluvia sobre la faz de la tierra y riega con aguas el universo; pone a los humildes en alto y levanta a los tristes hasta la prosperidad.* Creemos que los amigos del santo Job se han instruido en su compañía, por ello es necesario que interpretemos en sentido místico estas palabras de Elifaz. Dios omnipotente derrama la lluvia sobre la tierra cuando infunde la gracia de la predicación suprema en los corazones áridos de los gentiles; riega con las aguas el universo, porque transforma la esterilidad del hombre perdido en fecundidad, colmándolo del Espíritu, tal como dice la misma Verdad: *El que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed*[31].

Con el término *universo* se designa al hombre, porque en él se manifiesta la verdadera belleza y la gran comunión universal. De todo cuanto tiene existencia, hay unos seres que existen y no viven; otros que existen y viven pero no

31. Jn 4, 13.

sienten; otros que existen, viven y sienten pero no entienden ni disciernen; y otros, en fin, que existen, viven, sienten, entienden y disciernen. Las piedras existen pero no viven; los arbustos viven pero no sienten; la vida de las hierbas y de los árboles se llama verdor, tal como dice Pablo de las semillas: *¡Necio! Lo que siembras no produce vida si primero no muere*[32]. Los animales salvajes viven y sienten, pero no entienden. Los ángeles viven, sienten y entienden discerniendo. Lo mismo ocurre con el hombre: tiene en común con las piedras la existencia, con los árboles la vida, con los animales el sentir, y con los ángeles el discernir, por eso, rectamente, se le aplica el nombre de *universo*, porque en él está contenido en cierto modo todo cuanto existe. La Verdad dice a los discípulos: *Id al mundo entero y predicad el evangelio a toda criatura*[33], queriendo dar a entender por *toda criatura* sólo el hombre al que creó teniendo algo en común con las demás criaturas.

21. *Universo* se puede también entender en otro sentido. La gracia del Espíritu Santo, cuando atrae hacia Sí a los ricos, no rechaza a los pobres; cuando humilla a los fuertes, no rehúsa a los débiles que a Él acuden; cuando acoge a los nobles, recibe al mismo tiempo a los innobles; cuando acepta a los sabios, no desprecia la necedad de los ignorantes. Dios riega con las aguas el universo, porque llama con el don del Espíritu Santo a todo género de hombres para que le conozcan.

22. El nombre *universo* puede también designar la disparidad de comportamientos. A unos ensalza el orgullo, a otros inclina el peso del temor. A unos quema la pasión, a otros seca la avaricia. A unos frustra la pereza, a otros enciende la ira. Ahora bien, gracias a la enseñanza de las palabras sagradas, mientras al soberbio se le concede humil-

32. 1 Co 15, 36.

33. Mc 16, 15.

dad, al tímido se le ofrece confianza; el lujurioso, por el compromiso en la castidad, es purificado de toda inmundicia; el avaro, conteniendo su ambición, templa su sequedad; al perezoso le levanta el celo por la rectitud; el iracundo refrena el ímpetu de su precipitación; Dios, en definitiva, riega las aguas del universo, porque infunde la fuerza de sus palabras en cada uno según su propio comportamiento; cada uno encuentra en sus palabras la fuerza necesaria para que el germen produzca su fruto.

Sobre la dulzura del maná se dice por cierto sabio: *Les enviaste desde el cielo un pan ya preparado, sin esfuerzo, que contenía en sí todas las delicias y la suavidad de todos los sabores*[34]. El maná contenía en sí todas las delicias y la suavidad de todos los sabores, porque provocaba en la boca de los espirituales el sabor que deseaba cada uno de los que lo comían. Y es que, la palabra divina, acomodándose a todos sin desvirtuarse en sí misma, se adecua al modo de ser de los oyentes. Cuando un elegido la entiende acomodada con provecho a su modo de ser, es como el maná recibido que adquiere el sabor a voluntad. Al esfuerzo por la obra buena sigue la gloria de la retribución, por eso, tras el riego con las aguas, oportunamente añade: *Pone a los humildes en alto y levanta a los tristes hasta la prosperidad.*

**23.** Pone a los humildes en alto, porque los que ahora son despreciados por amar a Dios, vendrán entonces como jueces junto a Dios –tal como hemos dicho hace poco–, según las palabras que la Verdad dirige a los humildes, diciendo: *Vosotros que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel*[35]. Levantará entonces a los tristes hasta la prosperidad, porque los que están encendi-

34. Sb 16, 20.

35. Mt 19, 28.

dos en deseos de Él, rehuyen la prosperidad temporal, sufren las adversidades, soportan los tormentos de la persecución, se purifican a sí mismos con el llanto y tanto más serán elevados hasta la prosperidad eterna cuanto más mueran ahora con fervor a todas las alegrías del mundo.

Esto es lo que afirma Salomón: *El corazón conoce la amargura de su alma y en su alegría no se mezcla el extraño*[36]. La mente humana conoce la amargura de su alma cuando, encendida en deseos de la patria eterna, reconoce con lágrimas la pena de su peregrinación; pero en su alegría no se mezcla el extraño, porque, quien ahora es ajeno a la tristeza de la compunción, no participará entonces en la alegría de la consolación. De ahí lo que dice la Verdad en el evangelio: *En verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará; vosotros, sin embargo, estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo*[37]. Y más adelante: *También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os podrá quitar vuestra alegría*[38].

Así pues, se dice que el Señor levanta a los tristes hasta la prosperidad, porque consuela con la verdadera salud a los afligidos temporalmente por su causa. Nada impide que se pueda interpretar referido a los elegidos de Dios ya en esta vida.

**24.** Pone a los humildes en alto, porque cuando se postran por la humildad, trascienden todas las cosas temporales con el juicio de su mente elevada, y, al considerarse indignos para todo, superan y aplastan la gloria de este mundo con la rectitud de sus pensamientos. Veamos a Pablo en humildad. Dice a sus discípulos: *No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo nuestro Señor; nosotros somos vuestros siervos por Cristo*[39]. Veamos a este humilde elevado ya

36. Pr 14, 10.
37. Jn 16, 20.
38. Jn 16, 22.
39. 2 Co 4, 5.

a las alturas. Dijo: *¿Acaso ignoráis que juzgaremos a los ángeles?*[40]. Y en otro lugar: *Nos has hecho resucitar con Él y nos has sentado en los cielos*[41]. Quizás entonces se encontraba externamente encadenado, pero con la mente puesta en las alturas, él, que por la certeza de su esperanza se sentaba ya en los cielos.

Los santos son despreciados por fuera y soportan todo como indignos. Pero confiando ser dignos de los tronos celestes, esperan con certeza la gloria de la eternidad. Cuando sufren por fuera los trabajos de la persecución, recurren por dentro al baluarte protegido de la mente. Desde ahí desprecian todo lo que les pasa por debajo, incluyendo la propia condición corpórea que ven transitoria. No temen las amenazas porque desprecian los tormentos padeciéndolos. De ahí que se diga por Salomón: *El justo confía como un león que no tiene miedo*[42]. Y en otro lugar: *No contristará al justo nada de lo que le ocurra*[43]. Los rectos están sentados en la alta cumbre de su intención, por eso, al morir no sienten la muerte y, de modo admirable, las flechas de los culpables, aun hiriéndoles, no les tocan. Así pues, pone a los humildes en alto, porque, despreciándose en todo, se hacen más seguros contra todo.

**25.** Por el contrario, a la mente culpable, representada por Babilonia, se le dice por el profeta: *¡Baja!, siéntate en el polvo, virgen, hija de Babilonia; siéntate en tierra sin trono, hija de los caldeos*[44]. En este lugar, el alma humana es llamada virgen no incorrupta, según creo, sino infecunda. Babilonia significa «confusión»[45], por eso al alma infecunda se le llama hija de Babilonia, pues al no engendrar

40. 1 Co 6, 3.
41. Ef 2, 6.
42. Pr 28, 1.
43. Pr 12, 21.
44. Is 47, 1.
45. Cf. Jerónimo, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 819).

ninguna obra buena, no concertando en su vida nada recto, nace de la confusión como de una madre. Si, por el contrario, no es llamada virgen infecunda, sino incorrupta, tras perder el estado de salvación, se le da el nombre según el cúmulo de confusión en el que cayó.

Oportunamente le increpa la voz divina, diciendo *¡baja!* El ánimo humano se encuentra en alto cuando desea ardientemente la recompensa eterna, pero baja de ese estado cuando, vencido vergonzosamente, se somete a los deseos mundanos que arrastran a lo bajo.

En seguida añade: *Siéntate en el polvo.* Baja y se sienta en el polvo, porque abandonando los bienes celestiales, disperso en pensamientos terrenos, se envilece con las cosas más bajas. Insistiendo, vuelve a decir: *Siéntate en tierra.* Como si reprendiendo, claramente dijera: «Como no has querido ser elevado a la familiaridad con los bienes celestes, serás humillado, postrándote por debajo de ti en obras terrenas». De ahí la necesaria consecuencia: *Sin trono, hija de los caldeos.* Caldeo significa «feroz»[46]. Feroces son los que siguen la propia voluntad y no saben moderar su conducta. Feroces son los deseos terrenos que endurecen e insensibilizan la mente no sólo contra los preceptos del Creador, sino incluso contra las heridas de los golpes. La hija de los feroces no tiene trono, porque la mente que nace al amor del mundo por los deseos perversos, se endurece en esos mismos deseos, de modo que, sometida a concupiscencias terrenas, abandona el trono del juicio. No hay para ella trono alguno, porque carece de la discreción para examinar; es como expulsada de la sede de su propio juicio, porque vaga en concupiscencias exteriores.

Es claro que la mente que ha perdido dentro la sede del consejo, se dispersa fuera en innumerables deseos. Como

46. Cf. Ibid. (PL 23, 821).

desdeña poner en práctica lo que ha entendido rectamente, queda ciega para no saber incluso lo que hace. A menudo, cuando por un justo juicio, se abandona a su propia voluntad, se relaja en las tareas del mundo sometiéndose a esas cosas que tanto ansía. Por eso, sigue: *Ya no se te volverá a llamar la dulce, la tierna. Toma el molino y muele la harina*[47]. Es evidente que los padres preservan a la hija tierna y no la afligen con trabajos duros y serviles. Es como si Dios omnipotente llamara a la hija tierna cuando aparta al alma querida de cada uno de los trabajos y servicios de este mundo, para que las obras exteriores no le aflijan y pueda perseverar en sus deseos interiores. La hija de los caldeos no es llamada dulce y tierna, porque, entregada a los depravados deseos, es abandonada a los trabajos que tanto ansía en este mundo. Así, sirve al mundo por fuera como esclava la que por dentro no ama a Dios como hija.

Se le ordena coger el molino y moler la harina. Se gira el molino y se produce la harina. Cada una de las acciones de este mundo es un molino que, mientras va acumulando tantas preocupaciones, pone las mentes humanas como a dar vueltas y produce de sí harina, porque, una vez seducido el corazón, engendra pensamientos cada vez más pequeños.

A veces, quien cree actuar meritoriamente cuando está tranquilo, metido en cualquier actividad queda desnudo, por eso añade: *Desnuda tu vergüenza, descubre tu espalda, desnuda tus piernas y cruza los ríos*[48]. En la realización de una obra se desnuda la propia vergüenza cuando en la acción se descubre lo vil y abyecta que es la mente que se consideraba grande en la tranquilidad. La mente descubre la espalda cuando muestra la obra que no se conocía. Desnuda las piernas, porque manifiesta con qué grado de deseo ansiaba el mundo. Cruza los ríos, porque desean ininterrumpidamen-

47. Is 47, 1-2. 48. Is 47, 2.

te las acciones de este mundo que a diario se precipitan a su fin; y mientras abandona unas y emprende otras, es como si siempre fuera de río en río.

Nos hemos entretenido un poco en estos temas exagerándolos, para mostrar dónde yace la mente que se precipita desde la sede de la santa intención, porque si deja de desear vivamente los bienes que están por encima de ella, caerá sin parar a lo que está por debajo de ella. Se afianzará en las alturas si abandona el amor de las cosas temporales y se amarra a la esperanza de la inmutable eternidad.

**26.** Por eso dice rectamente: *Pone a los humildes en alto.* Y luego añade: *Y levanta a los tristes hasta la prosperidad.* En este mundo con frecuencia también son levantados los que están contentos cuando se ensoberbecen por la gloria de su prosperidad. Sin embargo, el Señor levanta a los tristes a la prosperidad, porque eleva firmemente a sus afligidos a la gloria de la verdadera alegría. No son elevados a la prosperidad vana los que afianzados en las buenas obras se congratulan con esperanza firme en Dios. Algunos, como ya hemos dicho, cometen iniquidades y no dejan de estar contentos. Sobre ellos se dice por medio de Salomón: *Se alegran haciendo el mal y se regocijan en la prosperidad*[49]. Y en otro lugar: *Hay impíos a los que les toca la suerte de los justos*[50]. Los que se ensoberbecen cuando debían afligirse son levantados a una prosperidad vana; son tan miserables que se entregan a la alegría ahí donde los buenos lloran. Semejantes a los sentimientos de los que no tienen juicio, consideran virtud la locura que los exalta; ignoran que lo que les hace sentirse más sanos procede de la enfermedad; piensan que sus fuerzas han aumentado cuando, en realidad, no hacen más que acercarse con dolencias crecientes al término de la vida. Como han perdido el uso de razón, lloran y

49. Pr 2, 14. 50. Qo 8, 14.

ríen, y tanto más se entregan a la alegría cuanto más ignoran, insensibles, el mal que padecen. Por eso, el Señor levanta a los tristes a la prosperidad, porque la mente de los elegidos se alegra no por la locura de la vida presente, sino por la certeza de la salvación eterna. Sigue hablando de la destrucción de los perversos:

XVII **27.** *Desbarata las tramas de los malvados para que sus manos no puedan llevar a término lo que empezaron.* Las mentes de los culpables están siempre ocupadas en pensamientos perversos, pero la providencia divina los obstaculiza. Y aunque los malvados no corrigen sus perversas tramas ni siquiera al encontrar una dura oposición, la providencia refrena sus fuerzas para que no prevalezcan contra los buenos. Por un admirable juicio contra ellos, sucede que sus maléficas acciones no se llevan a efecto y, no obstante, por justa sentencia, el Juez los declara culpables en su conciencia. Sus malos pensamientos manifiestan el mal que pretendían cometer. Al no poderlo llevar a cabo, quedan protegidos aquellos contra los cuales planeaban su mal. Añade todavía:

XVIII **28.** *Atrapa a los sabios en su astucia y disipa el consejo de los perversos.* Hay quienes estando hinchados de sabiduría humana, cuando ven que los juicios divinos son contrarios a sus deseos, se empeñan en enfrentarse a ellos con astutas maquinaciones. Para inclinar la fuerza de la providencia divina a favor de sus deseos, insisten en sus taimadas pretensiones y meditan planes aún más sutiles. Sin embargo, queriendo cambiar la voluntad de Dios, no hacen más que secundarla. Al empeñarse en resistir al plan de Dios omnipotente, no hacen más que obedecerlo, porque con frecuencia la providencia divina cuenta a su favor con una reflexión humana hecha superficialmente.

Así pues, el Señor atrapa a los sabios en su astucia, porque las obras humanas están al servicio de sus designios, incluso cuando pretenden oponerse a Él. Lo entenderemos

mejor si proponemos algunos ejemplos sobre este tipo de hechos.

**29.** José había visto en sueños que las gavillas de sus hermanos se postraban ante sus gavillas; había visto en sueños que el sol, la luna y las estrellas le adoraban. Contó con inocencia estos sueños a sus hermanos y, al momento, sus corazones se vieron golpeados por la envidia y el temor a su justo poderío[51]. Cuando vieron que iba hacia ellos, le dijeron con cruel maldad: *Ahí viene el soñador; venid, matémosle y veamos en qué terminan sus sueños*[52]. Temiendo verse sometidos a su dominio, arrojaron al soñador en un pozo y lo vendieron luego a unos ismaelitas que pasaban. Llevado a Egipto como esclavo, fue condenado bajo acusación de lujuria; ayudado por el mérito de su castidad, fue levantado por su juicio profético hasta llegar a ser jefe de todo Egipto. De forma previsora, gracias a su sabiduría superior, acumuló grano y evitó la carestía en el futuro. Cuando el hambre irrumpió en la tierra, Jacob solícito para procurar alimentos, envió a sus hijos a Egipto. Éstos llegaron hasta el encargado de proveer el grano sin saber que era José y para hacerse merecedores de recibir alimentos se vieron obligados a ponerse de rodillas en tierra, inclinarse y adorar a su proveedor.

Reflexionemos sobre el desarrollo de los hechos, pensemos cómo la fuerza divina atrapa a los sabios en su misma astucia. José había sido vendido para no tener que ser adorado y, sin embargo, vendido fue adorado. Osadamente pretendieron con astucia alterar el plan de Dios, pero con su resistencia no hicieron otra cosa que servir al juicio divino. Ahí donde tramaban pérfidamente cambiar la voluntad divina, fue donde se vieron obligados a obedecerla. Sí, así sucede. Cuando se pretende evitar el designio divino, se cum-

51. Cf. Gn 37, 7-9.

52. Gn 37, 20.

ple; cuando la sabiduría humana opone resistencia, es atrapada. Los hermanos temieron que José se erigiera por encima de ellos, pero actuando como actuaron para evitar que eso ocurriera, llevaron a cabo lo que Dios había dispuesto. La sabiduría humana fue atrapada en su astucia: al querer oponerse intencionadamente a la voluntad de Dios, no hizo más que darle cumplimiento.

30. También Saúl, viendo que su siervo David aumentaba a diario el éxito de sus virtudes, le prometió a su hija en matrimonio y le pidió como dote que le entregara cien prepucios de filisteos, para que el soldado, empujado a luchar por encima de sus propias fuerzas, pereciera entregado a manos de los enemigos. Está, en efecto, escrito: *El rey no tiene necesidad de dote, sino de cien prepucios de filisteos para vengarse de los enemigos del rey*[53]. Saúl pensaba que de esa forma entregaría a David en manos de los filisteos, pero David, fortalecido internamente por la providencia, se prohibió dar cien y entregó doscientos prepucios. Vencido Saúl en su propio engaño, fue atrapado por la providencia divina en el consejo de su sabiduría, porque creyendo que podría acabar con la vida del soldado que crecía en fama, no hizo más que aumentar la gloria de su valor.

31. A veces también los elegidos traman alguna acción con astuta sabiduría. Por eso me parece oportuno traer a colación el ejemplo de otro sabio, para mostrar cómo la astucia de los mortales es atrapada dentro del consejo divino. Jonás quiso emplear la sabiduría con cierta astucia cuando enviado a predicar la penitencia a los ninivitas, temió que, escogiendo a los gentiles, fuera abandonada Judea y rechazó la misión de predicar. Eligió una nave y decidió huir a Tarsis, pero al momento se desató una tormenta y se echaron suertes para conocer de quién era la culpa de que el mar

53. 1 S 18, 25.

se removiera. Jonás fue sorprendido en su culpa, lo arrojaron al fondo del mar, se lo tragó un cetáceo y fue conducido por el animal al lugar donde no había querido ir voluntariamente. La tormenta encontró al fugitivo de Dios, la suerte lo delató, el mar lo recibió, la bestia se lo tragó y, como se había resistido a obedecer la voz del Creador, fue llevado culpable por su cárcel al lugar que había sido enviado. El hombre no quiso servir a Dios voluntariamente como profeta; la bestia lo vomitó, movida por Dios, para que profetizara. Por eso, el Señor atrapa a los sabios en su astucia, cuando emplea para provecho de su voluntad incluso aquello con lo que la voluntad humana pretende oponerse a Él.

**32.** Escrutemos, además, la sabiduría de los hebreos para ver qué prohibió previendo y qué provocó prohibiendo. Es cierto, cuando la multitud de creyentes acudía a presenciar los milagros de nuestro Redentor, cuando los sacerdotes del pueblo con los rostros encendidos de envidia proclamaban que todo el mundo iba detrás de Él, diciendo: *¿Veis? No adelantamos nada; todo el mundo se ha ido detrás de él*[54], para alejar de Él la fuerza de tanta concurrencia, procuraron poner fin a su potencia con la muerte, afirmando: *Es necesario que muera un hombre solo y no perezca la nación entera*[55]. Sin embargo, la muerte del Redentor sirvió para unir su cuerpo –esto es, la Iglesia–, no para disgregarlo. Por eso la ley prescribe, como figura de nuestro sacrificio, que a la tórtola y a la paloma se les raje el cuello sin cortárselo del todo para que después de la muerte la cabeza permanezca unida al cuerpo[56]. Y es que el Mediador entre Dios y los hombres, o sea, la Cabeza de todos nosotros y la víctima de la verdadera purificación, al sufrir la muerte por nosotros quedó unido a nosotros de forma más

54. Jn 12, 19.
55. Jn 11, 50.
56. Cf. Lv 1, 15; *Hm Ez* I, 7, 10 (CCL 142, 89).

verdadera. Después del corte, la cabeza de la tórtola permanece unida a su cuerpo porque ni siquiera la muerte separa a Cristo de su Iglesia. Los perseguidores, realizando lo que maliciosamente habían tramado, le infligieron la muerte para separarlo de la devoción de los fieles, pero creyendo la crueldad de los infieles terminar así con la fe, no hizo más que aumentarla. Creyeron que con la persecución los apartarían de sus milagros y, sin saberlo, contribuyeron a extenderlos. Así, el Señor atrapa a los sabios en su astucia cuando emplea para obsequio de su piedad lo que la crueldad humana maquinó contra Él.

**33.** Dios justo y misericordioso, disponiendo las acciones de los mortales, concede propicio algunas cosas y otras las soporta con ira, a fin de que sirvan a sus designios. Sucede entonces, de modo admirable, que cuanto se realiza sin la voluntad de Dios no es contrario a ella, porque mientras se sirve de las malas acciones para obrar el bien, pone al servicio de sus designios también lo que se oponía a ellos. De ahí que se diga por el salmista: *Grandes son las obras del Señor, escogidas para realizar su voluntad*[57]. En verdad, sus obras son tan grandes que por medio de todo lo que realizan los hombres se cumple su voluntad. Donde parece que va a ser rechazada, ahí mismo se cumple. Por eso se dice en otro lugar: *El Señor todo lo que quiere lo hace, en el cielo y en la tierra*[58]. También Salomón dijo: *Sabiduría, prudencia, consejo, nada son ante el Señor*[59]. Queda, por tanto, que en todo cuanto hacemos, busquemos la fuerza de la voluntad divina, a la cual, una vez conocida, nuestra acción debe servir devotamente, y seguirla como a guía en nuestro camino para evitar estar a su servicio sin querer cuando por soberbia pretendamos oponernos a ella.

57. Sal 111, 2.
58. Sal 135, 6.
59. Pr 21, 30.

La fuerza del designio divino no se puede evitar nunca, pero con gran vigor la mitiga quien se frena ante sus mandatos; consigue suavizar su peso quien carga con ella sometiendo voluntariamente los hombros de su corazón. Ahora bien, dado que hemos recordado más arriba a los perseguidores, mostremos cómo es coherente a su ceguera la reflexión que hemos hecho. Sigue:

XIX **34.** *En pleno día tropiezan con tinieblas, a mediodía van a tientas como si fuera de noche.* En pleno día tropiezan con tinieblas porque aun estando en presencia de la Verdad, están ciegos por su pecado de incredulidad. Durante el día se ve con claridad; por la noche se oscurece nuestra visión. Los perseguidores de nuestro Redentor, viendo los milagros del poder divino y dudando de su divinidad, caen de día en las tinieblas, porque han perdido la vista en medio de la luz. La misma Luz los amonesta diciendo: *Caminad mientras tenéis luz para que no os sorprendan las tinieblas*[60]. También se dice sobre Judea: *Se puso el sol cuando todavía era de día*[61]. El profeta, en nombre de los penitentes, afirma: *Tropezamos al mediodía como si estuviéramos entre tinieblas, habitamos en penumbras como los muertos*[62]. Y en otro lugar: *Centinela ¿qué hay en la noche? Centinela ¿qué hay en la noche? Dijo el centinela: «Se hizo de mañana y también de noche»*[63]. El centinela viene de noche porque el protector del género humano apareció manifestado en carne y, sin embargo, Judea, presa de las tinieblas de su perfidia, no le reconoció. El centinela añade: *Se hizo de mañana y también de noche*, porque con su presencia una luz nueva resplandeció en el mundo y, a pesar de ello, la vieja ceguera permaneció en el corazón de los infieles. Con razón se dice: *A mediodía van a tientas como si fuera de noche.*

60. Jn 12, 35.
61. Jr 15, 9.
62. Is 59, 10.
63. Is 21, 11-12.

Vamos a tientas cuando no vemos con los ojos. Los judíos habían visto sus milagros con claridad y todavía le buscaban como a tientas, cuando decían: *¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente*[64]. Ante sus ojos tenían la luz de los milagros y, sin embargo, tropezando en las tinieblas de su corazón, lo buscaban a tientas. Su ceguera los llevó a la crueldad, su crueldad a la persecución declarada. El Redentor del género humano no podía permanecer durante mucho tiempo en manos de sus perseguidores, por eso sigue:

XX **35.** *Él salva al pobre de la espada de su boca y de la mano del violento.* Este pobre es el mismo del que Pablo dijo: *Siendo rico por vosotros, se hizo pobre*[65]. Los judíos traicionaron al Señor entregándolo y los gentiles lo mataron, por eso, por *espada de su boca* se puede entender la lengua de los hebreos que le acusaron. De ellos se dice por el salmista: *Hijos de los hombres, sus dientes son lanzas y flechas, su lengua una espada afilada*[66], pues, como afirma el evangelio, gritaron: *¡Crucifícale! ¡Crucifícale!*[67]. Por *mano del violento* se debe entender a los gentiles que le crucificaron, pues ellos llevaron a cumplimiento las voces de los hebreos matando al Redentor. Así pues, Dios salva a este pobre de la espada de su boca y de la mano del violento, porque nuestro Redentor, muriendo como hombre, sufrió la violencia de los gentiles y la lengua de los judíos, pero los venció con la potencia de su divinidad. Con su resurrección ¿qué otra cosa hace sino robustecer nuestra debilidad con la esperanza de la vida eterna? Añade a continuación:

XXI **36.** *Habrá esperanza para el necesitado.* Enaltecido el pobre, conduce al necesitado a la esperanza, porque el

64. Jn 10, 24.
65. 2 Co 8, 9.
66. Sal 57, 5.
67. Lc 23, 21.

pueblo humilde de los fieles, con la muerte del Redentor, quedó aterrorizado, pero se afianzó con su Resurrección. Al ver su muerte, los pobres de este pueblo –o sea, los predicadores que Él escogió–, quedaron abatidos, pero se repusieron con la manifestación de la resurrección. Por eso, salvado el pobre, el necesitado recibe esperanza, porque al resucitar el Señor en la carne, fortaleció la confianza de los fieles en la vida eterna.

Mas he aquí que la Verdad ya ha venido manifestándose abiertamente, que ya ha sufrido en la carne la muerte y ya la ha destruido con su resurrección, que ha coronado la resurrección con la gloria de la ascensión, y, sin embargo, la lengua de los hebreos no deja aún de insultarlo. Él los soporta con ecuanimidad para convertir con su tolerancia a otros y herir con mayor severidad a los que no se conviertan. Entonces, cuando vean venir al Justo que ahora han juzgado injustamente, enmudecerá la lengua de los infieles. Continúa:

XXII **37.** *La iniquidad cerrará la boca.* La iniquidad dilata ahora su boca, porque la lengua de los infieles no deja de proferir injurias contra el Redentor. Entonces la cerrará, cuando acepte a la fuerza lo que ahora no quiere por propia voluntad. También se puede interpretar como referido a los perseguidores conversos. Salvado el pobre y devuelto el necesitado a la esperanza, la iniquidad enmudece con la boca cerrada, porque resplandeciendo el milagro de su resurrección y aumentando la copiosa multitud de los infieles que creen, deja de insultar e injuriar a su Redentor. Ha cerrado con el temor la boca que abrió para reírse del Redentor.

**38.** Una vez establecido el significado moral de los judíos, conviene volver a recorrer estos textos e indagar de forma genérica cómo se comportan los malvados. Las mentes de los hombres inicuos, cuando ven que el prójimo realiza ciertas obras buenas, se sienten corroídos por la envidia y sostienen la grave pena de su maldad al observar,

mientras se consumen, las buenas acciones de los demás. Con razón se dice: *En pleno día tropiezan con tinieblas*, porque sus mentes, al afligirse con el progreso de los otros, se oscurecen por el rayo de luz. Mientras consideran los bienes manifiestos en el prójimo, investigan si hay algún mal oculto y se fatigan haciendo minuciosas indagaciones hasta encontrar algo grave de que poderles acusar. Contemplan sanos los miembros, pero, cerrados los ojos de su corazón, buscan a tientas la herida. De ahí que se añada: *A mediodía van a tientas como si fuera de noche*. El día de la buena obra reluce exteriormente en el prójimo, pero van a tientas como si fuera de noche porque llevan dentro las tinieblas de la envidia. Viven preocupados por encontrar algún motivo para reprenderlos, buscando la ocasión para denigrarlos, pero como no lo logran, merodean externamente como ciegos.

El caso de Lot expresa muy bien lo que estamos tratando. Cuando los ángeles le protegían, los sodomitas no encontraron la puerta de su casa, tal como está escrito: *Forcejearon con Lot de tal modo que estaban a punto de romper la puerta; pero los hombres sacaron las manos, tiraron de Lot hacia sí, cerraron la puerta y a los que estaban fuera los dejaron deslumbrados desde el chico hasta el grande, de forma que no acertaban a encontrar la entrada*[68]. ¿Qué significa que Lot, ante las asechanzas de los malvados, sea conducido y protegido dentro de la casa, sino que el justo, mientras soporta las insidias de los perversos, se vuelve a la propia mente y permanece impertérrito? Los sodomitas no aciertan a encontrar la puerta en la casa de Lot porque los corruptores de almas no encuentran ocasión alguna para acusar la vida del justo. Deslumbrados merodean en torno a la casa, porque escudriñan los dichos y obras de los buenos con envidia. Lo único que se les presenta por todas par-

68. Gn 19, 9-11.

tes en la vida del justo son acciones vigorosas y dignas de alabanza, por eso palpan errantes las paredes. Se dice: *A mediodía van a tientas como si fuera de noche*, porque al no poder acusar el bien que ven, cegados por la maldad, buscan el mal que no ven para recriminarlo.

**39.** Añade: *Él salva al pobre de la espada de su boca y de la mano del violento*. Es pobre el que no se enorgullece de sí mismo. La Verdad dice en el evangelio: *¡Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos!*[69]. De dos formas se comete un pecado: o atraídos por el placer o vencidos por el miedo[70]. La espada de la boca es la iniquidad de la persuasión, la mano del violento es la adversidad del poder. Humilde de verdad es quien aquí es llamado pobre; no apetece ninguna prosperidad de este mundo y desprecia con audacia las adversidades, por eso se dice: *Él salva al pobre de la espada de su boca y de la mano del violento*. Como si claramente dijera: «Dios afianza en Sí las mentes de los humildes de tal forma que no cometen maldad alguna, no se dejan seducir por ningún engaño y no sufren los dolores de ningún suplicio». La esperanza levanta el ánimo a la eternidad; gracias a ello no siente ninguno de los males que externamente le afligen. Por eso sigue: *Habrá esperanza para el necesitado*. Cuando el pobre llega al fruto de esta esperanza, todo engreído enmudece. De ahí que continúe: *La iniquidad cerrará la boca*. Ahora el malvado desprecia a los buenos, desdeña actuar rectamente y no cesa de denigrar el bien de los demás. Pero entonces la iniquidad cerrará la boca, cuando reconozca cuánta gloria toca en suerte a los justos como recompensa. Entonces ya no podrá

69. Mt 5, 3.

70. «De dos maneras ataca el mundo a los soldados de Cristo: los halaga para seducirlos, los atemoriza para doblegarlos»: S. AGUSTÍN, *Sermón* 276, 2 (PL 38, 1256: *Obras completas*, XXV, BAC, Madrid 1984, 21).

hablar contra los buenos, porque los tormentos recibidos como digna retribución por sus malas acciones, le trabarán la lengua. Ana, de forma profética, dijo: *Guardará los pasos de sus fieles y los impíos enmudecerán en las tinieblas*[71]. Para que todo elegido evada los suplicios eternos y el pobre ascienda a la gloria perenne, debe aquí ser probado con continuos flagelos, de modo que en el juicio pueda ser hallado limpio. Si no fuéramos levantados por medio de los flagelos con los que la admirable mano del Artífice nos sacude, el peso de nuestra debilidad nos arrastraría diariamente hacia abajo. Por eso, continúa:

XXIII 40. *¡Dichoso el hombre a quien Dios corrige!* El primer paso en la virtud consiste en evitar cualquier pecado y no cometerlo; el segundo, en corregir inmediatamente los pecados cometidos. Con frecuencia no sólo no evitamos los pecados inminentes, sino que además luego tampoco reconocemos haberlos cometido. La mente de los pecadores tanto más se entenebrece cuanto menos reconoce el daño de su propia ceguera. Sucede entonces que por don de la generosidad divina, la pena sigue a la culpa y los flagelos abren los ojos del pecador cegados antes a los vicios por su seguridad. El ánimo entorpecido es tocado con el castigo para que despierte; de esa forma, quien se sentía seguro y ha perdido su rectitud, considere afligido por qué está ahora postrado. La misma aspereza en la corrección se convierte en el origen de la luz. Se dice por Pablo: *Todo lo que sea denunciado, será hecho manifiesto por la luz*[72], pues la fuerza del dolor es señal de salvación. Salomón dijo: *El cuidado hace cesar los mayores pecados*[73]. Y en otro lugar se dice: *El Señor castiga al que ama y azota a todo el que acoge como hijo*[74]. El Señor dijo a Juan por medio de la voz del ángel:

71. 1 S 2, 9.
72. Ef 5, 13.
73. Qo 10, 4.
74. Hb 12, 6.

*yo reprendo y castigo a los que amo*[75]. Pablo también dijo: *Cierto que ninguna corrección es de momento agradable sino penosa; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella*[76]. Así pues, aunque dolor y dicha no pueden correr al mismo tiempo de la mano, rectamente se dice: *¡Dichoso el hombre a quien Dios corrige!*, porque, gracias a que el pecador soporta ahora el dolor de la corrección, podrá un día estar preparado para la dicha que no conoce dolor. Sigue:

XXIV **41.** *No rechaces, pues, la corrección del Señor.* Quien es golpeado por su culpa y se rebela contra los golpes, rechaza la corrección del Señor, pues lo acusa de hacerlo sufrir injustamente. Quienes son heridos no para purgar un delito sino para ser fortalecidos en la prueba, cuando se preguntan por los motivos de sus azotes, no se puede decir estén rechazando el castigo del Señor, pues procuran encontrar en ellos mismos lo que ignoran.

El santo Job, irrumpiendo en medio de las heridas que le afligen con palabras de libertad, tanto más rectamente se interroga sobre los juicios que le hieren cuanto más ignora en sí mismo las causas de su sufrimiento. Elifaz, pensando que el motivo de su desgracia era purificar sus pecados y no ser probado, creyó que estaba rechazando la corrección de Dios. Como hemos dicho, Elifaz es figura de los herejes, que entienden siempre de forma torcida todo lo que la Iglesia hace con rectitud. Ahora bien, como habla con buena intención, pero descuida discernir a quién habla, continúa todavía exponiendo la manera de actuar según el plan de Dios, y dice:

XXV **42.** *Él hiere y venda la herida, golpea y sana con su mano.* Dios omnipotente hiere de dos maneras a los que luego cura para conducirlos a la salvación. Unas veces gol-

75. Ap 3, 19. 76. Hb 12, 11.

pea la carne y reblandece con su miedo la dureza del alma. Hiere y conduce a la salvación cuando aflige externamente a sus elegidos para que vivan internamente. Por medio de Moisés también dice: *Yo doy la muerte y la vida; hiero y yo mismo sano*[77]. Mata para dar vida, hiere para sanar; conmueve con golpes por fuera para curar las heridas de los pecados por dentro. Otras veces, parece que cesa de azotar externamente e inflige heridas internas; enciende en nosotros el deseo de Él golpeando la dureza de nuestra alma; golpea y sana, porque traspasados por el dardo del temor a Dios nos hace volver al sentimiento de la rectitud. Malamente se curan nuestros corazones cuando no son heridos por el amor de Dios, cuando no sienten la tristeza de su peregrinación, cuando no se conmueven, ni siquiera mínimamente, ante la debilidad del prójimo. Son heridos para ser sanados porque Dios toca las mentes insensibles con los dardos de su amor y al momento las hace de nuevo sensibles al ardor de su caridad.

Dice la Esposa en el Cantar de los cantares: *Estoy herida de amor*[78]. Cuando el alma estaba mal curada y se encontraba postrada y ciega en la seguridad de este exilio, ni veía a Dios ni deseaba verlo; tocada, sin embargo, con los dardos de la caridad, está herida en su más íntimo sentimiento de piedad, arde en deseo de contemplación y, de modo admirable, la que yacía muerta en aparente salud, queda vivificada con esta herida. Arde, anhela y desea ver ya a quien antes rehuía. El golpe, pues, hace volver a la salvación a la que, turbada en su amor, regresa a la seguridad de la quietud interior. Pero cuando la mente herida empieza a sentir anhelo de Dios, cuando despreciando todos los halagos de este mundo tiende con el deseo a la patria suprema, se convierte para ella en tentación todo lo que antes

77. Dt 32, 39.

78. Ct 2, 5.

consideraba agradable y placentero en este mundo. Los que le ofrecían su amistad cuando era pecadora, rechazan ahora cruelmente que viva con rectitud. Por eso, el alma recta que tiende a Dios soporta en su carne las batallas en las que antes yacía complaciente, cuando estaba esclavizada por los vicios. Vuelven a la memoria los placeres de antaño y afligen la mente en grave enfrentamiento. Pues bien, como al temer la fatiga transitoria somos librados del dolor perpetuo, oportunamente se añade:

XXVI **43.** *De seis tribulaciones te librará y a la séptima no te tocará el mal.* ¿Qué designa el número seis, al que sigue el siete, sino la actividad y desarrollo de la vida presente? Después de crear todas las cosas, Dios creó al hombre el sexto día *y el séptimo día descansó*[79]. El séptimo día no tiene tarde porque no hay fin con el que se cierre el descanso subsecuente. Hechas todas las cosas viene el descanso, porque tras las buenas obras de la vida presente llega la recompensa de la quietud eterna. De seis tribulaciones nos libra el Señor y a la séptima no nos toca el mal, porque nos aflige con los trabajos de la vida presente instruyéndonos en su paternal bondad y cuando llegue el juicio apartará de nosotros el castigo, de modo que nos llevará a la salvación con tanta más seguridad cuanto más duros sean ahora los flagelos con que nos prueba. Enumerando los males de la vida presente y los auxilios de la protección divina, añade:

XXVII **44.** *Durante el hambre te sacará de la muerte y en la guerra del alcance de la espada.* Así como el hambre biológica consiste en sustraer al cuerpo el sustento, así también el hambre del alma consiste en el silencio de la Palabra divina. Rectamente se dice por el profeta: *Mandaré hambre a la tierra, mas no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios*[80]. Cuando la mente humana abando-

79. Gn 2, 2. 80. Am 8, 11.

na la Palabra de Dios, la tentación de la carne se hace fuerte contra ella, por eso añade: *Y en la guerra del alcance de la espada*. Padecemos una guerra cuando somos asaltados por las tentaciones de nuestra carne. Sobre este combate se dice por el salmista: *Cubres mi cabeza el día de la batalla*[81]. Cuando los malvados sufren el hambre de la Palabra de Dios, son traspasados por la espada en la batalla, por eso el Señor libra a sus elegidos de la muerte durante el hambre y en la batalla los esconde de la espada, porque alimentando sus almas con el sustento de su Palabra, los hace fuertes frente a las tentaciones del cuerpo. No obstante, hay algunos que, aunque han sido restablecidos del hambre interior por la Palabra de Dios y ya están afianzados por la virtud de la continencia contra la guerra de las tentaciones, temen todavía ser atacados por las calumnias de los hombres y, a menudo, mientras tiemblan ante las flechas de sus lenguas, se estrangulan con el lazo del pecado. De ahí que siga:

XXVIII **45.** *Estarás a cubierto del flagelo de la lengua.* Flagelo de la lengua es la injuria pronunciada como reproche. Hieren con el flagelo de la lengua a los buenos quienes los persiguen burlándose de sus obras. Con frecuencia, la lengua, al insultar, se ocupa de la acción buena y actúa como un flagelo, porque hiere la espalda de la mente tímida. El profeta veía cómo este flagelo de la lengua atacaba la mente del elegido cuando prometiendo el auxilio divino, decía: *Él te librará del lazo del cazador y de la espada funesta*[82]. Los cazadores no buscan otra cosa que carne. Somos librados del lazo del cazador y de la palabra funesta cuando superamos las insidias de los carnales y despreciamos la vergüenza de las burlas. Palabras funestas son las de los que se oponen en nuestros buenos caminos. Evadir la aspereza de las palabras significa aplastar con la indiferencia las bur-

81. Sal 140, 8.

82. Sal 91, 3.

las de nuestros detractores. El alma santa está a cubierto del flagelo, porque como en este mundo no busca la alabanza de los hombres, tampoco siente las injurias de sus detractores. No obstante, hay algunos que desprecian ya las palabras de los que le insultan, que hacen caso omiso a sus burlas y, sin embargo, sienten miedo todavía ante las penas y torturas corporales. Y es que, el antiguo enemigo, para alejarnos de la recta intención, nos ataca de muchas maneras y nos tienta con el hambre de la Palabra, con el combate de la carne, con el flagelo de la lengua, con la desgracia de la persecución. El que está en camino de perfección, cuando vence en sí los vicios, se ciñe al momento la mente contra las heridas de la pasión, de ahí que añada:

XXIX **46.** *No temerás la calamidad cuando llegue*. Los santos, conscientes de estar luchando contra un adversario de muchas caras, se disponen para el combate también de muchas maneras. Contra el hambre cuentan con el sustento de la Palabra divina, contra la espada con el escudo de la continencia, contra el flagelo de la lengua con la protección de la paciencia, contra el daño de una calamidad exterior con el auxilio del amor interior. Sucede así de modo admirable que cuanto más numerosas son las formas en que el astuto enemigo tienta, mayor es la riqueza de virtudes con las que el soldado de Dios se apresta. Y como los elegidos, mientras aguantan con fortaleza los combates de la vida presente, se preparan una defensa segura frente al terror del juicio final, rectamente continúa:

XXX **47.** *En la ruina y el hambre te reirás*. Los culpables sufrirán la ruina y el hambre cuando, condenados en el juicio final, sean apartados de la visión del Pan eterno. Está escrito: *El impío será quitado de en medio para que no vea la gloria de Dios*[83]. El mismo Señor dice: *Yo soy el pan vivo*

83. Is 26, 10.

*que ha bajado del cielo*[84]. La ruina y el hambre atormentan al mismo tiempo a los que además de sentir los tormentos por fuera mueren por dentro con la peste del hambre. La gehenna devasta porque quema, el hambre mata porque el Redentor esconde su rostro de ellos. Reciben una recta recompensa por dentro y por fuera, porque los miserables pecaron con el pensamiento y con las obras. Con razón se dice por el salmista: *Harás de ellos como un horno de fuego, el día de tu rostro; el Señor los destruirá con su ira y el fuego los devorará*[85]. Lo que el fuego devora se enciende desde el exterior, un horno, sin embargo, se inflama desde el interior. Por tanto, todos los injustos el día del rostro del Señor se convertirán como en un horno de fuego y el fuego los devorará, porque al aparecer el Juez la multitud de esos injustos será alejada de su visión y dentro arderá su conciencia por el deseo y fuera la gehenna atormentará su carne.

**48.** Por *flagelo de la lengua* se puede también entender la sentencia de la última condena con la que el Juez severo dice a los culpables: *Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*[86]. El justo es preservado del flagelo de la lengua y de la calamidad que se acerca, porque aquel día, ante tan severa sentencia, se verá confortado con la voz amiga del Juez que le dirá: *Estuve hambriento y me disteis de comer; estuve sediento y me disteis de beber; fui forastero y me hospedasteis; estuve desnudo y me vestisteis; en la cárcel y fuisteis a verme*[87].

El justo reirá en medio de la ruina y el hambre, porque, cuando el castigo último golpee a todos los inicuos, se alegrará con la gloria de la recompensa merecida. Entonces tampoco sentirá ya sentimientos de compasión humana por los condenados, porque adhiriéndose a la justi-

84. Jn 6, 41.
85. Sal 21, 10.
86. Mt 25, 41.
87. Mt 25, 34-36.

cia divina por la visión quedará robustecido con el inquebrantable vigor del rigor divino. No habrá ya misericordia alguna que afecte a las mentes de los elegidos elevadas a la claridad de la rectitud suprema, porque la altitud de la bienaventuranza los hace ajenos a las miserias. Rectamente dice el salmista: *Los justos lo verán y temerán; se reirán de él y dirán: «Ése es el hombre que no puso a Dios como auxilio»*[88]. Los justos ahora ven y temen a los inicuos, entonces serán vistos y reirán. Aquí los temen porque, en cierto modo, pueden caer en su imitación. Allí no tienen compasión porque no pueden ayudar a los condenados. Que no deban tener misericordia a los entregados al suplicio eterno lo leen en la misma justicia del Juez por la que son dichosos; disminuiría la calidad de la dicha recibida si llevados al Reino quisieran que se cumpliera lo que es imposible; cosa que, por lo demás, es impensable. Todo el que se conduce según los preceptos que dan la vida, antes de recibir los premios eternos, saborea ya aquí las primicias de aquella seguridad que tendrá para siempre; no teme ya al antiguo enemigo ni, al llegar la muerte, le aterrorizan sus violentos ataques. El inicio, pues, de la recompensa del justo es, muchas veces, la seguridad de la mente ante la muerte. De ahí que añada:

XXXI **49.** *No temerás a la bestia de la tierra*. El astuto adversario es llamado *bestia de la tierra*, porque en el momento de la muerte se lanza con cruel violencia para arrebatar las almas de los pecadores. Engaña con lisonjas a los vivos, rapta con crueldad a los que mueren. Contra él, el Señor, refiriéndose a la Iglesia de los elegidos, promete por medio del profeta: *La mala bestia no transitará por ella*[89]. Al morir temen a la bestia de la tierra los que estando vivos no temen la potencia de su Creador. Sin embargo, los san-

88. Sal 52, 8-9.

89. Is 35, 9.

tos, como se someten en lo más íntimo al temor divino, pierden el peso del temor al venir el adversario. El salmista ruega al Señor diciendo: *Que no arrebate como un león mi alma*[90]. Y en otro lugar: *Escucha, oh Dios, mi oración en la tribulación; aleja mi alma del temor del enemigo*[91]. Mientras viven, temen con perfección al Juez para que al morir no tengan miedo al acusador. Por eso se dice: *No temerás a la bestia de la tierra*. Como si claramente dijera: «Si ahora no eres vencido por el enemigo seductor, luego no lo temerás en su crueldad». Ahora bien, cuando se vive rectamente se ha de tener gran cuidado para que la mente, despreciadas algunas cosas, no se gloríe de su singularidad. Por eso, oportunamente, se trae a la memoria el bien social, cuando se añade a continuación:

XXXII 50. *Con las piedras de las regiones harás un pacto*. Así como en el mundo hay distintas regiones, así también las Iglesias de los gentiles, profesando una misma fe, se dividen en diversidad de lenguas y costumbres. ¿Qué son las piedras de las regiones sino los elegidos de las diferentes iglesias? A ellos se les dice por la voz del primer constructor: *También vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción de un edificio espiritual*[92]. Refiriéndose a ellos, el Señor promete a la santa Iglesia por medio del profeta: *Mira que yo coloco tus piedras en orden*[93]. Así pues, el que vive rectamente establece un pacto con las piedras de las regiones porque superando los deseos del mundo, sin duda, liga su vida a la imitación de los santos que le han precedido. Pero cuando se separa de la actividad del mundo, crecen los ataques de los espíritus malignos, los cuales, sin embargo, cuanto más arrojan a uno a la amargura, tanto más humildemente lo someten al Creador. Sigue:

90. Sal 7, 3.
91. Sal 64, 2.
92. 1 P 2, 5.
93. Is 54, 11.

XXXIII **51.** *Las bestias de la tierra serán para ti pacíficas.* Nótese, ante todo, que no se dice «pacificadas» sino *pacíficas*, pues no es que estén en paz sino que producen paz. Los enemigos astutos, cuando atacan, afligen; pero la mente afligida ama el retorno a la patria eterna tanto más cuanto más vive fatigada en este amargo exilio y más sinceramente se humilla ante la gracia de su Creador cuando más reflexiona en las crueles insidias que dirigen contra ella los enemigos. Las bestias de la tierra son pacíficas para los elegidos, porque los espíritus malignos, al atacar los corazones de los buenos, los inducen sin querer al amor de Dios. Por eso, ahí donde los adversarios emprenden una lucha más recia contra nosotros, ahí mismo se produce una paz más firme en nuestra relación con Dios.

**52.** Por *bestias de la tierra* se pueden también entender los movimientos carnales: mientras persuaden a nuestra mente para que caiga en lo irracional, se levantan contra nosotros como auténticas bestias. Ahora bien, cuando el corazón se somete a la ley divina, también los estímulos de la carne se aplacan, de modo que aunque bramen por lo bajo tentando, no logran el efecto de sus obras al no poder desfogar su rabia con claros mordiscos. ¿Quién puede domar plenamente estas bestias de la tierra mientras vive todavía en una carne corruptible, si el mismo predicador egregio que fue raptado al tercer cielo, dijo: *Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me conduce cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros*[94]? Una cosa es ver a estas bestias actuando en el campo salvajemente y otra tenerlas aullando en la cueva del corazón. Reducidas en el claustro de la continencia, aunque rujan tentando, no logran asestar el mordisco de la obra ilícita, como ya hemos dicho. Así pues, las bestias de la tierra son pacíficas, por-

94. Rm 7, 23.

que los movimientos carnales, aunque se agiten por los deseos, no nos atacan con acciones claramente contrarias.

Aun cuando a las bestias se las llama pacíficas, no hay inconveniente para que interpretemos este versículo en relación con lo que hemos dicho de los espíritus malignos. Y es que los movimientos carnales provocan la paz en nuestra relación con Dios cuando en la tentación se contradicen. La mente del justo, cuando tiende a los bienes supremos, se fatiga a causa de la grave batalla que se libra en su cuerpo corruptible. Si en alguna ocasión cualquier mínima delectación de este mundo le frena en sus deseos celestes, se siente estimulado por la misma tentación a amar con todo su corazón Aquel bien que ninguna contradicción puede perturbar. Sucede entonces que trae a la memoria la quietud íntima y, rehuyendo las tentaciones carnales, suspira con amor pleno a ella. Se siente empujado por la tentación a considerar de dónde ha caído quien después de perder la paz de Dios siente surgir en su interior la discordia; entonces, ve de forma más clara lo que ha perdido del seguro amor de Dios, una vez que se ha relajado y ha encontrado en sí la disputa. Por tanto, las bestias de la tierra nos otorgan la paz, porque los movimientos carnales, mientras nos laceran con la tentación, nos empujan al amor de la quietud interior. Rectamente añade:

XXXIV **53.** *Sabrás que tu tienda gozará de paz*. En la Sagrada Escritura se habla de una paz plena y de una paz iniciada. La Verdad entregaba a sus discípulos la paz iniciada cuando decía: *Mi paz os dejo, mi paz os doy*[95]; Simeón deseaba la paz plena cuando rogaba diciendo: *Ahora, Señor, según tu palabra, puedes dejar a tu siervo irse en paz*[96]. Nuestra paz se inicia con el deseo del Creador, se completa con la visión manifiesta. Será plena cuando nuestra mente

95. Jn 14, 27. 96. Lc 2, 29.

no esté cegada por la ignorancia ni se vea afligida con los combates de la carne. Pero como tocamos las primicias cuando sometemos la mente a Dios y la carne a la mente, se dice que la tienda del justo gozará de paz, porque el cuerpo en el que habita el alma bajo la regla de la justicia, refrena los perversos movimientos de los deseos. Mas ¿de qué sirve dominar la carne con la continencia si el alma no sabe ensancharse hasta el amor del prójimo por la compasión? Nada vale, en efecto, la castidad del cuerpo a la que no acompaña la ternura del alma. Por eso, tras la paz de la tienda, sigue:

XXXV **54.** *Y visitando tu imagen no pecarás.* La imagen del hombre es otro hombre. Rectamente se llama a nuestro prójimo imagen nuestra, porque en él vemos lo que nosotros mismos somos. Para visitar al prójimo corporalmente dirigimos hacia él nuestros pasos; para hacerlo espiritualmente, no vamos con los pasos sino con el afecto. Por tanto, visita su imagen todo el que tiende con los pasos del amor a aquel que ve semejante a sí por naturaleza; considerando en el otro sus propias cosas, deduce de sí mismo cómo debe condescender a la debilidad del otro. Visita su imagen quien se piensa en el otro para restaurar al otro en sí.

Cuando la Verdad describía sus obras por medio de Moisés, indicaba lo que había que hacer, diciendo: *Produjo la tierra hierba que verdeaba y daba semilla según su género y árboles que producían fruto y tenían semilla cada uno según su especie*[97]. El árbol produce semilla según su especie cuando nuestra mente considera al otro a partir de sí y da a luz el germen de la obra recta. De ahí que cierto sabio dijera: *No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti*[98]. El Señor dice en el evangelio: *Lo que queráis que os hagan los hombres a vosotros, hacedlo vosotros a ellos*[99].

97. Gn 1, 12.
98. Tb 4, 15.
99. Mt 7, 12.

Como si claramente dijera: «Visitad en el otro vuestra propia imagen y reconoced en vosotros mismos lo que debéis ofrecer a los demás».

Pablo dijo: *Con los judíos me he hecho judío para ganar a los judíos; con los que están bajo la ley, como quien está bajo la ley, aun sin estarlo, para ganar a los que están bajo ella. Con los que están sin ley, como quien está sin ley para ganar a los que están sin ley, no estando yo sin ley de Dios sino bajo la ley de Cristo.* Y poco después: *Me he hecho todo a todos para ganar, sea como sea, a algunos*[100]. Sin embargo, el egregio predicador, para hacerse como los judíos, no cayó en la incredulidad, ni para hacerse como los que están bajo la ley volvió al sacrificio de carne, ni para hacerse todo a todos pasó de la sencillez de espíritu a la confusión del error. Por condescendencia se acercó a los infieles sin caer en sus pecados; así, aceptando a cada uno de ellos y transformándose en cada uno, aprendió por la compasión a comportarse con los demás como él hubiera querido que se comportaran con él y más sinceramente recurrió a cada uno de los errantes habiendo aprendido a partir de la propia consideración el modo de salvarlos. Por eso se dice: *y visitando tu imagen no pecarás*, porque se vence plenamente el pecado cuando de su propia semejanza cada uno aprende cómo dilatarse en el amor al prójimo.

Cuando la carne domina los vicios y el alma se ejercita en las virtudes, queda que cada uno enseñe con su palabra la vida que ya lleva con su comportamiento. Recoge los frutos abundantes de la predicación quien planta, en primer lugar, las semillas de las buenas obras. De ahí que, después de la paz de la tienda y de la visita de nuestra imagen, rectamente añada:

100. 1 Co 9, 20-22.

XXXVI **55.** *Sabrás que tu descendencia es numerosa y tus vástagos como la hierba de la tierra.* Después de la paz de la tienda y de la visita de la imagen, surge la descendencia abundante del justo, porque tras la mortificación de los miembros y la grandeza de costumbres, la palabra de la predicación se hace tanto más fecunda cuanto más abundante es la cosecha de obras buenas con la que prepara en su corazón dicha predicación. Tiene facilidad para hablar rectamente quien dilata lo más íntimo de su corazón con el compromiso por vivir santamente. La conciencia no se opone al que habla cuando la vida va por delante de las palabras. Por eso los egipcios que estaban dedicados al servicio público, siendo José administrador, se humillaron entregándose al derecho real y obtuvieron el grano para la siembra[101]. También nosotros, como hombres libres, recogemos los frutos para la comida cuando nos nutrimos de la Palabra sagrada y, sin embargo, en nuestros placeres vagamos todavía buscando lo que en este mundo nos apetece. Nos hacemos siervos y recibimos grano para la siembra, porque al someternos plenamente a Dios quedamos también repletos con la palabra de la predicación.

Cuando se pronuncia una santa predicación, se engendra una gran descendencia de fieles, por eso, después de aludir a la abundante descendencia, añade: *Y tus vástagos como la hierba de la tierra.* La progenie del justo se compara a la hierba de la tierra porque el que nace de su imitación, mientras abandona la gloria reseca de la vida presente, verdea con la esperanza en la eterna. En verdad, la progenie del justo brota como la hierba porque al mostrar con su vida lo que afirma predicando, surge una multitud innumerable de seguidores. Todo el que desprecia ya los deseos terrenos, todo el que dilata su corazón con obras de vida activa, no con-

101. Cf. Gn 47, 20-26.

sidera nunca suficiente realizar grandes obras exteriores si no consigue penetrar por la contemplación también en los bienes interiores. De ahí que siga oportunamente:

XXXVII **56.** *Entrarás en el sepulcro con abundancia como se hacinan las gavillas a su tiempo.* ¿Qué designa el sepulcro sino la vida contemplativa que nos entierra, como muertos a este mundo, escondiéndonos de los deseos terrenos en la intimidad de Dios? Estaban muertos a la vida exterior y sepultados por la contemplación aquellos a los que Pablo decía: *Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*[102]. La vida activa es como un sepulcro[103], porque nos cubre, como muertos, de las acciones perversas, pero la vida contemplativa nos entierra de forma más perfecta porque nos separa totalmente de todas las actividades del mundo.

Todo el que ya domina los ataques de la carne, debe todavía ejercitar su alma con el compromiso en obras santas. Todo el que ya ha dilatado su alma con obras santas debe todavía ensancharla hasta los secretos de la contemplación íntima. No es, por tanto, predicador perfecto quien deja las obras que ha de hacer para dedicarse a la contemplación o quien pospone la contemplación debida para entregarse a la acción.

Se dice que Abrahán enterró a su mujer difunta en un doble sepulcro[104], porque el predicador perfecto esconde su alma, muerta a los deseos de la vida presente, bajo la cubierta de las buenas obras y de la contemplación. Al amparo de la vida activa y de la contemplativa, el alma, que antes

102. Col 3, 3.

103. La expresión «vida activa» (*vita activa*) designa en Gregorio «la vida consagrada al provecho del prójimo» (*per activam igitur vitam prodesse proximis*): *Reg Past* I, 7 (BPa 22, 175); se entiende, por tanto, dentro de los estados de perfección, en oposición a «vida contemplativa»; cf. *Hm Ez* II, 2, 8 (CCL 142, 230).

104. Cf. Gn 23, 19-20.

sentía los deseos del mundo y vivía como si estuviera muerta, permanece oculta, casi insensible a las concupiscencias de la carne.

Por la misma razón, el Redentor del género humano realiza milagros en las ciudades durante el día y se entrega a la oración en un monte durante la noche, para indicar al perfecto predicador que no debe abandonar por completo la vida activa movido por el amor a la contemplación, ni debe descuidar del todo los gozos de la contemplación entregado a una excesiva contemplación; en la quietud de la contemplación debe sorber lo que al hablar comunicará al prójimo. Por la contemplación se eleva al amor de Dios, por la predicación hace bien al prójimo.

Cuando se inmola una vaca en sacrificio, Moisés prescribe que sea ofrecida con leña de cedro, hisopo y doble grana[105]. Inmolamos una vaca cuando acabamos con la lascivia voluptuosa de la carne. La ofrecemos con leña de cedro, hisopo y grana, porque con la mortificación de la carne hacemos arder el sacrificio de la fe, la esperanza y la caridad. Con el hisopo purificamos nuestro interior. Pedro dice: *Purificó sus corazones con la fe*[106]. La leña de cedro no se corrompe, porque la esperanza en los bienes celestiales no mengua. Afirma Pedro: *Nos ha regenerado a una esperanza viva mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible*[107]. La grana da color rojo a la llama, porque la caridad enciende a quien colma. La Verdad dice en el evangelio: *He venido a traer fuego a la tierra*[108]. Se manda que la ofrenda se haga con doble grana para que ante los ojos del Juez interior, nuestra caridad se coloree con el amor a Dios y al prójimo. De esa forma, el alma convertida ni

105. Cf. Nm 19, 6.
106. Hch 15, 9.
107. 1 P 1, 3-4.
108. Lc 12, 49.

ama la quietud por amor a Dios de tal manera que reniegue del cuidado y provecho del prójimo, ni se entrega a las ocupaciones por amor al prójimo de modo que, dejando completamente la quietud, apaga en sí el fuego del amor de Dios. Así pues, todo el que ya se ha ofrecido en sacrificio a Dios, si quiere ser perfecto, debe procurar recorrer no sólo las llanuras de la actividad sino también las cimas de la contemplación.

**57.** Es además muy importante tener en cuenta que existe gran diferencia entre los diferentes caracteres. Hay algunas personas con mente tan distraída que en cuanto se ponen a realizar un trabajo, sucumben nada más empezar; otros son tan inquietos que si dieran vacación a su trabajo, se cansarían mucho más porque soportan en su corazón el alboroto tanto peor cuanto más se dedican a la meditación. Por eso, es necesario que el alma quieta no se dilate ejercitándose en acciones inmoderadas ni la inquieta se sienta angustiada esforzándose en la contemplación.

A menudo, los que podían contemplar a Dios en la quietud han caído presos en las ocupaciones; y los que podían vivir rectamente ocupándose en obras de beneficencia perecen por la espada de su quietud. Algunos espíritus inquietos, buscando en la contemplación más de lo que alcanzan a comprender, caen en opiniones perversas y, despreciando ser discípulos humildes de la Verdad, se convierten en maestros del error. Por eso dice la misma Verdad: *Si tu ojo derecho te hace tropezar, sácatelo y échalo fuera de ti; más te vale entrar con un solo ojo en la Vida que ser arrojado con los dos ojos en la gehenna del fuego*[109]. Cuando se mantienen en el alma las dos vidas –la activa y la contemplativa–, vienen a ser como los dos ojos de la cara. El ojo derecho es la vida contemplativa, el izquierdo la activa. Hay algu-

109. Mt 18, 9.

nos, como hemos dicho, que no logran comprender distintamente las realidades espirituales sublimes y, sin embargo, se entregan a ellas por medio de altas contemplaciones. Actuando así se deslizan en el error de una equivocada comprensión, cayendo en la fosa de la incredulidad. De esa forma, los que podían haber conservado humildemente el estatuto de su rectitud con solo la vida activa, al asumir una vida contemplativa superior a sus propias fuerzas, se alejan forzosamente de la verdad. A ellos dirige la Verdad las palabras que hemos dicho: *Si tu ojo derecho te hace tropezar, sácatelo y échalo fuera de ti; más te vale entrar con un solo ojo en la Vida que ser arrojado con los dos ojos en la gehenna del fuego*. Como si claramente dijera: «Cuando después de un adecuado discernimiento veas que no vales para la vida contemplativa, mantente con más seguridad sólo en la activa. Y cuando desfallezcas ante alguna gran empresa que hayas escogido, conténtate con lo poco que realizaste; así, si ves que te precipitas al abandono del conocimiento de la verdad por haber asumido la vida contemplativa, podrás al menos entrar tuerto en el Reino de los cielos gracias a la sola vida activa».

En otro lugar se afirma: *Quien escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una piedra de molino de las que mueven los asnos y le hundan en lo profundo del mar*[110]. ¿Qué representa el mar sino este mundo y qué la piedra de molino sino la actividad terrena? Cuando ésta aprieta el cuello del alma con deseos vanos, la hace deambular entre fatigas. Y es que hay algunos que, al abandonar las acciones terrenas y pretender embarcarse en los compromisos de la contemplación por encima de las fuerzas de su inteligencia, desdeñando la humildad, no sólo se precipitan en el error sino que además

110. Mt 18, 6.

alejan a los débiles de la unidad de la quietud. Por eso, a quien escandaliza a uno de los más pequeños más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y que lo arrojaran al mar; hubiera sido más fácil para la mente perversa dedicarse a los asuntos terrenales ocupada en las cosas del mundo, que entregarse a la perdición de muchos empeñándose en la contemplación. Además, si a las mentes de algunos no les fuera mejor la vida activa que la contemplativa, el Señor nunca hubiera dicho por el salmista: *Paraos y ved que yo soy Dios*[111].

**58.** Debe saberse que, con frecuencia, el amor empuja a las almas perezosas a actuar y que el temor refrena a las inquietas en la contemplación. Ancla del corazón es el peso del temor. A menudo las olas de los pensamientos sacuden el alma, pero gracias a los lazos de la disciplina, se mantiene firme y la tempestad de la inquietud no provoca el naufragio, porque la caridad perfecta la tiene amarrada al muelle del amor divino. Necesario es, entonces, que todo el que se entrega a los compromisos de la contemplación, primero se pregunte a sí mismo con gran sutileza hasta dónde llega su amor. La fuerza del amor es como una máquina elevadora para la mente: la separa del mundo y la lleva a las alturas[112]. Discierna antes si con el amor alcanza a comprender los misterios que desconoce o si con el temor sabe venerar los que no comprende. Si el amor no empuja la mente a la contemplación, la torpeza de su tibieza la oscurece; si el temor no la agrava, el sentimiento la eleva por la vanidad a la tiniebla del error. Cuando se retarda la apertura de las puertas cerradas de sus secretos, el alma es expulsada lejos de ellas debido a su presunción, porque desea irrumpir sin indagar en aquello que busca; cuando la mente

111. Sal 46, 11.
112. Cf. *Mor* 1, 48; *Ex Cant* 2 (CCL 144, 3-4).

soberbia percibe el error en lugar de la verdad, ya no tiende con sus pasos al interior, sino que se orienta al exterior.

El Señor, para entregar la ley, descendió en fuego y en humo[113], porque ilumina a los humildes con la claridad de su manifestación y oscurece los ojos de los soberbios con la densa niebla del error. Por tanto, la mente primero se debe purificar del deseo de gloria temporal y de toda complacencia en la concupiscencia carnal, y luego elevarse a la visión de la contemplación. También por eso, cuando va a recibir la ley, se prohíbe al pueblo acercarse al monte, para que quien aún desee cosas terrenas con mente débil no presuma de contemplar ya las realidades sublimes. Ahí mismo se dice: *Si un animal toca el monte, será lapidado*[114]. Un animal toca el monte cuando la mente, sometida a deseos irracionales, se eleva a las alturas de la contemplación. Debe ser lapidado porque, no aguantando los bienes sumos, recibe la muerte por los mismos golpes del peso supremo.

**59.** Así pues, quienes aspiran a alcanzar el culmen de la perfección, si desean mantener la cumbre protegida de la contemplación, deben primero ponerse a prueba en el terreno de la acción por medio del ejercicio, para ver si pueden evitar hacer el mal al prójimo y si pueden sobrellevar el mal que el prójimo les haga, y descubrir si el alma busca aún la alegría en los bienes temporales o si una tristeza le invade cuando éstos le faltan; debe luego averiguar si cuando se recogen interiormente para escuchar las realidades espirituales, arrastran todavía consigo la sombra de las cosas temporales o si, por el contrario, cuando éstas llegan las arrojan con la mano de la discreción; deben saber, por fin, si al desear entrar en la visión de la luz infinita, alejan todas sus imágenes finitas y son capaces de trascenderse a sí mismos por el anhelo de alcanzar lo que les supera.

113. Cf. Ex 19, 18. 114. Hb 12, 20; cf. Ex 19, 12-13.

Ahora se dice: *Entrarás en el sepulcro con abundancia.* El santo entra en el sepulcro con abundancia porque primero recoge las obras de la vida activa y luego oculta totalmente a este mundo el sentimiento de la carne, muerto por la contemplación. De ahí que añada: *Como se hacinan las gavillas a su tiempo.*

**60.** El tiempo primero corresponde a la acción, el último a la contemplación. Es por ello necesario que toda persona que esté en camino de perfección ejercite primero su mente con las virtudes y luego la encierre en el hórreo de la quietud. Por esta razón, también el hombre que fue liberado, por intervención del Señor, de una legión de demonios, se sienta a los pies de su Salvador, recibe las palabras de su doctrina y desea alejarse de su propia región para seguir al Autor de la salvación. La misma Verdad que le devolvió la salud, le dijo: *Vuelve primero a tu casa y cuenta todo lo que te ha hecho el Señor*[115]. Cuando percibimos, al menos un poco, del conocimiento de Dios, no queremos ya volver a las cosas humanas y rechazamos cargar con las necesidades de los demás, buscamos la quietud de la contemplación y no amamos otra cosa que no sea lo que nos restaura sin fatiga. Pero al ser curados, la Verdad nos envía a casa y nos manda contar las obras que ha realizado con nosotros para que la mente primero se ejercite en la acción y pueda luego reponerse con la contemplación.

**61.** Jacob realiza un servicio para obtener a Raquel y recibe a Lía; a él se le dice: *No es costumbre en nuestra tierra entregar en matrimonio a las menores antes que a las mayores*[116]. Raquel significa «visión del principio»[117], Lía «laboriosa»[118]. ¿Qué representa Raquel sino la vida con-

115. Lc 8, 39.
116. Gn 29, 26.
117. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 827).
118. Cf. Ibid. (PL 23, 825).

templativa y qué Lía sino la vida activa? En la contemplación se busca el Principio que es Dios; en la acción se trabaja bajo el pesado fardo de las necesidades. Raquel es hermosa, pero estéril; Lía de ojos caídos, pero fecunda; porque la mente cuando anhela descansos para contemplar, ve más pero engendra menos hijos para Dios; cuando, por el contrario, se dirige al trabajo de la predicación, ve menos pero da a luz con mayor abundancia. Jacob se llega a Raquel después de haberse unido a Lía, porque la persona perfecta se junta primero a la fecundidad de la vida activa y luego se une a la quietud de la contemplativa.

Como la vida contemplativa es menor que la activa en tiempo pero mayor en mérito, en las palabras del sagrado evangelio se refiere el caso de dos mujeres que actúan de forma diversa. María escuchaba las palabras del Redentor sentada a sus pies; Marta insistía en los servicios corporales. Cuando Marta se queja de la actitud de María, escucha: *Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas. Sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte y no le será arrebatada*[119]. ¿Qué representa María, que escuchaba las palabras del Señor sentada a sus pies, sino la vida contemplativa? ¿Qué simboliza Marta, ocupada en tareas exteriores, sino la vida activa? No se reprenden los cuidados de Marta, más bien se alaba a María, porque grandes son los méritos de la vida activa, pero mucho mayores los de la contemplativa. Por eso se dice que nunca le será quitada su parte a María, porque las obras de la vida activa pasan con el cuerpo, los gozos de la vida contemplativa aumentarán con la muerte.

El profeta Ezequiel expresa lo mismo brevemente cuando contempló los seres vivientes voladores y dijo: *Bajo las alas tenían la forma de una forma humana*[120]. ¿Qué vemos en las alas de los vivientes sino las contemplaciones de los

119. Lc 10, 41-42. 120. Ez 10, 8.

santos, alas con las que vuelan hasta las realidades sublimes y, abandonando las terrenas, se lanzan a las celestiales? ¿Qué representan las manos sino las acciones? Cuando ejercitan el amor al prójimo, las obras buenas que realizan también las administran corporalmente. Pero sus manos están bajo las alas, porque la fuerza de la contemplación supera las obras de su acción.

**62.** El sepulcro se puede interpretar no sólo como la contemplación en esta vida nuestra sino también como la quietud de la eterna e íntima recompensa. Tanto mayor descanso se encuentra en ella, cuanto más perfectamente muere en nosotros la vida de corrupción. Entra en el sepulcro con abundancia, quien después de acumular las obras de la vida presente, muerto plenamente a su condición mutable, se oculta en el secreto de la luz verdadera. De ahí que se diga por el salmista: *Los escondes en lo oculto de tu mano de la turbación de los hombres*[121]. Lo mismo se afirma con la comparación que añade luego: *Como se hacinan las gavillas a su tiempo.* El trigo recibe en la mies el impacto del sol, porque en esta vida el alma es iluminada por el resplandor de la luz suprema; recibe la lluvia, porque la palabra de la verdad la engorda; lo golpea el viento, porque es puesta a prueba con las tentaciones; con él crece la paja, porque soporta la vida de los pecadores que cada día es peor. Conducido a la era, sufre el peso de la trituración para separarlo de la paja, porque nuestra alma, cuando recibe los azotes de la corrección, se aleja más pura de la compañía de los carnales. Dejada la paja se lleva el trigo al hórreo, porque quedando fuera los culpables, el alma elegida es elevada a los gozos de la mansión suprema.

Se dice: *Entrarás en el sepulcro con abundancia como se hacinan las gavillas a su tiempo*, porque cuando llegan para

121. Sal 32, 21.

el justo los premios de la patria celeste después de la aflicción, sucede como con el trigo, que se acumula en el hórreo después de ser trillado; primero siente los golpes, pero a su tiempo halla descanso. Para los elegidos el tiempo de los otros es la vida presente. Con respecto a este tiempo dijo la Verdad a algunos que todavía no creían: *Todavía no ha llegado mi tiempo, en cambio vuestro tiempo está siempre preparado*[122]. Y en otro lugar: *Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*[123]. Así pues, entra en el sepulcro a su tiempo como el grano de trigo, porque recibe el reposo eterno quien primero aquí, para estar libre de la paja destinada al fuego, siente los golpes de la disciplina.

Elifaz, no obstante que ha hablado en su discurso de una tienda, de piedras, de bestias, de semillas, de hierbas y de un sepulcro, no ha entendido estas cosas en sentido literal, como él mismo indica al añadir lo que sigue:

XXXVIII **63.** *Todo esto es lo que hemos investigado y así es.* Es claro que con estas palabras no dice nada que se pueda entender tal cual, porque lo que se investiga no es precisamente lo que salta a la vista. Al decir que ha investigado estas cosas demuestra haber buscado en las palabras exteriores el sentido interior. Después de todo lo que ha dicho, cae en la necedad de la jactancia, porque termina diciendo:

XXXIX **64.** *Escúchalo y medítalo para tu provecho.* Por muy valiosa que sea la doctrina que una mente posee, es gran inexperiencia querer enseñar al que es mejor. De ahí que las palabras proferidas por los amigos rectamente, no sean juzgadas correctas por el Juez interior. Como no convienen al que los escucha, los reproches pierden la fuerza de su rectitud, al igual que las medicinas pierden sus virtudes cuando se aplican a miembros sanos. Por tanto, en todo

122. Jn 7, 6. 123. Lc 22, 53.

lo que se dice es necesario tener en cuenta el motivo, la oportunidad y la persona a la que se dirige. Véase, pues, si la verdad confirma las palabras pronunciadas, si la oportunidad las hace convenientes y si la calidad de la persona no se opone a la verdad de la sentencia y a la ocasión del momento. Arroja saetas en forma saludable quien se fija primero en el enemigo que desea herir; y tensa y apunta mal su arco quien, lanzando con fuerza la flecha, hiere a un civil.

# LIBRO SÉPTIMO

**6**[1]*Job tomó la palabra y dijo:* [2]*¡Ojalá se pesaran en una balanza*
*mis pecados por los que he merecido la ira y la calamidad que*
*padezco!* [3]*Serían más pesados que la arena del mar. Por eso mis*
*palabras están llenas de dolor.* [4]*Las flechas del Señor están sobre*
*mí. Su indignación consume mi espíritu; terrores se alinean en mi*
*contra.* [5]*¿Acaso ruge el onagro cuando tiene hierba? ¿Muge el*
*buey cuando está ante un pesebre lleno?* [6]*¿Se puede comer lo in-*
*sípido sin sal? ¿Quién puede gustar lo que lleva a la muerte?* [7]*Lo*
*que antes mi alma no quería tocar, por la necesidad se ha con-*
*vertido ahora en mi alimento.* [8]*¡Que se me conceda lo que pido*
*y que Dios me otorgue lo que espero!* [9]*¡El que empezó en mí su*
*obra, él mismo me destroce! ¡Que extienda su mano y acabe con-*
*migo!* [10]*Sería para mí un consuelo si, afligiéndome con el dolor,*
*no mirase por mi vida. No me opondré a las palabras del Santo.*
[11]*¿Cuál es mi fortaleza para que tenga que soportar? ¿Cuál mi*
*fin para que tenga que obrar con paciencia?* [12]*Mi fortaleza no es*
*la de las piedras ni mi carne es de bronce.* [13]*No hay auxilio para*
*mí en mí mismo; también mis familiares se han alejado de mí.*
[14]*Quien aparta del propio amigo la misericordia, abandona el*
*temor del Señor.* [15]*Mis hermanos han pasado ante mí como un to-*
*rrente que atraviesa rápido los valles.* [16]*Cae la nieve sobre los que*
*temen la escarcha.* [17]*Cuando les llegue el tiempo, morirán dis-*
*persos; al calentarse se extinguen en su lecho.* [18]*Vuelven sobre sí*
*las huellas de sus pasos; deambulan en el vacío y perecen.* [19]*Con-*
*siderad las sendas de Temán, los caminos de Saba y esperad un*
*poco.* [20]*Están confundidos porque han esperado; vinieron junto a*
*mí y se han cubierto de vergüenza.* [21]*Ahora habéis venido y al*
*ver mis llagas habéis sentido temor.* [22]*¿Acaso he dicho: Traedme*

*y dadme de vuestras riquezas, [23]o libradme de la mano del enemigo y sacadme de la mano de los robustos? [24]Enseñadme y callaré; y si he ignorado algo importante, instruidme. [25]¿Por qué me habéis detractado con discursos de verdad si ninguno de vosotros puede acusarme? [26]Preparáis discursos para increparme y lanzáis palabras al viento.*

## Sentido alegórico

I 1. Las mentes de algunos se atormentan más con los azotes que con los insultos; a otros, sin embargo, le afectan más los improperios que los golpes. Con frecuencia, los tormentos que proceden de las palabras arremeten contra nosotros más duramente que cualquier otra pena, y cuando nos incitan a defendernos nos hacen caer en la impaciencia. Por eso, para que al santo Job no le faltara ninguna tentación, no sólo le hieren los azotes de lo alto sino que es afligido también con la conversación de los amigos, provocando mayor aflicción incluso que con las llagas. De esa manera, pretendía el tentador que el alma del santo varón irrumpiera en sentimientos de rabia y orgullo, y manchase con la terquedad de un lenguaje soberbio toda la pureza de su vida. Sin embargo, Job, tocado por las desgracias, renueva su agradecimiento a Dios; acosado por las palabras, responde con rectitud; golpeado, demuestra en qué poca consideración tenía la salud corporal; hablando, indica cuan sabio era al callar.

No obstante, entre sus palabras hay algunas que parecen al juicio humano traspasar los límites de la paciencia. Entenderemos su sentido verdadero si las examinamos teniendo en cuenta la palabra del Juez supremo. Él mismo, en efecto, se fijó primero en el santo Job frente al adversario, diciendo: *¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie semejante a él en la tierra: hombre sencillo y recto, teme a Dios*

*y rechaza el mal*[1]. Luego, después de la prueba, recrimina a los amigos, y les dice: *No habéis hablado ante mí con rectitud, como mi siervo Job*[2]. Por tanto, cuando la mente dude sobre las palabras del santo Job, sopese el valor de las mismas desde el inicio hasta el final del relato, pues uno que fuera a caer o que ya hubiese caído, no podía ser alabado ni preferido por el Juez eterno. Si estamos atrapados en la tempestad de la ambigüedad, fijémonos en el comienzo y en el final del relato, de esa forma amarraremos la nave del corazón con las maromas de la meditación, como desde la proa hasta la popa, evitando que sea arrastrada a las rocas del error. No habrá tormenta en nuestra ignorancia que nos hunda si nos mantenemos en la ribera tranquila de la palabra divina. Se dice que es una cuestión no pequeña la que altera el ánimo del lector, pero ¿quién se atreverá a decir que no es recto lo que a los oídos de Dios suena recto?

II **2.** *¡Ojalá se pesaran en una balanza mis pecados por los que he merecido la ira y la calamidad que padezco! Serían más pesados que la arena del mar.* ¿A quién se designa con el nombre de *balanza* sino al Mediador entre Dios y los hombres? Él vino a pesar el valor de nuestra vida y trajo consigo, al mismo tiempo, justicia y misericordia; sobrecargando el plato de la misericordia, se apiadó de nosotros y alivió nuestras culpas. Puesto en la mano del Padre, como en balanza de admirable precisión, cargó sobre Sí, por una parte, nuestra calamidad, y, por otra, nuestros pecados. Con su muerte manifestó el grave peso de nuestra desgracia; perdonándonos, mostró cuan liviano es el pecado en comparación con la misericordia.

Esta fue la primera gracia que nos concedió: nos dio a conocer nuestra propia pena. En efecto, el hombre fue creado para contemplar al Creador, pero se alejó por voluntad

1. Jb 1, 8. 2. Jb 42, 7.

propia de los gozos interiores y cayó en la amargura de la corrupción. Aguantando la ceguera del exilio, soportaba los suplicios de su culpa y vivía en la ignorancia, hasta el punto de creer que el exilio fuese la patria y alegrarse como si gozase de la libertad de la salvación, estando como estaba bajo el peso de la corrupción. Mas Éste al que el hombre había abandonado en su interior, asumió nuestra condición y apareció como Dios al exterior; se manifestó externamente y llamó de nuevo a los bienes interiores al hombre que había sido expulsado fuera para que mirase su propio daño y llorase la pena de su ceguera[3].

Se pesa la calamidad del hombre en la balanza porque el mal que llevaba consigo no lo reconoció sino en presencia del Redentor; ignorando la luz, soportaba complacido las tinieblas de sus daños. Después de ver lo que debía amar, comprendió también de qué debía dolerse; y pues descubrió la dulzura de lo que había perdido, sintió la gravedad de lo que llevaba consigo.

Así pues, que el santo varón, arrojado fuera del claustro del silencio por las palabras de los amigos que le hablan, y lleno de la abundancia del espíritu profético, pronuncie su discurso y diga: *¡Ojalá se pesaran en una balanza mis pecados por los que he merecido la ira y la calamidad que padezco! Serían más pesados que la arena del mar.* Como diciendo claramente: «Se considera liviano el mal de nuestra condena porque todavía no ha sido pesada con el equilibrado conocimiento del Redentor. Pero ojalá venga y ponga en el plato de su misericordia la amargura de tanto exilio y nos enseñe qué debemos buscar tras este destierro. Si se nos da a conocer lo que hemos perdido, podremos reconocer la gravedad de lo que soportamos».

3. Cf. AGUSTÍN, *Sobre el libre arbitrio*, 3, 10, 30 (CCL 29, 293: *Obras*, III, BAC, Madrid [3]1963, 357).

Bien se compara la calamidad de nuestro peregrinar a la arena del mar. La arena del mar es arrastrada al exterior por el ímpetu de las olas. También el hombre que peca, sacudido por el oleaje de las tentaciones, abandona su vida interior saliendo fuera de sí. Grande es el peso de la arena del mar, pero mayor aún se dice que es el peso de la calamidad del hombre, porque se quiere mostrar la dureza del castigo frente a una culpa que el Juez misericordioso ha hecho tan liviana.

Quien reconoce la gracia del Redentor, quien ansía volver a la patria, aleccionado, gime bajo el peso de su peregrinar y tras el deseo de la balanza, rectamente añade:

III **3.** *Por eso mis palabras están llenas de dolor.* Quien ama el peregrinar en lugar de la patria, en medio de sus dolores, desconoce lo que significa el verdadero dolor. Las palabras del justo, sin embargo, están llenas de dolor, porque mientras soporta la vida presente, anhela con su hablar la patria futura; contempla todo lo que debe soportar por culpa de su pecado y para volver al estado de bienaventuranza medita con solicitud en los juicios por los que se aflige. De ahí que añada:

IV **4.** *Las flechas del Señor están sobre mí.* Las flechas designan unas veces las palabras de la predicación, otras, las sentencias de la condena. Las flechas son expresión de las palabras de la predicación, porque, al atacar los vicios, traspasan los corazones de los que viven desordenadamente. Sobre estas flechas se dice al Redentor que viene: *Agudas son tus flechas, potentísimas; los pueblos caen ante ti heridos en el corazón*[4]. Sobre Él dice también Isaías: *Mandaré a algunos de sus supervivientes a las gentes del mar, a África y a Lidia, a los que llevan flechas a Italia y a Grecia*[5]. Las flechas también simbolizan la sentencia de la condena, como

4. Sal 45, 6.

5. Is 66, 19.

cuando se dice por medio de Eliseo al rey Joás: *Dispara la flecha*; y tumbado añadió: *derrotarás Siria hasta el exterminio*[6]. Por tanto, que el santo varón, considerando la amargura de su peregrinar, gimiendo bajo los golpes de la condena del Señor, diga: *Por eso mis palabras están llenas de dolor. Las flechas del Señor están sobre mí.* Como diciendo claramente: «No gozo con el castigo del exilio, pero sometido al juicio, siento dolor, porque reconozco la fuerza de la condena». Sin embargo, son mayoría los que sufren los tormentos y no se enmiendan. Contra eso, oportunamente se dice:

V 5. *Su indignación consume mi espíritu.* ¿Qué es el espíritu del hombre sino un espíritu de orgullo? Las flechas del Señor consumen el espíritu del hombre cuando las palabras supremas del castigo reprimen la mente afligida por el orgullo. Las flechas del Señor consumen el espíritu del hombre porque atraen al interior al que vive vertido en lo exterior.

El espíritu de David se había consumido cuando decía: *Desfallece en mí el espíritu; pero tú has conocido mis sendas*[7]. Y en otro lugar: *Me he negado a que mi alma sea consolada, he hecho memoria de Dios y he sido apartado; estoy atormentado y mi espíritu desfallece por momentos*[8]. La indignación de las flechas consume el espíritu del justo, porque las palabras supremas, cuando hieren a los elegidos que encuentran en pecado, los transforman; la mente traspasada abandona su dureza y de la herida salvífica brota la sangre de la confesión. Consideran, entonces, la altura desde la que cayeron, y comprenden desde cuánta bienaventuranza se han precipitado hasta los tormentos de su condición corruptible; no sólo gimen por lo que tienen que soportar sino

6. 2 R 13, 17.
7. Sal 142, 4.
8. Sal 77, 3-4.

que temen aún más al Juez severo que amenaza a los pecadores con las llamas de la gehenna. Sigue:

VI **6.** *Terrores se alinean en mi contra.* La mente de los justos no sólo sopesan lo que ya soportan sino que además teme lo que aún le queda; ve cuáles son los males que padece en esta vida y teme para no padecer después de ésta males aún peores. Deplora haber abandonado los gozos del paraíso cayendo en la ceguera de este exilio y teme que la muerte eterna le alcance cuando abandone su destierro. Por eso, en la pena sufre ya el castigo, pero aún le aterra, por su pecado, la amenaza del juicio futuro. Con razón dijo el salmista: *Sobre mí ha pasado tu ira y tus terrores me han quebrado*[9]. Después de pasar la ira del Juez interior le quiebran los terrores, porque sufrimos ya algo del castigo y tememos todavía algo de la venganza eterna.

Así pues, que el santo varón, sopesando los males que soporta, diga: *Las flechas del Señor están sobre mí. Su indignación consume mi espíritu*; pero temiendo males peores para toda la eternidad, añada: *Terrores se alinean en mi contra.* Como diciendo claramente: «Golpeado, me duelo de los males presentes, pero mi dolor se agrava porque, cumpliendo la pena, temo todavía los suplicios eternos». Job, lleno del espíritu profético, desea ya la intervención de la balanza aunque pertenece a un pueblo gentil, por eso considera los males en que ha caído el género humano. El ardor con que el pueblo gentil y Judea tienen sed de la venida del Redentor queda demostrado con las palabras que siguen:

VII **7.** *¿Acaso ruge el onagro cuando tiene hierba? ¿Muge el buey cuando está ante un pesebre lleno?* ¿Qué representa el onagro –es decir, el asno salvaje–, sino el pueblo gentil? La naturaleza lo ha engendrado fuera del establo de la disciplina, de modo que vaga en el campo a su antojo. ¿De

9. Sal 88, 7.

qué es figura el buey sino del pueblo judío? Puesto bajo el yugo de la potestad divina, recogiendo prosélitos para la esperanza, arrastró el arado de la ley por los corazones que se ganó. Pero por el testimonio de vida del santo Job sabemos y hemos de creer que también muchos entre los gentiles esperaban la venida del Redentor. Al nacer el Señor y venir el Espíritu sobre Simeón en el templo[10], hemos aprendido con cuánto deseo los santos varones del pueblo israelita anhelaron ver el misterio de la encarnación. El mismo Redentor dice a sus discípulos: *Muchos profetas y justos desearon ver lo que estáis viendo y no lo vieron*[11].

La hierba del onagro y el heno del buey son símbolo de la encarnación del Mediador, por la que quedan saciados simultáneamente el pueblo gentil y Judea. Dice el profeta: *Toda carne es heno*[12]. El Creador de todo, asumiendo una carne de nuestra misma sustancia, quiso hacerse heno para que nuestra carne no fuera perpetuamente heno. El onagro encontró la hierba cuando el pueblo gentil acogió la gracia de la encarnación divina. El buey no tuvo vacío el pesebre cuando la ley mostró al pueblo judío la carne que había profetizado en su larga espera. Cuando nace el Señor es colocado en un pesebre, señalando así que los santos animales, que con la ley habían encontrado tan largos ayunos, eran saciados con el heno de su encarnación. Con su nacimiento llenó el pesebre quien se ofreció a sí mismo como alimento a las almas de los mortales, diciendo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él*[13]. Ahora bien, como los deseos de los paganos elegidos también habían sido diferidos mucho tiempo y los santos del pueblo hebreo habían gemido durante una larga temporada esperando su redención, el santo Job, relatando recta-

10. Cf. Lc 2, 27.
11. Mt 13, 17.
12. Is 40, 6.
13. Jn 6, 57.

mente los misterios de la profecía, alude a los motivos de la aflicción de una y otra nación, diciendo: *¿Acaso ruge el onagro cuando tiene hierba? ¿Muge el buey cuando está ante un pesebre lleno?* Como si dijera abiertamente: «El pueblo gentil gime porque la gracia de su Redentor aún no le alimenta y el mugido de Judea se prolonga porque, al tener la ley y no ver al Autor de la misma, está de pie ante el pesebre en ayunas».

Antes de que el Mediador viniera se tenía la ley de modo carnal y no espiritual, por eso continúa:

VIII **8.** *¿Se puede comer lo insípido sin sal?* En la ley, la sal de la letra es la fuerza del sentido oculto. Todo el que, atento a los preceptos carnales, no quiso entenderlos espiritualmente ¿qué otra cosa hizo sino comer un alimento insípido? La Verdad manifestada echó sal a este alimento cuando enseñó que en la ley estaba oculto el sabor de un sentido escondido, y dijo: *Si creyerais a Moisés, creeríais también en mí, porque él escribió de mí*[14]. Y: *Tened sal en vosotros y vivid en paz entre vosotros*[15]. Antes de la venida del Mediador, Judea mantenía la ley en sentido carnal, por eso el pueblo gentil rechazó someterse a unos preceptos de duras exigencias. No quiso comer un alimento insípido el que temía observar la fuerza de la ley antes de percibir el conocimiento del Espíritu. ¿Qué gentil podía soportar lo que en ella se prescribe, como cortar la carne de los hijos en obsequio a la religión o atajar con la muerte pecados cometidos con la palabra? Sigue:

IX **9.** *¿Quién puede gustar lo que lleva a la muerte?* La ley, degustada en sentido carnal, llevaba a la muerte, porque castigaba con duras penas las fechorías de los pecadores; llevaba a la muerte porque por medio del precepto dio a conocer la culpa y no la eliminó con la gracia. Pablo da

14. Jn 5, 46. 15. Mc 9, 50.

testimonio de ello cuando dice: *La ley no ha llevado nada a la perfección*[16]. Y en otro lugar: *La ley es santa y santo, justo y bueno es el mandamiento*[17]; y sigue: *El pecado, para aparecer como pecado, por medio del bien ha obrado en mí la muerte*[18]. Al convertirse a Cristo, el pueblo gentil comprende que las palabras de la ley hablan de Él; angustiado en sus propios deseos, busca espiritualmente entre los preceptos carnales a Aquel que ama ardientemente. Por eso, al momento, mediante el espíritu de profecía, añade con la voz de la Iglesia:

X **10.** *Lo que antes mi alma no quería tocar, por la necesidad se ha convertido ahora en mi alimento.* En gran error se desliza quien interpreta las palabras citadas del santo Job ciñéndose sólo al sentido literal. El santo varón, sostenido por tantos elogios de su Creador ¿qué hubiera dicho de grande y verdadero si se hubiera limitado a decir que no se puede comer el alimento insípido? o ¿quién le había ofrecido alimentos envenenados para que añadiera: *Quién puede gustar lo que lleva a la muerte*? Si entendemos estas frases referidas a los discursos de los amigos, tropezamos con la sentencia siguiente: *Lo que antes mi alma no quería tocar, por la necesidad se ha convertido ahora en mi alimento.* Es impropio pensar que el santo varón, cuando se encontraba incólume, hubiera despreciado alguna vez las palabras de sus amigos, pues como él mismo muestra, después de lo que ya sabemos, fue humilde incluso con sus siervos. Sus palabras, por tanto, no están libres de misterio, tal como podemos deducir del final de la historia y de la alabanza del árbitro interior. Además, si estas palabras no estuvieran preñadas de sentido místico, no hubieran llegado con tanta veneración hasta los confines del mundo.

16. Hb 7, 19.
17. Rm 7, 12.
18. Rm 7, 13.

**11.** Por eso, el santo Job, como miembro que es de la santa Iglesia, habla también en su nombre diciendo: *Lo que antes mi alma no quería tocar, por la necesidad se ha convertido ahora en mi alimento*, porque el pueblo gentil, una vez convertido, arde en ansias de amor y siente hambre del alimento de la Escritura antigua que antes despreciaba en su soberbia.

Si indagamos con mayor precisión, descubrimos que estas palabras también son apropiadas a la voz de Judea. Ella, en efecto, instruida en la ley y en el conocimiento del único Dios, poseía la sal y despreciaba a las demás naciones no considerándolas más que brutos animales. Como estando instruida en los preceptos de la ley, rechazaba acoger junto a sí a la comunidad de los paganos ¿qué otra cosa le producía náuseas sino comer un alimento insípido? La palabra divina había prohibido bajo pena de muerte que el pueblo israelita hiciera pactos con extranjeros y manchara la vida santa de su religión[19]. De ahí que añadiera: *¿Quién puede gustar lo que lleva a la muerte?* Los elegidos de esta Judea se convirtieron a la fe del Redentor y, por medio de los santos apóstoles, procuraron predicar la luz que habían conocido a los infieles de su mismo pueblo. La soberbia de los hebreos rechazó, sin embargo, el obsequio de su predicación. Por eso, orientó al momento las palabras de su exhortación a la captación de los gentiles, tal como dicen los mismos apóstoles: *Era necesario predicar primero a vosotros la palabra de Dios, pero como la rechazáis y os habéis hecho indignos de la vida eterna, nos hemos dirigido a los gentiles*[20]. De ahí que en nuestro pasaje rectamente se añada: *Lo que antes mi alma no quería tocar, por la necesidad se ha convertido ahora en mi alimento.* Judea despreciaba la vida de los gentiles y actuaba como si no la quisiera tocar cuan-

19. Cf. Ex 23, 32. 20. Hch 13, 46.

do rehusaba el trato con ellos; pero al llegar la gracia del Redentor, rechazada por los israelitas infieles, y dilatarse gracias a los apóstoles que acogían consigo a los gentiles, como hambrienta recibe ahora una alimento que antes había despreciado con náuseas como indigno. Aguantó las náuseas de su predicación porque había visto a los hebreos despreciar sus palabras. Pero por la necesidad comió los alimentos que en un tiempo había desechado porque, rechazada por la dureza de los judíos, desea acoger a los pueblos gentiles que había despreciado.

Con esto ya hemos expuesto el sentido alegórico, queda ahora que busquemos el moral.

### *Sentido moral*

**12.** El santo varón, deseando la venida del Redentor bajo la imagen de la balanza, mientras se da a conocer por medio de su palabra, nos instruye acerca de los trabajos de la vida; mientras narra algunas de sus acciones, nos indica las nuestras; mientras insinúa sobre sí lo que podemos reconocer, nos confirma en la esperanza a nosotros que somos temerosos y débiles. Vivimos ya gracias a la fe en el Mediador y, no obstante, soportamos todavía, para la purificación de los vicios, los duros flagelos de la corrección interior. Por eso, después del deseo de la balanza, dice:

XI **13.** *Las flechas del Señor están sobre mí. Su indignación consume mi espíritu.* Como hemos dicho más arriba, somos atravesados por el golpe de la corrección divina y, lo que es aún más grave, temblamos de terror por el castigo eterno del Juez que ha de venir. De ahí que añada: *Terrores se alinean en mi contra.*

Debe el ánimo sacudirse el miedo y el dolor, y tender únicamente al deseo de la patria eterna. Mostramos la nobleza de nuestra regeneración si amamos como Padre a

Aquel que con mente servil tememos ahora como Señor. Dice Pablo: *No habéis recibido un espíritu de servidumbre para que volváis al temor sino que habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos por medio del cual clamamos: ¡Abba, Padre!*[21]. Posponga, por tanto, el peso del temor la mente del elegido, ejercítese en la virtud del amor, desee la dignidad de su renovación, anhele la belleza de su Creador, y hasta que no logre contemplarlo, espere su eternidad, esto es, aguarde hambriento su íntimo alimento. Sigue:

XII **14.** *¿Acaso ruge el onagro cuando tiene hierba? ¿Muge el buey cuando está ante un pesebre lleno?* ¿A quiénes designa el onagro sino a quienes se encuentran en el campo de la fe sin que los ate ninguna brida de obligación? ¿Quiénes son los bueyes sino los que dentro de la santa Iglesia se encuentran atrapados bajo el yugo del orden recibido para el servicio de la predicación? La hierba del onagro y el pasto del buey es el sustento del pueblo fiel. A unos, como al buey, los retiene dentro de la Iglesia la brida del ministerio recibido; otros, como el onagro, desconocen los establos del orden sagrado y viven en el campo según su propia voluntad. Cuando uno en la vida secular arde en deseo de la visión interior, cuando ansía los pastos del sustento íntimo, cuando considerándose en ayunas en la ceguera de su peregrinar se vale de llantos para ser alimentado, actúa como el onagro, que ruge cuando no encuentra hierba. Otro soporta la obligación recibida del orden afanándose en los trabajos de la predicación; anhela ser alimentado por medio de la contemplación eterna, pero como todavía no ve la belleza de su Redentor, gime como el buey que está atado ante un pesebre vacío. Colocados lejos de la sabiduría interior, no percibimos el verdor de la herencia eterna y, como brutos animales, estamos en ayunas de

21. Rm 8, 15.

la hierba deseada. Sobre esta hierba dice el Redentor: *Si uno entra por mí se salvará; entrará y saldrá, y encontrará pastos*[22].

Con frecuencia, suele ser más grave para los que aman: la vida de los malos se opone a los santos esfuerzos de los buenos y cuando el alma es arrebatada en deseos celestiales, la intención que había comenzado rectamente, recibe el rechazo de necios que le interrumpen con sus palabras y comportamientos; así, la que ya volaba a las alturas con el auxilio de la contemplación, debe ceñirse y descender a lo más bajo para hacer frente en combate a la necedad de los malvados. De ahí que rectamente añada:

XIII **15.** *¿Se puede comer lo insípido sin sal?* Las palabras y las costumbres de los carnales se introducen en nuestras mentes como alimento para ser tragadas en el vientre del placer. Un elegido no come alimentos insípidos porque distingue los dichos y hechos de los malvados y los aleja de la boca del corazón. Pablo prohibió que se sirvieran alimentos insípidos para sustento de las almas, cuando dijo a los discípulos: *Vuestra conversación esté siempre condimentada con la gracia de la sal*[23]. También las palabras de los réprobos tenían para el salmista en la boca del corazón un sabor insípido cuando decía: *Los inicuos me han contado engaños en contra de tu ley, Señor*[24]. Las palabras de los carnales, al introducirse inoportunamente en nuestros oídos, provocan en el corazón la guerra de las tentaciones; y aunque la razón las rechace y la lengua las reprenda, sin embargo, con esfuerzo se vence por dentro lo que por fuera se juzga con austeridad. Es necesario que ni siquiera llegue a los oídos lo que la mente vigilante aleja de la entrada del pensamiento. Los santos, llenos de anhelos y deseos de eter-

22. Jn 10, 9.
23. Col 4, 6.
24. Sal 119, 85.

nidad, se elevan a tal altura de vida que consideran ya un peso deprimente y gravoso prestar oído a las cosas de este mundo. Estiman insólito e insoportable todo lo que no les suene a lo que aman en su interior.

**16.** Con frecuencia el alma ya ha sido arrebatada por el deseo hacia los bienes sublimes, ya se ha separado por completo de la conversación ociosa de los hombres terrenales, y, sin embargo, todavía no está preparada para sufrir, por amor a la Verdad, los tormentos de la vida presente; desea ya los bienes supremos, desprecia ya las necedades de aquí abajo y, no obstante, no logra todavía soportar las adversidades que le aquejan. De ahí que continúe:

XIV **17.** *¿Quién puede gustar lo que lleva a la muerte?* Duro es desear lo que atormenta, seguir lo que quita la vida. Muchas veces la mente del justo se eleva a tal culmen de virtud que no sólo domina junto a sí el arca interior de la razón, sino que además convierte con su aguante la necedad de algunos de fuera. Es necesario que toleremos las debilidades de aquellos que pretendemos ganar para la virtud de la fortaleza, porque no levanta al postrado sino quien se inclina por compasión desde su rectitud. Cuando nos compadecemos de la debilidad ajena, robustecemos vigorosamente lo que en nosotros antes eran debilidades. De esa forma, el alma, por amor a los bienes futuros, se prepara a afrontar las adversidades presentes y aguanta los tormentos corporales que antes temía. Con aumentados deseos celestiales se siente angustiada, pero cuando considera cuan dulce es la patria eterna, por ella, es capaz de amar ardientemente las amarguras de la vida presente. Por eso, después de referir el disgusto por el alimento insípido y el gusto imposible de la muerte, rectamente añade:

XV **18.** *Lo que antes mi alma no quería tocar, por la necesidad se ha convertido ahora en mi alimento.* El alma del justo, en su progreso, primero se interesaba por sus propios asuntos y encontraba disgusto al cargar con los ajenos; sen-

tía poca compasión por las debilidades del prójimo y no era capaz de sobreponerse a las contrariedades. Cuando se apresta, sin embargo, a cargar con las debilidades de los demás, logra también superar las adversidades. Así, por amor a la Verdad, desea los tormentos de la vida presente con tanta más fuerza cuanto más era su empeño anterior por no cargar con las debilidades de otros. Con su abajamiento se eleva, con su inclinación se levanta, con su compasión se robustece. Cuando se entrega al amor del prójimo se alza al Creador con tanta fortaleza como si fuera fruto de la meditación. La caridad que nos humilla hasta la fuerza de la compasión, nos levanta a mayor altura en la cumbre de la contemplación; así, dilatada el alma, arde ya en mayores deseos y anhela llegar a la vida del espíritu incluso mediante los tormentos corporales. Por eso, lo que antes no quería tocar se lo come luego por necesidad, quien, conteniendo apenas sus deseos, ama ya por amor a la patria celeste las penas que antes había temido. Si el alma se orienta a Dios con fuerte intención, todo lo amargo que encuentra en esta vida le sabe dulce y todo cuanto le aflige lo considera descanso; desea atravesar la muerte para poder obtener la vida plena; desea extinguirse aquí abajo para subir del modo más verdadero a los bienes supremos[25].

### *Sentido alegórico y moral*

Falto al decir estas cosas sobre el ánimo del justo y sobre el pensamiento del santo Job; que sea él mismo quien continúe:

25. Para el alma enamorada de Dios, la muerte es el paso gozoso a la vida plena, cf. *Mor* 1, 34; *Hm Ez* II, 1, 16. 18 (CCL 142, 221. 223); II, 2, 8 (CCL 142, 230); *Hm Ev* II, 37, 1 (PL 76, 1275).

XVI **19.** *¡Que se me conceda lo que pido y que Dios me otorgue lo que espero! ¡El que empezó en mí su obra, él mismo me destroce! ¡Que extienda su mano y acabe conmigo! Sería para mí un consuelo si, afligiéndome con el dolor, no mirase por mi vida.* ¿Acaso presenta su petición obstinadamente? ¿Acaso cuando desea ser aplastado por completo está acusando la injusticia del que le hiere? En absoluto. Las palabras que siguen muestran con qué sentimientos realiza su petición: *No me opondré a las palabras del Santo.* No murmura, pues, contra la injusticia del que le golpea quien en medio de las heridas llama santo a su golpeador. No obstante, se debe tener en cuenta que unas veces quien nos tritura es nuestro adversario y otras veces es Dios.

Con los golpes del adversario menguamos en la virtud; con los golpes que el Señor nos infringe nos apartamos de los vicios y nos robustecemos en la virtud. En este tipo de golpes se fijaba el profeta cuando decía: *Los gobiernas con cetro de hierro y como vasija de barro los quiebras*[26]. El Señor nos gobierna y destroza con el cetro, porque cuando exteriormente nos aflige con la fuerte rectitud de su Providencia, interiormente nos restaura. Al humillar la fuerza de la carne, exalta la intención del espíritu. De ahí que se tome como comparación la vasija de barro quebrada, tal como se dice también por Pablo: *Llevamos este tesoro en vasijas de barro*[27]. El apóstol, expresando al mismo tiempo el quebranto y el gobierno, dijo: *Aunque nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro ser interior se va renovando de día en día*[28].

Así pues, que el santo varón, que desea también acercarse a Dios por medio de los azotes, diga movido por el espíritu de humildad:

26. Sal 2, 9.
27. 2 Co 4, 7.
28. 2 Co 4, 16.

XVII 20. *¡El que empezó en mí su obra, él mismo me destroce!* Muchas veces el Señor empieza en nosotros a actuar la destrucción de los vicios, pero cuando el alma que progresa se enorgullece ante ese comienzo y se engríe por sus virtudes, abre la entrada contra sí al cruel adversario que penetra en lo íntimo del corazón y destruye todo buen propósito inicial que encuentra en él; tanto más vehemente se muestra en su destrucción cuanto más grave dolor provoca por tan reducido progreso. De ahí que, como atestigua el evangelio por voz de la Verdad, el espíritu que salió solo vuelve acompañado de siete a la casa de la conciencia que había abandonado[29]. Por eso, para que después de los comienzos de la corrección divina el antiguo enemigo no irrumpa y no provoque la destrucción de las virtudes, el santo varón ruega convenientemente diciendo: *¡El que empezó en mí su obra, él mismo me destroce!*. Como si abiertamente dijera: «la obra que en mí ha sido iniciada sea completada con el sufrimiento para no ser entregado indefenso al adversario que me destruirá». Sigue:

XVIII 21. *¡Que extienda su mano y acabe conmigo!* A menudo, hinchados por la confianza de una larga prosperidad, nos engreímos con cierto aire de orgullo. Cuando el Creador nos ve envanecidos y no nos hiere ejercitando su amor, es como si tuviera las manos atadas para herir nuestros vicios. ¿No es acaso su ternura lo que ataba sus manos cuando decía al pueblo pecador: *No volveré a airarme contra ti*[30], y *Mi celo se alejará de ti*[31]? *Que extienda*, por tanto, *su mano*, esto es, que ejercite su ternura. Rectamente añade: *y acabe conmigo.* Y es que cuando el dolor de un azote repentino o la tentación de la debilidad golpea nuestra seguridad y engreimiento por la virtud, al momento, el orgullo de nuestra mente cae

29. Cf. Mt 12, 45; Lc 11, 26.
30. Is 54, 9.
31. Ez 16, 42.

traspasado desde la altura de su estado, de modo que ya no osa hacer nada por sí misma sino que, postrada por el golpe de su debilidad, busca una mano que le levante.

Los santos, cuando desconfían de las obras ocultas que por disipación les avienen, temen más la prosperidad, desean ser tentados, quieren ser golpeados, para que el dolor y el temor instruyan la mente incauta; así, en el camino de este peregrinar, cuando irrumpa el enemigo con sus insidias, su seguridad no les hará caer desgraciadamente. Dijo el salmista: *Pruébame, Señor, y tiéntame*[32]; y en otro lugar: *Estoy preparado para los golpes*[33]. Las almas santas consideran que las heridas de su corrección no están exentas de podredumbre, por eso, de buen grado se ponen en las manos del médico y se preparan a recibir incisiones, para que abierta la herida salga el veneno del pecado que estaba causando la muerte dentro de la piel sana. Continúa:

XIX **22.** *Sería para mí un consuelo si, afligiéndome con el dolor, no mirase por mi vida.* Los elegidos que son conscientes de haber pecado y advierten que no han padecido ninguna contrariedad por sus maldades, se consumen bajo la fuerza de un inmenso temor, arden de espanto, se agitan con siniestras sospechas esforzándose para que la gracia no abandone para siempre a los que en la vida presente ninguna retribución ha castigado su maldad. Temen que la venganza aplazada sea más grave al final; desean ser heridos con la paterna corrección y consideran medicina salvífica el dolor de las heridas. Por eso, dice ahora: *Sería para mí un consuelo si, afligiéndome con el dolor, no mirase por mi vida.* Como si abiertamente dijera: «Puesto que aquí perdona a algunos para luego herirlos eternamente, que me hiera aquí y no me perdone a fin de ser perdonado en la eternidad. Encuentro consuelo en la aflicción, porque conociendo la

32. Sal 26, 2. 33. Sal 38, 8.

podredumbre de la corrupción humana, en medio de las heridas, vivo seguro con la esperanza de la salvación».

Que se haya expresado con mente humilde y no engreída, resulta claro –como ya hemos dicho–, por las palabras que siguen:

XX **23.** *No me opondré a las palabras del Santo.* Muchas veces, las palabras que Dios nos dirige no vienen con el sonido de los dichos sino con el efecto de las acciones. Nos habla silencioso con las obras que realiza. Por eso, el santo Job se estaría oponiendo a las palabras del Señor si murmurara contra los golpes que le asesta. Pero indica qué piensa de su golpeador –como ya hemos dicho–, soportando sus heridas y llamándolo *Santo.* Sigue:

XXI **24.** *¿Cuál es mi fortaleza para que tenga que soportar? ¿Cuál mi fin para que tenga que obrar con paciencia?* Se debe saber que una es la fortaleza de los justos y otra la de los réprobos. La fortaleza de los justos consiste en vencer la carne, negarse en los propios gustos, acabar con el placer de la vida presente, amar las asperezas de este mundo en vista de los premios eternos, despreciar los halagos de la prosperidad, superar en el corazón el miedo a la adversidad. La fortaleza de los réprobos, por el contrario, consiste en amar sin interrupción los bienes pasajeros, permanecer insensible ante los azotes del Creador, no abandonar el amor de las cosas temporales ni siquiera en la adversidad, alcanzar una gloria vana aun en perjuicio de la vida, procurar aumento de maldad, impugnar la vida de los buenos no sólo con palabras y costumbres sino también con la espada, poner la esperanza en ellos mismos, cometer maldades a diario sin que les falte el deseo para ello. Se les dice a los elegidos por medio del salmista: *Actuad con valentía y confortad vuestro corazón todos los que esperáis en el Señor*[34]. El profeta dice

34. Sal 31, 25.

a los réprobos: *¡Ay de los que sois fuertes para beber vino y valerosos para daros a borracheras!*[35]. Salomón dice que los santos contemplan el descanso interior sin que su deseo se debilite: *Es la litera de Salomón, sesenta valientes le rodean, de los más valientes de Israel*[36]. El salmista, hablando con la voz del Redentor en su pasión, dijo: *Acechan mi alma, los poderosos atentan contra mí*[37]. Isaías unió correctamente una y otra fortaleza al decir: *Los que confían en el Señor cambiarán su fortaleza*[38]. No dijo «tomarán» sino *cambiarán*, mostrando claramente que una es la que se deja y otra la que se inicia.

**25.** ¿Acaso no son también fuertes los réprobos que se entregan a tantos trabajos para satisfacer los deseos de la vida presente, que se exponen con audacia a peligros, que por enriquecerse soportan de buen grado los insultos, que no se dejan vencer por contrariedad alguna a la hora de saciar sus apetitos impuros, que se endurecen entre los azotes y por amor al mundo aguantan los males terrenos, de modo que –por así decirlo–, pierden la alegría al buscarla y, sin embargo, no se cansan de perderla?

En nombre del género humano rectamente se dice por medio de Jeremías: *Me he emborrachado con ajenjo*[39]. El que está ebrio ignora lo que sufre. Se emborracha con ajenjo, quien por amor al siglo presente pierde el uso de razón, considera leve todo lo que soporta por el mundo e ignora la amargura del trabajo que aguanta, porque se entrega de buen grado a todo lo que causa tan penosas fatigas. Por el contrario, el justo procura ser débil a la hora de aguantar por el mundo los peligros del mundo, contempla su fin, comprende que la vida presente es pasajera y rehúsa afron-

35. Is 5, 22.
36. Ct 3, 7.
37. Sal 59, 4.
38. Is 40, 31.
39. Lm 3, 15.

tar trabajos exteriores por ella, habiendo vencido en su interior sus seducciones.

Así pues, que el santo Job, preso en las adversidades de la vida presente, diga en su nombre, y en nombre de todos los justos: *¿Cuál es mi fortaleza para que tenga que soportar? ¿Cuál mi fin para que tenga que obrar con paciencia?* Como si claramente insinuara diciendo: «Me niego a soportar por el mundo los males del mundo porque no lo deseo con fortaleza. Al considerar el fin de la vida presente ¿por qué he de padecer su peso si detesto su deseo?».

Ahora bien, dado que, como ya hemos dicho, los injustos sobrellevan los trabajos con tanta mayor fuerza cuanto mayor es la avidez con que alimentan sus placeres, rectamente continúa hablando de la fortaleza de los réprobos, diciendo:

XXII **26.** *Mi fortaleza no es la de las piedras ni mi carne es de bronce.* ¿Que representan el bronce y las piedras sino los corazones de los hombres insensibles que reciben a menudo los golpes divinos y, a pesar de ello, no se ablandan bajo el látigo de ninguna disciplina? El Señor promete a los elegidos por medio del profeta: *Os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne*[40]. También Pablo dijo: *Aunque hablara la lengua de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad soy como bronce que suena o como címbalo que retiñe*[41]. Sabemos que cuando se golpean las piedras no emiten un sonido claro; el bronce, sin embargo, cuando es golpeado produce un sonido muy armonioso modelado según la percusión. Ahora bien, como carece de vida, al igual que las piedras, su sonido resulta sin sentimiento.

Hay algunos que, semejantes a las piedras, se endurecen de tal forma en los preceptos de la piedad, que cuando la corrección divina los golpea son incapaces de emitir el so-

40. Ez 36, 26; 11, 19.

41. 1 Co 13, 1.

nido de una humilde confesión. Otros, por el contrario, en nada distintos al metal de bronce, cuando reciben los azotes de la divina percusión, emiten el sonido de una pía confesión, pero como las voces de humildad no proceden del corazón, una vez recuperada la salud, ignoran lo que prometieron. Los primeros, al modo de las piedras, reciben golpes y no dan voces; los segundos, que en nada distan de la imitación del bronce, al recibir la percusión, pronuncian buenas palabras que no sienten. Unos desprecian las heridas y la veneración del que les hiere; otros, prometiendo lo que no cumplen, vocean sin vida.

Así pues, que el santo varón, rehuyendo la dureza de los réprobos en medio de las heridas, diga: *Mi fortaleza no es la de las piedras ni mi carne es de bronce*. Como confesando claramente: «Rehuyo asemejarme a los réprobos que están bajo las heridas de la disciplina, porque ni me he endurecido como las piedras hasta el punto de enmudecer bajo el estímulo de la percusión cuando debía haberme entregado a la confesión, ni resuena la voz de mi confesión como el bronce ignorando el sentido de mis palabras».

Los réprobos son débilmente fuertes para recibir el golpe y los elegidos valerosamente débiles, por eso, el santo Job, no considerando insensatamente ser fuerte, se da a conocer como fuerte por su estado de salud. Que indique, por tanto, de dónde ha recibido esta fortaleza no sea que arrogándose para sí las fuerzas que posee corra derecho a la muerte. Muchas veces la virtud poseída mata de forma aún peor que la que no se tiene, porque al elevar la mente para que se fíe de sí misma, es atravesada por la espada del orgullo; y cuando cree estar dándole vida robusteciéndola, la está elevando para matarla; de esa forma, la confianza arrastra a la muerte al alma que, por esperar en sí, se alejó de la fortaleza interior.

El santo Job rebosa en virtud y no confía en sí mismo; por decirlo así: siendo débil es fuerte; de ahí que oportunamente siga:

XXIII **27.** *No hay auxilio para mí en mí mismo.* Es manifiesto en quién ha puesto su esperanza el ánimo de este abatido que niega encontrar en sí auxilio para sí. Pero como afirma ser débil en sí mismo, para merecer una fortaleza todavía mayor, que añada también cómo ha sido despreciado por sus prójimos: *También mis familiares se han alejado de mí.* Despreciado por fuera, preside por dentro en el solio del juicio, pues cuando se declara abandonado, al momento irrumpe su sentencia, diciendo:

XXIV **28.** *Quien aparta del propio amigo la misericordia, abandona el temor del Señor.* ¿A quién designa con el nombre de amigo sino a cualquier prójimo en general que unido fielmente a nosotros, al recibir ahora de nosotros una buena acción nos auxilia luego sinceramente para obtener la patria eterna? Dos son los preceptos de la caridad: el amor a Dios y al prójimo. Por medio del amor a Dios se logra el amor al prójimo, y por medio del amor al prójimo se nutre el amor a Dios. Quien no cuida el amor a Dios, no sabe qué es amar al prójimo. Progresamos plenamente en el amor a Dios si de las ubres de su amor mamamos antes la caridad al prójimo. Y así, porque el amor a Dios engendra el amor al prójimo, el Señor que iba a decir en la ley: *Ama a tu prójimo*[42], antepuso *Ama al Señor tu Dios*[43], de manera que en la tierra de nuestro pecho, su amor hundiera primero la raíz para que luego germinara el amor fraterno en sus ramas. Y a su vez, como el amor a Dios crece unido al amor al prójimo, Juan da testimonio de ello al increpar diciendo: *Quien no ama a su hermano a quien ve ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve?*[44]. El amor divino nace por medio del temor, pero al crecer se transforma en afecto.

42. Lv 19, 18; Mt 22, 39; Mc 12, 31.
43. Dt 6, 5; 10, 12; 11, 13; Mt 22, 37; Mc 12, 30; Lc 10, 27.
44. Jn 4, 20.

**29.** Con frecuencia, para que cada uno se dé cuenta de cuan lejos está del amor al prójimo o cuánto ha progresado en él, Dios omnipotente, disponiendo todo según un orden admirable, aprieta a unos con flagelos y afianza a otros con éxitos. Cuando abandona a algunos temporalmente, manifiesta en los corazones de otros el mal que estaba oculto. Los mismos que nos persiguen cuando vivimos en la miseria, son los que sin comparación nos concedían mejor trato cuando éramos felices. Cuando se ama al que vive en prosperidad, no se sabe con seguridad si se ama a la persona o la prosperidad. La pérdida de la felicidad pone a prueba la fuerza del amor. Por eso, cierto sabio dice: *El amigo no se reconoce en la bonanza y el enemigo no se esconde en la desgracia*[45]. Ni la prosperidad descubre al amigo ni la adversidad oculta al enemigo, porque uno permanece escondido debido a nuestra distinción y otro manifiesta su descaro ante la adversidad.

Así pues, que el varón justo, que vive en medio de los azotes, diga: *Quien aparta del propio amigo la misericordia, abandona el temor del Señor*, porque quien desprecia al prójimo en su adversidad, da a entender claramente que no le amaba tampoco en la prosperidad. Cuando Dios omnipotente golpea a algunos para instruirlos y ofrece la ocasión de obrar bien a los que no golpea, si uno desprecia al que recibió el golpe, está alejando de sí una ocasión para crecer en virtud y se está erigiendo contra el Creador de inicuamente por reconocerle como bueno en la propia salud ni justo en el castigo ajeno.

El modo de hablar del santo Job debe ser también interpretado en relación con la vida de todo el pueblo elegido. Como él mismo es miembro de ese pueblo, cuando expone los sufrimientos que padece, anuncia también lo que dicho pueblo soporta, y dice:

45. Si 12 ,8.

XXV 30. *Mis hermanos han pasado ante mí como un torrente que atraviesa rápido los valles.* El alma de los réprobos sólo ama las cosas presentes, por eso, se queda ahora tan lejos de la prueba como luego lo estará de la heredad; desprecia con soberbia a los justos a los que la severidad paterna aflige con misericordia. Es verdad que, en muchas ocasiones, los réprobos profesan la misma fe que nosotros vivimos, reciben los mismos sacramentos de la fe, están dentro de la unidad de la misma religión y, sin embargo, ignoran las entrañas de compasión y no reconocen la fuerza de la caridad con las que ardemos en amor a Dios y al prójimo. Por eso se les llama rectamente *hermanos que pasan ante mí*, porque proceden como nosotros del mismo seno materno por la fe, pero no hunden sus obras en el mismo compromiso de caridad a Dios y al prójimo.

Oportunamente se los compara a un torrente que atraviesa rápido los valles. Un torrente fluye desde las montañas al llano, se forma con las lluvias del invierno y se seca con el calor estivo. Los que amando los bienes terrenos abandonan la esperanza de la patria celeste, se precipitan desde los montes hasta los valles. El invierno de la vida presente los hace crecer, pero el estío del juicio futuro los seca, porque cuando el sol de la justicia divina resplandezca, la alegría de los réprobos se convertirá en aridez.

Con razón se dice: *Atraviesa rápido los valles.* El atravesar rápido los valles del torrente representa el correr sin obstáculo y dificultad de las almas de los perversos a los deseos más bajos. Todo ascenso supone trabajo, mientras que el descenso resulta placentero, porque se tiende a los bienes superiores con costoso caminar mientras que se baja a los inferiores simplemente dejándose caer. Para llevar una roca hasta la cima de un monte se requiere gran esfuerzo, para devolverla desde la cumbre hasta el llano no se requiere ninguno; se precipita sin tardanza lo que con grandes trabajos había sido llevado a las alturas. Con prolongada dedicación

se siembra la mies, el sol y la lluvia continua la alimentan, pero basta una chispa repentina para consumirla. Poco a poco los edificios alcanzan altura, pero es suficiente un accidente inesperado para echarlos por tierra. El árbol robusto se alza por el aire con lento crecimiento, pero toda su larga y vetusta altura cae junta y a la vez. Así pues, dado que el ascenso es costoso y el descenso placentero, rectamente se dice ahora: *Mis hermanos han pasado ante mí como un torrente que atraviesa rápido los valles*. Lo cual también puede interpretarse en otro sentido.

**31.** Si por valles entendemos los más bajos lugares de las penas, los injustos atraviesan como torrentes rápidos los valles porque no pueden permanecer largo tiempo en esta vida que con tantos deseos ansían. Cada día que suman a su edad es como un paso más que los lleva a su fin. Pretenden prolongar su tiempo, pero como no pueden retener el ya concedido, cada aumento que reciben para vivir no es más que un nuevo tiempo que pierden. Huyen los momentos de tiempo que persiguen y pierden los que reciben. Atraviesan rápido los valles quienes se entregan con tiempo a deseos de placer, pero se ven conducidos de repente a las salas del infierno. Y es que este tiempo, por más que parezca extenso al anciano, toca a su fin sin ser largo. Al final, los que han vivido miserablemente comprenden qué breve fue el tiempo que tuvieron y perdieron. Afirma Salomón: *Por muchos años que viva un hombre en que todos ellos haya sido feliz, debe recordar los días de tiniebla que serán muchos; y cuando vengan le demostrarán la vanidad de su pasado*[46]. El alma necia, cuando encuentra un mal que pasa, considera eterno tenerlo que soportar, porque todo lo que le había pasado hasta entonces no era más que vanidad. No obstante, debe tenerse en cuenta que muchas veces desean actuar

46. Qo 11, 8.

rectamente pero hay algunas cosas de la vida presente que se oponen a la debilidad de sus almas y, temiendo afrontar las adversidades en medio de su pequeñez, ofenden la rectitud del Juez supremo. Sigue:

XXVI **32.** *Cae la nieve sobre los que temen la escarcha.* La escarcha se forma en la superficie, la nieve cae desde lo alto. Algunos que temen las adversidades temporales se exponen a la severidad del castigo divino. Sobre éstos se dice por el salmista: *Tiemblan de miedo donde no había miedo*[47]. Y así, uno desea ya defender libremente la verdad pero temblando en su mismo deseo teme ganarse la indignación del poder humano; y mientras en la tierra le asusta el hombre contrario a la verdad, en el cielo aguanta la ira de la Verdad misma. Otro, consciente de sus propios pecados, desea ya entregar sus bienes a los indigentes, pero teme verse necesitado de lo que él mismo quiere dar. Y mientras se reserva para sí temeroso el sustento corporal, da muerte a su alma privándola de los alimentos de la misericordia; temiendo pasar necesidad en la tierra, suprime para sí la abundancia eterna del alimento divino. Rectamente se dice: *Cae la nieve sobre los que temen la escarcha*, porque quienes temen aquí abajo las cosas que hay que eliminar, sufren de allí arriba las cosas que hay que temer; y al no querer superar lo que podían eliminar, reciben de lo alto un juicio que no pueden soportar. Los que así actúan, obtienen temporalmente la gloria del mundo. ¿Qué les ocurrirá, sin embargo, al ser llamados, cuando tengan que abandonar pávidos todos los bienes que aquí con gran temor conservaron? Sigue:

XXVII **33.** *Cuando les llegue el tiempo, morirán dispersos.* Los que están entregados a las preocupaciones de la vida presente se dispersan cuando éstas desaparecen; entonces perecerán también exteriormente los que ya habían perecido

47. Sal 14, 5.

interiormente al descuidar los bienes eternos. Sobre ellos rectamente se añade: *Al calentarse se extinguen en su lecho.* El malvado se extingue en su lecho cuando se calienta, porque acercándose al severo juicio interior, cuando empieza ya a encenderse debido al conocimiento de la pena, es apartado del placer de la carne en el que hasta entonces estaba inmerso. Contra los réprobos se dice por medio del profeta: *Sólo con tormento comprenderéis lo que os he dado*[48], porque no entienden las realidades eternas sino cuando, ya sin remedio, reciben el castigo por las temporales. Entonces el alma arde y se inflama en llamas de infructuosa penitencia, teme ser llevada al suplicio, aferra con deseo la vida presente, pero se extingue en su lecho porque, abandonando los placeres de la carne, se reblandece su dureza por el tormento.

Hemos oído que todos los malvados sufrirán cuando sean arrebatados; escuchemos ahora otras cosas referidas al espacio de la propia libertad. Sigue:

XXVIII **34.** *Vuelven sobre sí las huellas de sus pasos.* Todo lo que vuelve sobre sí, en sí mismo se repliega. Hay algunos que determinan oponerse con intención casi plena a los vicios que les seducen, pero en el momento en que irrumpe la tentación no son capaces de perseverar en su propósito.

Así, uno hinchado con una perversa arrogancia fruto de la soberbia, cuando considera la grandeza de los premios que aguarda a la humildad, se alza contra sí mismo y casi depone la hinchazón de su inflada altanería, prometiendo manifestarse humilde ante cualquier injuria. Sin embargo, en cuanto recibe el golpe de una palabra injuriosa, vuelve a su acostumbrada arrogancia y cae de tal manera en la altanería que no se acuerda ya de haber deseado el bien de la humildad.

48. Is 28, 19.

Otro, corroído por la avaricia, anhela aumentar sus bienes. Observa cómo todas las cosas pasan; fija entonces su alma que vaga entre concupiscencias, y determina en adelante no desear nada más y acumular bienes sólo bajo el freno de la moderación. Pero en cuanto se presentan ante sus ojos bienes que le placen, su alma se llena al momento de ambición, no es capaz de controlarse, busca la ocasión para conseguirlos y, olvidada la moderación que se había prometido, se llena de inquietud incitada por los pensamientos y el deseo de posesiones.

Otro, manchado por la peste de la lujuria, se ha hecho prisionero de un prolongado hábito; contempla la pureza de la castidad y comprende cuan repugnante es dejarse vencer por la carne. Decide entonces reprimir sus inclinaciones sensuales y se prepara con casi todas sus fuerzas a combatir su hábito. Pero en cuanto tiene ante sus ojos una imagen inconveniente o se le repite ésta en la memoria llevándole a la tentación, se disipa al momento su anterior disposición de ánimo; y el que había levantado el escudo de su decisión, yace confundido por el dardo del placer; y de tal manera supera la lujuria su débil resistencia que parece en realidad como si no hubiera preparado contra ella las armas de su intención.

Otro se enciende en las llamas de la ira y no se reprime al insultar al prójimo con injurias. Cuando ningún motivo de rabia toca su ánimo, considera qué gran virtud es la mansedumbre y qué elevada es la paciencia, y se modera también él pacientemente ante las injurias; pero en cuanto surge la más mínima ocasión de alboroto, se enciende en su interior poniéndose a dar voces e insultos, de modo que no sólo no trae a la memoria la paciencia prometida, sino que además ni siquiera es capaz de reconocer las barbaridades que dice. Cuando ha satisfecho plenamente su furor, vuelve entonces a estar tranquilo, como después de un gran ejercicio, y se recoge en el claustro del silencio cuando la satisfacción de su desvergüenza, y no la paciencia, pone freno a su len-

gua. Después de haber lanzado improperios se serena con dificultad, al igual que caballos desbocados cuya carrera no la frena la diestra del jinete sino el límite del campo.

Rectamente se dice sobre los réprobos: *Vuelven sobre sí las huellas de sus pasos*, porque ciertamente tras deliberar, determinan actuar con rectitud, pero vuelven a caer siempre en sus acostumbradas maldades; como expulsados fuera de sí, regresan a ellos mismos quienes deseando hacer el bien no dejan nunca de volver al mal. Quieren ser humildes sin exponerse al desprecio; contentarse con los propios bienes y no pasar necesidad; ser castos sin mortificar su cuerpo; ser pacientes sin recibir insultos; y cuando buscan adquirir las virtudes, rehuyendo los trabajos que ellas conllevan, no hacen más que pretender llevar a las ciudades el triunfo de las batallas sin afrontar en el campo los combates de la guerra.

**35.** La alusión al volver sobre las huellas puede también entenderse en otro sentido. A menudo hay algunos que se aprestan con vehemencia contra ciertos vicios pero descuidan controlar otros; como contra éstos no se levantan, tampoco se disponen contra aquellos que ya habían sometido.

Así, uno ya ha domado la lujuria en la carne, pero todavía no ha refrenado la avaricia en la mente. Mientras se mantiene en el mundo para satisfacer su avaricia sin alejarse de obras terrenas, en un momento surge la ocasión y cae también en la lujuria que pensaba haber ya sometido.

Otro vence el ardor de la avaricia, pero es incapaz de someter la fuerza de la lujuria. Mientras se dispone a pagar el precio de la lujuria, somete también la cerviz del corazón al yugo de la avaricia que durante un tiempo había dominado.

Otro ha superado ya la impaciencia rebelde, pero no ha vencido todavía la vanagloria y mientras se introduce en los honores del mundo para alcanzarla, vuelve de nuevo a ser esclavo de la impaciencia atrapado en los afanes mundanos; la vanagloria empuja entonces al ánimo a autojustificarse,

haciendo que caiga vencido en la impaciencia que ya había superado.

Otro ha sometido ya la vanagloria, pero no ha conseguido todavía dominar la impaciencia, y mientras por su impaciencia se ve amenazado por numerosos adversarios, se avergüenza de no cumplir sus palabras y vuelve a caer bajo el yugo de la vanagloria; así, vencido, tiene que soportar lo que celebraba haber superado por completo.

Por eso, vicios secundarios retienen a su fugitivo: después de haberlo perdido, lo reciben con derecho bajo su dominio y lo entregan a la venganza de un vicio contra otro. Así pues, los perversos han vuelto sobre sí las huellas de sus pasos porque cuando levantan un pie para vencer una maldad, otra los domina y quedan atrapados también en aquella que ya habían superado.

**36.** A veces vuelven sobre las huellas de sus pasos sin vencer ninguna culpa y cometiendo una por medio de otra. A menudo, en efecto, al robo se une la mentira que lo niega, y al pecado de la mentira se añade el reato del perjuro. También con frecuencia se comete cualquier vicio con impúdica presunción, y lo que es aún peor, se enorgullece del vicio cometido. Pues aunque lo corriente es que la presunción nazca del ejercicio de una virtud, a veces, sin embargo, la mente necia se engríe por la maldad cometida. Cuando se añade culpa a culpa ¿qué está haciendo el malvado sino volver sobre las propias huellas y enredar sus propios pasos entre cadenas?

Contra el alma malvada, representada en Judea, Isaías dice: *Será guarida de dragones y pasto de avestruces, se reunirán los dragones con los onocentauros, y sátiros se llamarán unos a otros*[49]. ¿Qué representan los dragones sino la malicia y qué las avestruces sino la hipocresía? El avestruz aparenta ser un animal volador, pero no vuela; así también

49. Is 34, 13-14.

los hipócritas: dan a todos una imagen de santidad pero ignoran qué es vivir en santidad. En el alma malvada se refugia el dragón y se alimenta el avestruz porque la malicia latente astutamente se oculta y simula ser bondad a los ojos que le ven. ¿De qué es figura el onocentauro sino de los lascivos y orgullosos?[50]. En griego, en efecto, *onos* significa «asno», y el asno es símbolo de la lujuria, como atestigua el profeta: *Son sus cuerpos como los cuerpos de los asnos*[51]. El toro simboliza la cerviz de la soberbia, tal como se dice por salmista, en nombre del Señor, sobre los judíos soberbios: *Toros bravos me han cercado*[52]. Por tanto, los onocentauros representan a los que están sometidos a la lujuria y levantan su cerviz cuando debían humillarse. Esclavos de los placeres carnales, lejos de todo pudor, no sólo no sienten dolor por haber abandonado la rectitud sino que además se regodean en sus acciones desordenadas. Los demonios se reúnen con los onocentauros porque los espíritus malignos sirven a los deseos de los que ven alegrarse en lo que debería ser motivo de llanto. Oportunamente añade: *Y sátiros se llamarán unos a otros.* ¿Qué son estos sátiros[53] sino lo que los griegos llaman «Pan»[54] y los latinos «íncu-

50. El onocentauro es un animal mitológico mitad asno, mitad toro. Para S. Jerónimo es símbolo del hombre desordenado; cf. *Contra Vigilancio* 1 (PL 23, 354-355).

51. Ez 23, 20.

52. Sal 22, 13.

53. El término latino es *pilosi;* el *pilosus* es un monstruo peludo, tipo sátiro o demonio peludo que habita en los desiertos. De él también se habla en Is 13, 21. Isidoro de Sevilla, como Gregorio, lo identifica con el íncubo: «Los "peludos", en griego, se llaman *panitas;* y en latín, *íncubos,* o bien *inuos,* derivado de *inire,* del trato carnal que acá y allá mantienen con animales»: *Etimologías* VIII, 11, 103 (BAC, Madrid ²1993, I, 737).

54. Pan en la mitología griega es el dios de los pastores y rebaños. Pan era hijo de Hermes (Mercurio) y de la ninfa Driope; nació con el cuerpo cubierto de vello, pies de carnero y dos cuernos en la frente.

bos»[55]? Su figura empieza con rostro humano pero termina con extremidades de animal. El sátiro representa la aspereza de cualquier pecado: aunque a veces aparente comenzar con un aspecto racional, se orienta siempre a movimientos irracionales.

El hombre termina por comportarse como una bestia cuando la culpa, empezando con apariencia racional, arrastra a un resultado irracional. A menudo el placer de la comida sirve a la gula y simula socorrer una indigencia natural; cuando lleva el vientre a la glotonería, suscita en los miembros la lujuria. Un sátiro llama a otro sátiro cuando una maldad cometida llama a perpetrar otra maldad, y, como con la voz del pensamiento, la culpa ya cometida invita a que aún otra se cometa.

Con frecuencia, como hemos dicho, la gula dice: «Si no repones el cuerpo con alimento abundante, no podrás realizar ningún trabajo de provecho». Cuando en la mente se han encendido deseos carnales, al momento, palabras de lujuria realizan su propia sugestión diciendo: «Si Dios no hubiera querido que los seres humanos no se juntaran corporalmente no los hubiera dotado de miembros aptos para tal unión». Cuando estas palabras con apariencia racional, se sugieren, arrastran la mente a desenfrenos libidinosos. Atrapada la mente, busca entonces, la protección de la mentira y de la negación, y no se considera culpable si con su mentira defiende la vida. Por eso, un sátiro llama a otro, cuando bajo apariencia de cierta racionalidad, una culpa provo-

55. Incubo se llama al demonio con apariencia de varón que tiene comercio carnal con una mujer. S. Jerónimo lo equipara al sátiro: *quos gentilitas faunos satyrosque et incubos vocans colit: Vida de san Pablo, primer eremita* 8 (PL 23, 23B); S. Agustín reconoce su equivalencia con el dios pan griego: *silvanos et panes quos vulgo incubos vocant: La Ciudad de Dios* 15, 23 (PL 41, 468: *Obras*, XVI-XVII, BAC, Madrid 1958, 1054).

cada a su vez por otra, atrapa y enreda al alma perversa. Cuando pecados ásperos y duros le deprimen, los sátiros, como convocados amigablemente en ella, la dominan y así sucede que, cada vez peor, vuelve sobre las huellas de sus pasos, mientras una culpa por medio de otra va atando al alma réproba.

**37.** Se debe saber que unas veces se ciega primero el ojo del intelecto y luego el ánimo cautivo vaga por los deseos exteriores, de modo que el alma ciega ignora a dónde es llevada y de buena gana se somete a las inclinaciones de su carne. Otras veces bullen primero los deseos carnales y, tras un largo ejercicio de acciones pecaminosas, cierran el ojo del corazón. La mente distingue las acciones rectas, pero no se enfrenta con valentía a las perversidades; al oponerse a éstas cae derrotado porque cuando juzga lo que está haciendo se deja vencer por el placer de la carne.

Muchas veces se pierde primero el ojo de la contemplación y luego se somete el ánimo por los deseos carnales a trabajos mundanos, tal como representa Sansón, capturado por los filisteos que, después de perder los ojos, fue condenado a mover la rueda[56]. Por eso, los espíritus malignos, después de haber destruido en el interior con los asaltos de las tentaciones la fortaleza de la contemplación, someten fuera al alma a fatigosos trabajos.

Como además suele también perderse la rectitud exterior para actuar aun conservando en el corazón la luz de la razón, el profeta Jeremías, narrando la cautividad de Sedecías, predice la situación de la cautividad interior, diciendo: *El rey de Babilonia asesinó a los hijos de Sedecías en Ribla ante sus ojos; el rey de Babilonia mató también a todos los nobles de Judá y le sacó los ojos a Sedecías*[57]. El rey de Babilonia es el antiguo enemigo, dueño del desorden interior,

56. Cf. Jc 16, 21.

57. Jr 39, 6-7.

que primero degüella a los hijos ante los ojos de quien mira, porque, a menudo, acaba con las obras buenas de tal manera que el mismo que ha sido capturado vea con dolor cómo las pierde. Con frecuencia el ánimo gime y, sin embargo, vencido por los placeres de la carne, pierde los bienes que con amor había engendrado, considera los daños que padece y, no obstante, no levanta el brazo de las virtudes contra el rey de Babilonia. Pero mientras es golpeado por la maldad cometida que está viendo, se deja llevar por el hábito del pecado a un momento en que se ve privado además de la misma luz de la razón. Por eso el rey de Babilonia, una vez asesinados los hijos, le sacó los ojos a Sedecías, porque el espíritu maligno, arrancadas primero las buenas obras, quita después la luz de la inteligencia. Se dice que todo esto lo sufrió Sedecías en Ribla. Ribla significa, en efecto, todo esto. Pierde finalmente la luz de la razón quien por un depravado hábito agrava la magnitud de su maldad.

Cualquiera que sea el modo en que se comete la culpa, o cualquiera que sea la ocasión para que irrumpa, los pasos de los malvados siempre vuelven sobre sus huellas, porque abandonados a depravadas concupiscencias, no desean nada bueno, o si lo desean es con mínimo deseo, no orientando nunca los pasos libres de la mente al bien. No comienzan obras rectas, o nunca las concluyen abandonándolas a mitad de camino. Sucede, por eso, muchas veces que, cansados, regresan a sus propias costumbres y, por la tensión interior de ánimo, se entregan a los placeres carnales; piensan sólo en las cosas transitorias y no les preocupa nada de lo que con ellos permanece. Sigue:

XXIX **38.** *Deambulan en el vacío y perecen.* En el vacío deambulan quienes no llevan consigo ningún fruto de su trabajo. Así, uno se afana por recibir honores, otro arde por multiplicar sus bienes, otro anhela merecer alabanzas; pero como al morir dejan aquí todas esas cosas, realizan esfuerzos en vano, pues consigo no llevan nada ante el Juez. Con-

tra esto bien se dice por la ley: *No aparezcas ante la mirada del Señor sin nada*[58]. Quien no se dispone a merecer el premio de la vida obrando el bien, se presenta ante la mirada del Señor sin nada. De ahí que se diga sobre los justos por medio del salmista: *Al volver vienen cantando trayendo sus gavillas*[59]. Van al examen del juicio llevando gavillas quienes manifiestan en sí mismo las obras rectas por las que merecen la vida. También el salmista, refiriéndose a cada uno de los elegidos, dice además: *Quien no recibe en vano su alma*[60]. Recibe en vano su alma quien pensando sólo en las cosas presentes, no atiende a las que seguirán para siempre. Recibe en vano su alma quien descuidando su vida, antepone a ella el cuidado del cuerpo.

Los justos no reciben en vano su alma porque con intención continua ordenan para su utilidad todo cuanto realizan con el cuerpo, de modo que pasada la obra no pase el motivo de la misma que prepara los premios de la vida eterna después de esta vida. Los malvados no se ocupan de estas cosas, porque deambulando en el vacío rehuyen la vida que siguen y encontrándola la pierden. La mejor forma de no imitar a los malvados consiste en meditar la condena que les espera al final. Por eso, con la exhortación rectamente se añade:

XXX **39.** *Considerad las sendas de Temán, los caminos de Saba y esperad un poco.* Temán significa «mediodía» y Saba «red». ¿Qué representa aquí el mediodía que con su calor debilita los miembros expuestos al sol sino la pérdida de fuerzas para vivir? ¿Qué simboliza la red sino la obligación de actuar? Los que desean los bienes eternos con una mente disoluta, no progresan hacia Dios con paso firme y se ven atrapados en sus propios esfuerzos desordenados;

58. Ex 23, 15; Dt 16, 16; Si 35, 6.
59. Sal 126, 6.
60. Sal 24, 4.

mientras están envueltos en las acciones desordenadas de su propio comportamiento, es como si pusieran en las mallas de una red unos pies que debían permanecer firmes. Como ya hemos dicho un poco más arriba sobre algunos que vuelven a caer en culpas ya superadas por culpa de vicios patentes y no vencidos, así también hay algunos que vuelven a vicios que habían dejado y ahora están revestidos bajo capa de honestidad o de reconocimiento público. Hay quienes no desean ya los bienes ajenos, se alejan de los asuntos de este mundo movidos por un inicial amor a la quietud, están sedientos de ser instruidos en las Sagradas Escrituras, y ansían entregarse a la contemplación de los misterios supremos. Y, sin embargo, no han abandonado todavía con perfecta libertad de ánimo las ocupaciones en asuntos domésticos, a los que se entregan lícitamente pero implicándose también en afectos ilícitos de este mundo; como desean velar esforzadamente los asuntos terrenos, abandonan el reposo del corazón que buscaban; y como se empeñan en custodiar con continua atención bienes que son pasajeros, se disipa en su ánimo la palabra de la ciencia divina que habían concebido, porque tal como afirma la Verdad, las espinas sofocan la semilla apenas nacida cuando las solicitudes inoportunas por los asuntos terrenos expulsan de la memoria la Palabra de Dios[61]. Y así, con pasos desordenados caminan en la rectitud quienes, mientras no abandonan completamente el mundo, se obligan a dar pasos sin avanzar.

**40.** Hay algunos que no sólo desean los bienes ajenos sino que además han dejado todo lo que poseían en el mundo, no se estiman en nada, no buscan ninguna gloria de la vida presente, se han alejado de los afanes de este mundo y desprecian totalmente que la prosperidad les sonría. Y, sin

61. Cf. Mt 13, 22; Mc 4, 18-19; Lc 8, 14.

embargo, atados todavía por el vínculo del parentesco carnal, al entregarse sin moderación al afecto de la familia, vuelven, debido al parentesco, a aquellas cosas que con el propio desprecio ya habían superado. Cuando aman más de lo debido a los familiares, retirados de lo exterior, se alejan del Padre del corazón. Hemos visto con frecuencia a algunos que no esperando ya nada de su propio esfuerzo y no teniendo ya ningún deseo respecto a la vida presente, han abandonado el mundo y sus obras por la profesión religiosa; y, sin embargo, por un desordenado afecto a la familia, van a los tribunales, se dedican a disputas sobre asuntos terrenos, pierden la libertad interior y reconstruyen en sí los afanes del mundo que hace tiempo habían destruido. ¿No han caído acaso en la red estos que la inicial vida de perfección había librado ya del siglo presente pero están atados por un amor desordenado a la familia?

**41.** Los que con riguroso compromiso y pasos ordenados pretenden el premio de la promesa eterna, como se desprecian a sí mismos por amor a Dios, apartan todo lo que ven que les estorba para su fin. Y como por amor a Dios deben ponerse al servicio de todos cuantos los requieren, también por amor a Dios niegan el don de su amor excluyente a sus familiares. Por eso, cuando uno dijo: *Permíteme primero ir y enterrar a mi padre*[62], en seguida oyó la voz de la Verdad: *Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú ve y anuncia el Reino de Dios*[63]. Se ha de advertir en este punto que al discípulo elegido se le impide dar sepultura al padre, lo cual es una obra de piedad que se debe cumplir por el Señor incluso con los extranjeros, mientras que, también por el Señor, no está permitido cumplirla con el propio padre por amor carnal. La Verdad dice en otro lugar: *Si quien viene a mí no odia a su padre, a su madre,*

62. Mt 8, 21.

63. Lc 9, 60.

*a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, e incluso a su propia alma, no puede ser discípulo mío*[64]. En este pasaje, en que al odio hacia la familia se le une el odio a la propia alma, se ve con claridad que debemos odiar a los familiares como a nosotros mismos para que, arrastrándolos a los bienes eternos y dejando a un lado el afecto carnal cuando éste sea un obstáculo, aprendamos a amarlos con el arte moderado de la discreción y de forma conveniente, y a odiarlos de forma saludable, de manera que por amor pueda surgir odio y podamos por ese odio amarlos del modo más verdadero. También Moisés afirma: *Quien dijo a su padre y a su madre: «no os conozco», y a sus hermanos: «no sé quiénes sois», y no sabe quiénes son sus hijos, esos guardarán tu palabra y tu alianza, y observarán tus juicios*[65]. Desea conocer de forma más familiar a Dios quien por amor a la piedad desea ignorar a los que conoció según la carne. Con grave daño viene mermada la ciencia divina si se reparte con conocimientos que proceden de la carne. Por tanto, quien desee unirse del modo más verdadero al Padre de todos, debe hacerse extraño a familiares y cercanos, de modo que pueda amar también a los que descuida saludablemente por Dios, ignorando en ellos el afecto perecedero que procede los vínculos carnales.

**42.** Debemos trabajar en favor de aquellos a los que estamos más estrechamente unidos, esforzándonos por ellos más que por los demás, incluso en asuntos temporales, porque también el fuego extiende su llama a los objetos próximos, pero prende primero ahí donde nace. Debemos reconocer los lazos terrenos de parentesco, pero debemos ignorarlos cuando obstaculicen el curso de nuestra alma, para que el ánimo fiel, encendido en afán divino, no desprecie a los que están unidos a él en la tierra y, ordenando

64. Lc 14, 26.

65. Dt 33, 9-10.

rectamente el trato con ellos, los trascienda con el amor de los bienes supremos.

Se debe, por tanto, procurar con solícito cuidado que el afecto por la familia no prevalezca y no desvíe de su camino los pasos del corazón; que no se oponga a la fuerza del amor divino y no oprima con un peso sobreañadido el alma que se eleva. Así, cada uno debe compadecerse de las necesidades de sus cercanos pero de tal forma que la compasión no recorte la fuerza de su intención; de ese modo, el afecto colmará las entrañas del alma sin alejarla de su propósito espiritual. Y no es que los santos no amen a sus parientes cercanos privándoles de lo necesario, sino que vencen en sí mismos este mismo afecto con el amor de las realidades espirituales, logrando controlarlo con moderada discreción sin que los aleje lo más mínimo de su camino recto.

Las vacas que van bajo el arca dirigiéndose a la montaña, avanzando al unísono, son para nosotros una buena imagen de los familiares cercanos. Está, en efecto, escrito: *Cogieron dos vacas que amamantaban terneros, las uncieron al carro, encerraron a sus terneros en el establo, y pusieron el arca del Señor sobre el carro*[66]. Y poco después: *Las vacas iban derechas por el camino que lleva a Bet Semes, avanzaban siempre por el mismo camino, prosiguiendo y mugiendo, no torciéndose ni a derecha ni a izquierda*[67]. Pues bien, después de encerrar los terneros en el establo, las vacas son atadas al carro que está debajo del arca del Señor, gimen y avanzan, emiten mugidos desde lo profundo y no apartan sus pasos del camino. Sienten amor por compasión, pero no giran el cuello hacia atrás. Así deben comportarse los que están bajo el yugo de la ley y llevan el arca del Señor gracias a la ciencia interior: condoliéndose de las necesidades de sus familiares, no deben desviarse del camino de rec-

66. 1 S 6, 10-11.

67. 1 S 6, 12.

titud iniciado. Por su parte, Bet Semes significa «casa del sol»[68]. Dirigirse hacia Bet Semes llevando el arca, significa aproximarse con la ciencia divina a la morada de la luz eterna. Tendemos verdaderamente a Bet Semes cuando, progresando por el camino de la rectitud, no nos torcemos a los lados cercanos del error ni siquiera por amor a los hijos. Ciertamente, nuestra alma debe mantener el afecto hacia ellos, pero sin ceder, para que el alma no se endurezca carente de ese afecto, ni se haga muy blanda al afectarle en exceso.

**43.** Agrada contemplar al santo Job, en quien el yugo del temor había hundido el cuello del corazón, llevar el arca de la ciencia divina con tanta moderación y discreción. Muge al perder los terneros, porque informado de la muerte de los hijos se postró en tierra con la cabeza rapada[69]; pero avanza mugiendo derecho por el camino, porque su boca se abre para pronunciar gemidos de alabanza a Dios diciendo en seguida: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; como ha agradado al Señor, así ha sucedido; bendito sea el nombre del Señor*[70]. Las almas indiscretas desconocen esta regla de vida y como desean desordenadamente los caminos de Dios, neciamente regresan a los caminos del mundo.

**44.** El santo varón, después de hablar de las sendas de Temán, recuerda los caminos de Saba, porque los malvados a quienes el calor del mediodía castiga, se quedan enredados en la red. Describiendo luego las acciones de los malvados, exhorta a considerar que nosotros amamos el mal cuando lo cometemos y lo juzgamos cuando lo vemos en otros. Al juzgarlo en nosotros lo consideramos menor, pero cuando lo vemos en los demás reconocemos su fealdad. Sucede así que el alma, entrando en sí misma, se avergüenza

68. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 864).

69. Cf. Jb 1, 20.

70. Jb 1, 21.

de realizar lo que ella reprende. Cuando el alma ve en una vida semejante a la suya lo que ella misma reprocha, sucede algo parecido al disgusto que experimenta una cara sucia cuando se ve reflejada en un espejo. Por eso, dijo: *Considerad las sendas de Temán, los caminos de Saba y esperad un poco*. Como si claramente dijera: «Fijaos en los daños de la languidez ajena: os afianzaréis más firmemente en la esperanza de los bienes eternos si con el recto ojo del corazón veis en los demás lo que os desagrada».

**45.** Rectamente se dice: *Esperad un poco*. Con frecuencia, cuando se ama la vida presente en su brevedad, como si hubiera de durar mucho, el ánimo debilita su esperanza y, por su complacencia en los asuntos presentes, cae en la tiniebla de la desesperación. Cuando considera que aún es largo el tiempo de vida que le queda, muere repentinamente y encuentra la vida eterna que ya no puede evitar. De ahí que se dijera por cierto sabio: *¡Ay de los que perdieron la constancia!*[71]. Pierden la constancia quienes, creyendo que han de permanecer mucho tiempo entre las realidades visibles, abandonan la esperanza en las invisibles. Mientras la mente se instala en las cosas presentes, la vida llega a su fin; repentinamente se encuentra entre suplicios imprevistos que, debido a su presunción, creyeron que nunca llegarían o que llegarían tarde. Por eso dice la Verdad: *Vigilad porque no sabéis ni el día ni la hora*[72]. Y en otro lugar está escrito: *El día del Señor llega como ladrón en la noche*[73]. Se compara a un ladrón en la noche porque no se imagina que llegará a robar su alma.

Así pues, se debe temer su venida tanto más cuanto menos podemos predecir cuándo sucederá. Los santos meditan continuamente en la brevedad de la vida, por eso viven

71. Si 2, 14.
72. Mt 25, 13.
73. 1 Ts 5, 2.

cada día como si fueran ya a morir; se preparan a los bienes duraderos con firmeza porque consideran siempre en nada, vistas desde su fin, las realidades pasajeras. El salmista comprobó cómo la vida del pecador se pierde velozmente, y dijo: *Un poco aún y ya no estará el pecador*[74]. Y en otro sitio: *El hombre, como la hierba, tiene sus días*[75]. Isaías dijo: *Toda carne es como hierba y su gloria como flor de heno*[76]. Y Santiago corrige a los presuntuosos diciendo: *¿Qué es nuestra vida? Humo que aparece por un momento*[77]. Por tanto, se dice: *Esperad un poco*, porque es infinito lo que no tiene fin y poco todo lo que se acaba. No nos debe parecer largo lo que, según su propio curso temporal, tiende a desaparecer, lo que avanza por momentos y encuentra en esos momentos el empuje que lo prolonga, de modo que donde parece que se detiene, ahí mismo se desvanece.

Después de despreciar la brevedad de la vida presente, el santo Job se levanta en contra de los malvados, hablando en nombre de todos los elegidos, y añade:

XXXI **46.** *Están confundidos porque han esperado.* Cuando los malvados atacan a los buenos con sus maldades, si ven que éstos se tambalean en su esperanza interior, se alegran comprobando el efecto de su engaño. Consideran la mayor ganancia propagar su error, porque les llena de alegría tener compañeros de perdición. Por el contrario, cuando la esperanza de los buenos se afianza y no declina ante los males exteriores, los malvados quedan confundidos, porque no pudiendo alcanzar lo íntimo de los afligidos, se avergüenzan de haber sido crueles inútilmente. Por tanto, que el santo varón, que permanece constante entre gemidos y aflicciones, que desea en medio de las adversidades de los

74. Sal 37, 10.
75. Sal 103, 15.
76. Is 40, 6; 1 P 1, 24.
77. St 4, 14.

réprobos el gozo de la retribución suprema sin titubeo alguno en su alma, que muriendo persevera para la vida eterna, diga en nombre de propio y en nombre de la Iglesia universal: *Están confundidos porque han esperado*. Como diciendo claramente: «Los malvados no han conseguido derribar el vigor de mi entereza con sus duras persecuciones, por eso, avergonzados, pierden el esfuerzo invertido en su crueldad». Luego, Job se contempla los bienes de la retribución futura como si estuvieran ya presentes, se fija en la acusación que les aguarda en el juicio a los malvados, y añade:

XXXII **47**. *Vinieron junto a mí y se han cubierto de vergüenza*. Hasta la santa Iglesia van los malvados el día del juicio, porque son llevados a que contemplen su gloria para que, expulsados al suplicio por sus culpas, vean lo que han perdido. Entonces la vergüenza cubrirá a los pecadores, cuando el testimonio de sus conciencias los condene en presencia del Juez. Entonces verán externamente al Juez, pero tendrán que soportar al acusador internamente. Entonces toda culpa se pondrá ante los ojos y el alma se verá atormentada con su propio fuego más gravemente que con las llamas de la gehenna. Sobre ellos dice el profeta: *Señor, se levanta tu mano y no la ven; la ven y quedan confundidos*[78]. Ahora los éxitos oscurecen el entendimiento de los malvados, pero entonces el conocimiento de la culpa los iluminará; ahora no ven lo que les espera, pero entonces verán lo que han perdido. Ahora desprecian comprender los misterios eternos, o si los comprenden no los desean, pero entonces, sin duda, los verán comprendiéndolos y deseándolos, cuando ya no puedan alcanzar lo que desean.

**48**. Las palabras del santo Job son especialmente adecuadas a los amigos que con duros improperios intentaban

78. Is 26, 11.

debilitar el ánimo del santo varón. Dijo: *Están confundidos porque han esperado*. Como si claramente dijera: «Al no poder llevarme a la desesperación con sus necias increpaciones, han quedado confundidos por la insensatez de su misma temeridad». *Vinieron junto a mí y se han cubierto de vergüenza*. Como diciendo: «Viendo las heridas del cuerpo, pero ignorando la constancia del alma, se han atrevido a acusarme de injusticia, y no han venido hasta mí; pero cuando me han golpeado con dura invectiva, han descubierto que mi ánimo está firme en medio de las adversidades y han venido a mí como avergonzados. Vienen a mí en cuanto me reconocen en mi intimidad; ahí la vergüenza los cubre, porque, permaneciendo firme, comprueban que el daño ocasionado en el exterior no ha tocado mi interior».

Hay algunos que no saben temer a Dios sino cuando la adversidad experimentada en sí o conocida en otros, los llena de terror. A éstos, los éxitos los hacen crecer en audacia, mientras que las contrariedades los turban en su debilidad. El santo Job reprocha a sus amigos pertenecer al número de éstos cuando continúa:

XXXIII **49.** *Ahora habéis venido y al ver mis llagas habéis sentido temor*. Como si abiertamente dijera: «Yo he temido al Señor incluso cuando afianzado en la prosperidad no sentía el daño de los flagelos. Vosotros, sin embargo, que no habéis temido a Dios por amor, tembláis ante Él únicamente porque veis mis heridas». Sigue:

XXXIV **50.** *¿Acaso he dicho: Traedme y dadme de vuestras riquezas, o libradme de la mano del enemigo y sacadme de la mano de los robustos?* Si se aplican estas palabras a la persona de la santa Iglesia, como ya hemos dicho que los amigos del santo Job son figura de los herejes, rectamente se afirma que no tiene necesidad de sus riquezas. No es desacertado entender la riqueza de los herejes como la sabiduría de la carne, pues apoyándose perversamente en ella se presentan como ricos en palabras. Es una sabiduría

que la santa Iglesia no busca, porque la supera mediante la inteligencia espiritual.

Con frecuencia los herejes, cuando sostienen errores sobre la fe, formulan contra el antiguo enemigo algunas sutilezas referidas a las tentaciones de la carne. A veces, en efecto, manifiestan conservar los miembros de su acción casi sanos, pues se mantienen en la fe aun habiendo sido heridos en la cabeza por la mordedura de la serpiente. La santa Iglesia no quiere escuchar sus sutilezas sobre las tentaciones, porque en su conversación, mientras afirman ciertas verdades, arrastran a las mentiras de la incredulidad. Por eso, rectamente se dice ahora: *¿Acaso he dicho: Traedme y dadme de vuestras riquezas, o libradme de la mano del enemigo y sacadme de la mano de los robustos?* Llama *mano del enemigo* a la fortaleza de Satanás y *mano de los robustos* a las fuerzas de los espíritus malignos. Los llama *robustos* porque, aunque han sido creados sin la debilidad de la carne, la flaqueza que luego adquirieron no es obstáculo para sus depravados esfuerzos. Así, sigue:

XXXV **51.** *Enseñadme y callaré; y si he ignorado algo importante, instruidme.* No es fácil determinar hacia dónde se inclina su distinción: o esta pregunta es continuación de lo que empezaba *¿Acaso he dicho...?* o por el contrario se trata de una sentencia independiente de la anterior en la que se increpa diciendo: *Enseñadme y callaré; y si he ignorado algo importante, instruidme.* Ambas opciones son apropiadas porque ninguna se aparta de una sana comprensión.

Al hilo de nuestra exposición hemos presentado el sentido alegórico, queda que escrutemos el relato de nuestra historia según el sentido moral.

**52.** El santo Job había soportado hasta el final la pérdida de sus bienes; entregado a los golpes de los espíritus malignos, sentía los dolores de las heridas, pero amando la sabia necedad de Dios, había pisoteado con el desprecio de su mente la necia sabiduría del mundo. A Job se le llama pobre

frente a los ricos del mundo, oprimido frente a los poderosos, necio frente a los sabios. Para los tres amigos tiene respuesta, porque siendo pobre no busca sus riquezas, estando oprimido no busca ayuda contra los robustos, apareciendo como necio no busca la doctrina de la sabiduría de la carne. El santo varón, arrebatada su alma por encima de sí, en su pobreza no siente la estrechez de la necesidad; oprimido, nada padece; voluntariamente necio, no se deja sorprender por la sabiduría carnal. Otro pobre oprimido dice: *Estamos en apuros, pero no desesperamos; sufrimos persecución, pero no estamos abandonados; nos derriban, pero no perecemos*[79]. Y se refiere a la sabiduría de la santa necedad, diciendo: *Lo necio de este mundo lo ha escogido Dios para confundir a los sabios*[80]; y: *Si alguno de entre vosotros se cree sabio de este mundo, hágase necio para ser sabio*[81]. Por eso, desvelando la gloria de la opresión y la riqueza de la pobreza deseada, dice: *Estamos casi muertos, pero aún vivimos; nos castigan, pero no nos alcanza la muerte; nos tienen por tristes, pero estamos siempre alegres; nos consideran pobres, pero enriquecemos a muchos; piensan que no tenemos nada, pero lo poseemos todo*[82].

**53.** Agrada elevar los ojos de la mente y comprobar la inmensa altura a la que han sido interiormente levantados los elegidos de Dios que externamente eran oprimidos. Han encerrado y ocultado en su interior todo lo que podría ser motivo de alabanza exterior, despreciándolo. Han sido arrebatados interiormente por encima de sí, y han anclado su alma en las alturas. Contemplan los sufrimientos de la vida como algo ajeno que sucede muy por debajo de ellos; mientras resuelven con la mente vivir como fuera de la carne –por así decirlo–, casi ignoran las cosas que soportan. Ante

79. 2 Co 4, 8-9.
80. 1 Co 1, 27.
81. 1 Co 3, 18.
82. 2 Co 6, 9-10.

sus ojos, carece de altura todo cuanto sobresale en su condición temporal; pues, al igual que los que están sentados en la cima de un gran monte, desprecian la llanura de la vida presente y, trascendiéndose a ellos mismos por la elevación espiritual, ven interiormente por debajo de sí aquellas cosas que la gloria carnal eleva exteriormente. Por eso, frente a la verdad no hay ningún poder que los obstaculice; pero ven que a los que se engríen orgullosamente se los corrige con la autoridad del espíritu.

Moisés llegó del desierto y se enfrentó con autoridad al rey de Egipto, diciendo: *Esto dice el Señor Dios de los hebreos: «¿Hasta cuándo no te someterás a mí? Deja a mi pueblo que me ofrezca sacrificios»*[83]. El faraón, atrapado por las plagas, le dijo: *Id, sacrificad a vuestro Dios en esta tierra*[84]; a lo cual, Moisés, con autoridad reforzada, contestó: *No se puede actuar así, lo que nosotros inmolamos al Señor nuestro Dios es abominación para los egipcios*[85].

También Natán se enfrentó al rey pecador: primero le puso la comparación de una prevaricación perpetrada, lo declaró culpable por su propio juicio, y luego dijo: *Tú eres ese hombre que ha cometido el delito*[86]. El hombre de Dios enviado a Samaría a destruir la idolatría, cuando el rey Jeroboán estaba ofreciendo incienso sobre el altar, sin tener reparo ante el rey y sin temer la muerte, ejerció valiente la autoridad de una voz libre, diciendo contra el altar: *Altar, altar, esto dice el Señor: «Mira que un hijo nacerá de la casa de David, de nombre Josías, que inmolará sobre ti a los sacerdotes de las alturas»*[87]. El soberbio Ajab, rebajado al servicio de los ídolos, se atrevió a increpar a Elías diciendo: *¿Eres tú el que perturbas a Israel?*[88]; y Elías, al momento,

83. Ex 10, 3.
84. Ex 8, 25.
85. Ex 8, 26.
86. 2 S 12, 7.
87. 1 R 13, 2.
88. 1 R 18, 17.

atacó la necedad del rey soberbio con la autoridad de un reproche libre, diciendo: *No soy yo el que ha turbado Israel, sino tú y la casa de tu padre, que quebrantasteis los mandatos del Señor y habéis seguido a Baal*[89].

Eliseo, a su vez, secundando la verdadera grandeza del maestro, puso en evidencia, por su pecado de traición, a Jorán, hijo de Ajab, que acudía junto a él ante el rey Josafat, diciendo: *¿Qué tengo yo que ver contigo? Acude a los profetas de tu padre y de tu madre*[90]; y: *¡Vive el Señor de los ejércitos, ante cuya mirada me encuentro, que si no fuera por respeto a Josafat, rey de Judea, no te hubiera hecho caso, ni te hubiera siquiera mirado!*[91]. Eliseo, además, detuvo en la puerta de su casa al rey Naamán que acudió a él acompañado de carros y caballos, y no prestó atención a la abundancia de riquezas y a la pompa de sus vestidos; ni siquiera le abrió la puerta de la casa, sino que por medio de un mensajero le ordenó que se lavara siete veces en el Jordán[92]. Naamán, irritado, se marchaba, diciendo: *Pensaba que saldría a recibirme*[93].

Por su parte, Pedro, cuando los sacerdotes y principales le prohibieron con crueles azotes hablar en nombre de Jesús, respondió en seguida con gran autoridad, diciendo: *Si os parece justo delante de Dios que os obedezcamos a vosotros antes que a Dios, juzgadlo vosotros mismos. No podemos no hablar de lo que hemos visto y oído*[94].

También Pablo, cuando vio que el jefe de los sacerdotes se oponía a la verdad, y que su criado le había dado un bofetón, no se perturbó lanzando una maldición, sino que lleno del Espíritu, profetizó con voz libre, diciendo: *Dios te va a golpear a ti, pared blanqueada; tú te sientas ahí para*

89. 1 R 18, 18.
90. 2 R 3, 13.
91. 2 R 3, 14.
92. Cf. 2 R 5, 9-10.
93. 2 R 5, 11.
94. Hch 4, 19-20.

*juzgarme según la ley, y ¿mandas golpearme en contra de la ley?*[95].

Esteban, ni siquiera a punto de morir, temió expresar la autoridad de su voz contra la fuerza de sus perseguidores, diciendo: *Hombres de dura cerviz, e incircuncisos de corazón y de oído: habéis siempre resistido al Espíritu Santo, como vuestros padres*[96].

**54.** Los santos recurren a palabras de tanta altura por el celo de la verdad y no por soberbia, por eso, ellos mismos muestran claramente con sus acciones y dichos de cuánta humildad están revestidos y de cuánta caridad están inflamados incluso contra aquellos a los que se enfrentan. La soberbia engendra odio, la humildad amor. Las palabras con las que el amor se exaspera, brotan, sin duda, de la fuente de la humildad.

¿Cómo hubiera podido Esteban proferir sus reproches desde el orgullo, él, que oró arrodillado por aquellos a los que increpaba y que con maldad creciente le iban a lapidar, diciendo: *Señor, no les tengas en cuenta este pecado*[97]?

¿Cómo hubiera podido Pablo reprender con soberbia al sacerdote y jefe de su pueblo, él, que por humildad se puso incluso al servicio de sus discípulos, diciendo: *No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, nuestro Señor; en cuanto a nosotros, somos vuestros siervos por amor a Cristo*[98]?

¿Cómo hubiera podido Pedro oponerse por orgullo a los jefes, si se compadece de su error y hasta los excusa, diciendo: *Sé que lo hicisteis por ignorancia, como vuestros jefes. Dios, sin embargo, cumplió así lo que había anunciado por boca de todos sus profetas: que su Cristo tenía que padecer*[99]?

95. Hch 23, 3.
96. Hch 7, 51.
97. Hch 7, 60.
98. 2 Co 4, 5.
99. Hch 3, 17-18.

Misericordiosamente los atrae hacia la vida, diciendo: *Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados*[100].

¿Cómo hubiera podido Eliseo negarse a ver a Naamán por orgullo, él, que permitió a una mujer no sólo que le viera, sino además que lo retuviera? Sobre esta mujer está escrito: *Al llegar a lo alto de la montaña donde se encontraba el hombre de Dios, se echó a sus pies; Guejazí iba a separarla, pero el hombre de Dios le dijo: déjala, su alma está llena de amargura*[101].

¿Cómo iba Elías a proferir palabras de increpación al rey movido por la hinchazón de la soberbia, si él había corrido humildemente ante su carro, como está escrito: *Ciñéndose la cintura, corría ante Ajab*[102]? ¿Cómo el hombre de Dios iba a despreciar por orgullo la presencia de Jeroboán, si al momento le curó por piedad la mano derecha que tenía paralizada? Está escrito: *Al oír el rey la amenaza del hombre de Dios contra el altar de Betel, extendió su brazo desde el altar y dijo: «¡Prendedlo!», y la mano se le quedó rígida*[103]. Y poco después: *El hombre de Dios oró al Señor, y la mano del rey volvió a estar como antes estaba*[104]. Como la soberbia no sabe engendrar virtudes, se ve con cuánta humildad se pronuncia la increpación por medio de los signos que la acompañan.

¿Cómo hubiera podido Natán reprochar con palabras soberbias de increpación al rey David, si cuando no tenía ningún pecado reprochable, se postró rostro en tierra ante él, tal como está escrito: *Avisaron al rey diciendo: «Está aquí el profeta Natán». Cuando se presentó ante el rey, se postró ante él rostro en tierra*[105]?

100. Hch 3, 19.
101. 2 R 4, 27.
102. 1 R 18, 46.
103. 1 R 13, 4.
104. 1 R 13, 6.
105. 1 R 1, 23.

¿Cómo hubiera podido Moisés despreciar al rey de Egipto cuando se opuso libremente, si él, que al estar hablando familiarmente con Dios, rindió humilde homenaje a su suegro Jetró que le seguía y prestó tanta obediencia a su consejo que, tras los secretos coloquios con Dios, consideró gran ganancia lo que por fuera podía oír por la boca de un hombre?[106].

**55.** De algunas obras de los santos aprendemos cómo interpretar otras. Los santos no son libres por soberbia ni están sometidos por temor, sino que cuando la rectitud los lleva a expresarse libremente, la consideración de la propia debilidad los conserva en la humildad. Por eso, aunque increpan las culpas de los pecadores desde lo alto, sin embargo, juzgándose a ellos mismos con mayor rigor, casi se colocan en lo más bajo. Cuando censuran las maldades de los demás, se hacen más severos en la propio reprensión. A su vez, como no tienen reparos para reprenderse ellos mismos, que realizan obras buenas, reprochan las acciones ajenas con mayor cuidado. Es admirable que externamente manifiesten su potencia humana quienes se desprecian a sí mismo incluso cuando ya han alcanzado casi la cima protegida de la perfección interior. En realidad, pueden juzgar rectamente por fuera el valor de la grandeza terrena porque el peso del orgullo no oprime su ojo por dentro. Por eso, también el santo Job, despreciando en los amigos con duras palabras la prudencia terrena, sus fuerzas y sus riquezas, les dijo: *¿Acaso he dicho: Traedme y dadme de vuestras riquezas, o libradme de la mano del enemigo y sacadme de la mano de los robustos? Enseñadme y callaré; y si he ignorado algo importante, instruidme.* Lo que pensaba de sí mismo, un poco más abajo lo indica: *Os habéis precipitado contra un huérfano*[107]. Resulta así más claro que

106. Cf. Ex 18, 7.

107. Jb 6, 27.

la luz, que se considera débil quien a sí mismo se llama huérfano. Sigue:

XXXVI **56.** *¿Por qué me habéis detractado con discursos de verdad si ninguno de vosotros puede acusarme?* Quien pretenda corregir los vicios ajenos debe estar limpio de ellos para no pensar cosas terrenas y no sucumbir ante deseos bajos. Verá entonces lo que los demás han de evitar con tanta más perspicacia cuanto más sinceramente los evite él con su ciencia y su vida. El ojo irritado por el polvo no ve claramente la mancha en un miembro, ni la mano manchada de fango puede limpiar la suciedad que se ha pegado.

Según la referencia de la antigua traducción[108], la voz divina manifiesta lo mismo a David, que estaba empeñado en guerras exteriores, cuando dice: *Tú no me edificarás un templo, porque eres hombre sanguinario*[109]. Edifica el templo de Dios quien se dedica a corregir y a ordenar las mentes de los demás. Templo de Dios somos nosotros que por su inhabitación somos edificados para la vida verdadera. De ello Pablo da testimonio diciendo: *Santo es el templo de Dios que sois vosotros*[110]. Al hombre sanguinario se le prohíbe edificar un templo a Dios porque quien aún habita en medio de obras carnales, debe avergonzarse de querer instruir espiritualmente a los demás. De ahí que diga: *¿Por qué me habéis detractado con discursos de verdad si ninguno de vosotros puede acusarme?* Como si claramente dijera: «Con cuánta temeridad reprendéis lo que escucháis, vosotros que, ignorando la causa de mis golpes, os atrevéis todavía a lanzarme palabras de reprensión». Sigue:

XXXVII **57.** *Preparáis discursos para increparme y lanzáis palabras al viento.* Dos son las maneras inoportunas de hablar, muy dañinas al género humano: una manera es la que

108. Cf. Introducción a *Libros morales /1* (BPa 42, 35-41).

109. 1 Cro 22, 8.

110. 1 Co 3, 17.

procura alabar las obras perversas, la otra manera consiste en querer corregir siempre las acciones rectas. La primera se precipita hacia abajo con la corriente del río, la segunda se empeña en ir contra la corriente de la verdad y cerrar el nacimiento del río; a aquélla le oprime el miedo, a ésta la levanta el orgullo; una procura ganarse el favor, a otra la empuja la ira para provocar enfrentamientos; aquélla está dispuesta a ceder, ésta siempre se crece llevando la contraria.

El santo Job reprocha a sus amigos pertenecer al grupo de los que hablan según la segunda manera, cuando dice: *Preparáis discursos para increparme*; y advierte hasta dónde puede llegar la audacia de una injusta increpación, añadiendo: *Y lanzáis palabras al viento*. Lanzar palabras al viento significa hablar asuntos ociosos. Sucede con frecuencia que cuando no se aparta la lengua de conversaciones ociosas, se desenfrena llegando también a la temeridad de una necia increpación. Avanza entonces el alma desidiosa hacia su ruina y se ve empujada al hoyo de la caía. Si no nos guardamos de palabras ociosas, llegamos a las dañinas; primero se encuentra agrado en hablar de los demás, luego la lengua ataca sus vidas con críticas perversas, y al final explota lanzando abiertos insultos. Se siembran comentarios, se provocan risas, se encienden de odio los rostros y se pierde toda la paz de los corazones.

Se dice rectamente por Salomón: *Comenzar una disputa es abrir un dique*[111]. Abrir un dique es soltar la lengua con un torrente de palabras. Contra esto se afirma también: *Agua profunda son las palabras de la boca del hombre*[112]. Comenzar una disputa es abrir un dique porque quien no refrena la lengua aleja la concordia. Además está escrito: *Quien impone silencio al necio, mitiga las iras*[113].

111. Pr 17, 14.
112. Pr 18, 4.
113. Pr 22, 10.

**58.** El que se entrega a la palabrería no puede conservar la rectitud de la justicia[114], tal como atestigua el profeta: *El deslenguado no progresará sobre la tierra*[115]. Salomón afirma: *En el mucho hablar no falta pecado*[116]. Isaías dijo: *Fruto de la justicia es el silencio*[117], indicando que la justicia desaparece del alma cuando no se aleja de un hablar inmoderado. Santiago dice: *Si uno piensa que se comporta como un hombre religioso y no sólo no refrena su lengua, sino que conserva pervertido su corazón, su religiosidad es falsa*[118]. Y en otro lugar: *Todo hombre ha de ser diligente para escuchar, parco en el hablar*[119]; para añadir más adelante: *La lengua es un mal rebelde, cargada de veneno mortal*[120]. La misma Verdad nos amonesta diciendo: *En el día del juicio, los hombres tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan hablado*[121]. Palabra ociosa es la que carece de una razón justa y necesaria, o de la intención de procurar provecho. Por tanto, si para que una conversación no sea ociosa se requiere un motivo razonable, piénsese seriamente qué castigo le espera a la verborrea en la que se peca además con palabras de soberbia.

**59.** Es necesario saber que quien se entretiene en palabras perjudiciales, se aparta de todo criterio de rectitud. El alma humana, al igual que el agua, si se encierra, sube de nivel volviendo al lugar desde el que había bajado; pero si se libera, se desparrama y pierde en las cosas más bajas; tantos son los remolinos que la sacan fuera de sí como conversaciones inútiles rompen su silencio. Por eso, no logra volver interiormente al conocimiento de sí, porque, esparcida exteriormente en muchas conversaciones, pierde la fuer-

114. Cf. *Reg Past* III, 14 (SC 382, 346-348; BPa 22, 288).
115. Sal 140, 12.
116. Pr 10, 9.
117. Is 32, 17.
118. St 1, 26.
119. St 1, 19.
120. St 3, 8.
121. Mt 12, 36.

za de la reflexión interior. Así pues, se expone por completo a las heridas del enemigo que ataca, porque no se ha encerrado en fortaleza alguna que le custodie. Por eso, está escrito: *Como ciudad abierta y sin murallas es el hombre que no puede dominar su espíritu al hablar*[122]. Como no posee el muro del silencio, la ciudad del alma está expuesta a las flechas del enemigo y cuando sale fuera de sí misma por medio de las palabras, se presenta indefensa al adversario que le vence sin esfuerzo, porque la misma que es derrotada lucha contra sí debido a su verborrea[123].

**60.** Es necesario advertir que si un miedo excesivo cohíbe nuestra conversación, podemos encerrarnos en el claustro del silencio más de lo debido, y mientras rehuimos sin prudencia los vicios de la lengua, caemos ocultamente en males mayores. Sucede con frecuencia que al reprimir nuestro hablar de forma inmoderada, soportamos en el corazón una gravosa locuacidad, de modo que multitud de pensamientos encienden la mente precisamente por haberlos querido encerrar bajo la violenta custodia de un indiscreto silencio.

Unas veces fluyen con tanta mayor amplitud cuanto más seguros se creen, pues comprueban que por fuera no hay quien los reprenda. Por eso, la mente se encierra en su soberbia y considera inferiores a los que oye hablar. Mientras cierra la boca del cuerpo no se da cuenta de que por su soberbia se ha abierto a los vicios. Reprime la lengua, pero ensalza el pensamiento; deja de meditar sobre su comportamiento y acusa en su interior a todos los demás tanto más libremente cuanto más en secreto lo hace.

Otras veces, los que son muy callados, cuando sufren alguna injusticia, se provocan un dolor muy agudo por no hablar de lo que les pasa. Si expresaran con hablar tranqui-

122. Pr 25, 28.
123. Cf. *Reg Past* III, 14 (SC 382, 344-345; BPa 22, 287).

lo las molestias que les afligen, el dolor desaparecería de su conciencia. Las heridas interiores atormentan más, y cuando sale el pus que fermenta dentro, el dolor abre paso a la salud. Así, los que son muy callados, al ver las maldades de los demás y mantener, sin embargo, la lengua bajo silencio, es como si privaran de medicación a unas heridas manifiestas. Se provocan entonces la muerte, al no querer expulsar el veneno que podían haber arrojado hablando. Si el silencio inmoderado no fuera pecado, el profeta no hubiera dicho: *¡Ay de mí que he callado!*[124].

**61.** ¿Qué se infiere, por tanto, de todo esto sino que se ha de frenar cuidadosamente la lengua con una gran dosis de moderación pero sin atarla por completo, para que no se suelte y caiga en el vicio, ni se reprima impidiendo que sirva de provecho? Hay quien dice: *El sabio callará hasta el momento oportuno*[125]; cuando lo considere oportuno, después de haber guardado silencio, será de provecho hablando lo que conviene. Por eso, Salomón dijo: *Hay un tiempo de callar y un tiempo de hablar*[126]. Los momentos de cambio deben ser juzgados con discreción para que la lengua no se suelte con palabras inútiles cuando deba frenarse y no se reprima perjudicialmente cuando pueda hablar con provecho. Rectamente ha resumido el salmista nuestro pensamiento en una breve sentencia: *Pon, Señor, un centinela en mi boca y una puerta protegida en torno a mis labios*[127]. Las puertas pueden abrirse y cerrarse. Quien pide poner una puerta en su boca y no un obstáculo, enseña claramente que la lengua se debe mantener a raya por medio de la disciplina y se debe soltar cuando sea necesario, de modo que la voz abra la boca con discreción y a su tiempo, y la cierre cuando sea oportuno callar.

124. Is 6, 5.
125. Si 20, 7.
126. Qo 3, 7.
127. Sal 141, 3.

Los amigos del santo Job, o los herejes en general, de los cuales ellos son figura, no saben observar lo dicho, por eso se afirma que lanzan palabras al viento, porque la sutileza del aire se lleva los dichos que el peso de la discreción no ha hecho sólidos.

# LIBRO OCTAVO

*__6__[27]Os habéis precipitado contra un huérfano, habéis intentado destruir a vuestro amigo. [28]Completad lo que habéis empezado; prestadme oído y ved si miento. [29]Responded, os ruego, sin entablar contienda. Juzgad si es justo lo que estáis diciendo. [30]No encontraréis en mi lengua iniquidad, ni en mi garganta necedad. __7__[1]Milicia es la vida del hombre sobre la tierra; sus días como los de un mercenario. [2]Como el siervo suspira por la sombra, como el mercenario espera el fin de su obra, [3]así yo he tenido meses vacíos y he contado noches laboriosas. [4]Si me acuesto, digo: «¿Cuándo me levantaré?». De nuevo esperaré la tarde; estaré lleno de dolores hasta las tinieblas. [5]Mi carne está cubierta de podredumbre y de la suciedad del polvo; mi piel está reseca y agrietada. [6]Mis días han pasado más veloces que tela que corta el tejedor; se han consumido sin ninguna esperanza. [7]Recuerda que mi vida es un soplo, que mi ojo no volverá a ver el bien. [8]No me verá la vista del hombre; tus ojos estarán sobre mí y ya no existiré. [9]Como nube que pasa y se disipa, así el que baja a los infiernos no sube. [10]Ya no retorna a su casa, ni lo reconoce ya su morada. [11]Por eso, no pondré freno a mi boca; hablaré en la tribulación de mi espíritu; conversaré con la amargura de mi alma. [12]¿Soy yo acaso el mar, o un cetáceo, para que me encierres en la cárcel? [13]Si digo: «El lecho me consolará y en mi cama hablando conmigo me repondré»; [14]entonces con sueños tú me espantas y me aterrorizas con visiones. [15]Por eso mi alma prefiere la horca y mis huesos la muerte. [16]He perdido la esperanza, ya no viviré más; déjame, que mis días no son nada. [17]¿Qué es el hombre para que lo engrandezcas o para que pongas en él tu corazón? [18]Lo visitas al amanecer y en seguida lo pones a prueba. [19]¿Hasta cuándo no me dejaréis, ni me permitiréis tragar mi sali-*

*va?* [20]*He pecado, ¿qué haré por ti, guardián de los hombres? ¿Por qué me has puesto en tu contra y me has hecho pesado a mí mismo?* [21]*¿Por qué no quitas mi pecado y no apartas mi iniquidad? Pues bien, ahora dormiré en el polvo y si me buscas por la mañana no existiré».* **8**[1]*Tomó la palabra Bildad de Suaj y dijo:* [2]*¿Hasta cuándo seguirás hablando así y las palabras de tu boca serán un viento desatado?* [3]*¿Es que Dios tuerce el derecho y el Todopoderoso tergiversa la justicia?* [4]*Si tus hijos pecaron contra Él, ya los ha abandonado en manos de su propia iniquidad.* [5]*Mas si tu te diriges al amanecer a Dios y presentas tu súplica al Omnipotente,* [6]*si caminas en pureza y rectitud, Él vigilará sobre ti y te hará volver a la morada pacífica de tu justicia.* [7]*Tu antiguo estado te parecerá poca cosa al lado de la grandeza que tendrá la futura.* [8]*Pregunta a la generación precedente e investiga con diligencia la memoria de los padres;* [9]*pues nosotros somos de ayer y no sabemos nada, porque como una sombra son nuestros días sobre la tierra.* [10]*Ellos te enseñarán y te hablarán con palabras que brotan de su corazón.* [11]*¿Puede acaso el papiro vivir sin humedad o crecer el junco sin el agua?* [12]*Cuando todavía está en flor y aún no lo ha cortado la mano, se seca antes que todas las hierbas;* [13]*tal es el destino de todos los que se olvidan de Dios, así perecerá la esperanza del hipócrita.* [14]*No le agradará su locura; como tela de araña es su confianza.* [15]*Si se apoya en su casa no resistirá; la apuntalará, pero no aguantará.* [16]*Se ve húmedo antes de que venga el sol; y en su jardín brota su retoño.* [17]*Sus raíces se enredan sobre un montón de rocas y habitará entre las piedras.* [18]*Si lo arranca de su sitio, reniega de él diciendo: «¡No te conozco!».* [19]*Esta es la alegría de su camino y de la tierra otros brotarán.* [20]*Dios no rechaza al sencillo ni tiende su mano a los malvados.* [21]*Hasta que tu boca se llene de risas y tus labios de júbilo.* [22]*Los que te odiaron se revestirán de confusión, y la tienda de los malvados desaparecerá.*

## *Sentido alegórico y moral*

I **1.** Hemos ya observado en el libro anterior que el santo Job nos revela la fuerza de su humildad, diciendo: *Os ha-*

*béis precipitado contra un huérfano, habéis intentado destruir a vuestro amigo.* Al darse el nombre de *huérfano* insinúa cuan débil se considera, pues la caridad, incluso cuando ha sido herida, no deja nunca de amar. Percibe que han querido destruirle y, sin embargo, aún se considera amigo. Sus palabras –como ya hemos dicho varias veces–, convienen especialmente al estado de Job, pero de tal manera que por ellas, en virtud del espíritu profético, se expresa la Iglesia universal, el sentir del pueblo fiel, que soportando la oposición de los herejes, se considera débil por su humildad y no se aleja de la grandeza del amor que debe conservar.

No es inadecuado llamar *huérfano* al pueblo de la santa Iglesia, pues es hijo de un padre que murió[1]; de Él, resucitado, recibe ya la vida por la fe, pero aún lo contempla como en un espejo. Los herejes se precipitan contra un huérfano cuando afligen la humildad del pueblo fiel con inoportunas y falsas enseñanzas.

Al que pretenden derribar también es amigo, porque el pueblo fiel de Dios aguanta a los que le persiguen, amándolos y no dejando de llamarlos a la verdad. Debe saberse, además, que los santos varones no temen enfrentarse a las falsedades por debilidad, ni heridos dejan nunca de proclamar la verdad. Por eso añade:

II **2.** *Completad lo que habéis empezado; prestadme oído y ved si miento.* Como no teme afrontar las adversidades, dice: *Completad lo que habéis empezado*; como no priva a sus mismos perseguidores de la proclamación de la verdad, añade: *Prestadme oído y ved si miento.* Como si claramente dijera: «Ni tiemblo ante las molestias que recibo, ni escondo el auxilio de la corrección a mis ingratos oyentes, porque, atrapado por las desgracias, me adiestro y, entregado con bondad a los mismos que me persiguen, crezco».

1. Cristo es *padre* de la Iglesia en cuanto le da la vida.

El alma de los santos, en la batalla de las tentaciones, protegida con el escudo de la paciencia y ceñida con la espada del amor, adquiere fortaleza para enfrentarse al mal y saca al descubierto su bondad para repartir el bien. De esa manera, recibe con entereza los dardos del odio y devuelve con valentía las flechas del amor. El que está armado para la guerra no se prepara cogiendo el escudo y dejando la espada o empuñando la espada sin protegerse con el escudo.

Por eso, también el soldado de Dios, atrapado en la batalla de la adversidad, para no perecer, debe llevar ante sí el escudo de la paciencia; y para vencer, preparado para predicar, debe lanzar las flechas del amor. Pablo, describiendo brevemente esta armadura, dice: *La caridad es paciente, es benigna*[2]. Cuando falla una de las dos, no hay caridad; si se soporta a los malvados sin benignidad, no se les ama; y, a su vez, si no se les muestra paciencia, se deja de soportar a los que ama. Por tanto, para que nosotros tengamos la caridad verdadera es necesario apoyar la paciencia en la benignidad y la benignidad en la paciencia; construyendo como un gran edificio en nuestro corazón, la paciencia dará solidez al baluarte de la benignidad y la benignidad adornará el edificio fundado sobre la paciencia.

Así pues, que el santo Job, pronto a la paciencia, diga: *Completad lo que habéis empezado*; y revestido de benignidad, añada: *Prestadme oído y ved si miento.*

**3.** La santa Iglesia, fundada sobre un magisterio de humildad, enseña rectitud a los que yerran, no de forma despótica sino razonadamente, por eso se dice ahora: *Ved si miento.* Como si claramente dijera: «Creed en las cosas que afirmo no por mi autoridad, sino más bien pensad con la razón si son verdaderas». Incluso cuando propone misterios que la razón no puede comprender, los presenta razonable-

2. 1 Co 13, 4.

mente para que la razón humana no se pierda en cuestiones ocultas. Los herejes, por el contrario, cuando encuentran ocasión para razonar, se pierden en contiendas. De ahí que oportunamente añada:

III **4.** *Respondded, os ruego, sin entablar contienda.* Los herejes con sus disquisiciones no pretenden alcanzar la verdad, sino aparecer como vencedores. Cuando desean mostrarse como sabios por fuera, se enredan por dentro en los lazos del orgullo debido a su necedad. Sucede entonces que buscan el enfrentamiento de la disputa y no saben hablar pacíficamente de Dios, que es nuestra paz, provocando la burla a partir de un asunto que es paz. Con razón, Pablo les dice: *Si a pesar de todo hay alguno amigo de discutir, nosotros no tenemos tal costumbre, y tampoco la Iglesia de Dios*[3]. No obstante, añade:

IV **5.** *Juzgad si es justo lo que estáis diciendo.* Uno que habla, cuando espera una sentencia sobre las palabras de sus oyentes, en cierto modo se somete al juicio de quien le escucha. Por eso, quien teme ser corregido en lo que ha dicho, debe primero él mismo examinar lo que dice. De esa forma, como árbitro ecuánime y discreto, se sentará entre el corazón y la lengua, pensando sutilmente si el corazón ofrece palabras rectas que la lengua pueda recibir con provecho y presentar al juicio de los oyentes.

Así pues, que el santo Job, defendiendo su causa contra los amigos, y protegiendo la nuestra contra los herejes, reprenda la precipitación de sus discursos y traiga de nuevo a sus mentes las palabras, diciendo: *Juzgad si es justo lo que estáis diciendo.* Como diciendo claramente: «Si no queréis ser reprendidos cuando habéis venido hasta nosotros con vuestros discursos, utilizad por dentro la balanza de la justicia para que lo que se dice por fuera según el peso de la

3. 1 Co 11, 16.

verdad corresponda a lo que interiormente sopesa la báscula de la discreción».

Los que juzgan primero sus propias acciones emiten un juicio recto sobre lo que los demás han dicho, por eso, después de decir: *Juzgad si es justo lo que estáis diciendo*, oportunamente añade:

V **6.** *No encontraréis en mi lengua iniquidad, ni en mi garganta necedad.* Como si claramente dijera: «Si examináis más sutilmente vuestras acciones, juzgaréis mejor las ajenas; cuando empiece a ser recto lo que decís, reconoceréis que es justo lo que estáis escuchando; mi lengua no os hará percibir necedades que no procedan de vuestra conciencia».

La santa Iglesia procura primero mostrar las afirmaciones falsas de los enemigos y luego abrir a la enseñanza de la verdad, porque cuando se creen en posesión de doctrinas rectas, impugnan con obstinación las enseñanzas ortodoxas que oyen. Por eso, es necesario ante todo que los herejes se den cuenta de su error para que no se opongan a la verdad que escuchen. También el agricultor si no arranca con un corte del arado los matojos de los campos, la tierra que recibe la semilla no produce la mies; y si el médico no provoca una incisión para que salga el pus de una herida, en el lugar donde permanezca el pus, la carne no recobrará la salud. Por tanto, que elimine primero las maldades y diga: *Juzgad si es justo lo que estáis diciendo*, y luego, refiriéndose a las obras rectas, añada: *No encontraréis en mi lengua iniquidad, ni en mi garganta necedad.*

Los herejes suelen decir unas cosas abiertamente y otras las suelen mantener en secreto. La lengua simboliza la conversación abierta; la garganta, la exposición secreta.

**7.** En la lengua de la santa Iglesia no se encuentra iniquidad ni en su garganta necedad, porque lo que predica abiertamente también lo conserva internamente por la fe. No enseña una cosa en público y luego sostiene otra en privado, sino que expresa con su hablar lo que siente y custo-

dia con su vivir lo que dice. Todo lo que por medio de la lengua de la predicación emana del banquete de la sabiduría suprema, lo degusta por medio de la garganta de una oculta expectación.

El santo Job, como miembro de la Iglesia universal, aludiendo a su causa y descubriendo los corazones de todos los elegidos, da a conocer todo lo que siente para que el testimonio de sus palabras manifieste la rectitud de su mente. Sigue:

VI **8.** *Milicia es la vida del hombre sobre la tierra.* En la traducción antigua, la vida del hombre no es llamada *milicia*, sino *tentación*[4]. Si nos fijamos en el sentido de una y otra palabra, vemos que externamente suenan de forma diferente, pero en realidad significan lo mismo. ¿Qué es la tentación sino la lucha contra los espíritus malignos? ¿Qué es la milicia sino el ejército contra el enemigo? La misma tentación es ya milicia, porque mientras se vigila contra las insidias de los espíritus malignos, se está preparando la guerra.

Adviértase que no se dice que en la vida del hombre haya tentaciones, sino que *es* la misma tentación. La vida humana, en efecto, caída voluntariamente de la dignidad de su condición y sujeta a la podredumbre de su corrupción, creándose a sí misma molestias, acaba por convertirse en lo que soporta. Al estar caída, se entrega al estado actual de su alma, con lo cual ¿qué otra cosa encuentra en sí sino el movimiento de la inconstancia? Aunque ahora se levante al deseo de los bienes supremos, empujada por su mutable estado, cae al momento sobre sí. Quiere permanecer en contemplación, pero no puede. Intenta afianzar el paso del pensamiento, pero se debilita con los tropiezos de su debilidad. Lleva sin querer la carga de su inconstancia que voluntaria-

4. Se trata de la *Vetus latina*, que en este caso sigue la lectura *peiratérion* («prueba») de los LXX.

mente buscó. El hombre en quietud podía haber dominado su carne si hubiese querido someterse a su Creador que lo creó bueno. Al levantarse contra el Creador, encontró en sí mismo la afrenta de la carne.

Con la culpa se propaga también desde el origen la pena, por eso nacemos con el vicio incorporado de la debilidad y es como si lleváramos con nosotros el enemigo que sólo con gran esfuerzo vencemos. De ahí que la misma vida del hombre sea tentación y que de ella misma nazca lo que le hace perecer. Aunque ataje siempre con la virtud lo que es fruto de la debilidad, la misma debilidad no deja nunca de producir lo que debe atajar con la virtud.

**9.** La vida humana es tentación de tal manera que aun cuando se procura no cometer una maldad, las mismas buenas acciones se ven ofuscadas ora por el recuerdo de las malas, ora por la tiniebla de la seducción, ora por la inconstancia en la intención.

Hay, en efecto, quien mantiene ya la carne alejada de la lujuria, pero soporta todavía representaciones lujuriosas en su imaginación porque se acuerda sin querer de lo que hizo queriendo, y aguanta como pena lo que entonces juzgó como placer. Como teme volver a caer en la culpa ya superada, somete su estómago al rigor de una abstinencia admirable. Debido a ella, su rostro palidece. Cuando la gente ve la palidez de su rostro, recibe la alabanza y reconocimiento de los hombres. Con las palabras de reconocimiento el ánimo del abstinente se deja llevar a la vanagloria, siente cómo su alma se rebela y ya no la puede dominar; en consecuencia, procura borrar de su rostro la palidez por la que había recibido el reconocimiento. Sucede entonces que queda atrapada en los lazos de la propia debilidad, pues o bien al querer huir de la abstinencia teme caer de nuevo en la lujuria por culpa de los alimentos, o bien al vencer la lujuria mediante la abstinencia teme recuperar la palidez que le lleve a la vanagloria.

Otro, superando la caída de la soberbia, abraza ya con todo su deseo el estado de humildad. Pero cuando ve a ciertos soberbios oprimir a los inocentes, se enciende con un celo que lo excita y decide posponer su buen propósito, apartándose de la fuerza de la rectitud y enfrentándose a los malvados autoritariamente y no con mansedumbre. Ocurre, por eso, muchas veces, que, o bien, por comprometerse en favor de la humildad se abandona el celo por la rectitud, o bien, el celo por la rectitud acaba turbando el compromiso de humildad que se mantenía. Como no se pueden conservar al mismo tiempo la autoridad del celo y el propósito de humildad, el hombre vuelve sobre sí turbándose y no encontrando conocimiento. Y hasta tal punto llegan sus dudas, que ya no distingue si en su ánimo turbado se insinúa la soberbia bajo pretexto de celo o si su temerosa indolencia finge ser humildad.

Otro, considerando la gravedad de la mentira, determina refugiarse en el banquete de la verdad para que de su boca no salgan más palabras falsas y esté alejada por completo de la mentira. Pero ocurre con frecuencia que al decir la verdad, la vida del prójimo se ve comprometida. Como teme ocasionar un daño a alguien, bajo pretexto de compasión, vuelve a caer en el vicio de la mentira que antes le oprimía. Sucede así, que, sin haber malicia, la sombra de la mentira oscurece el rayo de la verdad en el alma. Por eso, a menudo, quien ha sido preguntado y no puede callar o bien traiciona su propia alma diciendo algo falso, o bien compromete la vida del prójimo.

Otro, inflamado en el amor al Creador, procura mediante la oración continua apartar su mente de pensamientos terrenos y afianzarla en la secreta seguridad de la quietud. Pero en el mismo ascenso de la oración, mientras se esfuerza por elevarse desde las realidades más bajas, se ve golpeado por las fantasías de su debilidad. El ojo de la mente se orienta para captar la luz, pero queda oscurecido por las imágenes de cosas terrenas que proceden de la experiencia

corporal. Sucede así que el ánimo del que tiende a las alturas, fatigado por su misma debilidad, o bien abandona la oración y cae en la desidia, o bien ante sus ojos la tiniebla de las imágenes se hace más densa si persevera durante mucho tiempo en la oración.

10. Por eso, se dice con razón: *Tentación es la vida del hombre sobre la tierra*, porque donde pensaba poder alcanzar el progreso de su elevación, encuentra la consecuencia de su caída; y donde intentaba sobreponerse a la confusión, el alma se ve confundida. De esa forma, alejada de golpes, vuelve sobre sí, precisamente por haber traspasado su condición cuando ya vivía recogida y unificada. Así, uno, ajeno a la instrucción en la ley divina, se ve oprimido por su ignorancia de modo que no puede realizar lo que le lleva a la salvación. Otro, dotado de la ciencia de la ley divina, al alegrarse de poseer un conocimiento superior al de los demás, como exulta con una alegría privada, disipa en sí los dones del conocimiento recibido y se muestra en el juicio peor a los demás, precisamente por haber tenido durante un tiempo más luz que ellos. El primero, como los dones de las virtudes no le ensalzan, declina también el camino sencillo de la rectitud y, considerándose ajeno al don celeste, realiza maldades casi con mayor tranquilidad, porque no percibe las obligaciones sublimes que conlleva el don supremo. El segundo, repleto del espíritu de profecía, se eleva a la presciencia y contempla presentes los acontecimientos futuros; pero como en muchos asuntos es raptado por encima de sí para poder contemplar lo que ha de venir de forma veraz, cree poseer siempre el espíritu de profecía que no se puede conservar continuamente; todo lo que percibe lo considera profético, pues se atribuye ese don incluso cuando no lo tiene, provocando la pérdida del mismo cuando lo podía haber tenido; sucede entonces que donde se mostraba alegre de estar por encima de los demás, debe volver triste por debajo de los méritos de otros.

*Tentación*, por tanto, *es la vida del hombre sobre la tierra*, que ajena a las virtudes no puede elevarse hasta el premio celeste o que provista de dones espirituales se precipita a veces a lo más bajo debido a las mismas virtudes.

**11.** Un poco más arriba hemos llamado *milicia* a la tentación. Debemos tener muy presente que el nombre de milicia revela un significado más amplio que el de tentación. El término *milicia* evoca en nuestra inteligencia el progreso diario hacia nuestro fin, pues a medida que se aumenta la graduación en la escala militar, el servicio que el hombre desempeña en el ejército va llegando a su término. Por eso, *Milicia es la vida del hombre sobre la tierra*, porque, como ya hemos dicho, mientras cada uno tiende a diario al término de su vida con el paso del tiempo, a la vez que se va creciendo en la vida, ésta se va terminando. Esperamos que pasen los días para aumentar nuestra vida, pero cuando llegan nos van sustrayendo su crecimiento, porque a medida que los pasos del caminante avanzan respecto a lo anterior, acortan el camino que aún resta. Por eso, nuestra vida es una milicia en la que ascender significa acercarse al fin. Rectamente, pues, se dice: *Milicia es la vida del hombre sobre la tierra*, porque mientras desea crecer en el tiempo, apresa el tiempo perdiéndolo y lo pierde creciendo. Continúa refiriéndose a la carrera militar, diciendo:

VII **12.** *Sus días como los de un mercenario*. El mercenario desea que sus días pasen velozmente para poder alcanzar sin demora la recompensa a sus trabajos. Los días del hombre que saborea la verdad y los bienes eternos rectamente se comparan a los días del mercenario, porque considera la vida presente como el camino, no como la patria, como una milicia y no como la palma; es consciente de estar más lejos de la recompensa cuanto más tarda en llegar a su fin.

Se debe también tener en cuenta que un mercenario se aplica a trabajos ajenos, pero recibe el premio propio. Afir-

ma el Redentor: *Mi reino no es de este mundo*[5]. Todos los que vivimos apoyados en la esperanza de los bienes celestes y nos consumimos en las tareas de la vida presente, trabajamos en asunto ajeno. Con frecuencia nos vemos obligados a servir a los malvados y a entregar al mundo lo que es del mundo; nos fatigamos en trabajos ajenos pero recibimos nuestro propio premio; lo recibimos en propiedad administrando fielmente lo que nos es ajeno. Dice la Verdad contra algunos: *Si no fuisteis de fiar en lo ajeno ¿quién os dará lo que es vuestro?*[6].

Adviértase además que el mercenario vigila atentamente para que ninguno de sus días se pierda inútilmente y no llegue al esperado fin de su período sin merecer la recompensa. En el esfuerzo de su trabajo contempla lo que puede recibir cuando llegue el día de la remuneración. Cuando la obra progresa, crece la confianza en el premio; cuando la obra se detiene, disminuye la esperanza de pago. Por eso, todo elegido, considerando su vida como los días de un mercenario, se orienta al premio con una esperanza tanto más confiada cuanto más consistentemente persevera ahora en el progreso de su trabajo. Quien considera el correr del tiempo presente, numera los días según las obras que realiza, atemorizándoles que se le escape algún día en vano; se alegra con las adversidades, se conforta con el sufrimiento, se reanima en la tristeza, porque ve que será recompensado con los premios de la vida futura tanto más generosamente cuanto más verdaderamente se consume a diario hasta morir por amor a ellos. Los ciudadanos de la patria suprema dicen por medio del salmista a su Creador: *Por tu causa estamos en peligro de muerte cada día*[7]. Pablo dijo: *Por vuestra gloria, hermanos, muero todos los días*[8]. Y en otro lugar: *Ésta es la*

5. Jn 18, 36.
6. Lc 16, 12.
7. Sal 44, 23.
8. 1 Co 15, 31.

*causa de los males que padezco; pero no me avergüenzo, pues sé en quién he puesto mi confianza y estoy persuadido de que tiene poder para asegurar mi depósito hasta aquel día*[9].

Así pues, los santos mantienen ya encerradas en la morada de su esperanza tantas prendas de recompensa como trabajos soportan ahora en la custodia de la verdad. No obstante, en el momento presente se siente la pesadez del calor en la acción que se realiza para recibir un día el refrigerio de la quietud. De ahí que añada:

VIII **13.** *Como el siervo suspira por la sombra, como el mercenario espera el fin de su obra, así yo he tenido meses vacíos y he contado noches laboriosas.* Que el siervo suspire por la sombra significa buscar el descanso del refrigerio eterno después del calor de la tentación y del sudor de la obra. Esta sombra deseaba el siervo que decía: *Mi alma tiene sed del Dios vivo; ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?*[10]. Y en otro lugar: *¡Ay de mí, que mi exilio ha sido prolongado!*[11]. Huyendo del calor como de un amargo trabajo y buscando la protección del refrigerio para obtener descanso, dice: *Entraré en el lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios*[12]. También Pablo anhelaba alcanzar esta sombra, deseando desaparecer y estar con Cristo[13]. A esa sombra ya había llegado, culminando su deseo, los que decían: *Nosotros que hemos soportado el peso del día y del calor*[14].

Rectamente se llama *siervo* al que desea la sombra, porque todo elegido, mientras está aún atrapado en la condición de debilidad bajo el yugo de la corrupción que le domina, está como retenido por la ansiedad del calor. Cuando haya sido liberado de la corrupción, entonces se mostrará a sí mismo libre y tranquilo. De ahí que también Pablo diga:

9. 2 Tm 1, 12.
10. Sal 42, 3.
11. Sal 120, 5.
12. Sal 42, 5.
13. Cf. Flp 1, 23.
14. Mt 20, 12.

*La misma creación ha de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios*[15]. Ahora la pena de la corrupción pesa sobre los elegidos, pero entonces la gloria de la incorrupción los exaltará; y así como ahora por los pesos de la necesidad presente no se manifiesta nada de esa libertad en los hijos de Dios, así tampoco entonces, por la gloria de la libertad futura, aparecerá nada de esa servidumbre en los siervos de Dios. La creación, liberada de la esclavitud de la corrupción y revestida de la dignidad de la libertad, alcanza la gloria de los hijos de Dios, porque, unida a Dios por el espíritu casi por el mismo hecho de ser creada, declara haber ya pasado y haber sido ya sometida. Quien aún suspira por la sombra es siervo, porque mientras soporta el calor de las tentaciones, llevará el yugo de su mísera condición. Oportunamente sigue: *Como el mercenario espera el fin de su obra.*

**14.** El mercenario, cuando ve la obra que ha de cumplir, al momento dispone su mente según la abundancia y la gravedad del trabajo; cuando luego propone al ánimo fatigado la consideración del premio a su acción, recupera en seguida el vigor de ánimo para continuar con su faena, y lo que le parece pesado como obra, lo juzga ligero por la recompensa.

Así, los elegidos, cuando sufren las adversidades de este mundo, cuando soportan insultos por su honestidad, daños materiales y tormentos en el cuerpo, consideran graves estas pruebas. Pero cuando orientan los ojos del alma a la consideración de la patria eterna, descubren cuan leve es lo que padecen en comparación con el premio. Lo que parece insoportable por el dolor, resulta suavizado al considerar cautamente la recompensa.

Pablo se levanta siempre victorioso frente a las adversidades, porque espera el fin de su obra como el mercenario.

15. Rm 8, 21.

Juzga pesado lo que soporta, pero lo ve leve al pensar en el premio; Él mismo indica la gravedad de sus sufrimientos cuando declara haber padecido encarcelamientos numerosos, llagas sin número y situaciones frecuentes con peligro de muerte[16]. Por cinco veces recibió los cuarenta azotes menos uno, por tres veces fue golpeado con varas, una vez fue lapidado; tres naufragios; una noche y un día en el mar a la deriva; peligros de ríos, de ladrones, de su pueblo, de gentiles, en la ciudad, en el desierto, en el mar, con falsos hermanos. Trabajó en la fatiga y el cansancio, entre múltiples ayunos, en situaciones de hambre y sed, con frío y en desnudez; sostuvo luchas por fuera y temores por dentro. Probado por encima de sus fuerzas, afirmó: *Nos vimos abrumados tan por encima de nuestras fuerzas, que hasta perdimos la esperanza de seguir viviendo*[17]. Pero él mismo indica cómo seca los sudores de tantos trabajos con el paño de la recompensa, diciendo: *Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se revelará en nosotros*[18].

Así pues, espera el fin de su obra como el mercenario, quien al considerar el provecho de la recompensa, estima vil el trabajo que casi le consume. No obstante, continúa: *Así yo he tenido meses vacíos y he contado noches laboriosas.*

**15.** Los elegidos sirven al Creador de las cosas y se ven a menudo sofocados por la carencia de cosas; se unen a Dios por amor y, sin embargo, necesitan los subsidios de la vida presente. Por eso, los que con sus acciones no buscan las realidades presentes, pasan sus meses vacíos de ganancias del mundo. Soportan noches laboriosas porque sobrellevan las tinieblas de las adversidades no sólo hasta la indigencia, sino a menudo hasta el tormento del cuerpo. No es, en efecto,

16. Cf. 2 Co 2, 23-27.
17. 2 Co 1, 8.
18. Rm 8, 18.

laborioso para las almas buenas soportar el desprecio y la necesidad, pero cuando la adversidad llega hasta la aflicción de la carne, se siente el trabajo como dolor.

No hay impedimento para entender que el santo pasa los meses vacíos como el mercenario, porque soporta ya el trabajo pero todavía no posee el premio; aguanta aquél, espera éste. Cuenta las noches laboriosas porque, ejercitándose en las virtudes, amontona para sí adversidades del tiempo presente. Si no deseara el provecho de su alma, es posible que le parecieran menos ásperas las cosas del mundo.

**16.** Si se ponen esas palabras en boca de la santa Iglesia, se descubre un sentido más profundo. La Iglesia, por un lado, soporta en sus miembros enfermos las acciones terrenas sin el premio de la vida, por eso tiene meses vacíos; por otro, aguanta en sus miembros robustos múltiples tribulaciones, por eso cuenta noches laboriosas. En esta vida hay unas situaciones que son laboriosas, otras son vacías, y otras laboriosas y vacías a la vez. Ejercitarse en las tribulaciones de la vida presente por amor al Creador es, ciertamente, laborioso, pero no vacío. Entregarse a los placeres por amor al mundo es vacío, pero no laborioso. Soportar algunas contrariedades por amor a este mundo es a la vez vacío y laborioso, porque con la adversidad la mente se aflige pero no queda satisfecha con el premio de la recompensa. Así, la santa Iglesia, en aquellos que ya están en ella pero todavía se entregan a placeres impidiendo que reciban el fruto de la buena obra, pasa los meses vacíos, porque gastan el tiempo de la vida sin recibir el don de la retribución. Por el contrario, en aquellos que están consagrados a deseos eternos y padecen las adversidades de este mundo, la santa Iglesia cuenta noches laboriosas, porque sobrelleva las tinieblas de las tribulaciones como si estuviera entre las nieblas de la vida presente. En los que aman el mundo pasajero y se fatigan con sus contratiempos, la santa Iglesia soporta meses vacíos y noches laboriosas, porque sus vidas no reciben re-

compensa alguna en el futuro, y en el presente la tribulación los sofoca.

Se dice rectamente que en ellos se tienen *meses*, y no simplemente días, vacíos. El mes incluye el conjunto y la suma de los días. El día puede simbolizar la acción aislada; el mes revela el fin de las acciones. Con frecuencia, cuando en este mundo hacemos algo apoyados en una esperanza intensa y entusiasta, no juzgamos vacío lo que hemos hecho, pero cuando llegamos al término de la acción y no logramos lo que deseábamos, nos duele haber trabajado en vano. Por tanto, no sólo pasamos los días sino también los meses vacíos cuando nos damos cuenta de haber trabajado sin fruto en tareas terrenas, no al inicio de la obra sino al final de la misma. Cuando a nuestros trabajos sigue la adversidad, es como si los meses de nuestra vida resultaran vacíos, porque del conjunto de las acciones se puede deducir si los esfuerzos realizados han sido en vano.

**17.** A veces, en la Sagrada Escritura se nos da a conocer nuestra propia ignorancia, tal como atestigua Pablo, que dice a los discípulos conocedores de la vida eterna: *Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día, no lo somos de la noche ni de las tinieblas*[19], habiéndoles dicho antes: *Vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas para que ese día no os sorprenda como un ladrón*[20]. Por eso, en estas palabras de Job se puede también descubrir la voz de la santa Iglesia que habla en nombre de los que vuelven a la rectitud del amor después de la tiniebla de la ignorancia e iluminados por los rayos de la verdad, lavan con lágrimas sus errores. Uno que ha sido iluminado observa cuánta torpeza había en el esfuerzo que realizaba por amor a la vida presente.

La santa Iglesia, en aquellos que recupera para la vida, compara su trabajo al siervo fatigado por el calor y al mer-

19. 1 Ts 5, 5. 20. 1 Ts 5, 4.

cenario que suspira por el fin, diciendo: *Como el siervo suspira por la sombra, como el mercenario espera el fin de su obra, así yo he tenido meses vacíos y he contado noches laboriosas*. En su comparación se sirve de dos elementos, como también al indicar la fatiga utiliza dos expresiones. Relaciona el siervo que sufre el calor con los meses vacíos, porque más se busca el refrigerio eterno cuanto más se ve que los trabajos realizados en esta vida son vacíos. Vincula el mercenario que espera el fin a las acciones laboriosas, porque cuanto más contemplamos el premio que nos aguarda al final de la obra, más gemimos por haber ignorado largo tiempo aquello que buscamos. Cuando dice que ha contado noches fatigosas, indica también oportunamente el cuidado mismo del penitente, porque cuanto más sinceramente volvemos a Dios tanto más profundamente consideramos con dolor los trabajos que por ignorancia hemos soportado en este mundo. Más dulce se convierte el deseo de los bienes eternos si mayor es la gravedad percibida en lo que se toleraba por amor a las realidades presentes.

Si las palabras siguientes se interpretan sólo conforme al sentido histórico, vemos en ellas expresado el ánimo doliente fluctuando a través de los diversos movimientos del deseo, según el impulso de la aflicción. Pues continúa:

IX **18.** *Si me acuesto, digo: «¿Cuándo me levantaré?». De nuevo esperaré la tarde*. Por la noche se busca el día y por el día se desea la tarde, porque el dolor no permite disfrutar los bienes presentes, y como la experiencia de esas realidades presentes aflige al alma, va pasando de unas a otras con expectación como si con el deseo pudiera encontrar consuelo. El alma afligida se deja llevar de lo que le apetece; atrapada en deseos, su dolor no termina, por eso añade: *Estaré lleno de dolores hasta las tinieblas*. Indica el motivo de su dolor, diciendo a continuación:

X **19.** *Mi carne está cubierta de podredumbre y de la suciedad del polvo; mi piel está reseca y agrietada*. Interpreta-

remos esta frase con mayor precisión y coherencia si volvemos al orden del versículo precedente. El sueño significa la indolencia del ocio; el levantarse indica el ejercicio de una acción. La tarde, que conviene al sueño, representa el deseo de ocio.

La santa Iglesia, mientras anda en una vida de corrupción, no cesa de llorar los daños de su condición fluctuante. El hombre había sido creado para elevarse al baluarte de la contemplación, manteniendo el alma firme sin que ninguna corrupción lo apartara del amor a su Creador. Pero al mover el pie de la voluntad y apartarlo de la firme estabilidad originaria para llevarlo a la culpa, al momento, cayó alejándose del amor al Creador. Abandonando el baluarte de la estabilidad, o sea, abandonando el amor de Dios, ni siquiera pudo encontrar consistencia en sí mismo, porque bajo el impulso de una inestable variabilidad, se precipitó por debajo de sí debido a la corrupción, entrando en conflicto consigo mismo. Ahora, al no estar anclado en la solidez de su condición originaria, fluctúa siempre movido por deseos que se suceden, de modo que cuando está quieto desea moverse, y cuando está ocupado anhela el ocio. El alma no quiso estar fija cuando pudo, por eso ya no puede permanecer estable cuando quiere. Al abandonar la contemplación de su Creador, perdió la fortaleza de su salvación, y donde quiera que esté, siempre triste, busca otro lugar.

Expresando, por tanto, la variabilidad del alma humana, diga: *Si me acuesto, digo: «¿Cuándo me levantaré?». De nuevo esperaré la tarde.* Como diciendo: «Nada de lo que recibe satisface al alma, porque ha abandonado a quien podía satisfacerle de verdad. Cuando me acuesto deseo levantarme; levantado espero la tarde, porque estando quieto me apetece moverme y estando en acción busco la quietud del ocio».

20. Es posible aún otra interpretación. Dormir significa yacer en pecado. Si el sueño no simbolizase el pecado, Pablo

no hubiera dicho a sus discípulos: *Velad, justos, y no pequéis*[21]. Amonesta al que le escucha, diciendo: *Levántate, tú que duermes, álzate de entre los muertos y Cristo te iluminará*[22]. Y en otro lugar: *Ya es hora de que nos levantemos del sueño*[23]. También Salomón increpa al pecador diciendo: *¿Hasta cuándo dormirás, perezoso?*[24].

Todo elegido, cuando se ve oprimido por el sueño del pecado, procura levantarse a las vigilias de la justicia. A menudo, cuando se levanta, se siente elevado por la misma grandeza de las virtudes. Por eso, tras el ejercicio de las virtudes, desea ser tentado con las contrariedades de la vida presente, para no caer fiándose de sus propias fuerzas. Si el salmista no supiera que por la tentación iba a estar más protegido, no hubiera dicho: *Pruébame, Señor, y tiéntame*[25]. Ahora dice: *Si me acuesto, digo: «¿Cuándo me levantaré?». De nuevo esperaré la tarde*, porque en el sueño del pecado se busca la luz de la justicia. Cuando las prosperidades de las virtudes elevan el alma, se desea la ayuda de la adversidad. Así, el ánimo que se engríe más de lo debido con el gozo de las virtudes, se ve reforzado con la tristeza que provocan las contrariedades de la vida presente. No se dice «temeré», sino *esperaré* la tarde. Esperamos la prosperidad, tememos la adversidad. El varón justo espera la tarde porque como es necesario que se ejercite en la tribulación, la misma adversidad se convierte para él en prosperidad.

**21.** La tarde puede también designar la tentación del pecado que a menudo lacera el alma con tanta mayor crudeza cuanto más alto la eleva el Espíritu a los bienes supremos. En esta vida nunca se abandona el pecado por el ejercicio de la justicia de tal manera que se permanezca de

21. 1 Co 15, 34.
22. Ef 5, 14.
23. Rm 13, 11.
24. Pr 6, 9.
25. Sal 26, 2.

forma inamovible en esa misma justicia, porque aunque la rectitud elimina ya la culpa de la morada del corazón, sin embargo, la misma culpa que se expulsa, sentada a la puerta de nuestro pensamiento, golpea para que se le abra.

A ello se refirió Moisés, en sentido espiritual, cuando de forma material narró los diversos momentos en que fue hecho el tiempo, diciendo: *Hágase la luz*[26], y luego: *Se hizo la tarde*[27]. El Creador de todo, conociendo con antelación la culpa humana, expresó en el tiempo lo que ahora sucede en la mente. La luz dura hasta la tarde, porque a la luz de la rectitud sigue la sombra de la tentación. No obstante, la luz de los elegidos no se extingue con la tentación, por eso no se afirma que fuera hecha la noche sino la tarde, porque, con frecuencia, la tentación esconde, pero no apaga, la luz de la justicia en el corazón de los que son rectos; la convierte como en un pábilo vacilante, pero no la extingue por completo.

Así pues, los elegidos desean tras el sueño levantarse y esperan la tarde una vez levantados, porque se desvelan pasando del pecado a la luz de la justicia y se preparan siempre contra las seducciones de las tentaciones, afianzándose en la misma luz de la justicia. Las tentaciones no les causan temor, las esperan, porque no ignoran que también ellas son útiles para el progreso de su rectitud.

**22.** A pesar de todo, por mucha que sea la virtud con la que combaten contra su propia corrupción, no podrán tener una salud íntegra hasta que el día de la vida presente finalice. Por eso añade: *Estaré lleno de dolores hasta las tinieblas*. Unas veces superan las adversidades, otras la misma prosperidad los debilita con astutos encantos. En unas ocasiones los vicios que surgen provocan la guerra de la carne, en otras, sometidos los vicios, empujan al ánimo al orgullo.

26. Gn 1, 3. 27. Gn 1, 5.

La vida de los buenos se llena de dolores hasta las tinieblas porque mientras dure el tiempo de la corrupción, recibirá el golpe de una interna y externa aflicción; no encontrará la seguridad de la salvación hasta que no haya abandonado por completo el día de la tentación. De ahí que indique la causa de los dolores, cuando dice: *Mi carne está cubierta de podredumbre y de la suciedad del polvo.*

Como hemos dicho hace poco, el hombre abandonó voluntariamente su solidez originaria y se sumergió en la vorágine de la corrupción, por eso, ahora, o cae en obras impuras o se mancha con pensamientos ilícitos. Nuestra misma naturaleza, sometida, como castigo, a la propia culpa, se ha convertido –por así decirlo–, en algo que está fuera de la naturaleza; perdida, se entrega a obras perversas; atrapada, se ve ofuscada por el pensamiento inoportuno de acciones malvadas. Así, llevando a cabo acciones ilícitas, la podredumbre daña la carne; y la finura de pensamientos culpables actúa como polvo ante los ojos. Consintiendo a los vicios, la podredumbre nos invade; tolerando las imágenes de los vicios en el corazón, nos manchamos con la suciedad del polvo. Dijo: *Mi carne está cubierta de podredumbre y de la suciedad del polvo.* Como si claramente dijera: «La vida carnal que sufro o está contaminada por la putrefacción de la acción pecaminosa, o está oprimida por la tiniebla del pensamiento miserable procedente del recuerdo de los vicios».

**23.** Si entendemos estas palabras como dichas por la Iglesia universal, descubrimos que unas veces está sometida a la podredumbre de la carne y otras a la suciedad del polvo. Hay muchos en ella que, entregados al amor de la carne, se pudren con la infección de la lujuria. Hay algunos que se abstienen del placer de la carne, pero yacen con toda su mente en acciones terrenas. Que diga, por tanto, la santa Iglesia, por boca de un solo miembro que habla en nombre de todos, que diga lo que soporta cada tipo de hombres: *Mi carne está cubierta de podredumbre y de la suciedad del*

*polvo*. Como si claramente dijera: «hay muchos que son miembros míos por la fe, pero no están sanos ni limpios por sus obras, ya que, o derrotados por deseos impuros corren hacia la podredumbre de la corrupción, o entregados a obras terrenas están cubiertos de polvo. En aquellos que soporto en su lascivia, gimo por la carne putrefacta; en estos que sufro mientras buscan cosas terrenas ¿qué hago sino cubrirme de la suciedad del polvo?».

**24.** Referido a unos y otros, oportunamente añade: *Mi piel está reseca y agrietada*. Con acierto, se llama *piel* a los que en el cuerpo de la santa Iglesia están ocupados únicamente en cuidados exteriores. La piel que se reseca se agrieta, porque las mentes de los carnales, amando las cosas de la carne y deseando casi revestirse de ellas, rechazan tender con longanimidad hacia los bienes futuros. Descuidando ensanchar la esperanza interior, se resecan y resquebrajan, porque si la desesperación no hubiera secado sus corazones, el calor de su indolencia nunca los hubiera agrietado. Al salmista le aterrorizaba este resquebrajamiento cuando temiendo la sequedad del alma, decía: *Como de enjundia y de manteca se saciará mi alma*[28]. La enjundia y la manteca sacian el alma cuando la infusión de la esperanza eterna restaura el alma frente al calor de los deseos presentes.

Así pues, la piel reseca se agrieta cuando el corazón, entregado a las cosas exteriores y seco por la desesperación, no tiende al amor de su Creador, sino que, por así decirlo, se arruga en sí mismo con el pensamiento.

**25.** Debe tenerse en cuenta que las almas carnales aman las cosas presentes porque apenas meditan sobre la brevedad de la vida de la carne. Si consideraran la velocidad de su tránsito, no amarían para nada el prosperar. La santa Iglesia, sin embargo, observa a diario en sus elegidos con cuán-

28. Sal 63, 6.

ta presteza pasan las cosas exteriores; por ello, fija el pie de una solícita intención en las realidades íntimas. De ahí que añada:

XI **26.** *Mis días han pasado más veloces que tela que corta el tejedor.* Es muy apropiado comparar el tiempo de la carne a la tela, porque así como la tela se extiende con los hilos, así también la vida mortal con cada uno de sus días; a medida que aumenta se acerca más a que la corten, pues –como hemos dicho más arriba–, a medida que transcurre el tiempo, el futuro se abrevia y de todo el espacio de la vida son cada vez menos los acontecimientos que han de suceder, porque son más los que ya pasaron. La tela, en efecto, para ser tejida, se fija a dos leños por arriba y por abajo: por abajo, lo ya tejido se enrolla, mientras por arriba lo que se ha de tejer se desenrolla; así, cuanto más se avanza, menos queda. Lo mismo ocurre con el tiempo de nuestra vida: lo ya pasado es como si lo enrolláramos por debajo, mientras que lo que ha de venir lo desenrollamos por arriba, pues a medida que crece nuestro pasado, menor se hace nuestro futuro.

Ahora bien, ni siquiera la imagen de la tela basta para expresar la condición de nuestro tiempo, ya que la velocidad de nuestra vida es superior a la rapidez de la tejedora, por eso, rectamente se dice: *Mis días han pasado más veloces que tela que corta el tejedor.* El avance de la tela puede sufrir retrasos, la desaparición de la vida presente no conoce, sin embargo, demora. En aquélla, cuando la mano del artesano se detiene, la llegada del final se prolonga; en ésta, alcanzamos el final de nuestro camino incluso descansando, pues consumimos tiempo sin interrupción también cuando nos detenemos, y seguimos completando nuestro recorrido aún durmiendo. Los elegidos, observando cómo los momentos de la vida presente corren aprisa, no ponen la intención del corazón en camino tan fluctuante. Sigue:

XII **27.** *Se han consumido sin ninguna esperanza.* El alma de los pecadores está atada al día de la vida presente con

tanto amor que, deseando vivir siempre aquí, ansían que el curso de sus vidas –si así pudiera ser–, nunca terminara. Desdeñan reflexionar sobre el futuro, ponen toda su esperanza en las cosas transitorias, y no sienten atractivo por nada que no sea pasajero. Piensan continuamente en cosas pasajeras y no esperan para nada en las que permanecen, de modo que el ojo del corazón se les cierra con insensible ceguera hasta el punto de que ya no perciben la luz eterna. Ocurre entonces con frecuencia que el cuerpo empieza a sentir molestias y la muerte se acerca cortando la fuerza del hálito vital; y, sin embargo, no dejan de ocuparse en las cosas del mundo. Se les lleva ya a juicio para ser vengados y, ocupados solícitamente en las realidades pasajeras, no piensan en nada, sino en cómo seguir viviendo en este mundo. Afrontan todo lo que se ha de dejar como si lo tuvieran que conservar, porque su esperanza por vivir no se quiebra ni siquiera cuando su vida se termina. Reciben la sentencia para presentarse al juicio y todavía andan preocupados por las cosas a las que están apegados. Si el alma se endurece, piensa que la muerte está lejana, incluso cuando ya se presiente. Y así, el alma que se separa del cuerpo, apegada con amor desordenado a las realidades presentes, cuando es llevada al suplicio eterno, ni siquiera sabe a dónde se dirige. Abandonando lo que no quiso amar en su límite, se encuentra de repente sin límite ante lo que nunca previó.

El alma de los rectos, por el contrario, tiene su intención puesta en la eternidad, incluso cuando la vida presente les sonríe felizmente. Goza de muy buena salud corporal y, sin embargo, el ánimo no se frena poniendo en ella su confianza. No hay todavía ningún indicio de que la muerte vaya a irrumpir, y la observa a diario como si estuviera ya presente. Como la vida corre sin interrupción, la esperanza de seguir viviendo no le preocupa. Rectamente, por tanto, se dice sobre los días que pasan: *Se han consumido sin ninguna esperanza*. Como si claramente dijera: «No he

puesto la confianza del alma en la vida presente, porque he pisoteado sin esperanza todo lo que pasa». Inmediatamente añade:

XIII **28.** *Recuerda que mi vida es un soplo.* Los que no prestan atención a la eternidad de la vida futura, aman la vida de la carne como si fuera permanente, y como no consideran la solidez de lo que es perenne, creen que el exilio es la patria, la tiniebla luz y el camino la meta. Y es que, los que ignoran las realidades superiores no pueden en absoluto juzgar sobre las inferiores. La regla del juicio exige, en efecto, que estemos por encima de lo que pretendemos examinar. Si el ánimo no logra ir por delante de las cosas, no percibirá nada seguro de aquello que le supera.

El alma pecadora no consigue valorar el curso de la vida presente, porque sucumbe ante su encanto poniendo su amor en ella. Los santos elevan su corazón a las realidades eternas, reflexionan sobre la brevedad de lo que está sujeto a su fin, y perciben como vil lo pasajero, porque con radiante inteligencia brilla ante ellos lo que una vez recibido ya no pasa nunca. Cuando descubren que la eternidad es infinita, no ponen ya gran deseo en lo que está avocado a un fin. El alma elevada es llevada fuera de los límites del tiempo cuando se mantiene con la carne en el tiempo y con tanta mayor altura desprecia lo que está destinado a terminar cuando más verdaderamente conoce la realidad infinita. La misma consideración de la brevedad de la condición humana es una ofrenda de gran valor a nuestro Creador. Por eso, ahora se presenta el obsequio de este ofrecimiento acompañado de una súplica: *Recuerda que mi vida es un soplo.* Como si claramente dijera: «Mira benigno al que pasa velozmente porque mayor ha de ser tu misericordia al ver que no aparto mis ojos de la consideración de mi propia brevedad». Ahora bien, como al terminar el tiempo de la vida presente no se vuelve a la realización de obras que puedan alcanzar el perdón, rectamente se añade:

XIV **29.** *Que mi ojo no volverá a ver el bien.* El ojo del que ha muerto no vuelve a ver el bien porque el alma, despojada de la carne, no puede ya cumplir obras rectas. Por esta razón, el rico era atormentado con las llamas del infierno, porque reconocía que ya no podía con sus obras repararse a sí mismo. Intentaba ser de provecho, no ya para sí, sino para los hermanos que había dejado, diciendo: *Te ruego, padre Abrahán, que envíes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les diga la verdad y no vengan también ellos a este lugar de tormentos*[29]. Una esperanza, incluso falsa, puede consolar a un ánimo afligido. Pero para que los réprobos sientan más gravemente su pena, pierden también la esperanza del perdón. Lázaro, entregado a las llamas vengadoras, pidió socorro no para sí sino para sus hermanos, porque reconoció que no podía ser ya librado. También Salomón dijo: *Todo lo que encuentres a mano, hazlo con empeño, porque no hay obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría en el infierno a donde vas*[30]. El ojo no vuelve a ver nunca más el bien, porque el alma recibe la retribución que merece y no es ya llamada a ejercitar sus obras.

Así pues, como todo lo que se ve huye, y perdura lo que ha de permanecer, el santo Job, abarcando en solo verso una y otra afirmación, dijo: *Recuerda que mi vida es un soplo, que mi ojo no volverá a ver el bien.* A continuación, asume la voz de todo el género humano, privado del don de la redención, y dice:

XV **30.** *No me verá la vista del hombre.* La vista del hombre es la misericordia del Redentor que ablanda la dureza de nuestra insensibilidad cuando pone su mirada en ella. Así lo afirma el evangelio, diciendo: *Miró Jesús a Pedro y Pedro recordó las palabras que Jesús le había dicho, y sa-*

29. Lc 16, 27-28.

30. Qo 9, 10.

*liendo fuera lloró amargamente*[31]. Una vez que el alma ha sido despojada del cuerpo, la vista del hombre ya no ve, porque después de la muerte, la gracia no libera a quien antes de la muerte no ha restaurado con el perdón. De ahí que Pablo diga: *Ahora es tiempo favorable, ahora es el día de la salvación*[32]. También el salmista dijo: *Porque es eterna su misericordia*[33]. Quien ahora no se deja tocar por la misericordia, tendrá que vérselas después del tiempo presente con la justicia. Por eso Salomón dijo: *Cuando el árbol cae al sur o al norte, en el lugar donde cae, allí se queda*[34], porque cuando el hombre muere, un espíritu maligno o santo recoge el alma que sale de la cárcel del cuerpo y la retiene consigo por toda la eternidad sin ningún cambio, para que si ha sido exaltada no se precipite al suplicio, y si ha sido arrojada a los suplicios eternos no suba a librarse de su castigo.

Así pues, que el santo varón considere los daños del género humano que ha sido apartado del siglo presente sin el conocimiento del Redentor y ha sido sepultado sin remedio en los fuegos eternos, y hable en su nombre, diciendo: *No me verá la vista del hombre*, porque la gracia del Redentor, a la que ahora no mira para ser curado, entonces no le mirará para esconderlo de la destrucción. Cuando el Señor venga en el juicio, verá al pecador para herirlo; no lo verá para reconocerlo ni para ofrecerle la gracia de la salvación; examinará las culpas y no conocerá la vida de los que se pierden.

El santo varón, habiendo afirmado que después de la vida presente no podrá ser visto por la mirada del hombre, oportunamente añadió:

XVI **31.** *Tus ojos estarán sobre mí y ya no existiré.* Como si claramente dijera: «Cuando vengas para el juicio severo,

31. Lc 22, 61-62.
32. 2 Co 6, 2.
33. Sal 118, 1.
34. Qo 11, 3.

no verás para salvar sino para herir, porque al que no se deja mirar en la vida presente por tu misericordioso designio, lo eliminarás luego mirándolo con la justicia». Ahora el pecador no teme a Dios y vive, blasfema y progresa, porque el Creador misericordioso quiere corregirlo esperando, no lo quiere castigar mirándolo. Está escrito: *Pasas por alto los pecados de los hombres para que se arrepientan*[35]. Entonces, cuando mire al pecador ya no existirá, porque cuando el Juez severo examine con rigor sus obras, el culpable no resistirá los tormentos.

**32.** Esas palabras se pueden también poner en boca de los justos, cuya alma se orienta siempre solícita al juicio venidero. Temen todo lo que hacen al considerar con cautela su comparecencia ante tal Juez. Meditan sobre la potencia de su grandeza y sopesan la carga a la que están sometidos por su propia fragilidad. Llevan cuenta de sus malas acciones y frente a ellas exaltan la bondad del Creador. Tienen en cuenta el rigor con que Él juzga, la agudeza con que examina las buenas obras y saben de antemano, sin ninguna duda, que perecerán si no son juzgados con piedad, porque el mismo creernos que ya vivimos justamente es culpa si la divina misericordia no la excusa al juzgarla. Por eso está escrito en este mismo libro: *Los astros no son puros ante tu mirada*[36], porque cuando el Juez severo juzga, descubre manchas de maldad incluso en los que brillan con la pureza de la santidad. Se dice: *Tus ojos estarán sobre mí y ya no existiré*. Como diciendo claramente: «Si soy juzgado con un fino examen, no podré superar el juicio, porque para la pena no es suficiente una vida si cae sobre ella el rigor de una justa retribución». Brevemente se refiere a la culpa y a la pena del género humano, cuando afirma a continuación:

35. Sb 11, 23.

36. Jb 25, 5.

XVII **33.** *Como nube que pasa y se disipa, así el que baja a los infiernos no sube.* La nube está suspendida en las alturas, pero cuando es densa puede ser empujada por el viento y correr; con el calor del sol, se disipa y desaparece. Así son los corazones de los hombres que, por la facultad de la razón recibida, se elevan a las alturas, pero empujados por el soplo del espíritu maligno son arrastrados aquí y allá, movidos al compás de sus deseos malvados. Bajo la mirada del Juez supremo se deshacen como por el efecto del calor del sol, y, una vez enviados a los lugares de las penas, no regresan a la actividad anterior.

Así pues, que el santo varón, expresando la soberbia –esto es, el curso y la caída del género humano–, diga: *Como nube que pasa y se disipa, así el que baja a los infiernos no sube.* Como diciendo: «Corriendo en alto parece que tiende con su soberbia a la perdición; una vez que la culpa lo ha arrastrado a la pena, la misericordia lo lleva de nuevo al perdón». Sigue:

XVIII **34.** *Ya no retorna a su casa.* Así como el habitáculo corporal es la casa del cuerpo, así para cada alma se convierte en casa aquel lugar donde se ha acostumbrado a vivir con el deseo. No retorna ya a su casa, porque una vez que un hombre ha sido entregado a los suplicios eternos, no puede ya volver al lugar donde había puesto su corazón.

Con el término *infiernos* se designa también la desesperación del pecador. Sobre ella dice el salmista: *¿Quién te alabará en el infierno?*[37]. Y en otro lugar está escrito: *Cuando el impío llega a lo profundo de los pecados, desprecia*[38]. Quien sucumbe a la impiedad, abandona con la muerte la vida de justicia. A quien después del pecado se ve aplastado por el peso de la desesperación ¿qué otra cosa le suce-

37. Sal 6, 6.

38. Pr 18, 3.

de sino que es sepultado en los suplicios del infierno tras la muerte? De ahí que rectamente se diga: *Como nube que pasa y se disipa, así el que baja a los infiernos no sube*, porque con frecuencia al mal perpetrado se asocia la desesperación y el camino de retorno queda cortado.

Se comparan los corazones de los desesperados a las nubes porque están oscurecidos por la tiniebla del error y condensados por la abundancia de pecados; pero se disipan y pasan, porque con la claridad irradiada del juicio final se desvanecen.

Suele también interpretarse la casa como la habitación del corazón. A uno que había sido sanado, se le dice: *Ve a tu casa*[39], porque es justo que el pecador, tras el perdón, vuelva a su alma para que no pierda de nuevo aquello por lo que había sido justamente herido. El que baja al infierno no sube luego a su casa, porque la desesperación que le hunde le saca de la habitación de su corazón y no puede ya regresar a su interior; disipado exteriormente, se ve empujado cada día a caer en cosas peores.

El hombre había sido creado para contemplar al Creador, de modo que buscara siempre su rostro y habitara en la celebración gozosa de su amor. Pero expulsado fuera de sí por su desobediencia, ha perdido el lugar de su alma, porque caminando por tortuosos senderos se ha alejado de la morada de la verdadera luz. Sigue:

XIX **35.** *Ni lo reconoce ya su morada*. Morada del hombre, no local, es el mismo Creador que lo creó para que encontrase en Él su consistencia. El hombre abandonó esta morada cuando escuchó las palabras del seductor y se alejó del amor del Creador. Pero cuando Dios omnipotente se manifestó corporalmente para redimir al hombre, siguiendo Él mismo las huellas de su fugitivo –por así decirlo–, se con-

39. Mt 9, 6; Mc 5, 19.

virtió en morada en la que poder retener al hombre que había perdido.

Si el Creador no pudiera recibir el nombre de morada, el salmista, alabando a Dios, no hubiera dicho: *Los hijos de tus siervos habitarán allí*[40]. No empleamos el término *allí* a no ser que nos estemos refiriendo a un lugar concreto. Hay muchos que incluso después de haber recibido el auxilio de la redención, caen en las tinieblas de la desesperación y perecen mezquinamente por haber despreciado los remedios ofrecidos de la misericordia. Adviértase, en consecuencia, que no se dice «ni reconoce su morada», sino *ni lo reconoce su morada*. Al atribuir el reconocimiento a la morada y no al hombre, claramente da a entender que con el término morada se está designando al mismo Creador, porque viniendo severo para el juicio final, dice a los endurecidos en su maldad: *No sé de dónde sois*[41]. Los elegidos, considerando cómo los réprobos son rechazados con tanto rigor, se purifican a diario con mayor solicitud de las manchas del mal cometido. Al ver cómo otros destinados a perderse se enfrían en su amor por la vida, se entregan con empeño al llanto de la penitencia. Por eso, oportunamente añade:

XX **36.** *Por eso, no pondré freno a mi boca*. Pone freno a su boca quien se avergüenza de confesar el mal que hizo. Poner la boca a trabajar significa emplearla para confesar las iniquidades perpetradas. El justo no pone freno a su boca, porque previniendo la ira del Juez severo, se enfurece contra sí mismo con las palabras de la propia confesión. Por eso, el salmista dijo: *Vayamos ante tu rostro con la confesión*[42]. Y Salomón: *No prosperará el que oculta sus faltas, el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia*[43]. En

40. Sal 102, 29.
41. Lc 13, 25.
42. Sal 95, 2.
43. Pr 28, 13.

otro lugar está escrito: *El justo es el primero que se acusa a sí mismo*[44].

Ahora bien, la boca no se abre para confesar si el espíritu no está angustiado por el miedo ante la consideración del Juez severo. Por eso, añade oportunamente:

XXI **37.** *Hablaré en la tribulación de mi espíritu.* La tribulación del espíritu mueve la lengua para que la voz de la confesión declare la culpa de la obra malvada. Se debe saber que a menudo los réprobos confiesan sus pecados pero rechazan llorarlos. Los elegidos, sin embargo, lloran con lágrimas de severa condena las culpas que descubren con su voz. Por eso, rectamente el santo Job, después de haber declarado no querer poner freno a su boca, añade en seguida la tribulación del espíritu. Como si claramente dijera: «la lengua declara la culpa de tal manera que el espíritu no puede quedar ajeno al sentimiento de amargura; declarando las culpas, abro la herida; pensando en las culpas para corregirlas, busco la salud de la herida usando la medicina de la amargura».

Quien señala los males perpetrados pero rechaza llorar lo señalado es como uno que descubre una herida debajo de la ropa que lleva, pero por la indolencia de su mente no aplica la medicación. Por eso, es necesario que la amargura provoque la confesión, no sea que la herida, ya descubierta pero descuidada, se pudra de forma aún peor debido al contacto más licencioso con el conocimiento humano. El salmista no sólo había descubierto ya la llaga del corazón, sino que le aplicaba además la medicina de la amargura, diciendo: *Yo reconozco mi culpa y pensaré en mi pecado*[45]. Con su reconocimiento descubre la herida oculta; pensando en ella ¿qué hace sino aplicar la medicación a la herida? En el alma afligida que piensa solícitamente en sus propios

44. Pr 18, 17.

45. Sal 38, 19.

daños, surge una riña contra sí misma en favor de sí misma. Pues cuando se entrega al llanto de la penitencia, se desgarra con una oculta increpación. De ahí que siga:

XXII **38.** *Conversaré con la amargura de mi alma.* Afligidos por el pavor al juicio divino, mientras lloramos algunas de nuestras malas acciones, empujados a un examen más vigilante por la fuerza misma de nuestra amargura, encontramos en nosotros otros motivos por los que llorar. A menudo, lo que está oculto mientras vivimos en la indolencia, sale al descubierto con mayor claridad cuando lloramos. El alma afligida encuentra más fácilmente el mal que había cometido e ignoraba; la propia lucha interna le manifiesta de forma más verdadera cuánto se había desviado de la paz de la verdad, porque alterada en su interior atrapa el pecado que no reconocía cuando estaba segura de sí. La amargura de la penitencia saca ante el corazón avergonzado las acciones ilícitas que cometió, manifiesta contra ellas al Juez severo, le lanza las amenazas de los suplicios, hiere el ánimo con el miedo, lo confunde con la vergüenza, increpa sus movimientos ilícitos, turba la quietud de su dañina seguridad; lleva cuenta de los bienes que el Creador le ha otorgado y de los males con que él le ha correspondido; tiene en cuenta que ha sido creado admirablemente por Él, que le ha nutrido gratuitamente, que lo ha dotado de naturaleza racional, que lo ha llamado por la gracia del Creador, que a pesar de haber sido llamado no ha querido seguirlo, que la misericordia de quien le llama no le ha despreciado en su bajeza y obstinación, que ha sido iluminado con dones, que después de recibir los dones se ha cegado voluntariamente por sus obras perversas, que ha sido purificado de los errores de su ceguera con los flagelos de su paterna solicitud, que de los dolores de los flagelos ha sido llevado a los gozos de la salvación con la medicina de la misericordia, que sometido a algunas culpas –aunque no graves– y en medio de los flagelos ni siquiera entonces ha dejado de pecar, que la gra-

cia divina, aunque haya sido despreciada, no abandona nunca al pecador.

Cuando increpa con tanta severidad al alma afligida, ya sea multiplicando los dones de Dios, ya sea reprochando sus acciones, la amargura del alma tiene en el corazón de los justos su propia lengua, que tanto más sutilmente le habla cuanto más interiormente se escucha. De ahí que no dijera: «Hablaré en la amargura de mi alma», sino *Conversaré con la amargura de mi alma*, porque la fuerza del dolor, que contando cada uno de los pecados mueve al ánimo indolente a los lamentos, forma casi palabras de conversación en las que se encuentra a sí mismo corregido y se puede disponer a una vigilancia más solícita de sí.

Así pues, que el varón justo diga en nombre propio y como figura de la santa Iglesia, que diga en nuestro nombre: *Conversaré con la amargura de mi alma*. Como diciendo más claramente: «Por dentro converso contra mí con el dolor de mi corazón, por fuera me escondo de la herida del Juez».

El alma atrapada en los dolores de la penitencia, se concentra en sí misma y se aparta con decidido pensamiento de todos los deleites de la carne; aspira a alcanzar los bienes supremos y, sin embargo, siente todavía la oposición de la corrupción de la carne. De ahí que oportunamente añada:

XXIII **39.** *¿Soy yo acaso el mar, o un cetáceo, para que me encierres en la cárcel?* El hombre es encerrado en la cárcel porque muchas veces se esfuerza en elevarse a las alturas progresando en las virtudes, pero la corrupción de su carne se lo impide. El salmista pide ser sacado de ella, diciendo: *Saca mi alma de esta cárcel para que confiese tu nombre*[46]. ¿Qué representa el mar sino los corazones de los carnales agitados por pensamientos de orgullo? ¿Quién es

46. Sal 141, 8.

el cetáceo sino el antiguo enemigo? Cuando éste penetra en las almas secularizadas y se apodera de ella es como si nadara en sus pensamientos lascivos. El cetáceo es encerrado en la cárcel porque el espíritu maligno, arrojado a los infiernos, se ve coartado por el peso de su propia pena para no poder volver hasta los cielos. Pedro lo atestigua cuando dice: *Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó a las cavernas tenebrosas del abismo y allí los retiene para el juicio*[47]. El cetáceo es encerrado en la cárcel porque se le prohíbe tentar a los buenos todo lo que él quisiera. El mar también es recluido en la cárcel, porque los deseos malsanos y orgullosos de las almas carnales se ven angustiados por la imposibilidad de realizar el mal que apetecen. A menudo ansían dominar a los que son mejores, pero se ven impedidos por un divino juicio que todo lo dispone admirablemente. Llenos de soberbia quisieran dañar a los buenos y, sin embargo, como están sometidos, esperan de ellos el consuelo. Para satisfacer los placeres carnales desean una longeva vida presente, pero son sacados de ella a gran velocidad. Sobre ellos dice el salmista: *Detuvo las aguas como en un odre*[48]. Las aguas están en un odre cuando sus deseos lascivos, no pudiéndose realizar, están reprimidos bajo el corazón carnal.

Por tanto, el cetáceo y el mar están atrapados en la cárcel porque el juicio supremo reduce al espíritu maligno y a sus secuaces, que pretenden provocar en las almas el oleaje de pensamientos orgullosos, para que no puedan cumplir el mal que apetecen.

**40.** Los santos, al considerar con corazón cada vez más puro los arcanos celestes, los anhelan día a día con ardor creciente. Desean saciarse ya plenamente ahí donde apenas degustan algo con la boca de la contemplación. Quieren so-

47. 2 P 2, 4.

48. Sal 78, 13.

meter perfectamente el estímulo de la carne y no tener ya que soportar en su pensamiento nada ilícito que provenga de su corrupción. Está escrito: *Un cuerpo que se corrompe agrava el alma y la morada terrena oprime el sentido con muchos pensamientos*[49], por eso, con la intención salen por encima de sí, pero sujetos todavía a los movimientos inciertos de su debilidad, se duelen encerrados en la cárcel. De ahí que dijera: *¿Soy yo acaso el mar, o un cetáceo, para que me encierres en la cárcel?* Como diciendo abiertamente: «El mar o el cetáceo, es decir, los inicuos y su promotor, el espíritu maligno, desean verse libres únicamente para cometer maldades, por eso están encerrados en la cárcel de su propia pena. Yo, sin embargo, que deseo ya la libertad de tu eternidad ¿por qué estoy todavía atrapado en la cárcel de mi corrupción?».

No obstante, los justos no hacen su pregunta con soberbia, porque encendidos en el amor a la verdad, anhelan vencer perfectamente las angustias que les proporciona su debilidad. No es el Creador injusto en sus disposiciones, porque al retrasar los deseos de sus enemigos, los atormenta; atormentándolos los purifica, para que con la dilación puedan un día recibir mejor lo que ahora desean.

Los elegidos, sin embargo, mientras se les difiere la quietud interior, entran en su propio corazón y ahí, escondidos de los tumultos de su carne, es como si buscaran un deliciosísimo secreto. También ahí sienten con frecuencia los aguijones de la tentación, padecen los estímulos de la carne y encuentran pesadísimos trabajos donde buscaban el reposo para sus fatigas. Por eso, el santo varón, después de referirse a la cárcel de su corrupción, apresurándose a retornar a los espacios tranquilos del corazón y habiendo encontrado en su interior la misma polémica que rehuía en el exterior, exclama:

49. Sb 9, 15.

XXIV **41.** *Si digo: «El lecho me consolará y en mi cama hablando conmigo me repondré»; entonces con sueños tú me espantas y me aterrorizas con visiones.* En la Sagrada Escritura el lecho, el cubil o la cama, suele simbolizar lo secreto del corazón. La Esposa, figura de cada alma, encendida por ocultos estímulos en amor santo, dice en el Cantar de los cantares: *Busqué por las noches en mi lecho al que ama mi alma*[50]. En el lecho y por la noche se busca al Amado, porque la figura del Creador invisible, quitada toda imagen de visión corporal, se encuentra en el cubil del corazón. La Verdad dice a los que ama: *El Reino de Dios está dentro de vosotros*[51]. Y en otro lugar: *Si yo no me voy, no vendrá el Paráclito*[52]. Como si abiertamente dijera: «Si no substraigo mi cuerpo a los ojos de vuestra intención, no os puedo conducir a la inteligencia invisible por medio del Espíritu consolador». También el salmista dice sobre los justos: *Los santos exultarán en la gloria, se alegrarán en sus lechos*[53], porque cuando se alejan de los males exteriores, se glorían seguros dentro de los secretos del alma. La alegría de los corazones será perfecta cuando desaparezca en el exterior la lucha de la carne. Mientras la carne incline al mal, como si golpeara las paredes de nuestra casa, también el lecho se turbará. Rectamente se dice por el mismo salmista: *Has convertido toda su cama en su dolor*[54], porque mientras la tentación de la carne nos golpea, también el lecho de la mente se ve confundido con el estremecimiento de nuestra debilidad.

¿Qué significan en este pasaje los sueños y visiones sino las representaciones del severo juicio final? Lo intuimos ya ahora, hasta cierto punto, por medio del temor, pero no lo vemos tal cual es en verdad. Y así, los santos, como hemos

50. Ct 3, 1.
51. Lc 17, 21.
52. Jn 16, 7.
53. Sal 149, 5.
54. Sal 41, 4.

dicho, vuelven siempre a los secretos del corazón cuando por parte de este mundo reciben una prosperidad mayor de la que desean o una adversidad superior a sus fuerzas; cansados por trabajos exteriores buscan el reposo del alma como si de un lecho o cama se tratara. Mas cuando a través de ciertas representaciones de su pensamiento perciben la sutileza de los juicios divinos, quedan turbados en su mismo lecho de descanso como ante una pesadilla. Contemplan cuan severo viene el Juez que, mientras ilumina los secretos de los corazones con la fuerza de su inmensa grandeza, pone ante los ojos todas las culpas. Piensan con qué gran vergüenza quedarán confundidos ante la mirada de todo el género humano, de todos los ángeles y de todos los arcángeles. Reflexionan sobre el tormento permanente que seguirá a su confusión cuando la culpa consuma al alma dándole muerte de forma inmortal y la gehenna acabe con la carne sin nunca acabar. Y así, cuando el alma se ve agitada con una representación tan terrible ¿a qué otra cosa se asemeja sino al que en el lecho ve un sueño angustioso?

Así pues, que diga: *Si digo: «El lecho me consolará y en mi cama hablando conmigo me repondré»; entonces con sueños tú me espantas y me aterrorizas con visiones.* Como diciendo claramente: «si huyendo de las cosas exteriores, vuelvo a mi interior, y ansío descansar, hasta cierto punto, en el lecho del corazón, allí me sometes a la contemplación de tu juicio y me aterras fuertemente con las representaciones que me haces ver con antelación».

Se dice con razón: *Y en mi cama hablando conmigo me repondré*, porque cuando volvemos cansados al silencio de nuestra mente, es como si hablando en el lecho, conversáramos dentro de nosotros con las palabras ocultas de los pensamientos. Nuestra conversación se convierte en terror, porque a partir de ella se descubre a nuestra alma con mayor fuerza una inteligencia que amenaza con el terror del Juez severo.

**42.** Debemos exponer con gran cuidado las diferentes maneras en que las imágenes de los sueños afectan al ánimo, no sea que haya quien pretenda interpretar estas cosas en sentido literal. Unas veces los sueños se producen con el estómago lleno o vacío, otras veces se deben a una ilusión, otras se deben a la vez a una ilusión y a un pensamiento, otras son fruto de una revelación, y otras, en fin, son el resultado de una revelación y de un pensamiento. Las dos primeras maneras las conocemos todos por experiencia, las cuatro restantes se pueden encontrar en las páginas de la Sagrada Escritura.

Si muchas veces los sueños no los provocara el oculto enemigo por medio de una ilusión, nunca un hombre sabio lo hubiera afirmado, diciendo: *Los sueños y las vanas ilusiones hicieron errar a muchos*[55]; o también: *No practicaréis la adivinación ni interpretaréis los sueños*[56]. Con estas palabras se muestra la condena hacia las cosas relacionadas con la adivinación. Por otro lado, si los sueños no procedieran a veces de la ilusión y del pensamiento al mismo tiempo, Salomón no habría dicho: *Las muchas preocupaciones se manifiestan en el sueño*[57]. Si otras veces los sueños no tuvieran su origen en el misterio de una revelación, José no habría visto en un sueño que iba a ser preferido a sus hermanos[58], ni la Verdad hubiera advertido en sueños al esposo de María que tomara al niño y huyera a Egipto[59]. Finalmente, si otras veces los sueños no procedieran simultáneamente de un pensamiento y de una revelación, nunca el profeta Daniel, explicando la visión a Nabucodonosor hubiese empezado por la raíz del pensamiento, diciendo: *Tú, oh rey, empezaste en tu lecho a pensar cuál sería el futuro; y el que revela los mis-*

55. Si 34, 7.
56. Lv 19, 26.
57. Qo 5, 2.
58. Cf. Gn 37, 7.
59. Cf. Mt 2, 13-14.

*terios te ha manifestado lo que ha de suceder*[60]; y poco después: *Tuviste esta visión: una enorme estatua, de extraordinario esplendor y terrible aspecto comenzó a levantarse frente a ti*[61], etc. Mientras Daniel explica respetuosamente el sueño que se ha de cumplir, manifiesta de qué pensamiento procede; lo cual muestra claramente que muchas veces los sueños provienen simultáneamente de un pensamiento y de una revelación.

**43.** Cuando sueños de muchos tipos se alternan, se debe creer en ellos con tanto más reparo cuanto mayor sea la dificultad para determinar su origen. Pues sucede a menudo que el espíritu maligno, a los que sorprende en vela por amor de la vida presente, les promete prosperidad incluso cuando duermen. A los que ve temblar ante la adversidad, les presenta en sueños imágenes terribles de la misma, de modo que de diversas maneras se acerca al alma confundida y la levanta con una falsa esperanza o la deprime con un infundado temor. Intenta también con frecuencia acercarse en sueños a los corazones de los santos para desviarlos, aunque sea por un momento, de la intención del sólido pensamiento, si bien se muestran prontos a apartar su ánimo de las imágenes ilusorias. El enemigo instigador, a los que no puede vencer cuando están vigilantes, los ataca más cruelmente cuando duermen. La suprema Providencia, permite en su bondad que el maligno actúe de esa forma para que en los corazones de los elegidos ni siquiera el sueño se vea privado del premio reservado al sufrimiento. Por eso, rectamente se dice al que gobierna todas las cosas: *Si digo: «El lecho me consolará y en mi cama hablando conmigo me repondré»; entonces con sueños tú me espantas y me aterrorizas con visiones*, porque Dios dispensa todas las cosas de manera admirable, y Él mismo hace que el espíritu malig-

60. Dn 2, 29. 61. Dn 2, 31.

no desee actuar injustamente, lo cual permite que ocurra no sin justicia.

La vida de los justos se ve atacada por la tentación en la vigilia y por el engaño en el sueño; así, aguanta por fuera las molestias de su corrupción y por dentro soporta en sí misma los pensamientos ilícitos. ¿Qué puede hacer, entonces, para sacar el pie del corazón de tantos lazos que le ponen para que tropiece? ¡Sabemos, varón santo, cuánta perturbación te oprime y desde cuántas partes te atacan! Pero queremos escuchar qué solución ofreces a esta situación. Sigue:

XXV **44.** *Por eso mi alma prefiere la horca y mis huesos la muerte.* ¿Qué designa con el alma sino la intención de la mente y qué con los huesos sino la fortaleza de la carne? Todo lo que se cuelga es levantado desde abajo. El alma prefiere que le cuelguen para que mueran los huesos, porque mientras la intención de la mente se eleva a las alturas, da muerte en sí a toda la fortaleza de la vida exterior.

Los santos saben ciertísimamente que nunca podrán hallar reposo en esta vida. Prefieren ser colgados porque abandonando los deseos terrenos, elevan el alma a las alturas. Colgados dan muerte a sus huesos, porque por amor a la patria suprema, ceñidos con el lazo de la humildad en los esfuerzos de las virtudes, acaban con aquello que los hacía fuertes para el mundo.

Agrada comprobar cómo Pablo colgaba su alma cuando decía: *Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*[62]. Y en otro lugar: *Deseo morir para estar con Cristo*[63]; y: *Para mí la vida es Cristo y una ganancia el morir*[64]. Trayendo a la memoria las obras de su fortaleza terrena, casi lleva cuenta de ellas como si fueran huesos, diciendo: *Soy hebreo pro-*

62. Ga 2, 20.
63. Flp 1, 23.
64. Flp 1, 24.

*cedente de hebreos, fariseo según la ley, y he sido ardiente perseguidor de la Iglesia de Dios*[65]. Pero, en seguida, afirma haber colgado su alma y haber dado muerte en sí a esos huesos, cuando añade: *Pero lo que entonces consideraba una ganancia, ahora lo considero pérdida por amor a Cristo*[66]. Declara haber acabado en sí mismo con esos huesos, aún con mayor vehemencia, diciendo: *Por quien todo lo juzgo pérdida y lo considero basura*[67]. Manifiesta estar exánime, colgado con los huesos muertos, al decir: *Con tal de ganar a Cristo y de ser encontrado en Él no con una justicia que viene de la ley sino con la que viene de la fe en Jesucristo*[68].

A partir de los testimonios de Pablo hemos comprobado cómo estaba muerto al mundo y colgado en las alturas. Ahora mostraremos cómo el santo Job, lleno del mismo espíritu, rehuye la concupiscencia de la vida exterior. Sigue:

XXVI **45.** *He perdido la esperanza, ya no viviré más.* Hay algunos justos que apetecen los bienes celestes de tal manera que la esperanza en los bienes terrenos no es para ellos obstáculo. Poseen los patrimonios concedidos por Dios para socorrer sus necesidades, conservan los honores temporales que han recibido, no ambicionan los bienes ajenos, y usan lícitamente los suyos. Las mismas cosas que poseen las consideran ajenas, porque no han puesto en ellas su deseo.

Hay otros justos que se ciñen para alcanzar el culmen de la perfección: apetecen en su interior las realidades superiores y abandonan todo externamente; se despojan de las cosas que poseen y dejan la gloria de los honores; amigos de la sobriedad, se aficionan con perseverancia al deseo de las realidades interiores y no quieren tener consolación alguna en las exteriores; mientras se acercan con el alma a los

65. Flp 3, 5-6.
66. Flp 3, 7.
67. Flp 3, 8.
68. Flp 3, 8-9.

gozos interiores, terminan completamente con la vida de placer corporal. Sobre ellos se dice por Pablo: *Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*[69]. El salmista hablaba en nombre propio cuando decía: *Ansía mi alma y languidece en los atrios del Señor*[70]. Ansían pero no languidecen, quienes apetece ya las realidades celestes pero todavía no se han liberado de los placeres terrenos. Ansían y languidecen en los atrios del Señor, los que al desear los bienes eternos no perduran en el amor a los temporales. Por eso, el salmista dice en otro lugar: *Se consume mi alma ansiando tu salvación*[71]. La misma Verdad exhorta diciendo: *Si alguien quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo*[72]; y también: *El que no renuncie a todo lo que posee no puede ser discípulo mío*[73].

El santo varón, apartando su alma de los deseos terrenos, se ha insertado en el número de estos justos, al decir: *He perdido la esperanza, ya no viviré más.* Que el justo desespere significa que escoge los bienes eternos y abandona los de la vida presente, que busca los bienes duraderos y no pone su confianza en las cosas temporales. Quien se comporta así afirma no vivir ya más, porque a diario acaba en sí con la vida de las pasiones mediante una muerte que vivifica. No es que el santo varón desespere de la abundancia de la misericordia divina, ni que haya apartado el paso del corazón del camino del provecho interior, ni que abandonando el amor del Creador se quede en el camino como si hubiera sido rechazado por su guía y hubiera caído confundido bajo la espada del salteador que es la desesperación.

Para que no parezca que queremos forzar el sentido de sus palabras al capricho de nuestra inteligencia, debemos

69. Col 3, 3.
70. Sal 84, 3.
71. Sal 119, 81.
72. Lc 9, 23.
73. Lc 14, 33.

examinar las premisas a partir de lo que viene después. El mismo Job nos indica el sentido de lo que ha dicho, cuando dice:

XXVII **46.** *Déjame, que mis días no son nada.* Las expresiones *he perdido la esperanza* y *déjame* no concuerdan entre sí. El que desespera no pide que le dejen; quien todavía desea que le dejen es que no ha perdido la esperanza. Por un lado desespera, por otro pide que le dejen, porque mientras abandona los bienes de la vida pasajera gracias a la desesperación, se levanta con esperanza más fortalecida a conseguir los que permanecen. De esa forma, desesperando, llega mejor a la esperanza del perdón, quien desea las realidades futuras con tanta más seguridad cuanto más verdaderamente abandona las realidades presentes mediante la desesperación.

Adviértase que indicándonos la fuerza de su corazón ha pronunciado sobre sí una sola sentencia, pero la ha recalcado declarándolo por tres veces. Lo que había dicho más arriba: *Mi alma prefiere la horca*, luego lo reafirma añadiendo: *He perdido la esperanza*; por último, suspirando por los bienes eternos y dejando de lado los temporales, dice: *Déjame*. A su vez, a lo que primero había dicho: *Mis huesos la muerte*, añade luego: *Ya no viviré más*, y, finalmente: *Mis días no son nada*. Rectamente considera que sus días no son nada porque, como ya hemos dicho varias veces más arriba, los santos, cuanto más verdaderamente conocen los bienes supremos tanto más sublimemente desprecian los terrenos. Por esa razón quieren que los días de la vida presente no sean nada, porque fijan los ojos del alma iluminada en la consideración de la eternidad. Por lo demás, al entrar dentro de sí ¿qué reconocen sino que son polvo? Conscientes de su debilidad, temen ser juzgados severamente. Cuando ven el alcance de las propias fuerzas, se aterrorizan al pensar que serán juzgados por lo que son. De ahí que siga oportunamente:

XXVIII 47. *¿Qué es el hombre para que lo engrandezcas o para que pongas en él tu corazón?* Dios engrandece al hombre porque lo dota de razón abundante, lo visita con su gracia infusa, lo exalta con el honor de las virtudes que le confiere. Aunque el hombre, por sí mismo, no es nada, lo hace partícipe de su conocimiento y le concede el don de su bondad. El Señor, además, pone su corazón en el hombre que ha engrandecido, porque después de los dones lo lleva a juicio, sopesa sutilmente sus méritos, examina con vehemencia el valor de su vida, y luego lo castiga con penas tanto más severas cuanto más generosamente lo ha prevenido con sus dones.

Vea, por tanto, el santo varón la inmensidad de la majestad suprema y dirija el ojo de la consideración a la propia debilidad. Advierta que la carne no puede comprender lo que la Verdad enseña de sí misma al espíritu. Advierta que tampoco el espíritu del hombre, que ha sido elevado, podrá soportar el juicio que Dios realiza según el examen de una rigurosa retribución, y diga: *¿Qué es el hombre para que lo engrandezcas o para que pongas en él tu corazón?* Como diciendo abiertamente: «El hombre es engrandecido por el don espiritual, pero sigue siendo carne; después de concederle los dones consideras severamente sus caminos, pero si es juzgado sin piedad, su espíritu, ni siquiera habiendo sido elevado, puede soportar el peso que viene de tu potencia, porque aunque tus dones lo ensanchan más allá de sí, su debilidad lo angustia ante el examen de tu juicio». Oportunamente añade todavía:

XXIX 48. *Lo visitas al amanecer y en seguida lo pones a prueba.* ¿Quién ignora entre nosotros que se habla del amanecer cuando el período nocturno cambia ya a la claridad de la luz? Somos oprimidos por las tinieblas de la noche cuando nos oscurecemos a causa de la iniquidad perpetrada. La noche se transforma en luz cuando el conocimiento de la verdad irradia sobre la oscuridad de nuestro error. La

noche se convierte en luz cuando el fulgor de la justicia ilumina nuestros corazones oprimidos por la ceguera de la culpa. Pablo había visto surgir el amanecer en las mentes de sus discípulos cuando decía: *La noche está avanzada y el día se acerca*[74]. El Señor, por tanto, nos visita al amanecer porque alumbra con la luz de su conocimiento las tinieblas de nuestro error, nos eleva con el don de la contemplación, y nos levanta hasta el arca protegida de la virtud.

Nótese que Dios, después de visitar al hombre al amanecer, al momento, lo pone a prueba, porque acercándose mueve nuestros corazones a las virtudes y retirándose permite que la tentación nos golpee. Si después de los dones de las virtudes no nos golpeara ninguna tentación, el ánimo se gloriaría de tenerlas por sí mismo. Por eso, para que también posea los dones de la firmeza y reconozca humildemente su debilidad, es arrebatada a las alturas por medio de la gracia que se acerca y puede probar lo que es por sí mismo gracias a que se retira.

Esta enseñanza está muy bien presentada en la Sagrada Escritura, en el pasaje que relata cómo Salomón recibió de Dios la sabiduría y después de recibirla se vio interrogado por el asunto de las prostitutas[75]. Apenas recibió la gracia de tan alta revelación, se encuentra con una contienda entre mujeres de vida perdida, porque, a menudo, cuando el rostro de la generosidad divina ilumina nuestra alma con las virtudes que concede, al momento, pensamientos lascivos la turban para que la que ha sido elevada con tan inmenso don, descubra quien es ella en realidad, al verse golpeada por la tentación.

También Elías, visitado al amanecer, abrió los cielos con su palabra, pero al encontrarse al momento con la prueba, huyó débil por el desierto asustado por una sola mujer[76].

74. Rm 13, 12.
75. Cf. 1 R 3, 16.
76. Cf. 1 R 19, 3.

Pablo, que había sido llevado al tercer cielo y, penetrando en el paraíso, había contemplado sus secretos, al volver sobre sí, descubre en sus miembros otra ley y se duele viéndose fatigado por la rebelión interior contra la ley del espíritu[77]. Así pues, Dios visita al amanecer pero, inmediatamente después de la visita, pone a prueba, porque concediendo el don nos eleva y retirándolo por un momento, revela al hombre la condición del hombre. No hay duda de que este será nuestro sufrimiento hasta que, limpia por completo la mancha del pecado, seamos restablecidos en la condición de incorruptibilidad prometida. Sigue:

XXX **49.** *¿Hasta cuándo no me dejaréis, ni me permitiréis tragar mi saliva?* Se traga saliva cuando baja de la cabeza a la boca y de la boca al vientre. ¿Qué es nuestra cabeza sino la divinidad? De ella recibimos el principio de nuestro existir, en cuanto somos criaturas, tal como atestigua Pablo: *La cabeza del hombre es Cristo, la cabeza de Cristo es Dios*[78].

¿Qué representa nuestro vientre sino la mente? Como alimento recibe la inteligencia suprema, y una vez alimentada, rige los miembros en todas sus acciones. Si la Sagrada Escritura no simbolizara a veces la mente con el nombre de vientre, Salomón no hubiera dicho: *Antorcha del Señor es el espíritu del hombre que investiga todos los secretos del vientre*[79], porque mientras la gracia del rostro divino nos ilumina, todo lo que hay escondido en nuestra mente sale a la luz.

¿Qué simboliza la saliva sino el sabor de la íntima contemplación? De la cabeza fluye a la boca, porque desde la claridad del Creador llega hasta nosotros, que aún estamos en esta vida, algo del gusto de la revelación. Por eso, el Re-

77. Cf. Rm 7, 14-25.
78. 1 Co 11, 3.
79. Pr 20, 27.

dentor cuando vino mezcló saliva con el barro y sanó los ojos del ciego de nacimiento[80], porque la gracia suprema alumbra nuestro pensamiento carnal por medio de la mezcla de su contemplación y sana al hombre llevándolo de su ceguera original a la inteligencia. La naturaleza lo engendró en este exilio cuando ya había sido expulsado de los gozos del paraíso, por eso es como si el hombre estuviera sin ojos desde su nacimiento.

Ahora bien, como indica el santo varón, la saliva fluye hasta la boca pero no puede ser tragada y, en consecuencia, no llega al vientre, porque la contemplación de la divinidad alcanza al sentido, pero no alimenta plenamente la mente; el ánimo no puede apreciar perfectamente lo que todavía ve de forma fugaz, porque la tiniebla de la corrupción se lo impide.

50. La mente de los elegidos domina ya los deseos terrenos; transciende ya todo lo que considera pasajero; se aparta ya del placer en las cosas exteriores y escudriña los bienes invisibles; actuando así se ve muchas veces arrebatado a la dulzura de la contemplación suprema; entre tinieblas percibe ya algo de la íntima realidad divina y con ardiente deseo procura tomar parte en los ministerios espirituales de los ángeles. Se alimenta del gusto incircunscrito de la luz y, transportada por encima de sí, desdeña caer en sí misma. Pero como todavía *El cuerpo que se corrompe agrava el alma*[81], no puede unirse por largo tiempo a la luz que sólo ve fugazmente. La misma debilidad de la carne retrae al alma que se transciende y la hace volver, suspirante, a pensar en bajezas que, por lo demás, son necesarias.

Por eso, la saliva fluye desde la cabeza y alcanza la boca, pero apenas llega al vientre, porque en nuestro intelecto se infunde ya, ciertamente, el néctar de la contemplación su-

80. Cf. Jn 9, 6.

81. Sb 9, 15.

prema, pero no sacia todavía plenamente al alma. En la boca está el gusto, en el vientre la satisfacción. No podemos tragar saliva, porque no es nos permite saciarnos con el bien de la claridad divina que todavía gustamos de forma limitada.

El hecho de que ya conozcamos en cierto modo los bienes supremos, procede de la bondad del que se ocupa de nosotros, y el que todavía no lo podamos percibir perfectamente se debe a la pena de nuestra antigua condena, por eso rectamente se dice ahora: *¿Hasta cuándo no me dejaréis, ni me permitiréis tragar mi saliva?* Como si dijera claramente: «Dejarás plenamente al hombre cuando lo admitas a la perfección de tu contemplación, para que, arrebatado en su interior, vea tu claridad, y la corrupción de la carne no lo arroje al exterior. Entonces me permitirás que trague saliva: cuando me infundas el sabor de tu claridad hasta la abundancia de la saciedad, de modo que nunca más tenga hambre por la falta de gusto en la boca, sino que subsista en ti sólidamente establecido, con el vientre del alma bien irrigado». Ahora bien, quien desee merecer el bien que espera, debe confesar el mal que hizo. Sigue:

XXXI **51.** *He pecado, ¿qué haré por ti, guardián de los hombres?* Declara el mal que hizo, pero no encuentra el bien que debe ofrecer a Dios en reparación, porque la virtud de la acción humana, cualquiera que ésta sea, es débil para borrar la culpa si la misericordia del que se ocupa de nosotros no la protege y si la justicia del que juzga rectamente no la empuja. De ahí que se diga por el salmista: *Tu misericordia vale más que la vida*[82], porque aunque nuestra vida pueda parecer inocente, ante el severo Juez, no queda inmune si la bondad de misericordia no rebaja la pena que le corresponde.

82. Sal 63, 4.

Ciertamente, cuando dice *¿Qué haré por ti?*, muestra claramente que el mismo bien que se nos manda cumplir no aprovecha al que lo manda, sino a nosotros. De ahí que se diga en otro lugar por el salmista: *Porque no tienes necesidad de mis bienes*[83].

Cuando llama a Dios *guardián de los hombres* expresa la humildad de nuestra condición caída, porque si su custodia no nos protege mínimamente, el ojo de nuestra solicitud se duerme, aunque vigile ante las insidias del oculto enemigo. De ello da testimonio el salmista, cuando dice: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el centinela*[84].

Hemos caído por nosotros mismos, pero no podemos levantarnos por nuestras propias fuerzas. La culpa de nuestra propia voluntad nos ha postrado una sola vez, pero la pena de la culpa nos oprime cada día de forma peor. Intentamos con denodados esfuerzos levantarnos hasta la rectitud perdida, pero el peso de nuestros méritos nos agrava. De ahí que oportunamente continúe:

XXXII **52.** *¿Por qué me has puesto en tu contra y me has hecho pesado a mí mismo?* Dios pone al hombre en su contra cuando el hombre abandona a Dios por el pecado. Seducido por los engaños de la serpiente, el hombre se convirtió en enemigo de Aquel cuyos preceptos había despreciado. El Creador justo, lo puso en su contra porque lo consideró enemigo por su orgullo. Pero esta misma contrariedad, fruto de la culpa, se convirtió para el hombre en peso de la pena, de modo que erradamente libre se abandonó a la propia corrupción, él que gozaba siendo siervo de la libertad bondadosa de la incorrupción. Abandonando la fortaleza salvífica de la humildad, alcanzó con su soberbia el yugo de la debilidad, y, erigiéndose, acabó por someter la cerviz del corazón; así, el que no quiso sujetarse a

83. Sal 16, 2. 84. Sal 127, 1.

los mandatos divinos, se encontró siendo esclavo de sus necesidades.

Todo esto lo expondremos mejor si indicamos lo que el hombre en su postración debe soportar, mostrando primero las cargas de la carne y luego las del alma.

**53.** Omitiendo los dolores que sufre, y las fiebres que le hacen delirar, comprobamos que lo que nosotros llamamos salud corporal está afectado por cierta enfermedad. El ser humano, con el ocio se aburre, con la acción se cansa; sin alimento se debilita, con él se repone y subsiste; cuando come se fatiga, y para recuperarse debe dejar de comer; para no secarse debe cubrirse con agua, pero para no echarse a perder por la humedad, debe además secarse con un paño; con el trabajo se robustece y así la quietud no le daña, pero con la quietud se repone y así el ejercicio del trabajo no le hace perecer; cansado de estar despierto necesita dormir, pero abatido por el sueño debe despertar para que no le perjudique el reposo excesivo; se viste para defenderse del frío, pero luego no aguanta el calor logrado y busca aire fresco para recuperarse. Y como encuentra molestias donde buscaba evitarlas, maltrecho y enfermo, por así decirlo, se debilita a causa de su misma medicación. Por eso, alejadas las fiebres y cesados los dolores, nuestra misma salud es una enfermedad que nunca deja de necesitar cuidados. Todos los alivios que buscamos para vivir, vienen a ser medicinas para nuestra enfermedad; pero la misma medicación se convierte en herida, porque si aplicamos largo tiempo el remedio necesario recaemos con mayor gravedad debido justamente a lo que habíamos preparado para nuestra curación. Así, de esta forma, debía ser delatada nuestra presunción y derribada nuestra soberbia. Por haber alcanzado nuestro espíritu en soberbia una vez, debemos llevar a diario un fango que nos debilita.

**54.** También nuestra alma, excluida del seguro gozo del secreto interior, unas veces se ve decepcionada en su espe-

ranza, otras se ve atormentada por el terror, otras se postra de dolor, otras se cree reconfortada con una falsa alegría. Ama pertinazmente las cosas transitorias y continuamente teme perderlas, porque también continuamente cambian según el curso rápido de los acontecimientos. Está sometida a las cosas mutables hasta tal punto que ella misma varía. Busca lo que no tiene y lo recibe con ansias, pero, en cuanto empieza a tenerlo, se aburre de haber conseguido lo que buscaba. Ama lo que despreciaba, desprecia lo que amaba. Aprende con trabajo las cosas eternas, pero si deja de esforzarse se olvida al momento de ellas. Durante largo tiempo indaga para encontrar algo al menos de los bienes supremos, pero en cuanto vuelve a sus costumbres cotidianas no persevera ni siquiera en aquello que había encontrado. Deseando que le instruyan, vence con trabajo su ignorancia, pero una vez que ha sido instruida, lucha más duramente contra la gloria de la ciencia. Somete con fatiga la tiranía de su carne, pero en su interior tolera todavía imágenes de la culpa cuyas acciones ya ha vencido por fuera. Se eleva a la busca de su Autor, pero amiga de las cosas corporales se ve rechazada por una niebla que le confunde. Desearía verse incorpórea rigiendo su cuerpo, pero no puede. Con admiración formula preguntas sobre aquello para lo cual no tiene respuesta, pero sin saberlo decae bajo lo que sabiamente busca. Considerándose al mismo tiempo grande y pequeña, no sabe realmente cómo juzgarse, porque si no fuera grande no podría indagar tanto en lo que busca, y, al mismo tiempo, si no fuera pequeña, encontraría al menos eso que busca.

**55.** Con razón, pues, se dice: *Me has puesto en tu contra y me has hecho pesado a mí mismo*, porque cuando el hombre rechazado aguanta las molestias de la carne y las preguntas en el alma, se sobrelleva a sí mismo como un grave peso. Por todas partes es apretado por debilidades, por todas partes recibe al ataque de las enfermedades; aban-

donando a Dios, creyó poder encontrar descanso en sí mismo y no halló más que el tumulto de la perturbación; encontrándose busca huir de sí, pero habiendo despreciado a su Creador no tiene ya donde esconderse. Cierto sabio que contempló bien las cargas de esta enfermedad, dijo: *Un gravoso yugo pesa sobre los hijos de Adán desde el día que han salido del seno de su madre hasta el día de la sepultura en la madre de todos*[85].

El santo Job, considerando estas cosas y gimiendo porque han sido dispuestas de esta manera, no impugna la justicia sino que busca la misericordia; con su pregunta pide humildemente que la piedad divina se incline al perdón. Como si claramente dijera: «¿Por qué desprecias al hombre como si fuera tu contrario cuando sé con certeza que no quieres que perezca ni siquiera aquel que parece que tú desprecias?». Formula aún la humildad de la confesión y añade la voz de una libre indagación, diciendo:

XXXIII **56.** *¿Por qué no quitas mi pecado y no apartas mi iniquidad?* ¿Qué indica con estas palabras sino el deseo del esperado Mediador? Sobre Él dijo Juan: *Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*[86]. Al género humano, en efecto, se le quitará completamente el pecado cuando se cambie nuestra corrupción por la gloria de la incorruptibilidad. Mientras estemos en un cuerpo de muerte no podremos en absoluto vernos libres de la culpa. Por eso, quien espera que le sea quitada por completo su iniquidad, desea la gracia del Redentor y la solidez de la resurrección. De ahí que, añadiendo a continuación la pena merecida desde el origen y el juicio que teme por su propia acción, dijera:

XXXIV **57.** *Pues bien, ahora dormiré en el polvo y si me buscas por la mañana no existiré.* Al primer hombre se

85. Si 40, 1. 86. Jn 1, 29.

le dijo cuando pecó: *Eres polvo y en polvo te convertirás*[87]. La mañana indica la manifestación de las almas que tendrá lugar cuando venga el Juez y saque los pensamientos a la luz como después de las tinieblas de la noche. Sobre esa mañana se dice por el salmista: *Por la mañana me presentaré ante ti y te veré*[88]. Que Dios busque al hombre significa que lo examina con minuciosos interrogantes y lo juzga severamente con ese examen.

Así pues, el santo Job considere los daños de la caída humana, vea que la pena ya le oprime en el presente y de forma aún más grave lo hará en el futuro, y diga: *Ahora dormiré en el polvo y si me buscas por la mañana no existiré.* Como si entre llantos claramente dijera: «En el presente ya sufro ciertamente la muerte de la carne y, sin embargo, temo una muerte aún más grave en el juicio futuro como sentencia de tu examen; soporto la muerte en pago de mi culpa, pero temo que cuando llegue el juicio, después de la muerte, aún seguiré pagando culpas». Por eso, considerando la muerte exterior, diga: *Ahora dormiré en el polvo*; temiendo la interior añada: *Y si me buscas por la mañana no existiré.*

Por mucha que sea la justicia de los elegidos, nunca será suficiente para que se declaren inocentes cuando se les pregunte en el severo juicio. Ahora encuentran consuelo a su condición en saber con humildad que por su cuenta nada pueden. Por eso, bajo la armadura de la humildad se esconde de la espada de tal condena, y esperando la llegada terrible del Juez futuro, se disponen cada vez mejor temblando con continuo temor. Sigue:

XXXV **58.** *Tomó la palabra Bildad de Suaj y dijo: ¿Hasta cuándo seguirás hablando así y las palabras de tu boca serán un viento desatado?* Para los injustos, las pala-

87. Gn 3, 19.

88. Sal 5, 4.

bras de los justos son siempre pesadas; lo que escuchan, pronunciado para su edificación, lo reciben como un peso sobreimpuesto. Así lo manifiesta de sí mismo Bildad de Suaj, diciendo: *¿Hasta cuándo seguirás hablando así?* Al decir *¿hasta cuándo?* deja claro que no puede soportar más las palabras de edificación. Cuando los inicuos rechazan ser corregidos, lo que se les dice les suena a recriminación. Por eso continúa: *¿Y las palabras de tu boca serán un viento desatado?* Al reprochar la extensión de la alocución, en realidad, está negando la gravedad de su sentido.

Se puede distinguir la fuerza y la profundidad de los que hablan según cuatro tipos. Hay unos que son profundos en su pensamiento y en su lenguaje; hay otros que son pobres en su pensar y en su hablar. Hay unos que exponen sus ideas con eficacia pero no son profundos en sus pensamientos; hay otros dotados de hondos pensamientos pero de muy poca facilidad de palabra. Observamos en los seres humanos lo que percibimos en los seres insensibles. Muchas veces agua abundante brota desde lo profundo para regar amplias superficies; otras veces permanece oculta en la profundidad y, abriéndose camino con gran dificultad, brota hasta el exterior en tímido caño. Otras veces nace en lugares escondidos en forma reducidísima, pero cuando encuentra espacio amplio para salir, avanza hacia fuera por largas aperturas, dilatándose en grandes desembocaduras sin cauces que la retengan. Otras veces brota abundante en lugares escondidos pero encauzada en estrechos surcos fluye tímidamente. Y así, la boca abierta pronuncia en unos lo que la abundante fuente del ingenio le suministra; en otros, ni de la inteligencia ni del sentimiento les brota nada, y ni siquiera la lengua tiene facilidad de palabra; en otros, la boca se abre para hablar, pero la lengua, preparada para pronunciar, no recibe nada del pensamiento; en otros, desde el corazón les brota una fuente abundante, pero la lengua como caño estrecho, le cierra la salida.

De estas cuatro formas de hablar, sólo la tercera es recriminable, porque se arroga con su palabra lo que no surge de su ingenio. La primera forma es digna de alabanza, porque cubre validamente uno y otro aspecto. La segunda merece compasión, porque carece humildemente de ellos. La cuarta debe ser ayudada, pues le cuesta expresar lo que siente. La tercera, sin embargo, debe ser rechazada y reprochada, porque presume de altura con su palabra mientras que yace en tierra con su pensamiento; semejante a instrumentos que se hinchan con el aire, ofrecen a los oídos de sus oyentes grandes locuciones, pero están vacías.

Ahora Bildad, para recriminar al santo Job, se sirve de este argumento y le dice: *¿Y las palabras de tu boca serán un viento desatado?* Echándole en cara la abundancia de palabras, quiere reprender la pobreza de su corazón. Como si claramente dijera: «Te hinchas con abundantes palabras como con viento desatado, pero te ves limitado por la indigencia de tu pensamiento». Los malvados, cuando reprenden las acciones rectas, para que no parezca que ignoran lo que es justo, dicen las cosas buenas que ya conoce todo el mundo y que ellos aprendieron de oídas, presentándolas como si fueran desconocidas. Por eso Bildad sigue:

XXXVI **59.** *¿Es que Dios tuerce el derecho y el Todopoderoso tergiversa la justicia?* Estas cosas el santo Job ni las había negado al hablar ni las ignoraba al callar. Pero los insolentes, como ya dijimos, discursean con jactancia de lo que ya todos saben para parecer doctos con su hablar; desprecian permanecer callados para que la gente no crea que guardan silencio por su ignorancia.

Debe saberse, además, que alaban la rectitud de la justicia divina cuando se encuentran en la alegría de la seguridad y son otros los que sufren; cuando ven que ellos disfrutan de la prosperidad material y los demás padecen las fatigas de la adversidad. Actuando perversamente y considerándose rectos, creen que se debe a sus méritos la pros-

peridad de la que gozan y deducen de ello que Dios no juzga injustamente, porque a ellos, que se creen justos, ninguna adversidad les contrista. Pero si la fuerza de la corrección suprema toca sus vidas, aunque sea mínimamente, se lanzan en seguida a increpar la decisión divina que poco antes, viéndose incólumes, defendían con admiración, y niegan que sea justo el juicio que se opone a sus costumbres; disputan sobre la equidad divina, se precipitan en palabras de resentimiento, y, al ser corregidos, pecan más gravemente de lo que habían pecado.

Rectamente se dice por medio del salmista contra la confesión de los pecadores: *Te confesará cuando le hagas bien*[89]. Despreciable es la confesión que nace de la alegría de la prosperidad. La confesión demuestra el peso de su mérito sólo cuando la fuerza del dolor no la aparta de la verdad de la rectitud, cuando la adversidad que el corazón testifica, la agudiza hasta la voz del juicio. Por eso, no es admirable que Bildad alabe la justicia divina, porque no soporta nada adverso que venga de ella.

**60.** Los amigos del santo Job –como ya hemos dicho–, son figura de los herejes, por eso, es oportuno demostrar cómo las palabras de Bildad convienen a sus engaños. Los herejes, en efecto, cuando ven la santa Iglesia sometida a contrariedades temporales que ellos mismos han provocado, se creen aún con mayor audacia jactándose con perversas predicaciones. Presumiendo defender la rectitud del juicio divino, aseguran vivir en prosperidad gracias a sus propios méritos mientras que la Iglesia -según ellos- se ve afligida con castigos merecidos, y entre los dolores buscan al momento, por medio de lisonjeras palabras, un acceso para introducir su engaño; hieren la vida de unos reprochando la muerte de otros, como si los que ya han muerto

89. Sal 49, 9.

justamente debieran su muerte al hecho de creer sobre Dios lo que se debe. Por eso, Bildad, después de defender la justicia divina, añade:

XXXVII **61.** *Si tus hijos pecaron contra Él, ya los ha abandonado en manos de su propia iniquidad. Mas si tu te diriges al amanecer a Dios y presentas tu súplica al Omnipotente, si caminas en pureza y rectitud, Él vigilará sobre ti y te hará volver a la morada pacífica de tu justicia.* Como si los predicadores de errores dijeran a los católicos afligidos[90]: «Preved vuestra vida y reconoced a partir del daño que han recibido los que han muerto entre vosotros, las perversidades que mantenéis, porque si vuestra perfidia no desagradara al Creador de todo no os hubiera arrasado pueblos tan numerosos con muerte cruel».

Dijo: *Si tus hijos pecaron contra Él, ya los ha abandonado en manos de su propia iniquidad.* Como diciendo abiertamente: «Han sido abandonados a manos de su iniquidad los que no quisieron imitar la rectitud de nuestra vida». *Mas si tu te diriges al amanecer a Dios y presentas tu súplica al Omnipotente.* Como los herejes se creen que tienen la luz de la verdad, convocan a la santa Iglesia al amanecer de la verdad, como si viviera en la noche del error; pretenden así que por el conocimiento de Dios, la santa Iglesia se levante como un amanecer, y por la súplica de arrepentimiento lave los pecados pasados. *Si caminas en pureza y rectitud.* Es decir, puro en el pensamiento y recto en

90. El sentido original de «católica», referido a la Iglesia es «general» o «universal»; cf. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *A los esmirniotas*, VIII, 2 (FuP 1, 177); CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, 18, 23 (PG 33, 1044). A partir de la segunda mitad del siglo II el término se refiere a la Iglesia que vive en la ortodoxia frente a las sectas heréticas; cf. NICETAS DE REMESIANA, *El símbolo de la fe*, 10 (PL 52, 871; BPa 16, 93). Gregorio emplea el término *católico* para distinguir a los fieles de la Iglesia de los herejes sectarios.

la acción. *Él vigilará sobre ti.* Como si dijera claramente: «Porque éste que ahora no muestra ante tus tribulaciones la fuerza de su protección es como si durmiera frente a uno que peca y pide ayuda». *Y te hará volver a la morada pacífica de tu justicia.* Es decir, te apartará las contrariedades de la vida presente y, al momento, te otorgará la seguridad de la tranquilidad. Los malvados consideran un bien característico de la recompensa divina la alegría temporal, que ambicionan con ansia y presentan a los demás como algo grande. De ahí que ocurra muchas veces, o bien que prometan la recuperación de los bienes perdidos, o bien que orienten los ánimos de sus oyentes a premios aún mayores de la vida presente. Claramente lo expresa Bildad, cuando añade:

XXXVIII **62.** *Tu antiguo estado te parecerá poca cosa al lado de la grandeza que tendrá la futura.* Llamando morada de la justicia al consejo de la mente, los maestros de errores prometen a los católicos afligidos una morada pacífica de justicia, porque si los arrastran a sus ideas dejarán de atacarlos. Y así, los que han podido arrastrar a sus perversidades, se encuentran con una quietud y una paz temporal tanto mayor cuanto más lejos han sido separados de la paz eterna. Prometen también a los que le siguen aumentar la riqueza de su inteligencia. De ahí que siga: *Tu antiguo estado te parecerá poca cosa al lado de la grandeza que tendrá la futura.* Dada la vida despreciable que llevan, sus palabras resultan difíciles de creer, por eso pronuncian las sentencias de los antiguos padres y tuercen su rectitud para apoyar sus errores. Sigue:

XXXIX **63.** *Pregunta a la generación precedente e investiga con diligencia la memoria de los padres.* Exhorta no a ver, sino a investigar la generación precedente y la memoria de los padres, porque se niegan a ver lo que es manifiesto a todos. Alguna vez, siguiendo la costumbre de los buenos, enseñan ciertas enseñanzas morales y señalan cómo

el presente está relacionado con el pasado, y discurriendo a partir de lo que ya no está ante nuestros ojos, muestran que no es nada lo que se ve. De ahí que todavía continúe:

XL **64.** *Pues nosotros somos de ayer y no sabemos nada, porque como una sombra son nuestros días sobre la tierra.* Propone interrogar a la generación precedente para mostrar que el tiempo de la vida presente es como una sombra; pues es evidente que si traemos a la memoria las cosas que fueron y ya pasaron, reconocemos con claridad cuan rápido huye también lo que ahora tenemos. Con frecuencia, los herejes alaban a los mismos padres que nosotros veneramos, pero con una comprensión depravada nos atacan con las mismas alabanzas. Por eso, sigue:

XLI **65.** *Ellos te enseñarán y te hablarán con palabras que brotan de su corazón.* Nótese que antes había dicho: *Las palabras de tu boca serán un viento desatado.* Ahora, trayendo los padres a la memoria, dice: *Te hablarán con palabras que brotan de su corazón.* Como si los herejes, detestando la vida de la santa Iglesia, dijeran: «Tienes en la boca palabras como viento, pero no en el corazón. Debes oír hablar contra ti a los que hablando con palabras nacidas en el corazón, enseñaron con su vida la rectitud». A menudo, ignorando lo torcido de su vicio, laceran con audacia la rectitud de los demás, y cuando se apropian la autoridad de increpar a los buenos, o bien hablan de cosas buenas que no viven pero aprendieron de oídas, o bien mienten contagiándoles las maldades que ellos mismos cometen.

Cuando hablan de esas cosas buenas que ellos rechazan observar, debe tenerse en cuenta que, con frecuencia, la verdad resuena en la boca de los adversarios de tal modo que moviendo sus lenguas hieren su propia vida; hablan, sin saber, del culmen de la rectitud, convirtiéndose con sus palabras en jueces para ellos mismos y acusadores de sus obras. Bildad añade frases admirables contra los hipócritas, pero se ataca a sí mismo con la espada de la palabra, porque si él

mismo no fuera en cierto modo un simulador de la justicia, no presumiría con tanta temeridad de dar lecciones al justo. Las palabras que dice son, ciertamente, de peso; pero debía haberse dirigido a los necios y no a un hombre sabio, a los malvados y no a un hombre recto. Demuestra ser un loco quien vierte el agua en un río, estando los huertos resecos.

Sin fijarnos de momento en el destinatario de sus palabras, analicemos sutilmente lo que dice para dejarnos instruir con lo dicho, aunque vaya contra el mérito de su autor. Sigue: *¿Puede acaso el papiro vivir sin humedad o crecer el junco sin el agua?* A quien compara Bildad con el papiro y con el junco, él mismo lo indica al añadir:

XLII **66.** *Cuando todavía está en flor y aún no lo ha cortado la mano, se seca antes que todas las hierbas; tal es el destino de todos los que se olvidan de Dios, así perecerá la esperanza del hipócrita.* El papiro o el junco representa la vida del hipócrita que tiene aspecto de verdor, pero no ofrece fruto útil al hombre; se queda en la estéril aridez de la obra, pues de santidad sólo tiene el color verde. El papiro no puede sobrevivir sin humedad ni el junco sin agua, porque la vida de los hipócritas recibe ciertamente el riego del don divino para que produzca buenas acciones, pero deseando recibir alabanzas exteriores en todo lo que hace, se priva del fruto procedente del don recibido. Realizan admirables obras y signos, expulsan espíritus de los cuerpos de los obsesos, prevén y saben por el don de profecía lo que ha de suceder, y, sin embargo, con la intención de su pensamiento se encuentran muy alejados del que distribuye los dones, porque por medio de sus dones no buscan la gloria divina sino su propio beneficio. Cuando se elevan a la alabanza por los dones recibidos, con sus mismos dones combaten contra el Dador; se ensoberbecen contra el Dador justamente donde deberían mostrarse más humildes. Una sentencia más severa les golpeará en el futuro, ya que la bondad suprema se derrama ahora sobre ellos con mayor pro-

fusión. Sucede entonces que la abundancia de dones se convierte para ellos en incremento de castigo, porque recibiendo riego no dan fruto, y crecen en altura vacíos, bajo color de verdor.

La Verdad los describe bien en el evangelio cuando dice: *Muchos me dirán aquel día: «Señor, Señor ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos expulsado demonios, y en tu nombre hemos hecho muchos milagros?» Pero yo les responderé: «No os conozco de nada. ¡Apartaos de mí los que obráis la iniquidad!»*[91]. Así pues, el papiro y el junco no viven sin agua, porque los hipócritas no reciben el verdor de las buenas acciones si no es por don supremo, pero como se lo apropian para que los hombres les alaben, en el agua son verdes aun creciendo vacíos.

**67.** Rectamente añade: *Cuando todavía está en flor y aún no lo ha cortado la mano, se seca antes que todas las hierbas*. El papiro en flor representa al hipócrita que recibe alabanzas. El junco que brota con puntas afiladas no lo corta la mano, porque el hipócrita, exasperado en sus sentimientos por la arrogancia, no deja que le corrijan en su maldad. Cuando está en flor, pincha la mano del que lo coge, porque instalado el hipócrita en la alabanza, para que nadie se atreva a corregirlo, hiere al momento la vida del que lo intenta con su aspereza. No quiere ser santo, pero sí que le llamen tal. Cuando ocasionalmente lo corrigen es como si se tronchara la gloria que deriva de tal opinión. Atrapado en su maldad, se irrita; prohíbe hablar al que lo corrige, porque siente dolor como si le hubiese tocado en una herida oculta. Quiere ser estimado por todos tal como le conocen los insensatos; y estando más dispuesto a morir que a ser corregido, cuando recibe un reproche, se vuelve aún peor, porque considera la palabra pura como un dardo terrible.

91. Mt 7, 22-23.

Acto seguido, en su enfado, se pone a insultar y busca en la vida del que le corrige defectos que exagera. Desea demostrar que su reprensor es incomparablemente mucho peor que él; desea aparecer inocente, si no por sus propias acciones, al menos por las maldades ajenas. Así, con frecuencia, la persona que lo reprendió, se arrepiente de haber hablado y, como la mano por el junco, así su ánimo –por así decirlo–, queda ensangrentada por su aspereza. De ahí que se diga por Salomón: *No reprendas al arrogante, pues te odiará*[92]. No se debe, pues, temer que el arrogante insulte al justo cuando le corrija; se debe más bien temer que lleno de odio actúe aún peor.

**68.** Debe saberse además que las buenas obras de los justos, como tienen su inicio en el corazón, crecen hasta el término de la vida presente. Las obras de los hipócritas, por el contrario, como no están enraizadas en lo oculto, a menudo desaparecen antes de que termine la vida presente. Se entregan al estudio de la Sagrada Escritura y como no investigan para hacer su vida más meritoria, sino para obtener favores, en cuanto logran atrapar el juicio de la alabanza humana y consiguen gracias a él el provecho de un progreso transitorio, se ponen con toda su mente al cuidado de asuntos seculares y dejan por completo la instrucción sagrada. Actuando así muestran cuánto amaban los negocios temporales ellos que antes sólo predicaban los bienes eternos.

Muchas veces dan la impresión de haber adquirido cierta madurez; de estar adornados con la quietud del silencio, con la longanimidad de la paciencia, y con la virtud de la continencia. Pero cuando gracias a esas virtudes llegan a tocar el culmen del honor, y cuando ven que ya todos le tributan reverencias, al momento se abandonan a placeres

92. Pr 9, 8.

lascivos, demostrando así que los bienes que tan rápido han abandonado no estaban enraizados en el corazón.

En ocasiones, hay quien distribuye lo que posee y da todos sus bienes a los necesitados, pero al término de la vida, encendido en la comezón de la avaricia, ansía las cosas ajenas, él que parecía dar las propias, ambicionando con pertinaz crueldad lo que había dejado antes con delicada piedad.

Ahora dice con rectitud: *Cuando todavía está en flor y aún no lo ha cortado la mano, se seca antes que todas las hierbas*. Según la carne, los justos son hierbas, tal como atestigua el profeta que dijo: *Toda carne es como hierba*[93]. Se dice que el papiro se seca antes que todas las hierbas, porque mientras los justos permanecen en su bondad, la vida de los hipócritas se reseca en el verdor de la rectitud que habían adquirido. También se secan las demás hierbas, porque las obras de los justos se terminan con la vida de la carne. El papiro aventaja a las otras hierbas en aridez, porque el hipócrita, antes de dejar la carne, abandona las acciones virtuosas que ostentaba en sí. Sobre ellos también se dice por el salmista: *Sean como hierba de tejado, que se seca antes de ser arrancada*[94]. La hierba de tejado nace en alto pero no se afianza con raíz firme, porque el hipócrita, ciertamente, parece cumplir acciones excelentes, pero que no están enraizadas en la pureza del corazón. Antes de ser arrancada ya está seca esta hierba, porque el hipócrita mientras se mantiene todavía en la vida presente, pierde ya el aspecto de verdor en sus obras de santidad. Como han querido realizar el bien sin la intención de un recto pensamiento, cuando desaparece ese bien, demuestran que habían florecido sin raíz.

**69.** Bildad, como ya hemos dicho, indica a qué compara el papiro y el junco, cuando añade: *Tal es el destino de*

93. Is 40, 6. 94. Sal 129, 6.

*todos los que se olvidan de Dios, así perecerá la esperanza del hipócrita.* ¿Qué espera el hipócrita de todas sus obras, sino la reverencia del honor, la gloria de la alabanza, ser temido por los que son mejores que él, y ser llamado santo por todos? Sin embargo, la esperanza del hipócrita no puede permanecer, porque al no buscar la eternidad, aquello que tiene desaparece. A veces, en efecto, la intención de su mente se fija en aquella gloria que se posee sin cesar, pero como está ávido de favores transitorios, pierde aquello que con trabajo quiere conseguir.

La Verdad da testimonio de ello, diciendo: *En verdad os digo que ya han recibido su recompensa*[95]. Esta esperanza de recibir recompensas no se puede mantener durante mucho tiempo, porque el honor se tributa a las obras visibles, pero la vida corre a su fin; resuenan las alabanzas, pero junto a ellas el tiempo se apresura a su fin, y como el ánimo no está afianzado en el amor a la eternidad, se pierde junto a todas las cosas que amaba. Nadie, en efecto, puede amar lo que se mueve y permanecer él inmóvil. Quien abraza lo transitorio, se introduce él mismo en un camino que implica transitoriedad.

Por tanto, que diga: *Así perecerá la esperanza del hipócrita*, porque la alabanza humana que se logra con grandes trabajos, se pierde empujada por el pasar del tiempo. Con razón añade:

XLIII 70. *No le agradará su locura.* Gran locura es actuar laboriosamente y estar ávidos del viento de la alabanza; entregarse con acciones decididas a cumplir los preceptos celestiales y buscar el premio de una retribución terrena. Quien a cambio de la virtud que ejercita desea el aplauso humano es –por así decirlo– como el que vende por un ridículo precio un objeto de gran valor; pudiendo merecer el

95. Mt 6, 2. 5. 16.

Reino de los cielos, busca la moneda de una palabra que pasa. Vende a un precio ridículo porque ofrece un gran producto y percibe una ganancia mínima. Y así, ¿a qué se asemejan los hipócritas sino a vides fecundas abandonadas que dan fruto por su fecundidad pero que por falta de cuidado no se levantan de la tierra? Los sarmientos producen racimos que pisan los animales errabundos y, cuanto más frondosos los ven, más ávidamente los comen arrojándolos a tierra, porque las acciones de los hipócritas, mientras se muestran transparentes, crecen como racimos frondosos, pero al apetecer las alabanzas humanas es como si fueran abandonados por tierra. Las bestias de este mundo, o sea, los espíritus malignos, se las comen, porque las tronchan e inclinan a la perdición, y con tanto más ardor las arrancan cuanto más transparentes se manifiestan. De ahí que se diga por el profeta: *Su grano no dará mies, ni la espiga harina; y si la da, extranjeros la devorarán*[96]. El grano no da mies cuando la vida carece de los méritos de las virtudes. De la espiga no se hace harina cuando el que progresa en el mundo presente no comprende nada de los misterios profundos y no produce ningún fruto de obras buenas.

**71.** Si llega a producirlo, se lo comen extranjeros, porque cuando los hipócritas muestran las buenas obras, los espíritus malignos sacian sus deseos con ellas. Los que por medio de esas buenas obras no pretenden agradar a Dios, no alimentan al señor del campo sino a extraños. El hipócrita, semejante al sarmiento fecundo que está abandonado, no puede conservar su fruto, porque el racimo de la buena obra yace por tierra.

A pesar de ello, se nutre de su misma locura, pues recibe honores de todos por su buena acción, destaca sobre los demás, capta el pensamiento de los hombres, se eleva a los

96. Os 8, 7.

lugares superiores y se alimenta de lisonjas. Su misma locura le agrada; llegará un día en no le agradará, porque cuando llegue el tiempo de la retribución y sea castigado, le disgustará haber sido un loco. Entonces comprenderá que había obrado neciamente, cuando reciba la sentencia de la increpación divina a cambio de su complacencia en la alabanza. Entonces considerará haber sido un loco, cuando, a cambio de la gloria temporal que recibió, se vea castigado a tormentos perpetuos. Entonces, los suplicios le revelarán la verdadera ciencia, porque por medio de éstos deducirá que no era todo lo que estaba destinado a pasar. Por eso, rectamente añade:

XLIV **72.** *Como tela de araña es su confianza.* Rectamente se dice que la tela de araña es semejante a la confianza de los hipócritas, porque todos sus esfuerzos para ganar glorias los disipa el viento de la vida mortal. Como no buscan los bienes eternos, pierden con el tiempo los bienes temporales.

Téngase en cuenta, además, que las arañas colocan sus hilos siguiendo un orden, porque también los hipócritas disponen sus obras según un cierto discernimiento. La tela de las arañas se teje laboriosamente, pero basta un poco de viento para deshacerla por completo; así también todo lo que el hipócrita cumple con esfuerzo queda arrasado con el aire del favor humano, y mientras la obra se debilita por el ansia de reconocimiento es como si el trabajo se desvaneciera con el viento.

Con frecuencia, las obras de los hipócritas perduran hasta el término de la vida presente, pero como no buscan por medio de ellas la alabanza del Creador, ante los ojos de Dios no aparecerán nunca como buenas. Muchas veces, como ya hemos dicho, resplandecen por su instrucción en la ley sagrada, pronuncian palabras de doctrina, ciñen todo lo que sienten con un coherente testimonio de vida, y, sin embargo, por medio de todo eso no buscan edificar la vida

de los oyentes sino los propios aplausos, porque no saben decir sino aquello que mueve los corazones de los oyentes a responder con alabanzas y no a suscitar sus lágrimas. Ocupada su mente en apetencias exteriores, no se calientan al fuego del amor divino; en consecuencia, con palabras que nacen de un corazón frío, no pueden inflamar a sus oyentes en el deseo de los bienes supremos. Una cosa que no arde en su interior no puede encender otra.

Sucede, por eso, muchas veces que los dichos de los hipócritas no instruyen a sus oyentes y hacen peores a los que los pronuncian engreídos en alabanzas. Pablo lo atestigua diciendo: *La ciencia infla, la caridad edifica*[97]. La caridad edifica sin engreimientos, la ciencia hincha pervirtiendo.

A menudo los hipócritas se afligen con admirables abstinencias, consumen todo el vigor de su cuerpo y, viviendo en la carne, casi extinguen la vida de la carne; con su abstinencia se aproximan a la muerte de tal manera que es como si vivieran muriendo todos los días. Pero actúan así sólo de cara a los hombres, buscando la gloria de la admiración. La Verdad da prueba de ello, diciendo: *Desfiguran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan*[98]. Sus caras están pálidas, su cuerpo mermado por la debilidad, de su pecho brotan suspiros profundos. Pero con ello sólo buscan en la boca del prójimo palabras de admiración y todo sus esfuerzos no se orientan sino a ganar la estima humana. Simón, que durante la pasión del Señor fue obligado a cargar con la cruz, representa muy bien a estos hipócritas. Sobre él está escrito: *Encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús*[99]. Lo que hacemos a la fuerza no lo realizamos por amor. Cargar la cruz de Jesús a la fuerza significa soportar la aflicción de

97. 1 Co 8, 1.
98. Mt 6, 16.
99. Mt 27, 32.

la abstinencia con una intención diferente de la que es necesaria. ¿Acaso no lleva a la fuerza la cruz de Jesús quien domina su carne por cumplir el precepto del Señor pero no ama la patria espiritual? Así, el mismo Simón lleva la cruz, pero no muere, porque todo hipócrita aflige, sí, el cuerpo con la abstinencia, pero vive para el mundo debido a su amor a la gloria humana.

73. Por el contrario, sobre los elegidos, dice Pablo: *Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias*[100]. En verdad, crucificamos la carne con sus vicios y concupiscencias, si atajamos la gula de tal manera que ya no busquemos nada de la gloria del mundo. Quien macera el cuerpo, pero anhela honores, impone la cruz a la carne pero vive para el mundo de forma aún peor por la concupiscencia. Ofreciendo una imagen de santidad, se llega indignamente a un puesto de gobierno al que no hubiera podido llegar sin esfuerzo de no haber mostrado en sí algo de virtud. Lo que se obtiene por placer pasa; lo que le sigue como pena, permanece. Ahora el hipócrita pone la confianza de ser santo en la boca de los hombres, pero cuando el Juez interior examine los secretos del corazón, no buscará testigos exteriores de su vida. Por eso, rectamente se dice: *Como tela de araña es su confianza*, porque cuando comparece como testigo el corazón, pasa todo favor humano que le daba externamente confianza. De ahí que continúe:

XLV 74. *Si se apoya en su casa no resistirá.* Así como la casa para la vida exterior es el edificio donde habita el cuerpo, así también la casa de nuestro pensamiento es cualquier cosa donde habita el alma por medio del amor. Todo lo que amamos viene a ser como el lugar donde habitamos con tranquilidad. Pablo, que había afianzado su corazón en los

100. Ga 5, 24.

bienes supremos, estando ciertamente en la tierra pero siendo extraño a ella, decía: *Nuestra patria está en el cielo*[101].

La mente del hipócrita, en todo cuanto realiza, no hace sino pensar en la gloria de la propia fama y no se preocupa del lugar al que le puede conducir su mérito, sino sólo de lo que le dicen entre tanto. Su casa es la complacencia en el reconocimiento; ahí habita como gozando de tranquilidad, porque a través de todas sus obras se recuesta en esa complacencia dentro de su ánimo. No obstante, esa casa carece de estabilidad, pues la alabanza pasa con la vida y el favor humano no subsiste en el juicio.

Las vírgenes necias que habían puesto aceite en sus lámparas, como tenían la gloria en las voces de los demás y no en sus conciencias, se turban ante la presencia del Esposo y dicen: *Dadnos de vuestro aceite porque nuestras lámparas se apagan*[102]. Pedir aceite al prójimo significa implorar la gloria de la buena obra del testimonio de bocas ajenas. El alma vacía, cuando descubre que con todos sus trabajos no ha retenido nada en su interior, busca fuera un testimonio. Es como si las vírgenes necias dijeran claramente: «cuando veáis que hemos sido rechazadas sin recompensa, decid lo que habéis visto en nuestra obra».

**75.** El hipócrita se apoyará en vano en esta casa, porque en el juicio ningún testimonio humano le socorrerá. Y es que ya recibió antes como recompensa la alabanza que luego exigirá como testimonio. En verdad, el hipócrita se apoya en su casa cuando, engañado por vanos favores, se eleva como con fama de santidad. Los hipócritas cometen muchas maldades en secreto y alguna que otra obra buena en público. Cuando reciben alabanzas por las obras buenas que ostentan, apartan los ojos de las malas que hacen en secreto; se consideran tales como los describen por fuera y no

101. Flp 3, 20. 102. Mt 25, 8.

como en realidad son por dentro. Sucede así que se presentan confiados al juicio supremo, porque ante el Juez interior se creen tales como los juzgaban externamente los hombres.

La casa del hipócrita no puede ser estable, porque toda la fama anterior de santidad cae ante el terror del severo juicio. Cuando descubre que le falta el testimonio nacido de bocas ajenas, se pone a enumerar sus propias obras. De ahí que añada: *La apuntalará, pero no aguantará*. Como ve que no puede resistir por sí misma, la apuntala para que aguante; así también el hipócrita, cuando ve que en el juicio su vida se derrumba, procura apuntalarla con la enumeración de sus obras para que aguante. ¿Acaso no apuntalan aquí y allá la morada de su alabanza los que, como ya hemos dicho, enumeran en el juicio sus hechos, diciendo: *Señor, Señor ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos expulsado demonios, y en tu nombre hemos hecho muchos milagros?*[103]. La casa de la alabanza apuntalada con tantas alegaciones apenas aguanta, porque el Juez en seguida dice: *No os conozco de nada. ¡Apartaos de mí los que obráis la iniquidad!*[104].

Nótese que lo que surge desde abajo se eleva hacia lo alto. La casa del hipócrita no puede levantarse porque, por medio de todo lo que hizo según los preceptos celestiales, no levantó nunca su ánimo de la tierra. Por eso, no será elevado al premio de la retribución, quien por medio de lo que ahora exhibe yace en la apetencia de gloria temporal.

Ya hemos escuchado de qué manera será reprobada en el juicio la vida del hipócrita, representada en el papiro, escuchemos ahora cómo la consideran los hombres antes de que aparezca el Juez severo. Sigue:

XLVI **76.** *Se ve húmedo antes de que venga el sol*. Con frecuencia, en la Sagrada Escritura el Señor es representado

103. Mt 7, 22.

104. Mt 7, 23.

por el sol, como cuando dice el profeta: *Sobre vosotros que teméis el nombre del Señor, surgirá el sol de justicia*[105]; y como se dice en el libro de la Sabiduría, por boca de los impíos que serán expulsados en el día del juicio: *Nos extraviamos de la senda de la verdad y la luz de la justicia no nos iluminó; el sol no se levantó para nosotros*[106]. Así pues, ante de que aparezca el sol, el papiro se ve húmedo, porque antes de que el vigor divino resplandezca en el juicio, todo hipócrita se presenta como si estuviera revestido de la gracia de la santidad; se ve como con verdor, porque se le considera justo, ocupa un puesto de honor, disfruta de fama de santidad, todos le tienen veneración, y la fama de su reconocimiento se extiende. El papiro está húmedo por la noche, pero en cuanto llega el sol se seca, porque al hipócrita, en las tinieblas de la vida presente, todos lo tienen por santo, pero cuando llegue el Juez severo aparecerá lo inicuo que es. Por tanto, que diga: *Se ve húmedo antes de que venga el sol*, porque ahora exhibe ante los ojos humanos su verdor pero luego al calor del juicio divino se secará. Sigue:

XLVII 77. *Y en su jardín brota su retoño*. Cualquier hierba, cuando nace, primero se forma dentro de la tierra, luego el calor y el aire la tocan, el sol y la lluvia la alimentan, y finalmente, se abre para producir un retoño de su misma semilla. El papiro, sin embargo, nace con su flor y en cuanto brota de la tierra, produce consigo el retoño de su semilla. Por eso, rectamente los demás tipos de plantas representan a los santos mientras que el papiro es símbolo del hipócrita, porque los hombres justos, antes de aparecer en el ejercicio de obras santas, aguantan en el invierno de esta vida y son probados por el calor de graves persecuciones. Pero cuando actúan rectamente no buscan aquí la recompensa de su rectitud; cuando abandonan los trabajos del

105. Ml 3, 20. 106. Sb 5, 6.

mundo presente, llegando a la patria celeste, disfrutan de la esperada retribución. Por el contrario, el hipócrita como nace en seguida a la obra buena, pretende recibir la gloria del mundo presente. Así, a la manera del papiro que nace con su retoño, empezando a vivir bien, busca al momento que todos le honren. El retoño que nace se convierte entonces, ya al inicio, en su recompensa.

Hay algunos que abandonan los senderos manifiestos de la maldad, y asumen el hábito de la santidad; y en seguida, en cuanto empiezan a pisar el umbral de una vida buena, olvidados de su vida anterior, no quieren afligirse más con la penitencia por las maldades que habían cometido; desean, sin embargo, ser alabados por la justicia que apenas inician a vivir, y se consideran mejores que los demás. Cuando les llega en el presente la prosperidad que quieren, se hacen mucho peores de lo que antes eran, debido al hábito de santidad que han asumido. Ocupados en múltiples asuntos y confundidos en su misma ocupación, no sólo no deploran la maldad cometida, sino que aumentan lo que deben deplorar.

**78.** Los que abandonan el mundo no deben entregarse a oficios exteriores, a no ser que por una muy probada humildad estén robustecidos en el desprecio del mismo mundo. Y es que, los bienes que antes de tiempo se dan a conocer a los hombres, se pierden rápidamente. También el arbusto recién plantado, si recibe el golpe de una mano que le toca antes de que haya crecido con una raíz firme, se seca; si la raíz se hunde en profundidad y se robustece con tierra que ha sido regada, la mano lo puede tocar pero no lo dañará; el viento lo puede azotar y doblar, pero no lo derribará. Por eso, para que la vida de la obra iniciada no sea derribada, se ha de afianzar durante largo tiempo la raíz del corazón en lo profundo de la humildad, de modo que cuando sople el viento de la detractación, o del favor nacido de la boca humana, no derribe el ánimo, aunque lo azote por

todas partes, sino que después de doblarlo vuelva al momento a su posición erguida, afirmado con fortaleza en su raíz. ¿Qué hay más robusto, entre las cosas que se levantan, que un muro en construcción? Y, sin embargo, si mientras se está construyendo es golpeado, se destruye al momento sin esfuerzo; si, por el contrario, se deja secar la humedad durante un cierto tiempo, ni siquiera los golpes de un ariete lo dañan. Así, nuestras buenas obras se derrumban manifestadas a destiempo y se robustecen ocultadas durante largo tiempo, porque la mano de la ocupación humana, cuando golpea la incipiente vida de nuestra dedicación a la virtud, la destruye como a muro recién construido, y fácilmente la derrumba porque todavía no ha perdido la humedad de la propia debilidad.

Cuando, por el contrario, el ánimo se concentra en el largo retiro de su quietud; se endurece frente a los golpes a la manera de un muro ya seco, y, compacto, resiste todas las embestidas. Por eso Moisés prohibió meterse en ocupaciones humanas a los que iniciaban la vida, diciendo: *No utilizarás para el trabajo al primogénito del buey ni esquilarás al primogénito de la oveja*[107]. Emplear para el trabajo al primogénito del buey significa mostrar los comienzos de la vida de virtud en el ejercicio de tareas públicas. Esquilar al primogénito de la oveja significa desnudar nuestras incipientes buenas obras de la armadura de su secreto para exponerlas a los ojos humanos. Se nos prohíbe dedicar al trabajo al primogénito del buey y esquilar al primogénito de la oveja, porque si empezamos algo robusto, no debemos ejercerlo inmediatamente en público. Cuando nuestra vida comienza algo sencillo y puro, es justo que no le quitemos el velo de su secreto para no mostrarlo desnudo a los ojos humanos, como si estuviera esquilado.

107. Dt 15, 19.

**79.** Dedíquense, por tanto, los primogénitos del buey y de la oveja únicamente a sacrificios divinos, de modo que todo lo que comencemos, que sea fuerte y puro, lo inmolemos en honor del Juez interior en el altar del corazón. No hay duda de que Él lo recibe con tanto más agrado cuanto más oculto ha permanecido a los hombres sin que lo manche deseo alguno de alabanza.

Sucede con frecuencia que los primeros pasos de la nueva vida están aún mezclados con la vida de la carne, y, por eso, no se deben dar a conocer rápidamente para que cuando sea alabado el bien que agrada al ánimo, no se deje atrapar en los males que están latentes, engañado por la alabanza. De ahí que Moisés diga en otro lugar: *Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os daré y plantéis en ella árboles frutales, les quitaréis los prepucios de su impureza. Los frutos que produzcan serán impuros para vosotros y no los comeréis*[108]. Los árboles frutales son las obras fecundas en virtudes. Quitamos los prepucios a los árboles, cuando sospechando de su misma debilidad inicial, no aprobamos los pasos iniciales de nuestras obras. Consideramos impuros los frutos que producen y no los comemos porque cuando los inicios de una buena obra reciben la alabanza, es justo que el ánimo del que la realiza no se nutra de ella. De esa forma evita que, acogiendo con suavidad la alabanza ofrecida, se coma a destiempo el fruto de la obra. Por tanto, quien recibe de boca humana la alabanza por la obra iniciada, es como si comiera antes de tiempo el fruto del árbol plantado.

**80.** Dice la Verdad por medio del salmista: *Es inútil que os levantéis antes de la luz; levantaos después de despertaros*[109]. Levantarse antes de la luz significa gozarse en la noche de la vida presente antes de que aparezca la claridad de la retribución eterna. Por eso, primero hay que desper-

108. Lv 19, 23.

109. Sal 127, 2.

tarse para que luego podamos rectamente levantarnos, porque todo el que ahora no se humilla voluntariamente, no será exaltado por la gloria que seguirá[110]. Levantarse antes de la luz equivale, por tanto, al retoño que brota en el jardín del hipócrita, porque, deseando las alabanzas humanas, nace a la obra buena y, al momento, quiere que le siga la gloria de la retribución. ¿Acaso no habían producido su retoño en el jardín esos de los que la Verdad decía: *Aman los primeros puestos en los convites y los primeros asientos en las sinagogas; que los saluden por la calle y que los hombres los llamen maestros*[111]? Desean recibir de los hombres el reconocimiento por el bien que empiezan a realizar, por eso, a la manera del papiro, se elevan con su retoño desde que nacen. Cuando quieren cumplir obras rectas, primero buscan con solícita atención testigos para sus acciones, y con secretas tramas andan pensando si hay quienes vean lo que van a hacer y si los que les ven pueden hablar dignamente de lo que están viendo. Si luego perciben que no ha habido nadie que haya visto lo que han hecho, consideran haber perdido el tiempo y se creen que los ojos del Juez interior han estado ausentes, porque se niegan a recibir de Él en el futuro lo que les corresponde. Pues bien, como el hipócrita cuando hace algo recto quiere ser visto por todos, rectamente se añade todavía sobre el papiro:

XLVIII **81.** *Sus raíces se enredan sobre un montón de rocas y habitará entre las piedras.* ¿Qué son las raíces sino los pensamientos ocultos, que crecen en lo secreto pero salen a la luz al manifestar las obras? De igual forma se dice por el profeta sobre la semilla de la palabra: *Lo que se salve de la casa de Judá y lo que quede, meterá raíces hacia abajo y dará fruto hacia arriba*[112]. Meter raíces hacia abajo signi-

110. Cf. Lc 14, 11; 18, 14.
111. Mt 23, 6-7; Lc 20, 46.
112. Is 37, 31.

fica hacer crecer el buen pensamiento en profundidad. Dar fruto hacia arriba significa mostrar que las cosas rectas que se piensan son fecundas en obras. En la Sagrada Escritura las piedras suelen simbolizar a los hombres, tal como se dice a la santa Iglesia por el profeta Isaías: *Pondré rubí sobre tus almenas, y en tus puertas piedras esculpidas*[113]. Reveló por qué los había llamado piedras cuando añadió: *A todos tus hijos los instruirá el Señor*[114]. Pedro exhorta diciendo: *También vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción de un edificio espiritual*[115]. En nuestro texto se habla de piedras, pero no se dice que sean vivas, por eso, con el simple nombre de piedras se puede designar a los elegidos y a los réprobos juntamente.

El papiro que mora entre piedras enreda sus raíces sobre un montón de rocas, porque todo hipócrita multiplica sus pensamientos buscando la admiración de los hombres. Como los hipócritas en todo lo que hacen buscan, con ocultos pensamientos, las alabanzas humanas, son como los papiros que meten sus raíces sobre un montón de rocas. Para actuar piensan en las alabanzas que recibirán, una vez que ya han recibido las alabanzas vuelven sobre ellas dentro de sí en el secreto de sus pensamientos. Les alegra destacar en la estima humana. Llenos de favores, se hinchan en su interior de modo que hasta se admiran en silencio de lo que son. Desean verse cada día más altos y con admirable inventiva aumentan su actividad, porque al igual que las virtudes acaban con todo vicio, así también la arrogancia los robustece. Ella, en efecto, les hace creer que podrán rejuvenecer el alma y hacerla superior a sus propias fuerzas, porque lo que niega el vigor de la salud lo reclama el amor a las alabanzas. Por eso, como hemos dicho, buscan quien ob-

113. Is 54, 12.
114. Is 54, 13.
115. 1 P 2, 5.

serve sus obras. Si ven que no hay testigos, narran ellos mismos sus hazañas; y cuando empiezan a ganarse la admiración mienten añadiendo algo más a las obras que realizaron; cuando dicen la verdad, incluso diciéndola engañan, porque recompensados con el reconocimiento que buscaban, se privan de la retribución interior.

**82.** Al sacar a la luz sus buenas obras, las exponen a los espíritus malignos que las devoran como enemigos al acecho. La manifiesta culpa de Ezequías representa muy bien la vida de los hipócritas. Ezequías, en efecto, con una sola súplica[116] y en el espacio de una sola noche había derrotado, con la ayuda del ángel, ciento ochenta y cinco mil enemigos[117]; había hecho retroceder el sol llevándolo a lo más alto de los cielos[118]; había conseguido alargar en el tiempo su vida ya próxima al fin[119]; después de todo eso, recibió a los mensajeros del rey de Babilonia y les mostró todos los bienes que tenía[120]. Entonces, al momento, escuchó por voz del profeta: *Vendrán días en que será llevado a Babilonia todo lo que hay en tu palacio; no quedará nada, dice el Señor*[121]. De igual forma, los hipócritas, después de haber crecido en grandes virtudes, descuidan precaverse de las insidias de los espíritus malignos, rechazan ocultarse en sus virtudes, hacen ostentación de sus bienes, se los enseñan a los enemigos y, en cuanto los muestran, pierden todo lo que habían realizado con tanto esfuerzo y tiempo. De ahí que se diga por el salmista: *Entregó sus fuerzas al cautiverio y su belleza a manos de sus enemigos*[122]. La fuerza y la belleza de los arrogantes se entregan a manos de los enemigos porque todo el bien que ostentan por deseo de alabanza, se concede por derecho al ad-

116. Cf. 2 R 19, 19.
117. Cf. 2 R 19, 35.
118. Cf. 2 R 20, 10.
119. Cf. 2 R 20, 6.
120. Cf. 2 R 20, 13.
121. 2 R 20, 17.
122. Sal 78, 61.

versario oculto. Provoca a los enemigos a la rapiña, quien descubre las propias riquezas a su conocimiento.

Mientras aún distamos de la seguridad de la patria eterna, caminamos por un camino de ladrones acechantes. Por eso, quien teme ser asaltado en el camino, debe esconder los bienes que posee. ¡Qué desgraciados son los que, ganándose las alabanzas de los hombres, disipan en sí mismo los frutos de su trabajo, y dañan lo que realizan en su deseo de mostrarse ante los ojos de los demás! Cuando los espíritus malignos los provocan a la jactancia –como hemos dicho–, descubren sus obras a los que luego se las quitan.

La Verdad, señalando la malicia de los antiguos enemigos, bajo la figura de cierto pueblo, dice por el profeta: *Ha convertido mi viña en un desierto, ha destrozado mi ficus, lo ha deshojado desnudándolo y ha dejado blancas sus ramas*[123]. Los espíritus acechantes convierten la viña de Dios en un desierto, cuando el alma llena de frutos queda desolada por la codicia de la alabanza humana. Ese pueblo destroza el ficus de Dios, porque atrapando al alma seducida por el deseo de reconocimiento, la empuja a hacer ostentación de sí y le quita la coraza de la humildad; desnudándola la deshoja, porque mientras se esconde en sus buenas obras es como si estuviera revestida con la corteza de la propia protección. Cuando, por el contrario, el alma desea que otros vean lo que ha hecho, como ficus deshojado, pierde la corteza que le cubría.

Oportunamente añade: *Ha dejado blancas sus ramas*, porque manifestadas a los ojos humanos sus obras, relucen de blancura, y cuando una acción buena se divulga se gana la fama de santidad. Pero cuando se quita la corteza, las ramas del ficus se secan; por eso, ha de tenerse muy en cuenta que los hechos de los arrogantes, cuando se manifiestan a los ojos

123. Jl 1, 7.

humanos, se secan ahí donde buscaban placer. Rectamente se da el nombre de ficus sin corteza al alma que destaca por arrogancia, porque es blanca a la vista, pero está próxima a secarse por haber sido despojada de la protección de su corteza.

Por tanto, debemos conservar en nuestro interior las obras que hacemos si queremos recibir por nuestras obras la recompensa del Juez interior. De ahí lo que dice la Verdad por medio del evangelio: *Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, así tu limosna quedará en lo secreto y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará*[124]. El salmista, hablando de la Iglesia de los elegidos, dice: *Toda la gloria de la hija del rey está en el interior*[125]. Pablo afirma: *Ésta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia*[126]. La hija del rey es la Iglesia que ha sido engendrada a las buenas obras por la predicación de príncipes espirituales; tiene en su interior la gloria porque en lo que hace no se deja llevar de la jactancia de la ostentación. Pablo recuerda como gloria suya el testimonio de la conciencia, porque no deseando los favores de boca de otros, no sabe lo que es poner los gozos de la propia vida fuera de sí mismo.

**83.** Así pues, se ha de ocultar lo que realizamos, no sea que llevándolo incautamente por el camino de esta vida, lo perdamos debido a un ataque de los espíritus salteadores. No obstante, dice la Verdad: *Vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*[127]. Una cosa es hacer ostentación de la obra realizada buscando la gloria de Dios, que concede hacerla, y otra desear ser alabado aprovechándose del don de Dios. En otro lugar del evangelio, dice la misma Verdad: *Guardaos de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos*[128].

124. Mt 6, 3-4.
125. Sal 45, 14.
126. 2 Co 1, 12.
127. Mt 5, 16.
128. Mt 6, 1.

Cuando mostremos a los hombres una acción, debemos primero examinar la intención del corazón para ver qué estamos buscando con esa ostentación. Si buscamos la gloria de Dios, aunque hagamos públicas nuestras buenas obras, las conservamos ocultas bajo su mirada. Si, por el contrario, codiciamos nuestra propia alabanza, las obras han sido ya arrojadas fuera de su mirada, aunque muchos las ignoren[129].

**84.** Es propio de las personas en camino de perfección buscar la gloria de Dios con la obra manifestada, de tal manera que no saben lo que es alegrarse en privado con la alabanza que reciben. Sólo entonces se muestra sin ningún daño una acción digna de alabanza ante los hombres: cuando por el desprecio del alma, sinceramente se aplasta la alabanza recibida. Los débiles no llegan a un desprecio tan perfecto, por eso, es necesario que escondan el bien que cumplen. Con frecuencia buscan la propia alabanza desde el momento mismo en que empiezan a mostrar la obra. Otras veces, al ostentarla desean manifestar la gloria del Creador, pero, atrapados en reconocimientos, se ven arrebatados por el deseo de alabanzas; y cuando descuidan examinarse a sí mismo en su interior, dispersos en lo exterior, no distinguen lo que están haciendo; sus obras alimentan su orgullo y consideran obsequio a Dios invertir en ellas su esfuerzo.

Así, el papiro habita entre piedras porque el hipócrita está donde fija la intención de su mente. Cuando ambiciona recibir el reconocimiento de muchos es como si se colocara sobre un montón de piedras. El hipócrita, representado por el papiro, cuando domina el cuerpo con la abstinencia, cuando en un compromiso de piedad distribuye sus posesiones, cuando se instruye en el conocimiento

129. Cf. *Reg Past* III, 35 (SC 382, 516; BPa 22, 389-390).

de la ley sagrada, cuando es dócil a la palabra de la predicación ¿quién puede pensar, viéndolo lleno de tanta generosidad, que vive ajeno a la gracia de Dios? La providencia divina le concede los dones de las obras pero le niega la suerte de la heredad; acumula dones para trabajar, pero ignora cómo debe ser la vida del trabajador, porque cuando sustrae el don recibido para su propia alabanza, ante la mirada de la luz, se oscurece por la sombra de su soberbia interior. De ahí que rectamente añada:

XLIX **85.** *Si lo arranca de su sitio, reniega de él diciendo: «¡No te conozco!».* El hipócrita es arrancado de su sitio cuando llega la muerte y es separado de los favores de la vida presente. El árbitro interior reniega del que ha sido arrancado y afirma no conocerlo, porque la Verdad ignora la vida del que finge, reprobándola justamente, y ni siquiera reconoce las obras buenas que hizo, ya que no las cumplió con intención recta. A las vírgenes necias, cuando llega el juicio, les dice: *En verdad os digo: «No os conozco»*[130]. Al considerar en ellas la corrupción de sus almas, condena también la incorrupción de su carne.

¡Ojalá bastase a los hipócritas su propia perdición y sus perversidades no instigaran ardientemente a otros a una vida de doblez! Los hipócritas suelen querer que los demás sean como ellos, rechazan que se lleve una vida diferente y procuran que todos imiten lo que ellos aman. Por eso, según la forma de pensar de los hipócritas, toda sencillez es ya culpa; critican a las almas transparentes; llaman necedad a la pureza de corazón, y apartan del camino de la simplicidad a todos los que desean ganar para sí. Como si hubieran expulsado la necedad, creen que a los que han despojado de la pureza del alma –o sea, del arca protegida de la sabiduría–, los han instruido.

130. Mt 25, 12.

Ahora bien, el hipócrita no sólo es reprochado por su perversidad, sino también por la perdición ocasionada a los que le siguen, por eso, una vez que el Juez le ha dicho que no le conoce, rectamente añade:

L **86.** *Esta es la alegría de su camino y de la tierra otros brotarán.* Como si abiertamente dijera: «Cuando venga el Juez, el hipócrita no lo reconocerá, pero recibirá de Él muchos suplicios, porque se ha regodeado en su iniquidad a sus anchas y ha propagado el mal entre los demás». Aquí no le basta la propia iniquidad, por eso allí debe ser atormentado también por la culpa de otros. Así, los farsantes se alegran ahora y se glorían de haber obtenido el reconocimiento humano; desprecian la sencillez de los justos y la llaman necedad desde su pérfida doblez. Rápido pasa el desprecio de los sencillos, rápido se pierde la gloria de los farsantes. Por eso, oportunamente añade:

LI **87.** *Dios no rechaza al sencillo ni tiende su mano a los malvados.* Cuando aparezca en el juicio el Juez severo, levantará a la gloria a los sencillos que han sido despreciados y destruirá con su reprobación la gloria de los malvados. A los hipócritas se les llama malvados, porque no hacen bien las buenas obras y las acciones rectas que realizan las cumplen buscando la alabanza.

Tendemos una mano a quien queremos levantar desde abajo. Dios no tiende su mano a los malvados porque abandona en el abismo a los que buscan la gloria terrena y no los eleva a los gozos supremos a pesar de que sus acciones parezcan rectas. A los hipócritas, ciertamente, se les llama malvados, porque manifiestan bondad hacia el prójimo y cubren los engaños de su iniquidad. En todo lo que hacen o hablan aparentan externamente ser sencillos, pero esconden hábilmente en su interior la sutilidad de su doblez; en la superficie simulan ser puros, pero siempre ocultan la malicia bajo la imagen de pureza.

Contra ellos rectamente se dice por Moisés: *No te vestirás con paño tejido de lana y lino juntamente*[131]. La lana es símbolo de la sencillez; el lino, de la sutileza. Los vestidos que se confeccionan con lana y lino, esconden el lino en el interior y muestran la lana en la superficie. Se viste con paño tejido de lana y lino, quien con su hablar y actuar cubre la sutileza de la maldad en el interior y manifiesta la sencillez de la inocencia en el exterior. Bajo el aspecto pureza no se percibe el engaño, por eso el lino permanece escondido bajo el grosor de la lana. Sin embargo, después de la reprobación de los farsantes, se demuestra la recompensa de los justos, tal como sigue:

LII **88.** *Hasta que tu boca se llene de risas y tus labios de júbilo.* La boca de los justos se llenará de risas cuando sus corazones, terminados los llantos de esta peregrinación, se sacien con la exultación de la alegría eterna. Sobre esta alegría dijo la Verdad a los discípulos: *El mundo se alegrará; vosotros, sin embargo, estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo*[132]; y más adelante: *Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os podrá quitar vuestra alegría*[133]. Sobre esta alegría también dijo Salomón a la santa Iglesia: *Reirá en el último día*[134]; y en otro lugar: *El que teme al Señor estará bien al final*[135]. No se tratará de una risa corporal, sino de la risa del corazón. Ahora la risa del cuerpo nace del desorden de la lascivia, entonces la risa del corazón nacerá de la alegría de la seguridad. Por eso, cuando todos los elegidos sean colmados del gozo de la contemplación manifestada, en la boca del alma brotará la risa. Hablamos de un júbilo que concebiremos en el corazón con tanta alegría que no hay palabra

131. Dt 22, 11.
132. Jn 16, 20.
133. Jn 16, 22.
134. Pr 31, 25.
135. Si 1, 11.

para expresarlo, y, a pesar de ello, resonará en los labios un gozo que no pueden contener las palabras. Se dice rectamente que la boca se llenará de risas y los labios de júbilo, porque en la patria eterna, cuando el alma de los justos es arrebatada a la exultación, la lengua se eleva en cantos de alabanza. Los que ve lo inefable, prorrumpen en risas de júbilo, dando sonido a lo que aman aun cuando no lo pueden explicar.

**89.** Se dice *hasta*, no porque Dios omnipotente no vaya a levantar a los malvados hasta que no haya llevado a los gozos del júbilo a sus elegidos, como si sacase de la pena a los que antes había condenado abandonándolos en la culpa, sino porque no lo hará ni siquiera antes del juicio, aunque surja entre los hombres la duda de que lo hará[136]. Tras el júbilo de los elegidos, como consecuencia de la misma severidad del juicio, resulta que no tenderá su mano a los malvados. También dice el salmista: *Dijo el Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecha, hasta que convierta a tus enemigos en estrado de tus pies»*[137], no porque el Señor no se vaya a sentar a la derecha del Señor después de haber sometido bajo su potestad a los enemigos hiriéndoles, sino porque la bienaventuranza eterna gobierna sobre todos incluso antes de someter los corazones de los que se rebelan contra Él. Es evidente que reina sin fin también después de someter a los enemigos. De igual forma, se dice en el evangelio sobre el esposo de María: *No la conoció hasta que no dio a luz a su hijo primogénito*[138], no porque después de que naciera Dios la haya conocido sino porque nunca la tocó, ni siquiera

136. Alusión a la apocatástasis, enseñanza origenista sobre una restitución universal en la que incluso los demonios, al final de los tiempos, volverán a su condición primera y se salvarán. Esta doctrina, que en Orígenes no estaba claramente afirmada, fue condenada en el Concilio II de Constantinopla (553).

137. Sal 110, 1.

138. Mt 1, 25.

cuando ignoraba que era madre de su Creador[139]. Como nunca la pudo tocar, luego reconoció que desde su seno se celebraba el misterio de nuestra redención. En aquel tiempo en que podían existir dudas sobre el desconocimiento de José, era necesario que el evangelista ofreciera un testimonio.

Así pues, ahora se dice: *Dios no rechaza al sencillo ni tiende su mano a los malvados. Hasta que tu boca se llene de risas y tus labios de júbilo*, como diciendo claramente: «No abandona la vida de los sencillos ni siquiera antes del juicio, ni antes de que aparezca deja de golpear las almas de los malvados abandonándolos». Como atormentará sin fin a los réprobos, no hay ninguna duda de que después de su aparición sus elegidos reinarán por siempre. Sigue:

LIII **90.** *Los que te odiaron se revestirán de confusión.* En el juicio final la confusión cubrirá a los enemigos de los justos, porque cuando vean volver ante los ojos del alma los males cometidos, su culpa los cubrirá por todas partes aplastándolos. Los que ahora pecan alegres como si carecieran de razón, sufrirán entonces como pena el recuerdo de sus maldades. Allí verán cómo debían haber huido de lo que amaron, allí observarán cuan lúgubre fue eso por lo que ahora, en la culpa, se felicitan. Entonces, la culpa obnubilará el ánimo y la misma conciencia se atacará con los dardos de su recuerdo. ¿Quién alcanzará a imaginar justamente la confusión que aguarda a los inicuos cuando vean fuera al Juez eterno y se presento dentro, a sus ojos, la culpa? Llegarán a esa situación por haber amado aquí únicamente lo transitorio. De ahí que oportunamente añada:

LIV **91.** *Y la tienda de los malvados desaparecerá.* La tienda se levanta para proteger el cuerpo del calor y del frío. ¿Qué representa aquí la tienda sino la morada de la felicidad terrena por la que los réprobos multiplican sobre sí

139. Cf. *Hm Ev* II, 26, 7 (PL 76, 1201); *Hm Ez* II, 8, 9 (CCL 142, 343).

construcciones destinadas a caer para defenderse de las necesidades de la vida presente como si se tratara del calor y de la lluvia? Ambicionan que crezcan sus honores para no parecer despreciables. Aumentan exageradamente sus posesiones terrenas para que no les ataque el frío de la indigencia. Desprecian el cuidado de la vida futura y ponen toda su intención para que no les falte nada en la presente. Se esfuerzan por difundir su nombre para no permanecer ocultos. Y si todo ocurre según sus deseos, se consideran felices y protegidos en todo. Por eso, sin duda, se construyen la morada del alma ahí donde plantan su tienda. Soportan las adversidades impacientemente, se alegran débilmente en las prosperidades. Sólo piensan en las cosas presentes y no suspiran recordando nada por amor a la patria celeste. Se alegran teniendo en abundancia los bienes que desean y donde encuentran descanso para la carne, ahí mismo extinguen y sepultan su alma, porque, traspasados por la lanza de los cuidados presentes, llevan siempre en el interior de su pensamiento un montón de asuntos terrenos que buscan por fuera para multiplicarlos.

**92.** Los justos, por el contrario, ni dan gran valor a los bienes que aquí reciben ni temen en exceso los males que les vienen encima. Cuando se sirven de los bienes presentes, temen los males futuros; cuando los males presentes les hacen gemir, se consuelan con el amor de los bienes que vendrán. Se sirven del subsidio temporal como el peregrino se vale del lecho en un establo. Reposa y regresa presto al camino; descansa con el cuerpo, pero su mente está puesta en otra cosa.

A veces, incluso, desean sufrir adversidades, rehuyen prosperar en los asuntos transitorios para que el placer del camino no retrase su llegada a la patria, para no fijar el paso del corazón en el camino de la peregrinación y no llegar ante la patria celeste sin esperanza de recompensa. Se alegran cuando los desprecian y no les duele el verse afligidos

por la indigencia. Por eso, quienes no se protegen frente a las adversidades presentes, es como si no quisieran tener una tienda para resguardarse del calor y de las lluvias. Pedro recibió una justa reprensión porque, no estando todavía robustecido con la perfección espiritual, al conocer el resplandor de la verdad, quiso plantar una tienda en la tierra[140]. Así pues, los justos no se preocupan por levantar ninguna construcción aquí, donde saben que están como huéspedes y peregrinos. Desean gozar de los bienes que les pertenecen en propiedad y rechazan ser felices con los ajenos.

Los injustos, sin embargo, están tanto más separados de la herencia de la patria eterna, cuanto más profundamente hunden en tierra los cimientos de su pensamiento. De ahí que en el comienzo mismo del género humano, naciera Henoch, siendo el séptimo de la descendencia elegida[141]; por eso, Caín llamó a su primer hijo Henoch y puso ese nombre a la ciudad que fundó[142]. Henoch significa «dedicación»[143]. Por eso los inicuos se dedican a las cosas precedentes, porque en esta vida que es anterior plantan la raíz del corazón; florecen aquí según el deseo y se secan por completo en la patria futura. A los justos les nace Henoch en séptimo lugar, porque la dedicación gozosa de sus vidas les está reservada para el final.

Tal como Pablo atestigua, Abrahán habita en tiendas, porque espera la ciudad de sólidos cimientos que construye el arquitecto supremo[144]. Por eso Jacob avanza humildemente siguiendo el rebaño de ovejas y Esaú le sale al encuentro acompañado de tumultuoso séquito[145], porque los elegidos no ponen aquí su orgullo y los réprobos se hin-

140. Cf. Mt 17, 4; Mc 9, 4; Lc 9, 33.

141. Cf. Gn 5, 18.

142. Cf. Gn 4, 17.

143. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 822).

144. Cf. Hb 11, 9.

145. Cf. Gn 32, 13ss; 33, 4ss.

chan viviendo contentos entre los bienes de la carne. El Señor dice a Israel: *Si eliges a uno de un pueblo de la tierra y lo constituyes jefe tuyo, no tendrá caballos ni jinetes*[146]. Y, sin embargo, el primer rey escogido por el mismo pueblo, en cuanto alcanzó la cima del poder, escogió para sí tres mil jinetes, creció en él la soberbia y la mostró haciendo alarde del poder conquistado con una construcción, porque no podía reprimir por fuera con ecuanimidad lo que por dentro le hacía erigirse por encima de los demás[147].

Es como si se hubiera construido una tienda bien protegida aquel rico que decía: *Hombre, ya tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, y pásalo bien*[148]. Pero como no ha plantado su tienda sobre el fundamento de la verdad, al momento escucha: *¡Insensato! esta noche te será reclamada tu alma; ¿para quién va a ser todo lo que has acumulado?*[149].

Así pues, rectamente se dice: *Y la tienda de los malvados desaparecerá*, porque los amantes de la vida pasajera, mientras se dedican trabajosamente a construcciones temporales, son repentinamente arrebatados a la vida eterna.

146. Dt 17, 16.
147. Cf. 1 S 13, 2.
148. Lc 12, 19.
149. Ibid.

# LIBRO NOVENO

*9[1]Job tomó la palabra y dijo: [2]Bien sé yo que es así y que el hom-*
*bre que se enfrenta a Dios no queda justificado. [3]Si alguien pre-*
*tende litigar con Él, no le podrá responder ni una entre mil. [4]Es*
*sabio en su corazón y fuerte en su firmeza. ¿Quién pudo resistir-*
*le y quedar en paz? [5]Traslada los montes y no se enteran; los za-*
*randea en su furor. [6]Sacude la tierra de su sitio y se tambalean sus*
*columnas. [7]Manda al sol y no sale; encierra las estrellas como bajo*
*sello. [8]Él solo desplegó los cielos y camina sobre las olas del mar.*
*[9]Crea Arturo y Orión, las Híades y los interiores del Austro. [10]Hace*
*obras grandes e inescrutables, maravillas sin número. [11]Si viene*
*junto a mí no lo veré; si se marcha no lo advierto. [12]Si pregunta*
*de repente, ¿quién le responderá? ¿Quién le podrá decir: «Por qué*
*lo haces así»? [13]Ninguno puede resistir a la ira de Dios y bajo Él*
*se curvan los que llevan el mundo. [14]Por eso, ¿quién soy yo para*
*responderle y para hablar con Él mediante mis palabras? [15]Aun-*
*que haya hecho algo justo, no le responderé, sino que suplicaré a*
*mi Juez. [16]Y si me escucha cuando lo invoco, no creo que escuche*
*mi voz. [17]En la tormenta me triturará y multiplicará mis heridas*
*aunque no haya motivo. [18]No concede a mi espíritu que repose y*
*me llena de amargura. [19]Si se busca fortaleza, Él es el más fuerte;*
*si equidad de juicio, ninguno se atreverá a pronunciar testimonio*
*en mi favor. [20]Si quisiera justificarme, me condenaría mi boca; si*
*me presentara inocente, Él probaría que soy culpable. [21]Y aun en*
*el caso de que yo fuera sencillo, mi alma lo ignoraría y me daría*
*tedio mi propia vida. [22]Lo único que puedo decir es que Él exter-*
*mina tanto al inocente como al impío. [23]Si golpea, que mate de*
*una vez y no se ría de las penas de los inocentes. [24]La tierra ha*
*sido entregada en manos del impío, cubre el rostro de sus jueces.*

*Si no es Él ¿quién puede ser?* [25]*Mis días han sido más rápidos que*
*un mensajero; se han ido y no han visto el bien;* [26]*han pasado como*
*naves que llevan frutas, como águila que vuela sobre la presa.* [27]*Si*
*digo: «No hablaré así», se me trasforma la cara y me retuerzo de*
*dolor.* [28]*Todas mis obras me hacen temer, sabiendo que no perdo-*
*nas al culpable.* [29]*Si, por el contrario, soy tan impío, ¿por qué es-*
*forzarme en vano?* [30]*Aunque me lave con agua de nieve y mis*
*manos resplandezcan limpísimas,* [31]*Tú me hundes en heces y mis*
*vestidos abominan de mí.* [32]*Que no es un hombre semejante a mí*
*para que le pueda responder ni para comparecer en juicio conmi-*
*go de igual a igual.* [33]*No hay quien pueda litigar entre los dos y*
*poner su mano sobre ambos.* [34]*Aleje de mí su vara y su pavor no*
*me aterre.* [35]*Hablaré y no le temeré, pues si tengo miedo no puedo*
*responder.* 10[1]*Mi alma siente tedio de mi vida; dejaré que mi dis-*
*curso vaya en mi contra; hablaré en la amargura de mi alma.* [2]*Diré*
*a Dios: ¡No me condenes! Indícame por qué me juzgas así.* [3]*¿Acaso*
*te parece bien calumniar y oprimir al pobre, obra de tus manos, y*
*favorecer el consejo de los impíos?* [4]*¿Acaso tus ojos son de carne o*
*vas a ver como ve el hombre?* [5]*¿Acaso tus días son como los del*
*hombre o tus años como los tiempos de los hombres,* [6]*para que bus-*
*ques mi iniquidad y escrutes mi pecado?* [7]*Sabes que no he hecho*
*nada malo y que nadie puede arrancarme de tu mano.* [8]*Tus manos*
*me plasmaron y me hicieron por completo ¿y así, de repente, me*
*destrozas?* [9]*Recuerda, te ruego, que me hiciste como lodo y al polvo*
*me reduces.* [10]*¿Acaso no me vertiste como leche y me cuajaste como*
*queso?* [11]*De piel y carne me vestiste y me tejiste de huesos y ner-*
*vios.* [12]*Me concediste vida y misericordia, y tu visita custodió mi*
*espíritu.* [13]*Pase que guardes estas cosas en tu corazón, pero sé que*
*recuerdas todo.* [14]*Si he pecado y al momento me has perdonado,*
*¿por qué no soportas que quede limpio de mi culpa?* [15]*Si soy cul-*
*pable, ¡desgraciado de mí!; y si soy inocente no levantaré la cabe-*
*za, saturado de aflicción y de miseria.* [16]*A causa de la soberbia, me*
*cazas como a una leona; volviendo, me atormentas en modo ad-*
*mirable.* [17]*Preparas a tus testigos en mi contra y multiplicas tu ira;*
*me asaltan las penas.* [18]*¿Para qué me sacaste del seno? Habría*
*muerto sin que me viera ningún ojo.* [19]*Sería como si no hubiera*
*existido; del vientre hubiera sido llevado a la tumba.* [20]*¿Acaso mis*
*días no son ya poca cosa? Déjame para que pueda llorar un poco*

*mi dolor;* [21]*antes que me vaya, y no vuelva, a la tierra tenebrosa y cubierta con la oscuridad de la muerte;* [22]*tierra de miseria y tinieblas, donde está la sombra de muerte y no hay orden, y habita el horror sempiterno.*

## *Sentido alegórico y moral*

I **1.** Las mentes perversas, una vez que se lanzan al enfrentamiento, rechazan lo que escuchan de aquellos a los que se enfrentan, ya sea recto o desviado, con respuestas hostiles, pues cuando una persona desagrada por el hecho de estar enfrentada, ni siquiera agradan las cosas rectas que pueda decir. Por el contrario, en los corazones de los hombres buenos el odio no recae sobre la persona sino sobre la culpa, pues condenan de tal modo sus maldades que pueden acoger las cosas buenas que dicen. Y es que, discerniendo las opiniones de los que se les enfrentan, se mantienen como jueces ecuánimes, rechazando el mal que profieren de tal manera que aprueban lo que reconocen proveniente de la verdad. Suele ocurrir que en medio de una multitud de espinas crece también la espiga que procede de la semilla de la mies. La mano del agricultor debe actuar con cautela para que al arrancar la espina, se nutra la espiga. De igual forma, quien se aplica a erradicar lo que pincha, debe también saber conservar lo que restaura. De ahí el comportamiento del santo Job, cuando Bildad de Suaj dijo rectamente en forma de pregunta: *¿Es que Dios tuerce el derecho y el Todopoderoso tergiversa la justicia?*[1]. Como había pronunciado palabras rectas y firmes contra los hipócritas, insiste en el empeño de su propia defensa considerando esas palabras también válidas contra los perversos

1. Jb 8, 3.

en general. Y, al momento, aprueba lo que acaba de escuchar diciendo:

II **2.** *Bien sé yo que es así y que el hombre que se enfrenta a Dios no queda justificado.* El hombre sometido a Dios recibe la justicia; el que se enfrenta a Él la pierde, porque todo el que se opone al Autor de los bienes se priva del bien que había recibido. Quien se arroga los bienes concedidos, pelea contra Dios por esos mismos dones. Por eso, si se erige despectivo es justo que sea abatido en aquello en que se ha erigido. El santo varón, consciente de que todo el mérito de nuestra virtud es un vicio si lo juzga severamente el Juez interior, añade rectamente:

III **3.** *Si alguien pretende litigar con Él, no le podrá responder ni una entre mil.* En la Sagrada Escritura el número mil suele significar la universalidad. De ahí que dijera el salmista: *Palabra que envió por mil generaciones*[2], cuando es claro que desde el inicio del mundo hasta la venida del Redentor el evangelista no contabiliza más de setenta y siete ascendientes. ¿Qué significa, pues, el número mil sino la perfecta universalidad de la generación predestinada a producir una nueva prole? Se dice por medio de Juan: *Reinarán con Él mil años*[3], porque el reino de la santa Iglesia se consolida con la perfección de la universalidad[4]. Quien multiplica uno por diez obtiene diez; quien multiplica diez por sí mismo alcanza cien y quien lo vuelve a multiplicar por diez llega a mil. Cuando empezamos por el uno para llegar hasta el mil, ¿qué significa aquí el uno sino el inicio de una

2. Sal 105, 8.

3. Ap 20, 6.

4. «El número mil no designa una cantidad de años, sino el reinado universal de la Iglesia»: *Mor* 18, 67; cf. también *Mor* 32, 22 (CCL 143B, 1647). Gregorio se distancia de una interpretación «milenarista» de Ap 20, 6 y, siguiendo a san Agustín (cf. *La Ciudad de Dios*, 20, 23: CCL 48, 743: BAC 172, 718), interpreta el milenio como el tiempo de la Iglesia.

vida buena y qué la multiplicación hasta el mil sino la perfección de esa misma vida de bondad?

Oponerse a Dios significa atribuirse a sí mismo y no a Él la gloria de la virtud. El santo varón, sabiendo que quien ha recibido los mayores dones, si se engríe de haberlos recibido, pierde todo lo que se le había dado, dice: *Si alguien pretende litigar con Él, no le podrá responder ni una entre mil.* Quien se enfrenta al Creador no puede responder una entre mil, porque quien se enorgullece de su perfección manifiesta no poseer ni siquiera el inicio de la vida de bien. No podemos responder una entre mil porque cuando nos gloriamos de llevar una vida buena, demostramos que ésta ni siquiera ha empezado en nosotros. Sin embargo, nos conmueve verdaderamente nuestra propia debilidad si consideramos y pensamos cuán inmensa es la potencia del Juez. De ahí que siga:

IV **4.** *Es sabio en su corazón y fuerte en su firmeza.* ¿Qué hay de admirable en llamar sabio al Creador de los sabios, si sabemos que Él es la Sabiduría misma? ¿Y qué hay de sorprendente en recordar que es fuerte si nadie ignora que Él es la Fortaleza misma? El santo varón con las dos palabras pronunciadas para alabar al Creador nos sugiere algo a partir de lo cual nos hace temerosos respecto a nuestro conocimiento. Llama sabio a Dios porque conoce en profundidad lo que en nosotros está oculto, y añade además que es fuerte porque golpea con vigor lo que conoce. Como sabio, no lo podemos engañar; como fuerte, no lo podemos evitar. En cuanto sabio, ve ahora todo siendo invisible; en cuanto fuerte, castigará entonces sin ningún obstáculo a los que condena. Dispone además en su fuerte sabiduría que la mente humana, cuando se levanta contra el Creador, quede confundida por su misma soberbia. De ahí que siga:

V **5.** *¿Quién pudo resistirle y quedar en paz?* El mismo que crea admirablemente todas las cosas, dispone que las cosas creadas tengan armonía entre sí. Si uno se enfrenta al

Creador, destruye la armonía de la paz, pues no pueden estar en orden las cosas que han perdido la disposición del Moderador supremo. Las cosas que permanecerían en tranquilidad sometidas a Dios, caen en la confusión cuando se abandonan a ellas mismas, pues se enfrentan al Creador y no encuentran en sí la paz que viene de lo alto. Así, aquel espíritu angélico supremo, que podía haber permanecido en las alturas sometido a Dios, una vez expulsado, se sufre a sí mismo porque, debido a la intranquilidad de su condición, vaga por fuera. Así, el primer progenitor del género humano que se opuso al precepto del Creador, experimentó al momento la afrenta de la carne. El que no quiso someterse en obediencia al Creador, caído por debajo de sí, perdió además la paz del cuerpo. Por eso, se dice rectamente: *¿Quién pudo resistirle y quedar en paz?* Porque la mente malvada, por el hecho mismo de erigirse contra el Creador, encuentra en sí misma la confusión.

Hablamos de resistir a Dios cuando luchamos por rechazar sus disposiciones. Aunque nuestra debilidad no puede poner obstáculo a sus inmutables decretos, sin embargo, se empeña en lograr lo que no es posible. Con frecuencia, la debilidad humana reconoce ocultamente la fuerza de su disposición y, a pesar de ello, desea poder cambiarla. Procura actuar en contra, pero se golpea a sí misma con la espada de su enfrentamiento. Se resiste al orden interior, pero se esclaviza vencida por sus propios intentos. Por eso, resistiéndose no es posible tener paz, porque a la soberbia sigue la confusión, de modo que lo que se hace neciamente con culpa se convierte admirablemente en pena para su autor.

El santo varón, lleno de la virtud del espíritu profético, observando la confusión general provocada por la soberbia humana, dirige al momento los ojos de la mente al mal específico del pueblo israelita y, partiendo de la ruina de una sola raza, muestra la pena que queda para todos los soberbios. Así, añade a continuación:

VI **6.** *Traslada los montes y no se enteran; los zarandea en su furor.* Con la palabra monte se designa con frecuencia en la Sagrada Escritura la altura de los predicadores, de los cuales se dice por el salmista: *Reciban los montes la paz para tu pueblo*[5]. No sin razón se llama montes de la patria eterna a los predicadores elegidos, porque con la sublimidad de su vida abandonan las bajezas de la tierra y se hacen cercanos al cielo. La Verdad trasladó los montes cuando apartó los predicadores santos del empecinamiento de Judea. De ahí que también se diga rectamente por el salmista: *Los montes se trasladarán al seno del mar*[6]. Los montes fueron trasladados al seno del mar cuando los apóstoles predicadores fueron expulsados por la infidelidad de Judea y fueron a parar al conocimiento de los gentiles. Por eso, los mismos apóstoles afirman en sus Hechos: *Era necesario predicar primero a vosotros la palabra de Dios, pero como la rechazáis y os habéis hecho indignos de la vida eterna, nos hemos dirigido a los gentiles*[7]. De este traslado de montes ni siquiera se dieron cuenta los mismos a los que el Señor zarandeó en su furor, porque cuando los hebreos echaron a los apóstoles de sus territorios, pensaron que perder la luz de la predicación había sido una ganancia. Golpeados, por méritos propios, con una justa condena, el error cegó tanto sus inteligencias que consideraron motivo de alegría el haber perdido la luz. Expulsados los apóstoles, el comandante romano Tito destruyó Judea al momento quedando dispersa entre todas las naciones. De ahí que añada a lo dicho sobre los montes trasladados:

VII **7.** *Sacude la tierra de su sitio y se tambalean sus columnas.* La tierra fue movida de su sitio cuando el pueblo de Israel, desterrado de los confines de Judea, tuvo que so-

5. Sal 72, 3.
6. Sal 46, 3.
7. Hch 13, 46.

meter la cerviz ante las naciones, porque no quiso someterse al Creador. Esta tierra tuvo columnas porque en los sacerdotes y príncipes, doctores de la ley y fariseos se había alzado la estructura de su pertinacia que la llevaría a la ruina. Sobre estos mismos se mantuvo el edificio de la ley y, en el tiempo de su tranquilidad, llevó la carga de los sacrificios carnales como si de una construcción sobreañadida se tratara. Sin embargo, trasladados los montes, se tambalearon las columnas, porque al ser alejados de Judea los apóstoles, ni siquiera se permitió vivir en ella a quienes habían expulsado a los predicadores de la Vida. Era, en efecto, justo que, sometidos, perdieran la patria terrena por amor de la cual los soldados de la patria celeste ni siquiera temieron pelear. Al ser expulsados los santos doctores, Judea se entumeció profundamente y, por un justo designio del Juez, cerró los ojos de la mente en las tinieblas de su error. De ahí que todavía añada:

VIII **8.** *Manda al sol y no sale; encierra las estrellas como bajo sello.* En la Sagrada Escritura con el término sol se designa a veces la claridad de los predicadores, como cuando se dice por Juan: *El sol se puso como saco de crin*[8]. Al final de los tiempos el sol se pone como saco de crin porque la vida resplandeciente de los predicadores aparece despreciable y áspera a los ojos de los réprobos. La claridad de las estrellas es también figura de ellos, pues al predicar a los pecadores los caminos rectos, iluminan las tinieblas de nuestra noche. Por eso, cuando son apartados los predicadores, se dice por el profeta: *Las estrellas de las lluvias se han alejado*[9].

El sol brilla durante el día, las estrellas iluminan la oscuridad de la noche. En la Sagrada Escritura con la palabra día se designa muchas veces la patria eterna y con el térmi-

8. Ap 6, 12. 9. Jr 3, 3.

no noche la vida presente. Los santos predicadores actúan como sol para nuestros ojos cuando nos abren a la contemplación de la luz verdadera, y lucen como estrellas en la tiniebla cuando con su vida activa disponen las cosas terrenas en atención a nuestras necesidades. Brillan como el sol durante el día cuando elevan la mirada de nuestra mente a la contemplación de la patria de la claridad interior. Resplandecen como estrellas en la noche porque, incluso cuando cumplen tareas terrenas, dirigen el pie de nuestro titubeante actuar con el ejemplo de su rectitud. Pero como fueron expulsados los predicadores, ya no hubo quien mostrara al pueblo judío, que permanecía en la noche de su incredulidad, la claridad de la contemplación, o quien le revelase la luz de la vida activa.

La Verdad, rechazada, abandonó a este pueblo quitándole la luz de la predicación y lo cegó en pago a su maldad. Rectamente se dice: *Manda al sol y no sale; encierra las estrellas como bajo sello*. No quiso, en efecto, que saliera el sol para este pueblo, del cual había apartado el ánimo de los predicadores. Y encerró las estrellas como bajo sello, pues al retener a los predicadores dentro de su silencio, escondió la luz celeste a los sentidos ciegos de los malvados.

**9.** Téngase en cuenta que encerramos algo bajo sello para luego sacarlo en el momento oportuno. Del testimonio de la Sagrada Escritura aprendemos que también Judea, ahora abandonada, será acogida en el seno de la fe al final de los tiempos. De ahí que se diga por Isaías: *Aunque el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, sólo un resto se salvará*[10]. Y por eso dijo Pablo: *Cuando entre la plenitud de los gentiles, entonces también todo Israel se salvará*[11]. Así pues, el que ahora sustrae sus predicadores a los ojos de Judea pero luego los muestra, actúa como si ence-

10. Is 10, 22 (s. LXX). 11. Rm 11, 25-26.

rrara las estrellas bajo sello, de modo que ahora, rechazada, no vea la noche de su incredulidad y luego, iluminada, la perciba gracias a los rayos de los astros espirituales, primero escondidos y luego manifiestos.

Por esta misma razón, aquellos dos eximios predicadores a los que fue diferida la muerte, fueron apartados para ser llamados de nuevo al final de los tiempos y así cumplir el ministerio de la predicación. De ellos se dice por Juan: *Éstos son los dos olivos y los dos candelabros que están en pie ante el Señor de la tierra*[12]. En el evangelio la misma Verdad promete a uno de ellos: *Vendrá Elías y restablecerá todo*[13].

Así pues, las estrellas han sido encerradas como bajo sello ya que ahora se ocultan para no aparecer y luego aparecerán para ser de provecho. No obstante, el pueblo de Israel que al final será acogido en abundancia, se endureció cruelmente durante los inicios de la santa Iglesia. Rechazó a los predicadores de la Verdad, despreció las palabras de salvación. Lo cual, sin embargo, sucede por un admirable designio del Creador, de modo que la gloria de los predicadores, que de haber sido acogida podía haber permanecido oculta en un solo pueblo, se extendiese a todas las naciones después de haber sido rechazada. De ahí que oportunamente continúe:

IX **10.** *Él solo desplegó los cielos.* ¿Qué se designa con el término cielos sino esta misma vida celeste de los predicadores? De ellos se dice por el salmista: *Los cielos proclaman la gloria de Dios*[14]. A los mismos se les llama cielos y sol: cielos porque protegen con su intercesión; sol porque manifiestan la fuerza de la luz con la predicación. Cuando fue sacudida la tierra se extendieron los cielos, ya que cuan-

12. Ap 11, 4.
13. Mt 17, 11.
14. Sal 19, 2.

do Judea se lanzó a la violencia de la persecución, el Señor dilató la vida de los apóstoles en el conocimiento de todas las naciones. Y mientras aquélla se dispersaba cautiva por juicio divino, éstos por gracia se extendían con honor por todas partes. ¿Quién, entre los gentiles, hubiera conocido a Pedro si su predicación hubiera permanecido sólo en el pueblo de Israel? ¿Quién hubiera reconocido las virtudes de Pablo si Judea, con su persecución, no nos las hubiera dado a conocer? Así, los que habían sido rechazados por el pueblo de Israel con tormentos e insultos, son honrados hasta los confines del mundo.

Sólo el Señor desplegó los cielos, pues por una admirable disposición de su secreto designio permitió que sus predicadores fueran oprimidos en una sola nación precisamente para que se extendieran hasta los límites del mundo. Sin embargo, ni siquiera esos mismos gentiles que vivían entregados al mundo presente acogieron de buena gana las palabras de la Vida cuando la lengua de los apóstoles corrigió sus culpas. Pronto opusieron una soberbia resistencia y se lanzaron a una cruel persecución. Pero los que manifestaron su oposición a las palabras de la predicación, no tardaron en calmarse ante la admiración de sus signos. Por eso, oportunamente se añade también en alabanza al Creador:

X **11.** *Y camina sobre las olas del mar.* ¿Qué se designa con el término mar sino la amargura de este mundo que mata con furia a los buenos? De él se dice por el salmista: *Reúnes como en un odre las aguas del mar*[15]. El Señor reúne las aguas del mar como en un odre cuando disponiendo todas las cosas con admirable moderación, frena las amenazas de los carnales encerradas en sus corazones. El Señor camina sobre las olas del mar, porque cuando se desatan las tormentas de la persecución, se disipan por el estupor de

15. Sal 33, 7.

sus milagros. El que mitiga la hinchazón de la insensatez humana, pisotea las olas que se elevan en su altura. Y es que, cuando el pueblo gentil vio que su propio modo de vivir era destruido con la predicación de una nueva forma de vida, cuando los ricos de este mundo vieron que las acciones de los pobres se oponían a su soberbia, cuando los sabios del siglo comprobaron que las palabras de unos iletrados les hacían frente, surgieron al momento las tormentas de la persecución. Sin embargo, como hemos dicho, los que se habían alterado ante palabras que les hacían frente y habían desatado las tormentas de la persecución, se calmaron ante la admiración de los signos. Así, el Señor caminó sobre esas olas tantas veces como milagros manifestó a los perseguidores. De ahí que se diga en otro lugar por el salmista: *Admirables son las elevaciones del mar, admirable es el Señor en las alturas*[16]. El mundo levantó asombrosamente las olas de la persecución contra la vida de los elegidos, pero el Creador de las alturas, mediante la virtud de los predicadores, abatió de forma aún más asombrosa las olas que se habían levantado. Mostró que sus ministros podían más con los milagros que las potencias terrenas con su encendida ira.

Lo mismo afirma el Señor rectamente por medio de Jeremías narrando hechos exteriores con los que denuncia actitudes interiores: *Puse la arena por término al mar, límite eterno que no traspasará. Sus olas se agitarán, pero no lo lograrán; mugirán, pero no pasarán*[17]. El Señor puso la arena por término al mar porque para destruir la gloria de este mundo escogió a los pobres y despreciados. Las olas de este mar se agitan cuando las potencias del siglo provocan la conmoción de la persecución. Pero no pueden traspasar la arena porque son abatidas por la humildad y los milagros de unos

16. Sal 93, 4.

17. Jr 5, 22.

despreciados. Pero cuando el mar se agita, cuando se levanta la ola de su insensatez, como es aplastada por la manifestación de la fuerza divina, la santa Iglesia progresa y con el crecer del tiempo avanza hacia el orden que le pertenece.

Por eso, a continuación añade oportunamente:

XI 12. *Crea Arturo y Orión, las Híades y los interiores del Austro*. El discurso de la Verdad no sigue ni mucho menos las fábulas vanas de Hesíodo, Aratos y Calímaco, de modo que nombrando Arturo se refiera a la cola de la Osa, la última de las siete estrellas[18], y a cómo Orión, el amante enloquecido, sostenga la espada[19]. Estos nombres de astros han sido inventados por los que rinden culto a la sabiduría carnal. La Sagrada Escritura se sirve de esas denominaciones para comunicar, a partir de una expresión usual conocida, lo que desea indicar. Pues si quisiera referirse a los astros por medio de nombres que desconocemos, el hombre, en favor del cual ha sido hecha esta misma Escritura, ignoraría lo que oye. De esa forma, en la Sagrada Escritura, los sabios de Dios asumen la palabra de los sabios del mundo, como cuando en ella Dios, el Creador mismo de los hombres, hace suya, en favor del hombre, la voz del sufrimiento humano y dice: *Me arrepiento de haber creado al hombre sobre la tierra*[20]; y eso que consta que Él ve todas las

18. Se trata de la Osa Mayor, constelación de siete estrellas, a la que los griegos llamaban la Osa y el Carro y los romanos «la Osa Mayor» o los «Siete bueyes» (*septem triones*). Arturo es la estrella situada en la «cola de la Osa» o en el extremo del «timón del carro».

19. Orión, en la mitología griega, era un gigante, hijo de Poseidón (dios del mar) y Euríale (górgona: especie de mostruoso dragón marino); enamorado de Mérope, quiso conquistarla por la fuerza; cegado en castigo por su pretensión, recuperó la vista cuando se trasladó a Creta, donde vivió como cazador de Artemis, diosa que a su muerte lo trasladó al cielo como constelación.

20. Gn 6, 7.

cosas antes de que sucedan y no puede arrepentirse después de haber hecho algo. ¿Qué hay, pues, de admirable en que hombres espirituales se sirvan de las palabras de los carnales si el mismo Espíritu inefable, Creador de todo, forma en sí mismo una palabra carnal para conducir la carne a su comprensión?

Así pues, en la Sagrada Escritura mientras escuchamos nombres conocidos de astros reconocemos a qué astros se refiere el discurso. Luego, cuando descubrimos de qué astros se trata, queda que a partir de esas mismas palabras nos elevemos a los secretos de la inteligencia espiritual. Según el sentido literal, no es nada extraordinario que se diga que Dios creó Arturo, Orión y las Híades, pues es evidente que no hay nada en el mundo que Él no haya creado. Pero el santo varón afirma que el Señor ha creado estas cosas, pretendiendo por medio de ellas indicar propiamente aquellas realidades que se manifiestan espiritualmente.

13. ¿Qué se expresa con el nombre de Arturo, establecida en el eje del cielo brillando con los rayos de siete estrellas, sino la Iglesia universal que en el Apocalipsis de Juan aparece bajo la figura de siete iglesias y siete candelabros?[21]. Ella, al contener en sí los dones de la septiforme gracia del Espíritu, irradiando con la claridad de la potencia suprema, luce como eje de la Verdad. Téngase en cuenta, además, que Arturo siempre gira y nunca se oculta, así la santa Iglesia aguanta sin cesar las persecuciones de los malvados y, sin embargo, perdura sin desaparecer hasta el final del mundo. Con frecuencia los malvados, como la han perseguido queriéndola exterminar, se han creído que habían acabado con ella por completo, pero con mayor frecuencia todavía ha vuelto a su estado de crecimiento estando a punto de morir en manos de sus perseguidores. Así pues, Arturo mientras

21. Cf. Ap 1, 12. 20.

gira se eleva, lo mismo que la santa Iglesia se restaura con más fuerza en la verdad precisamente cuando más ardientemente se fatiga en favor de la verdad.

**14.** Justo después de Arturo se añade también oportunamente Orión. La constelación de Orión surge en pleno tiempo invernal, provocando su salida tempestades y perturbando mares y tierra. ¿Qué se designa con Orión, después de Arturo, sino a los mártires? Cuando la Iglesia se alzaba a su condición predicadora, surgieron como en invierno sobre la faz del cielo los mártires dispuestos a padecer el peso y las molestias de los perseguidores. Con su nacimiento, el mar y la tierra se conmovieron, porque al aparecer la fortaleza de los mártires los gentiles vieron cómo se destruía su forma de vida, surgiendo entre los que iban a darles muerte no sólo iracundos y turbulentos, sino también plácidos. Y así, de Orión brotó el invierno, porque mientras brillaba la constancia de los santos, la mente helada de los infieles se enardeció provocando la tormenta de la persecución. Así pues, Orión surgió en el cielo cuando la santa Iglesia envió a los mártires, los cuales, atreviéndose a predicar la rectitud a gente ruda, soportaron todo el peso del rigor invernal.

**15.** En seguida añade rectamente las Híades[22] que surgen en la faz del cielo cuando florece la primavera y se muestran cuando el sol manifiesta ya la fuerza de su calor. Están vinculadas a los inicios de aquel signo que los sabios de este mundo llaman Tauro, a partir del cual el sol empieza a crecer y se hace más ardiente para alargar la duración

22. En la mitología griega las Híades (*Hyadas*) eran las hermanas de las Pléyades, nombre con el cual se designa en astronomía una constelación formada por un cúmulo de más de cuatrocientas estrellas que gira en la dirección de Tauro; según la mitología, Orión no cesa de perseguir a las Híades y a las Pléyades.

del día. ¿A quiénes se designa con el nombre de Híades, que vienen después de Orión, sino a los doctores de la santa Iglesia? Cuando desaparecieron los mártires, vinieron ellos para llevar al mundo al conocimiento en el tiempo en que la fe ya brillaba con mayor resplandor y, superado el invierno de la increencia, el sol de la verdad calentaba con más vigor mediante los corazones de los fieles. Alejada la tormenta de la persecución y terminadas las largas noches de la incredulidad, brotaron para la santa Iglesia los doctores, abriéndose así para ella una estación más luminosa gracias a la primavera de la fe.

No sin razón se designa a los santos doctores con el nombre de las Híades. En griego el término *huetòs* significa «lluvia». Las Híades recibieron el nombre de la lluvia, porque al salir traen borrascas. Por eso, rectamente se llama con la denominación de Híades a quienes, habiendo surgido como sobre la faz del cielo para constituir la Iglesia universal, derramaron las lluvias de la santa predicación sobre la tierra reseca del corazón humano.

Si la palabra de la predicación no fuera lluvia, Moisés no habría dicho: *Como lluvia se derrame mi doctrina*[23]; ni la Verdad habría afirmado por medio de Isaías: *Mandaré a las nubes que no derramen la lluvia sobre ella*[24]; ni esto otro que hace poco hemos citado: *Las estrellas de las lluvias se han alejado*[25].

Así pues, cuando llegan las Híades con las lluvias, el sol se eleva a más altura porque, al aparecer la ciencia de los doctores, se derrama en nuestra mente la lluvia de la predicación y aumenta el calor de la fe. La tierra regada se dispone a dar frutos cuando la luz del cielo se intensifica, porque producimos con más abundancia el grano de las buenas

23. Dt 32, 2.
24. Is 5, 6.
25. Jr 3, 3; cf. supra *Mor* 9, 8.

obras, cuando gracias a la llama de la instrucción sagrada ardemos en el corazón con mayor brillo. Y mientras gracias a los santos doctores cada vez se manifiesta más la ciencia celeste, es como si brotara para nosotros el tiempo primaveral de la luz interior, de modo que un nuevo sol brilla en nuestras almas y a medida que nos resulta conocido por medio de sus palabras, se hace él mismo cada día más resplandeciente.

A medida que nos acercamos al fin del mundo, progresa la ciencia sagrada y con el paso del tiempo se hace más extensa. De ahí que se diga por medio de Daniel: *Muchos irán de aquí para allá y la ciencia se extenderá*[26]. También por eso, el ángel dice a Juan en la primera parte del Apocalipsis: *Sella lo que han dicho los siete truenos*[27]. No obstante, al final de esa misma revelación se le ordena: *No selles las palabras proféticas de este libro*[28]. Se le ordena que selle la primera parte y se le prohíbe que lo haga con la última, porque todo lo que en los comienzos de la santa Iglesia estaba escondido, cada día el final lo manifiesta.

Algunos sostienen que el término Híades procede de la letra griega «Y». En caso de que sea así, no se contradice la interpretación que hemos dado. Que los doctores vengan designados con un nombre que procede de una letra no es algo improcedente. En cualquier caso, las Híades no difieren de la visión de esa letra, pues es cierto que lluvia se dice *huetòs* y que, cuando salen, traen las lluvias.

**16.** Así pues, que el santo varón, después de haber contemplado el orden de nuestra redención, se admire y que, admirándose, exclame diciendo: *Él solo desplegó los cielos y camina sobre las olas del mar. Crea Arturo y Orión y las Híades.* Una vez desplegado el cielo, el Señor formó Artu-

26. Dn 12, 4.
27. Ap 10, 4.
28. Ap 22, 10.

ro porque, para honra de los apóstoles que habían sido despreciados, fundó la Iglesia en su condición celeste. Formado Arturo, creó también Orión porque, robustecida la fe de la Iglesia universal, hizo surgir a los mártires contra las tormentas del mundo. Habiendo surgido Orión, hizo aparecer las Híades porque, habiéndo crecido los mártires frente a la adversidad, procuró la doctrina de los maestros para irrigar la aridez de los corazones humanos. Éstos son los órdenes de astros espirituales que, al sobresalir por la eminencia de sus virtudes, brillan siempre desde las alturas.

**17.** Después de todo esto, ¿qué queda sino que la santa Iglesia, cosechando el fruto de su trabajo, llegue a contemplar las realidades íntimas de la patria suprema? Por eso, oportunamente, al decir: *Crea Arturo y Orión y las Híades*, añadió en seguida: *Y los interiores del Austro*. ¿Qué se designa en este lugar con el nombre de Austro sino el fuego del Espíritu Santo? Quienquiera que esté lleno de Él, se inflama en el amor a la patria espiritual. Por eso, en el Cantar de los cantares se dice por boca del esposo: *¡Levántate Aquilón, ven Austro, sopla en mi huerto y difunde sus aromas!*[29]. Viniendo el austro, el aquilón que surge se retira[30], cuando con la venida del Espíritu Santo se aleja el antiguo enemigo expulsado que había atrapado al alma embotándola. El austro sopla en el huerto del esposo para difundir sus aromas porque, mientras el Espíritu de la Verdad colma a la santa Iglesia con la fuerza de sus dones, hace brotar de ella, a lo largo y a lo ancho, los perfumes de la obra buena.

Los interiores del Austro son los órdenes ocultos de ángeles y los lugares secretísimos de la patria celeste que el Espíritu Santo llena con su calor. Allí llegan las almas de

29. Ct 4, 16.
30. El aquilón o cierzo es un viento del norte, mientras que el austro lo es del sur.

los santos, ahora despojadas de sus cuerpos y luego habiéndolos recuperado, se ocultarán en lo escondido como astros. Allí, durante el día, como si fuera mediodía, el fuego del sol se enciende más ardientemente, porque la claridad del Creador, disipada ya la tiniebla de nuestra condición mortal, se ve de forma más manifiesta. Y, al igual que el rayo del sol, se eleva a lugares más altos porque la Verdad, a partir de Sí misma, nos ilumina de forma más sublime. Allí la luz de la contemplación interior se percibe sin que intervenga sombra de cambio; allí el calor se recibe sin ninguna oscuridad corpórea; allí los coros invisibles de los ángeles brillan como astros en lo escondido, de modo que justamente porque no pueden ser vistos ahora por los hombres, reciben con más profundidad las llamas de la verdadera luz.

Es, en efecto, admirable que, enviados los apóstoles, el Señor haya extendido los cielos; que, calmados los sobresaltos de las persecuciones, haya dominado las olas del mar caminando sobre ellas; que, consolidada la Iglesia, haya establecido Arturo; que, robustecidos los mártires frente a la adversidad, haya enviado a Orión; que, multiplicados los doctores en tiempo de tranquilidad, haya hecho surgir las Híades; y, además de todo eso, es verdaderamente admirable que nos haya preparado un lugar en la patria celeste como en el interior del Austro.

**18.** Es hermoso todo esto que en la faz del cielo se divisa por disposición divina, pero es, sin punto de comparación, incomparablemente más bella la realidad a la que se llega invisiblemente. Por eso el esposo, alabando a la esposa, dice rectamente repitiendo: *¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa! Tus ojos son palomas, a excepción de lo que se oculta en el interior*[31]. Afirma que es hermosa y re-

31. Ct 4, 1.

pite que es hermosa porque una es la belleza de costumbres en la que ahora se ve y otra la belleza de los premios a la que entonces será elevada en virtud de la hermosura de su Creador. Como todos sus elegidos, en cuanto miembros suyos, afrontan todas las cosas con simplicidad, se dice que sus ojos, que irradian una gran luz, son palomas, pues brillan con los milagros de los signos. Pero ¿cuál es la magnitud del milagro que puede ser visto? Pues el milagro que procede del interior y que ahora no se puede ver es inmensamente más admirable. Por eso, oportunamente añade: *A excepción de lo que se oculta en el interior.* Grande es la gloria de la obra manifiesta pero no tiene en absoluto punto de comparación con la recompensa oculta.

Así pues, lo que el santo Job designa con el nombre de astros corresponde a lo que Salomón llama ojos. Y lo que afirma Salomón: *A excepción de lo que se oculta en el interior*, equivale a lo que el santo Job nos sugiere internamente cuando se refiere a los interiores del Austro.

De esta forma el santo varón, admirando las cosas exteriores, considerando las interiores, describiendo las manifiestas y penetrando las ocultas, intenta exponer todo cuanto sucede interna y externamente. Pero ¿acaso una lengua de carne puede expresar obras de magnitud suma? Reconociendo su incapacidad, comprende mejor al momento esas mismas obras y afirma oportunamente:

XII **19.** *Hace obras grandes e inescrutables, maravillas sin número.* Explicamos las acciones de la fortaleza divina de forma más verdadera cuando reconocemos que no se pueden explicar; hablamos con mayor elocuencia cuando permanecemos en silencio, estupefactos ante ellas. Nuestra incapacidad para narrar las obras de Dios es tal que la lengua apenas expresa suficientemente que sólo el silencio alaba en forma adecuada lo que no puede ser comprendido adecuadamente. De ahí que se diga rectamente por el salmista: *Alabadlo por sus obras magníficas, alabadlo por su inmensa*

*grandeza*[32]. Alaba a Dios por su inmensa grandeza quien reconoce sucumbir al expresar su alabanza.

Así pues, diga: *Hace obras grandes e inescrutables, maravillas sin número*, es decir, grandes por su potencia, inescrutables para la razón, innumerables por su abundancia. Las obras divinas que no pudo expresar hablando, las indicó de forma más elocuente callando. Pero ¿por qué en la consideración de las cosas nos hemos dejado llevar tan lejos de nosotros que hasta ignoramos incluso eso mismo que nos pasa? Oportunamente continua:

XIII 20. *Si viene junto a mí no lo veré; si se marcha no lo advierto*. El género humano, excluido de los gozos interiores por culpa del pecado, perdió los ojos de la mente y no sabe por dónde caminan los pasos de sus méritos. Con frecuencia es un don de la gracia lo que él juzga ira, y es ira del juicio divino lo que él considera gracia. Muchas veces piensa que son una gracia los dones de las virtudes y, sin embargo, engreído por esos mismos dones, se precipita. Otras veces teme como si fueran ira las adversidades de las tentaciones y, sin embargo, atrapado por esas mismas tentaciones se pone a custodiar las virtudes con mayor cautela.

¿Quién no cree estar cerca de Dios cuando se ve acrecentado en dones celestes, o cuando recibe el don de profecía o el de enseñar la doctrina, o cuando es capaz de ejercer el don de curación? Y, sin embargo, con frecuencia el alma, sintiéndose resuelta por la seguridad de su virtud, recibe el ataque del adversario y es atravesada por el dardo de un pecado insospechado, alejándose para siempre de Dios, ahí donde en otro tiempo se había acercado a Él sin la cautela de la vigilancia.

¿Quién no se considera abandonado ya por la gracia divina cuando después de haber experimentado la pureza se

32. Sal 150, 2.

ve lacerado por las tentaciones de la carne, repleto el ánimo de deshonestidad y pasando ante los ojos del pensamiento imágenes reprobables e inmundas? Y, sin embargo, mientras estas cosas le fatigan sin vencerle, nada de ello acaba con él contaminándolo, sino que, gracias a la humildad, lo preservan, de modo que el ánimo, sabiéndose débil en la tentación, se confía por completo al auxilio divino y abandona totalmente la confianza en sí. Y así, ocurre que se une más estrechamente a Dios justamente ahí donde estaba abrumado por haber caído más profundamente lejos de Dios.

No conocemos, pues, si Dios se acerca o se distancia de nuestra alma mientras se ignora el desenlace de esta alternativa, porque de la tentación ignoramos si es para probar o para derribar y de los dones ignoramos si se reciben como recompensa para los que van a ser abandonados o como alimento en el camino que lleva a la patria eterna.

Así pues, una vez que el hombre ha sido expulsado de los gozos interiores, observe cómo se le cierran las puertas del secreto espiritual y, arrojado fuera de sí mismo, gima en la carne y, considerando los perjuicios de su ceguera, diga: *Si viene junto a mí no lo veré; si se marcha no lo advierto.* Como si deplorase abiertamente diciendo: «Después de haber perdido voluntariamente los ojos, padezco la ceguera de una noche que yo mismo me he buscado y ya no soy capaz de reconocer cuándo el sol sale o se pone».

No obstante, el hombre, que se siente oprimido por la pena de su debilidad y abrumado por la oscuridad de su ceguera, avanza hacia el juicio de la luz suprema para recuperar el conocimiento de sus propios actos. De ahí que añada:

XIV **21.** *Si pregunta de repente ¿quién le responderá?* Dios pregunta de repente cuando nos llama inesperadamente a su riguroso juicio. Pero el hombre no es capaz de responder a su interrogatorio porque si discute al margen de la piedad incluso la vida de los justos sucumbe en ese jui-

cio. Ciertamente Dios nos interroga cuando nos toca con duros golpes a fin de que nuestra alma, cuando crea que por sí misma goza de gran tranquilidad, se percate en la perturbación de quién es verdaderamente. Con frecuencia, gime por haber sido golpeada, pero no es capaz de responder, porque la contrariedad misma del golpe recibido le desagrada. Sin embargo, el hombre que toma conciencia de sí mismo calla y teme discutir los juicios divinos, porque reconoce que es polvo. De ahí que se diga por Pablo: *Hombre, ¿tú quién eres para responder a Dios?*[33]. Quien recibe el nombre de «hombre» se convence de no poder responder a Dios porque, por el hecho de haber sido formado del barro, no es digno de discutir los juicios supremos. Por esa razón, se añade además oportunamente:

XV **22.** *¿Quién le podrá decir: «Por qué lo haces así»?* Las acciones del Creador, siempre indiscutibles, se deben venerar porque no pueden ser injustas. Pedir razón de su oculto designio no es sino ensoberbecerse contra su designio. Cuando no se comprende el motivo de una acción, queda callar con humildad sometiéndose a sus obras, pues el conocimiento de la carne no puede penetrar los secretos de la divina Majestad. Por eso, quien no alcanza a ver motivo en las acciones de Dios y lo hace cayendo en la cuenta de su debilidad, ve el motivo de por qué no ve. De ahí que también Pablo, coherentemente, diga: *¿Acaso dice la vasija al que la modeló: «Por qué me creaste así»?*[34]. En la medida en que uno se ve como vasija moldeada por obra divina, se guarda de enfrentarse a la mano del Hacedor, porque Él, que creó bondadosamente lo que no existía, no abandona injustamente lo que ya existe. Por eso, cuando llegue el golpe, entre el alma en sí misma y no pretenda comprender lo que no puede, no sea que discutiendo el motivo

33. Rm 9, 20. 34. *Ibid.*

de la ira divina, provoque su acrecentamiento y lo que podía haber aplacado la humildad se vea inextinguiblemente encendido por la soberbia. Refiriéndose a esta ira, oportunamente añade:

XVI **23.** *Ninguno puede resistir a la ira de Dios y bajo Él se curvan los que llevan el mundo.* Sorprende que se diga que nadie puede resistir a la ira de Dios cuando la Sagrada Escritura atestigua que muchos se han encontrado con la oposición de la indignación divina.

¿Acaso no resistió la ira de Dios Moisés, que, puesto al frente del pueblo abatido, frenó el ímpetu del castigo divino con la ofrenda de su propia muerte, diciendo: *Perdónales esta falta. De lo contrario, bórrame del libro que has escrito?*[35]. ¿Acaso no resistió la ira de Dios Aarón cuando, entre vivos y muertos, cogió el incensario y apaciguó el fuego del castigo con el humo del incienso?[36]. ¿Acaso no resistió la ira de Dios Finés, que, interrumpiendo en el mismo coito a los que actuaban lujuriosamente con mujeres extranjeras, presentó su mismo celo a la indignación divina y aplacó el furor con la espada?[37]. ¿Acaso no resistió la ira de Dios David, que, ofreciéndose al ángel que hería, alcanzó la gracia del perdón antes del tiempo establecido?[38]. ¿Acaso no resistió la ira de Dios Elías, que, estando la tierra reseca desde hacía ya largo tiempo, logró con su palabra traer de nuevo lluvias del cielo?[39]. ¿Cómo, pues, se dice que ninguno puede resistir la ira de Dios si existen abundantes ejemplos que demuestran que muchos han resistido?

Si consideramos atentamente las palabras de Job y las acciones de éstos, nos damos cuenta que tan verdad es que nadie puede resistir a la ira de Dios como que hay muchos

35. Ex 32, 32.
36. Cf. Nm 17, 11-13.
37. Cf. Nm 17, 6-11.
38. Cf. 2 S 24, 17.
39. Cf. 1 R 18, 41-45.

que han resistido. Todos los santos que se enfrentan a la ira de Dios reciben del mismo Dios la fortaleza para oponerse al ímpetu de su castigo, de modo que, por así decirlo, con Él se alzan en contra de Él. La fuerza divina les hace enfrentarse a Él con Él, porque en el momento en que por fuera reciben en su contra la ira que les golpea, la gracia que los hace airarse los protege por dentro. Dios levanta interiormente como a hijos a los que exteriormente soporta como adversarios. Así pues, aguanta la oposición de los que interceden, pues Él mismo la inspira, y, como no queriendo, impone lo que Él mismo manda que suceda.

Afirma, en efecto, Moisés: *Déjame que se encienda mi ira contra ellos y los devore; de ti, en cambio, haré un gran pueblo*[40]. ¿Qué significa decir al siervo *déjame*, sino conceder la audacia de interceder? Es como si claramente dijera: «Considera cuan valioso eres para mí y reconoce que podrás obtener lo que pidas en favor del pueblo». Actuando con esta mentalidad, demuestra estar dispuesto a conceder el perdón de forma inmediata. Además, como la indignación divina se activa, por decirlo así, desde la médula, la oposición humana no puede hacerle resistencia, ni hay súplica, venga de quien venga, que le pueda hacer frente de forma provechosa, una vez que Dios en su ira dispone algo desde dentro.

Moisés, que había lavado la culpa de todo el pueblo con sus súplicas ante Dios y se había puesto ante Él como barrera aplacando la fuerza de la ira divina junto a la roca del Horeb, no pudo entrar en la tierra prometida al desconfiar de la provisión de agua y provocar por ello la ira de Dios. Y así, afligido muchas veces por esa causa y muchas veces turbado por un deseo creciente, no pudo alejar de sí mismo la ira del castigo dispuesto, él, que por voluntad divina la había apartado del pueblo.

40. Ex 32, 10.

David, que pudo después detener con su oración la espada del ángel cuando el pueblo ya estaba abatido, tuvo antes que huir de su hijo, llorando y lamentándose, con los pies desnudos, y hasta que no recibió por completo el castigo por el crimen que había cometido, no pudo aplacar la ira de Dios en su propio favor.

Elías, que había abierto los cielos con su palabra y como hombre había probado en cierto modo la severidad divina, huyó por el desierto aterrado ante la irritación de una mujer sintiendo en el miedo la debilidad para interceder en su favor, él que con su intervención en favor de otros había aplacado el furor de Dios.

Así pues, se puede resistir la ira de Dios cuando es Él mismo, que se irrita, quien viene en nuestro auxilio. No se puede, sin embargo, resistir de ninguna manera cuando se mueve al castigo y no inspira la oración que a Él se dirige. De ahí que se diga por Jeremías: *Tú, en cambio, no pidas por este pueblo ni eleves por ellos alabanza ni oración, porque no le escucharé cuando clame a mí*[41]. Y en otro lugar: *Aunque se pongan ante mí Moisés y Samuel, mi alma no está por este pueblo*[42].

**24.** Sobre este asunto se puede preguntar oportunamente por qué, dejados de lado tantos padres más antiguos, para hablar de la oración de intercesión, se nombran únicamente, como los más destacados y relevantes, a Moisés y Samuel. Encontramos la respuesta fácilmente si pensamos en los méritos de esa caridad que manda amar también a los enemigos. A los oídos del Creador alcanza especialmente la oración que procura interceder también en favor de los enemigos. De ahí que la misma Verdad afirme: *Orad por los que os persiguen y os calumnian*[43]. Y en otro lugar: *Cuan-*

41. Jr 11, 14.
42. Jr 15, 1.
43. Mt 5, 44.

*do os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno*[44]. Cuando repasamos los hechos de estos santos padres, según el relato de la Palabra Sagrada, encontramos que Moisés y Samuel han rezado en favor de sus adversarios. Uno de ellos, en efecto, sufre la persecución cruel del pueblo y, sin embargo, interviene en favor de la vida de su perseguidor. El otro, apartado del gobierno del pueblo, dice a sus mismos adversarios: *Lejos de mí pecar contra el Señor, dejando de orar por vosotros*[45]. Así pues, ¿qué significa recurrir en la dificultad a la intercesión de Moisés y de Samuel sino indicar más claramente que no hubieran podido oponerse a su ira ni siquiera quienes podían intervenir prontamente en favor de los amigos, porque ya solían interceder ante Él en favor de los enemigos? De ahí que se diga de la misma Judea: *Con herida de enemigo te herí, castigo de hombre cruel*[46]. Y más adelante: *¿Por qué te quejas de tu quebranto? Irremediable es tu sufrimiento*[47].

Así pues, comprenda el varón santo que nadie puede contener la ira divina cuando se enciende implacablemente, y diga: *Ninguno puede resistir a la ira de Dios*. Descubrimos rectamente un sentido especial si aplicamos esto mismo a las desgracias del pueblo de Israel, que el Redentor, por un misterioso designio, abandonó a su soberbia, llamando a los gentiles a la gracia de su conocimiento. Por eso, oportunamente, se añade a continuación: *Bajo Él se curvan los que llevan el mundo*.

**25.** Llevan el mundo los que soportan las preocupaciones del siglo presente. Cada uno está obligado a cargar con tantos más pesos cuantos más son aquellos sobre los que manda en este mundo. No es casual que al jefe en la tierra se le llame en griego con el término βασιλεὺς. Λαός signi-

44. Mc 11, 25.
45. 1 S 12, 24.
46. Jr 30, 14.
47. Jr 30, 15.

fica «pueblo»; de modo que βασιλεὺς se llama al βάσις λαοῦ, es decir, al «base del pueblo», porque sostiene sobre sí al pueblo y, permaneciendo firme bajo el peso del poder, rige su destino. Soporta las cargas de sus súbditos como la base de una columna soporta su peso. Por eso, el santo Job, lleno de la virtud del espíritu profético, observa que Judea está abandonada y los jefes de las naciones se inclinan al culto de la divinidad, y dice: *Ninguno puede resistir a la ira de Dios y bajo Él se curvan los que llevan el mundo*. Como si abiertamente declarara: «A veces abandonas severamente a los súbditos e inclinas misericordiosamente los poderes erigidos de las naciones».

**26.** Lo que se dice: *Bajo Él se curvan los que llevan el mundo*, puede también entenderse de las potencias angélicas. Ellas, en efecto, sostienen el mundo en cuanto tienen el encargo de regir el mundo, tal como atestigua Pablo, que dijo: *¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?*[48]. Por eso dijo: *Ninguno puede resistir a la ira de Dios y bajo Él se curvan los que llevan el mundo*. Como si comprendiera la humildad de toda criatura y tembloroso dijese: «¿Quién entre los débiles hombres podrá oponerse a tus mandatos, ante los cuales se inclinan con temor las potencias angélicas?». Ciertamente, cuando nos curvamos no vemos las cosas superiores. Esos espíritus sutilísimos estarían erguidos si alcanzaran plenamente la potencia de su majestad. Pero los que llevan el mundo se curvan bajo Dios porque, aunque ven elevados la alteza de su divinidad, sin embargo ni siquiera las potencias angélicas la comprenden[49]. El varón justo, no pudiéndola penetrar debido a su debilidad, pero considerándola en cierto modo a partir de los ministerios encomendados a los espíritus supremos, se recoge

48. Hb 1, 14.

49. Cf. infra *Mor* 10, 13.

con solícita humildad reflexionando sobre sí mismo, y, ante la potestad de la grandeza divina, se reconoce despreciable a sus propios ojos, y dice:

XVII **27.** *Por eso, ¿quién soy yo para responderle y para hablar con Él mediante mis palabras?* Como si abiertamente dijera: «Si la criatura a la que no oprime la carne no alcanza a pensar en Él, ¿con qué mente podré yo, que estoy sometido al peso de la corrupción, discutir sobre sus juicios?». No obstante, del mismo modo que a menudo las palabras que Dios nos dirige son sus juicios que expresan la sentencia sobre nuestros actos, así también las palabras que nosotros dirigimos a Dios son las obras que le presentamos. Pero el hombre no logra con sus palabras hablar con Dios, porque ante su sutil juicio no tiene ninguna confianza en las propias acciones. De ahí que oportunamente siga:

XVIII **28.** *Aunque haya hecho algo justo, no le responderé, sino que suplicaré a mi Juez.* Como hemos dicho repetidas veces, toda la justicia humana se revela injusticia si se juzga rigurosamente. Por eso, después de la justicia se requiere la oración, de modo que lo que podía sucumbir al ser juzgado, se pueda salvar gracias únicamente a la piedad del Juez. Incluso cuando esa justicia es ejercitada plenamente por los más virtuosos, se dice que apenas se ejercita, porque la mente humana difícilmente cumple lo que comprende y bien poco es lo que comprende. Diga, pues: *Aunque haya hecho algo justo, no le responderé, sino que suplicaré a mi Juez.* Como si más abiertamente se expresara diciendo: «Aunque llegue a cumplir una obra virtuosa, recobro la vida no por mis méritos, sino gracias al perdón». Así pues, cuando realicemos una obra recta, debemos apoyarnos en la oración, para que todo lo que vivimos justamente se funde en la humildad. Muchas veces, nuestra misma petición está tan llena de tentaciones que parece casi que el Juez la aparte de su mirada. Otras veces el Creador misericordioso la acoge, pero como no logra salir tan pura

como se quiere, se teme que avenga un juicio de reprobación. De ahí que añada:

XIX 29. *Y si me escucha cuando lo invoco, no creo que escuche mi voz.* Muchas veces el alma es encendida en el fuego del amor divino y es elevada a la contemplación de las realidades celestes y escondidas; arrebatada ya a lo más alto, traspasada de un perfecto deseo, se siente apartada de las cosas de aquí abajo. Pero, entonces, golpeada por una repentina tentación, la que se encontraba elevada a Dios con firme intención, se curva atravesada por imprevistos pensamientos, de modo que ya no es capaz siquiera de discernir en sí misma, atrapada entre vicios y virtudes, incapaz de reconocer de qué parte se encuentra. Llega con frecuencia hasta el punto de sorprenderse viendo cómo puede contemplar los bienes supremos y al mismo tiempo estar manchada por pensamientos ilícitos, y cómo puede acoger esos pensamientos encontrándose su espíritu arrebatado con un fervor que le supera.

Bien captó el salmista este movimiento de pensamientos contradictorios en el alma, cuando dijo: *Subiendo hasta los cielos, bajando hasta el abismo*[50]. Subimos hasta los cielos cuando penetramos los bienes supremos; bajamos hasta el abismo cuando de repente somos arrojados de la cima de la contemplación con sucias tentaciones. Y así, los movimientos del alma, en la que se alternan los buenos deseos y los vicios, disipan ciertamente en ella la certeza de ser escuchada. Por eso se dice rectamente: *Y si me escucha cuando lo invoco, no creo que escuche mi voz*, porque el alma, debido a su misma condición cambiante, se hace temerosa, y padeciendo esa condición sin ella querer, piensa que ha sido rechazada y abandonada.

30. Agrada observar con cuánta sutileza se juzga a sí mismo el santo varón para que los juicios divinos no en-

50. Sal 107, 26.

cuentren en él nada reprensible. Pues consciente de su propia debilidad, dijo: *¿Quién soy yo para responderle y para hablar con Él mediante mis palabras?* No fiándose de los méritos de su justicia, sino poniendo sólo su esperanza en la petición, añade: *Aunque haya hecho algo justo, no le responderé, sino que suplicaré a mi Juez*. Pero temeroso incluso de su petición, sigue: *Y si me escucha cuando lo invoco, no creo que escuche mi voz*. ¿Por qué, con tantas precauciones, tiembla, por qué, con tanto cuidado, tiene miedo, sino porque considera la extrema severidad del Juez y, no pudiendo soportar el rigor de su examen, piensa para sí que todo lo que hizo es insuficiente? De ahí que añada a continuación:

XX **31.** *En la tormenta me triturará*. Todo pecador, que en la tranquilidad parecía firme, es abatido en la tormenta, porque a quien la suprema longanimidad tolera largo tiempo, la extrema severidad del juicio lo elimina. Severidad que rectamente es llamada «tormenta», porque se manifiesta en la agitación de los elementos, tal como manifiesta el salmista que dijo: *Dios viene al descubierto y no callará. Arderá ante él un fuego que devora y en torno a él una tempestad violenta*[51]. También otro profeta dice: *En la tempestad y el huracán camina el Señor*[52]. En este huracán el justo nunca es destruido porque ahí teme siempre cuidadosamente para no ser destruido. Encontrándose todavía en el camino de la vida presente, considera el rigor con que aparecerá el examinador de las obras humanas, el cual incluso condenará entonces a algunos que, sin obras personales, están atados por la culpa del pecado original[53]. De

51. Sal 50, 3.
52. Na 1, 3.
53. Sobre la condenación de los niños muertos sin bautizar, cf. *Mor* 4, Pref. 3 (BPa 42, 237). Desde san Agustín se designa, en el ámbito latino, con la expresión «pecado original» (*peccatum originale, culpa originalis*) al estado de culpa (enemistad con Dios) en el que viene el hombre a este mundo, consecuencia del pecado de Adán.

ahí que el santo varón, en nombre del género humano, añada enseguida:

XXI **32.** *Y multiplicará mis heridas aunque no haya motivo.* Algunos son apartados de la luz presente incluso antes de que lleguen a realizar obras buenas o malas en esta vida. Como los sacramentos de la salvación no liberan a éstos de la culpa original, aquí no realizan ninguna obra personalmente, y allí reciben tormentos. Una cosa es para ellos el nacer en condición corruptible y otra el morir según la carne. Pero como a la muerte le sigue además la muerte eterna, se multiplican los castigos sobre ellos, aún sin motivo, por un oculto y justo juicio. Reciben, en verdad, tormentos eternos quienes no pecaron por voluntad propia. De ahí, pues, que esté escrito: *A sus ojos no es puro sobre la tierra ni siquiera el niño de un solo día*[54]. La misma Verdad dice: *Si uno no renace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios*[55]. También Pablo dijo: *Éramos por naturaleza hijos de la ira como los demás*[56]. Así, de quien sin poner nada de su parte, se pierde únicamente por el pecado original, ¿acaso no se puede decir, según la consideración del sentimiento humano, que en ese juicio extremo es castigado sin motivo? Sin embargo, según la lógica divina, es justo que el vástago mortal, como árbol infructuoso, conserve también en las ramas la amargura que toma de la raíz. Por eso dijo: *En la tormenta me triturará y multiplicará mis heridas aunque no haya motivo.* Como si, considerando abiertamente los daños del género humano, dijera: «¡Con cuánto rigor eliminará el Juez severo a los que condena por sus propias acciones, si golpea para siempre a los que no han cometido pecados con su libertad!»[57].

54. Jb 15, 14.
55. Jn 3, 5.
56. Ef 2, 3.
57. Cf. *Mor* 4, Pref. 3 (BPa 42, 237).

**33.** Reconocemos que estas palabras no se apartan de las que dice concretamente el santo Job, si examinamos exactamente las que pronunció. Examinándose a sí mismo con atención y juzgándose en toda acción, revela con cuánta precaución teme la fuerza del juicio divino, y añade: *En la tormenta me triturará.* Como si abiertamente dijera: «Lo temo siempre, incluso en la tranquilidad, porque no ignoro cómo se presenta con castigos en la tormenta». Prevé esos castigos temiéndolos y previéndolos los padece. De ahí que añada: *Y multiplicará mis heridas aunque no haya motivo.* Como ya hemos dicho varias veces, el santo Job no fue nunca golpeado para que el golpe limpiara en él el vicio, sino para aumentar su mérito. Afirmando haber sido golpeado sin motivo, dice de sí al descubierto, lo que ocultamente la Verdad testimonia de él, diciendo: *Me has incitado contra él para afligirlo en vano*[58]. Así pues, el santo varón no afirma con soberbia lo que afirma con verdad, ni se aparta con esas palabras de la rectitud, pues no se opone con ellas al Juez. Indica inmediatamente después la consecuencia de esos castigos, cuando añade:

XXII **34.** *No concede a mi espíritu que repose y me llena de amargura.* Con frecuencia para los justos el solo tolerar exteriormente las adversidades es ya ejercicio de virtud. Pero para que el combate de una prueba completa perfeccione sus fuerzas, los tormentos les golpean por fuera, mientras las tentaciones les castigan por dentro. De ahí que el santo varón afirme estar lleno de amargura, porque mientras soporta exteriormente los golpes, en su interior sufre lo que es aún más grave, las tentaciones del adversario. Entre tanto, la fuerza del dolor se mitiga considerando la equidad y la potencia del que hiere. De ahí que siga:

58. Jb 2, 3.

XXIII **35.** *Si se busca fortaleza, Él es el más fuerte; si equidad de juicio, ninguno se atreverá a pronunciar testimonio en mi favor.* En verdad, el que examina las motivaciones de la vida, no necesita del testimonio ajeno, porque el que se muestra severo cuando aplica la pena es el mismo que permaneció largo tiempo en silencio como testigo de la culpa. Por eso, también se dice por el profeta: *Yo soy juez y testigo*[59]. Y en otro lugar se dice: *He callado desde siempre, he permanecido en silencio, me he reprimido; ahora grito como parturienta*[60]. La parturienta expulsa con dolor la carga que ha llevado largo tiempo en su interior. Por eso, después de un largo silencio, el Señor habla como parturienta, porque lo que ahora soporta silencioso junto a Sí, lo manifestará como con dolor cuando llegue el castigo del Juicio.

Pero debemos preguntarnos: si alguno se atreviera a testimoniar en favor de este varón justo, ¿lo liberaría acaso del castigo? Y si no lo condena el testimonio de otro ¿acaso podrá él mismo dar testimonio en su favor? Sigue:

XXIV **36.** *Si quisiera justificarme, me condenaría mi boca; si me presentara inocente, Él probaría que soy culpable.* Como si abiertamente dijera: «¿Qué diré de otros si yo mismo soy incapaz de dar testimonio sobre mí? Pero si no logras probar tu inocencia, ¿piensas acaso, por eso, que eres inocente?». Añade:

XXV **37.** *Y aun en el caso de que yo fuera sencillo, mi alma lo ignoraría y me daría tedio mi propia vida.* Muchas veces, cuando conocemos el bien que hacemos, caemos en la soberbia; si lo ignoramos, dejamos de hacerlo. ¿Quién no se ensoberbece, aunque sea sólo un poco, cuando toma conciencia de su virtud? o ¿quién puede custodiar en sí el bien que ignora? Frente a esta doble situación no queda sino que, sabiendo las cosas rectas que hacemos, las ignoremos, es

59. Jr 29, 23.

60. Is 42, 14.

decir, que las juzguemos, a la vez, rectas y de poco valor. El conocimiento de lo que es recto hará que el ánimo se preocupe de su custodia y la consideración de su poco valor evitará que la estima caiga en soberbia. Hay, no obstante, algunas cosas que no podemos conocer ni siquiera cuando las realizamos. A menudo nos levantamos con recto empeño contra las culpas de los pecadores y, arrastrados más allá de los límites de la equidad por la ira, pensamos que eso es celo de rigurosa justicia. A menudo asumimos el ministerio de la predicación para servir por medio de él al provecho de los hermanos, pero si no agradamos a quien hablamos, no se acepta de buena gana lo que predicamos. Y cuando la mente se esfuerza por agradar de forma provechosa, entonces cae deplorablemente en el amor de la propia alabanza, y la que procuraba librar a otras de la esclavitud de los vicios, acaba ella misma atrapada sirviendo sólo a su provecho.

El deseo de alabanza humana es como un ladronzuelo que se junta al costado de quienes recorren el recto camino para truncar la vida de los caminantes golpeándolos a escondidas con la espada. Cuando la intención de ser provechoso a otros se convierte en búsqueda del propio beneficio, sucede de forma espantosa que la única y misma obra, iniciada por virtud, acaba en culpa. A menudo, desde los mismos comienzos, el pensamiento busca una cosa y la acción presenta otra.

**38.** Con frecuencia, ni el mismo pensamiento se presenta fiel a sí mismo, porque una cosa es lo que se representa ante los ojos de la mente y otra muy distinta lo que busca con la intención. Algunos, muchas veces, desean premios terrenos, defienden la justicia, se consideran inocentes y se alegran de ser defensores de la rectitud. Pero si se les quita la esperanza de dinero, cesan rápidamente de defender la justicia; y, sin embargo, se creen defensores de la justicia y se declaran rectos, aunque en realidad no buscan la rectitud sino el dinero. Contra éstos, bien se dice por medio de Moi-

sés: *Seguirás lo que es justo, justamente*[61]. Sigue injustamente lo que es justo quien para defender la virtud no se mueve por el deseo de la virtud, sino por amor al premio temporal. Sigue injustamente lo que es justo quien no teme vender la misma justicia que pretende. Por eso, seguir lo que es justo justamente es buscar la misma justicia en la misma afirmación de la justicia.

A menudo hacemos cosas rectas y no esperamos premios ni alabanzas de los hombres, y, sin embargo, la mente, fiándose de sí, rechaza agradar a aquellos de quienes nada espera, desprecia sus juicios y, por un desabrido orgullo, se ve atrapada en una falsa libertad. Así, donde se gloriaba de no estar sometida a ningún apetito desordenado, como si hubiese vencido los vicios, se ve ahí mismo sumergida en un vicio peor.

**39.** A menudo, cuando nos revisamos más de lo debido, fallamos en el discernimiento, precisamente por culpa de tanta revisión, y cuanta más claridad busca el ojo de nuestra mente, más se oscurece. Y es que quien mira obstinadamente los rayos del sol se queda ciego y, por empeñarse en ver más, acaba no viendo nada. Y así, por nuestra indagación vamos como torpes sin saber absolutamente nada o si nos examinamos sutilmente muchas veces vagamos entre vicios y virtudes. Por eso se dice ahora rectamente: *Y aun en el caso de que yo fuera sencillo, mi alma lo ignoraría*. Como si abiertamente se dijera: «¿Con qué temeridad impugno los juicios del Creador contra mí, yo que por la ofuscación de mi debilidad ni siquiera me conozco a mí mismo?». De ahí que rectamente se diga por el profeta: *El abismo deja oír su voz desde la altura de su fantasía*[62]. El abismo lleva a la altura de la fantasía cuando el ánimo humano, ofuscado por un pensamiento elevadísimo, no puede penetrar en sí mismo

61. Dt 26, 16.

62. Ha 3, 10 (s. LXX).

ni siquiera con discernimiento. Pero desde esa altura deja oír su voz porque cuando no se puede conocer a sí mismo, se ve forzado a elevarse con la admiración. No se atreve entonces a escrutar lo que está por encima de sí, reconociendo su propia incapacidad para comprender, sin poder descubrir lo que es. Los corazones de los justos, sin embargo, no pudiéndose examinar de forma perfecta, soportan de mala gana la ceguera de este exilio. Por eso se añade:

*Y me daría tedio mi propia vida.* El justo siente tedio de vivir porque incluso en la acción no deja de buscar el sentido de su propia vida y, sin embargo, no logra encontrarlo. Extrae de lo más profundo de la equidad interior la balanza para examinar y cuanto más se eleva, arrebatado fuera de sí, por la fuerza de su indagación, menor es el resultado de su investigación. Pero es un consuelo para nuestra oscuridad traer a la mente la justa e incomprensible potencia del Creador, que no deja sin castigo a los culpables y trasciende con la inmensidad de su incomprensibilidad la justicia de los rectos. De ahí que rectamente siga:

XXVI 40. *Lo único que puedo decir es que Él extermina tanto al inocente como al impío.* El Creador extermina al inocente porque por muy grande que sea su simplicidad, la simplicidad de la grandeza divina la devora. Aunque cultivemos con empeño la simplicidad, sin embargo, de la consideración de la pureza divina resulta que las cosas que realizamos no llegan a la simplicidad.

El Creador extermina también al impío porque, al disponer Dios todas las cosas de modo admirable, hace que su impiedad quede atrapada en sus mismas argucias. Pues donde se enorgullece de haber hecho algo, ahí mismo, sin saberlo, se enreda en sus suplicios. Por eso, como Dios omnipotente supera con su simplicidad la inocencia de los buenos y condena la astucia de los malvados traspasándola, ahora se dice: *Lo único que puedo decir es que Él extermina tanto al inocente como al impío.* Como si abiertamente

dijera: «Me he dicho en el pensamiento que, ni siendo inocente, si me examino con rigor, apareceré como inocente; y ni siendo impío, si me quisiera ocultar, podré esconderme del certero juicio divino, porque el Juez severo, conociendo todo, penetra admirablemente las oscuridades de la maldad y, disponiendo rectamente las cosas, la condena con sus juicios».

Se dice, ciertamente, que Dios consume tanto al impío como al inocente, porque aunque tienen actitudes diferentes, sin embargo, por culpa del primer pecado son igualmente arrastrados a la muerte de la carne. De ahí que también se diga por Salomón: *El sabio muere, igual que el necio*[63]. Y en otro lugar: *Todo es vanidad. Todos caminan hacia una misma meta; todos han salido del polvo y todos vuelven a él*[64]. Sigue:

XXVII **41.** *Si golpea, que mate de una vez y no se ría de las penas de los inocentes.* ¿Quién que no escuchara la sentencia del Juez que dijo: *No habéis hablado ante mí con rectitud, como mi siervo Job*[65], no creería que pronunció estas palabras por soberbia? Nadie, pues, debe atreverse a reprochar al autor de estas palabras, cuando consta que el Juez las alaba. Pero con tanta mayor atención y sutileza se deben refererir a su interioridad, cuanta mayor es la dureza con la que suenan por fuera.

El santo varón, considerando los daños del género humano, pensando de dónde viene y que, según la promesa del adversario, quiso poseer el conocimiento del bien y del mal y, en cambio, se perdió a sí mismo, hasta poder decir con verdad: *Y aun en el caso de que yo fuera sencillo, mi alma lo ignoraría*; pensando que después de la pena de la expulsión sufrió también los azotes de la corrupción y ade-

63. Qo 2, 16.
64. Qo 3, 19-20.
65. Jb 42, 7.

más de este tormento se ve avocado a la muerte de la carne, y, también, ciertamente, del alma[66], hasta poder decir con rectitud: *Él extermina tanto al inocente como al impío*; invoca contra todo eso la gracia del Mediador y dice: *Si golpea, que mate de una vez*.

Por habernos apartado de Dios con el alma y por volver al polvo con la carne, estamos sujetos a la pena de una doble muerte. Pero viene a nosotros quien por nosotros murió sólo en la carne, quien unió nuestra muerte doble con su muerte simple y nos libró de ambas muertes. Sobre lo cual se dice por Pablo: *Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre*[67]. Observe, por tanto, el santo varón los daños de nuestra corrupción y busque la muerte del Mediador que destruye las dos nuestras, y deseando esa, diga: *Si golpea, que mate de una vez*.

**42.** Mas he aquí lo que añade a continuación como oponiéndose a la humildad: *Y no se ría de las penas de los inocentes*. Reconocemos sin dificultad una grandísima humildad si lo consideramos con mente humilde. Es de todos sabido, que todo deseo cuando se difiere provoca pena. Salomón da testimonio de ello cuando dijo: *Una espera prolongada aflige el alma*[68]. Que Dios se ría significa que no

66. Como indica a continuación, la muerte del alma es haberse apartado de Dios. «Al igual que se habla de dos formas de vida, se debe también hablar de dos formas de muerte. Una cosa es vivir en Dios y otra haber sido creados por el Creador, es decir, una cosa es vivir en gracia y otra según la naturaleza (*aliud est beate vivere, atque aliud essentialiter*). Por eso, se puede decir que el alma es mortal e inmortal. Mortal porque pierde la vida de gracia, inmortal porque no deja nunca de vivir según la naturaleza y no puede perder la vida de su naturaleza ni siquiera en el caso de que fuera condenada a la muerte eterna. Pues allí se pierde el ser bienaventurado, pero no el ser (*Illic enim posita beate esse perdit et esse no perdit*)»: *Dial* 4, 47 (SC 265, 166); cf. también *Mor* 4, 5 (BPa 42, 246).

67. Rm 6, 10.

68. Pr 13, 12.

tiene misericordia de la aflicción humana. Por eso el Señor, también por medio de Salomón, dice en otro lugar a los culpables endurecidos en el pecado: *También yo me reiré de vuestra desgracia*[69], es decir, «no sentiré ninguna piedad de vuestra aflicción».

Antes de la venida del Redentor todos los elegidos padecieron su pena porque esperaban con ardiente deseo ver el misterio de su encarnación. El mismo Redentor lo atestigua al decir: *Os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que estáis viendo y no lo vieron*[70]. Y así, las penas de los inocentes son los deseos de los justos. Por eso, mientras el Señor no atendía por compasión los deseos de sus elegidos, ¿qué hacía sino reirse de las penas de los inocentes? El santo varón, considerando los dones del Redentor que había de venir, y sufriendo gravemente la dilación de sus anhelos, dice: *Si golpea, que mate de una vez y no se ría de las penas de los inocentes*. Como si abiertamente suplicase, diciendo: «Porque nuestra vida a diario se ve golpeada por el azote de la venganza por el pecado, que venga ya el que por nosotros morirá sin culpa de una vez para siempre, para que Dios no se ría más de las penas de los inocentes y aparezca en carne pasible Aquel por quien nuestra alma se consume en deseos».

**43.** Si la risa de Dios se refiere a su alegría, se dice que el Señor se ríe de las penas de los inocentes porque cuanto más ardientemente lo buscamos, más suavemente se alegra por nosotros. En verdad, es como si de la pena hiciéramos alegría por Él, transformando, mediante santos deseos, el castigo en amor a Él. Por eso dijo el salmista: *Celebrad un día solemne con mucha participación, hasta los cuernos del altar*[71]. Celebra para el Señor un día solemne con mucha

69. Pr 1, 26.
70. Mt 13, 17.
71. Sal 118, 27.

participación quien continuamente se aflige en deseo de Dios. Se ordena, además, que se extienda el día de la solemnidad hasta los cuernos del altar, porque es necesario padecer por largo tiempo, hasta llegar a la altura del sacrificio supremo, es decir, hasta alcanzar los gozos eternos.

Así pues, el varón justo, porque anhela colmar su deseo y no retardarlo, dice: *Y no se ría de las penas de los inocentes*. Como si dijera: «Acogiendo de buen grado nuestros deseos, no los difiera más, sino que los conceda manifestando a Aquel cuya espera nos hace sufrir».

Como el santo Job ha pedido de forma especial que muera de una vez para siempre Aquel que por nosotros, en la etapa final del mundo, ha padecido únicamente la muerte de la carne, muestra también a continuación el curso de su pasión y añade:

XXVIII **44.** *La tierra ha sido entregada en manos del impío, cubre el rostro de sus jueces.* ¿Qué se indica con el término tierra sino la carne? ¿A quién se designa con el nombre de impío sino al diablo? Fueron las manos de este impío las que dieron muerte a nuestro Redentor. La tierra ha sido entregada en manos del impío porque el antiguo enemigo no logró con las tentaciones corromper el alma del Redentor, pero se le permitió acabar con su carne hasta el tercer día por medio de sus secuaces y, sin saberlo, mediante esa permisión, sirvió al designio de la misericordia divina. Golpeando con las tres tentaciones a nuestro Redentor no consiguió ultrajar el corazón de Dios. Pero cuando incitó el ánimo de Judea para que dieran muerte a su carne y cuando lo entregó al ejército de ministros, pontífices y fariseos, este impío puso su mano sobre la tierra.

Los jueces de esta tierra fueron los sacerdotes y príncipes, Pilato y los soldados que le ultrajaron. Este impío cubrió el rostro de sus jueces, porque veló con la bruma de la maldad los corazones de los perseguidores para que no reconocieran a su Creador. De ahí que también se diga por

Pablo: *Hasta hoy, cuando se lee a Moisés, un velo cubre sus corazones*[72]. Y en otro lugar dijo: *Si lo hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria*[73]. Por eso, el rostro de los jueces estuvo cubierto, porque la mente de los perseguidores no reconoció como Dios, ni siquiera por los milagros, a aquel cuya carne pudieron tocar. Ahora bien, como el antiguo enemigo forma una sola persona con todos los impíos, muchas veces la Sagrada Escritura habla de la cabeza de los impíos, es decir, del diablo, para referirse en seguida a su cuerpo, esto es, a sus secuaces.

El nombre de impío puede, pues, designar también al pueblo perseguidor e infiel, a quien se ajusta bien todo lo que se añade:

XXIX **45.** *Si no es Él ¿quién puede ser?* Como si dijera abiertamente: «¿Quién podrá entonces ser juzgado como impío si el pueblo que persiguió a la Bondad misma no es impío?». Considerada la perfidia del pueblo judío, el santo varón dirige los ojos de la mente a su propio interior: se duele de no poder ver a quien ama; se aflige amargamente porque será apartado del mundo presente antes de que se revele la salvación del mundo. Por eso añade:

XXX **46.** *Mis días han sido más rápidos que un mensajero; se han ido y no han visto el bien.* La función del mensajero es anunciar el futuro. Todos los elegidos, que surgieron antes de la venida del Redentor, porque lo anunciaron con su vida o con su palabra, fueron como mensajeros en este mundo. Pero como previeron que desaparecerían antes del tiempo anunciado del Redentor, sienten pasar más rápido que el mensajero y gimen por la brevedad de sus días sabiendo que no alcanzarán a ver la luz del Redentor. De ahí que se diga apropiadamente: *Se han ido y no han visto el bien.* Todas las cosas creadas son buenas, como atestigua

72. 2 Co 3, 15.

73. 1 Co 2, 8.

Moisés al decir: *Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno*[74]. Es bueno de forma principal aquel Bien gracias al cual todo es bueno, haciendo que existan como cosas buenas, aunque no de forma principal. Sobre este Bien dice la Verdad en el evangelio: *Nadie es bueno, sino Dios*[75]. Ahora bien, como los días de los antiguos padres terminaron antes de que Dios se manifestara al mundo en la carne, rectamente se dice de esos mismos días: *Se han ido y no han visto el bien*. Como si abiertamente dijera: «Se han consumido antes del tiempo esperado, porque no lograron llegar a la presencia del Redentor». Todavía añade:

XXXI **47.** *Han pasado como naves que llevan frutas*. Los que surcan los mares llevando frutas disfrutan del olor de las frutas, pero entregan a otros el alimento de esas mismas frutas. ¿Qué eran los antiguos padres sino naves que transportaban frutas? Ellos que profetizaron el misterio de la divina Encarnación gozaron del olor de la esperanza, pero nos dejaron a nosotros el fruto de esa esperanza cumplida. El fruto que ellos olieron esperándolo, nos ha saciado a nosotros viéndolo y comiéndolo. Por eso, el Redentor dice a los mismos discípulos: *Otros trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo*[76].

Sus días se comparan a naves porque pasan. Y se dice rectamente que llevan frutas porque todos los elegidos, que brotaron antes de la presencia del Redentor, consiguieron mantener la esperanza gracias al espíritu de profecía, pero no se nutrieron de su presencia manifiesta.

Las naves que llevan frutas las envuelven en pajas a fin de que lleguen intactas a su destino. Por eso se comparan los días de los padres que nos precedieron a las naves que llevan frutas, porque los dichos de los antiguos en los que

74. Gn 1, 31.
75. Lc 18, 19; Mc 10, 18.
76. Jn 4, 38.

se revelan los misterios de la vida espiritual se conservan gracias a la paja de la historia que con ellos se mezcla, y hablando cosas materiales nos ofrecen el fruto escondido del Espíritu. Y así, con frecuencia, mientras narran sus propios sucesos, se elevan a los secretos escondidos de la Divinidad y, al contemplar la profundidad del misterio de Dios, descienden en seguida al misterio de su Encarnación.

De ahí que todavía se añada oportunamente:

XXXII **48.** *Como águila que vuela sobre la presa.* Es propio del águila fijar la mirada en los rayos del sol sin alterarse, pero cuando urge la necesidad de alimento, la misma mirada que estaba fija en los rayos del sol se inclina a mirar el cadáver y aunque vuele a las alturas, sin embargo, se dirige a tierra para comer las carnes. Así, justamente así actuaron los antiguos padres, quienes con mente erguida contemplaron la luz del Creador, hasta donde estaba permitido a la debilidad humana. Pero conociendo anticipadamente que se habría de encarnar en la etapa final del mundo, como, desde los rayos del sol, bajaban los ojos a tierra. Y como yendo de lo más alto a lo más bajo, le reconocían Dios sobre todas las cosas y hombre entre todas las cosas. Contemplando que habría de padecer y morir por el género humano, conocieron con qué muerte iban ellos mismos a ser salvados y devueltos a la vida, y, como el águila, después de contemplar los rayos del sol, buscan alimento en el cadáver.

Alegra mirar el águila que contemplando los rayos del sol dijo: *Dios fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz*[77]. Pero del alto vuelo de las cumbres, viene a la tierra buscando en lo más bajo el alimento del cadáver. De ahí que poco después se añade: *Él soportó el castigo que nos trae la paz y con sus heridas hemos sido curados*[78]. Y en otro lugar:

77. Is 9, 6. 78. Is 53, 5.

*Es hombre, ¿y quién lo conoce?*[79]. Por eso, elevada a Dios el alma del justo, cuando considera la gracia de la salvación en favor de su carne, como águila desde las alturas, vuela pronta hacia el alimento.

Mas he aquí que el pueblo de Israel, al que se le concedió por largo tiempo el espíritu de profecía, perdió los dones de esa profecía y no perseveró en la fe que había anunciado, viéndola anticipadamente; apartó de sí, negándola, la presencia del Redentor, que había declarado a todos sus seguidores anunciándosela. Por eso, oportunamente, por compasión, la palabra se dirige también a su dureza e indica cómo la gracia de la profecía les ha sido quitada. Añade:

XXXIII **49.** *Si digo: «No hablaré así», se me trasforma la cara y me retuerzo de dolor.* En verdad, el pueblo judío, que negó a Aquel que había anunciado, no quiso más hablar como antes. Transformada la cara, se retuerce de dolor, porque al manchar con la fealdad de la incredulidad su aspecto humano interior con el que podía ser reconocido por el Creador, se condenó con herida eterna, comenzando por los males presentes. Como con cara transformada, el Creador no lo reconoce y reprueba que haya perdido la fe de la buena conciencia. Y no le queda sino que el dolor de los castigos le retuerza, pues como no conoce a su Creador, Éste le ignora.

Pues bien, ya que hemos examinado estas cosas en relación a nuestro Redentor, vamos a volver sobre ellas buscando su sentido moral.

**50.** *Mis días han sido más rápidos que un mensajero; se han ido y no han visto el bien.* Como ya hemos dicho varias veces, el primer hombre fue creado de tal manera que con el paso del tiempo únicamente podía prolongar su vida, pero no progresar. Pero como voluntariamente decidió

79. Jr 17, 9 (s. LXX).

pecar, al tocar lo prohibido se sometió al paso del tiempo, que ahora el hombre, oprimido incesantemente por el deseo de la vida presente, tolera y ansía. Desea vivir sin fin, pero al prologar la vida avanza cada día a su término. No se da cuenta de que el tiempo largo en realidad no es nada, sino cuando pasa repentinamente lo que antes de llegar parecía lejano.

Por eso, que el santo varón examine el estado de su condición y, en nombre del género humano, llore los daños de este tiempo pasajero, diciendo: *Mis días han sido más rápidos que un mensajero; se han ido y no han visto el bien.* Como si abiertamente dijera: «Para esto fue creado el hombre: para poder ver el Bien que es Dios. Pero quien no quiso permanecer en la luz, perdió en su huida los ojos, porque en cuanto comenzó a correr hacia al abismo por el pecado, cayó en la ceguera que le impide ver la luz interior».

Sobre estos días se dice además: *Han pasado como naves que llevan frutas.* Cuando las naves llevan frutas, transportan los frutos de la tierra a través de las olas. La tierra del hombre era el paraíso, que podía haberlo mantenido protegido, si hubiera querido mantenerse en la inocencia. Pero como por el pecado cayó en las olas de la condición cambiante, después de tierra llegó a los mares de la vida presente. Los frutos de esta tierra eran: la palabra del mandamiento, la posibilidad concedida de trabajar, el conocimiento del Creador inscrito en la naturaleza. Estos frutos que rechazamos comer en la tierra, los llevamos por los mares, porque ahora, en medio de las tentaciones, intentamos conservar todos esos bienes que, cuando estábamos protegidos, no quisimos custodiar en el paraíso. Yendo hacia la meta, somos golpeados por los vientos de la vida presente, fatigados por el oleaje de nuestra condición cambiante. Pero como por el misterio de la cruz estamos atados a los bienes increados de la naturaleza, llevamos frutas como por un leño.

Esto mismo también se puede entender de otra manera. Cuando las naves llevan frutas, tienen la suavidad del olor pero no la gravedad del peso. También el género humano, expulsado de los gozos del paraíso, perdió la fuerza de la contemplación y abandonó la robustez de la fortaleza con que había sido creado. Y cuando se levanta para alcanzar los bienes supremos, desprende el perfume del recuerdo, pero no expresa dignamente el peso de la vida. Se colma de los aromas de las frutas y, sin embargo, se ve empujado aquí y allá con la nave de nuestra mente, porque con el perfume recordamos la grandeza del paraíso y con la carne soportamos los inoportunos balanceos de las tentaciones. De ahí que rectamente se añada: *Como águila que vuela sobre la presa.* El águila, en efecto, se eleva con alto vuelo y gracias a su esfuerzo se mantiene en el aire, pero para satisfacer el vientre busca la tierra y desde las mayores alturas se lanza presta hacia abajo. De igual forma, sí, el género humano se precipitó en su primer padre desde lo más alto a lo más bajo, y eso que mantenía la dignidad de su condición en la sublimidad de la razón como si estuviera suspendida en la libertad del aire. Pero como cogió del alimento prohibido en contra de lo mandado, cayó en tierra movido por la concupiscencia del vientre y, como si después de un vuelo se tratara, se alimenta con carnes porque ha perdido las libres inspiraciones de la contemplación y se complace en lo bajo con placeres corporales. Por eso, como el águila vuela sobre la presa, así transcurren veloces nuestros días, porque cuando buscamos las cosas más bajas nos privamos de permanecer en la vida.

**51.** Cuando repasamos estos asuntos ante los ojos de la mente con reflexión continua, aún en silencio, nos surgen duros interrogantes: ¿por qué Dios omnipotente creó al hombre si sabía que iba a perecer? ¿Por qué Dios, que es sumamente potente y sumamente bueno, no quiso hacer al hombre de tal manera que no pudiera perecer? Cuando la

mente callada se hace estas preguntas, tiene miedo de que por la misma audacia de las cuestiones pueda caer en soberbia y humildemente se reprime y acalla sus pensamientos. Sin embargo, su aflicción es aún mayor porque entre los males que soporta también le irrita que no acabe de comprender su propia condición. De ahí que aquí se añada oportunamente: *Si digo: «No hablaré así», se me trasforma la cara y me retuerzo de dolor.* Decimos que no debemos hablar así cuando, recorriendo nuestra debilidad con nuestros interrogantes, acabamos por tener miedo de nosotros mismos y nos frenamos en la consideración de la reverencia debida a Dios. Al frenarnos, la cara de nuestra mente se transforma, porque antes, no comprendiendo, se atrevía a cuestionar los bienes supremos, pero después, reconociendo su debilidad, empieza a venerar lo que ignora. En esa misma transformación está el dolor: se aflige mucho porque está ciega para entender las cosas que le afectan. Considera justas las cosas que sufre; teme que en medio del dolor se exceda al hablar; impone silencio a la boca, pero el dolor provocado aumenta cuanto más se reprime. Diga, por tanto: *Si digo: «No hablaré así», se me trasforma la cara y me retuerzo de dolor*, porque más gravemente nos afligimos cuando, como si buscáramos consuelo, pretendemos aliviar los males que nos afligen. No obstante, quien quiera que considere los daños del género humano, propagados ampliamente por culpa del primer progenitor, temerá aumentarlos añadiéndole los propios. De ahí que el santo varón, después de referir los males comunes, añade los particulares, diciendo:

XXXIV **52.** *Todas mis obras me hacen temer, sabiendo que no perdonas al culpable.* Las obras que realizó el santo Job las refiere el texto de esta sagrada historia. Procuró aplacar al Creador con numerosos holocaustos porque, según el número de sus hijos, como está escrito, se levantaba de mañana, y ofrecía holocaustos por cada uno de ellos; y los purificaba no sólo de acciones impuras sino también de pen-

samientos malvados. La Escritura da testimonio de ello al decir: *Pues decía: quizás mis hijos pecaron y no bendijeron a Dios en su corazón*[80]. Ejercitó el amor de compasión, porque él mismo, provocado por las preguntas de los amigos, dice: *¿No he llorado por el que estaba afligido?*[81]. Ejerció un servicio de piedad, él, que dijo: Era yo los ojos del ciego y del cojo los pies[82]. Conservó en el corazón la pureza de la castidad, él, que se expresa con juramento, al decir: *Si mi corazón fue seducido por mujer*[83]. Mantuvo en lo más profundo la cima de la humildad, él, que dice: *Si he menospreciado el derecho de mi siervo o de mi sierva, en sus pleitos conmigo*[84]. Realizó obras benéficas con generosidad, él, que dijo: *¿Comí solo mi pedazo de pan, sin compartirlo con el huérfano?*[85]. Y también: *¿Sin que en lo íntimo de su ser el pobre me bendijera, y del vellón de mis corderos se haya calentado?*[86]. Manifestó tener el don de la hospitalidad, él, que dice: *El forastero no pernoctaba a la intemperie, tenía abierta mi puerta al caminante*[87]. Y además de todo esto, recorrió el camino insuperable de la caridad, síntesis de todas las virtudes, y amó a sus enemigos, él, que dijo: *¿Del infortunio de mi enemigo me alegré?*[88]. Y también: *¡Yo que no permitía a mi lengua pecar reclamando su vida con una maldición!*[89]. ¿Qué temía de sus obras el santo varón, que siempre manifestó hacer las que suelen aplacar a Dios por las maldades? ¿Qué significa, pues, que cumpliendo obras admirables, tenga miedo incluso de ellas, diciendo: *Todas mis obras me hacen temer*, sino que por las palabras y obras del santo varón aprendemos que, si de verdad queremos aplacar a Dios, después de haber eliminado las obras per-

80. Jb 1, 5.
81. Jb 30, 25.
82. Jb 29, 15.
83. Jb 31, 9.
84. Jb 31, 13.
85. Jb 31, 17.
86. Jb 31, 20.
87. Jb 31, 32.
88. Jb 31, 29.
89. Jb 31, 30.

versas, debemos también tener miedo en nuestro interior por las que hicimos bien?

**53.** Dos cosas, en efecto, hay que temer escrupulosamente en las buenas obras: la desidia y el engaño. De ahí que por el profeta, según la traducción antigua[90], se diga: *Maldito todo el que realiza la obra del Señor con engaño y desidia*[91]. Se debe tener bien presente que la desidia nace del embotamiento y el engaño del amor propio. Aquélla crece cuando el amor a Dios es poco; ésta cuando el amor propio se apropia malvadamente de nuestra mente. Comete engaño en el trabajo de Dios quien, amándose a sí mismo desordenadamente, busca una recompensa pasajera por el bien que hizo. Se debe, además, tener presente que se comete engaño de tres maneras, ya que, sin duda, o se busca la aprobación tácita del corazón humano, o la fama, o cualquier premio material. Por el contrario, sobre el justo rectamente se dice por el profeta: *Dichoso el que se sacude la palma de la mano para no aceptar soborno*[92]. Porque el engaño no sólo consiste en aceptar dinero; no hay duda de que no es sólo esto. Hay tres formas de aceptar regalos que tienen que ver con el engaño. Un regalo viene del corazón y se obtiene cuando se piensa bien de nosotros. Otro viene de la boca, y se obtiene cuando se habla bien de nosotros. Otro, en fin, viene de la mano y se consigue cuando se acepta un regalo material. Pero el justo aparta la mano para no aceptar ningún regalo porque en lo que hace rectamente ni busca la gloria inútil del corazón humano, ni la alabanza de la boca, ni el recibir en su mano un obsequio. Por eso, únicamente

90. La versión antigua es la llamada *Vetus latina*; cf. Introducción a *Libros morales /1* (BPa 42, 36).

91. Jr 48, 10. En *Mor* 3, 24 (cf. BPa 42, 203) prefiere la siguiente lectura: «Maldito el hombre que realiza la obra de Dios con negligencia» *(Maledictus homo qui facit opus Domini neglegenter).*

92. Is 33, 15.

realiza sin engaño la obra de Dios, quien pone gran atención en la obra buena y no busca con ella ni los premios materiales, ni las palabras de alabanza ni el favor del juicio humano. Y así, como nuestras mismas obras buenas no pueden evitar la espada de la insidiosa culpa si no se defienden a diario con solícito temor, rectamente se dice ahora por el santo varón: *Todas mis obras me hacen temer*. Como si dijera con una humilde confesión: «Veo lo que he realizado abiertamente, pero ignoro que he cumplido escondidamente al hacerlas». Con frecuencia, nuestras buenas obras se pierden a causa del engaño, porque nuestros actos están sometidos a deseos terrenos. Con frecuencia, se debilitan a causa de la desidia, porque, al enfriarse el amor, desaparece el fervor con que se iniciaron. Por eso, como apenas se puede vencer la insinuación de la culpa en el acto mismo de la virtud, ¿qué queda para nuestra seguridad sino que incluso en la virtud vigilemos siempre con temor?

**54.** Después, sin embargo, al corazón se presenta escrupuloso lo que sigue: *Sabiendo que no perdonas al culpable*. Si no perdona al culpable, ¿quién escapará de la muerte eterna, sabiendo que no hay nadie limpio de culpa? ¿O acaso perdona al penitente y no perdona al culpable? Porque cuando lloramos los pecados, dejamos de ser culpables. ¿Qué significa que Pedro, cuando niega, sea mirado por el Señor y sea invitado a llorar con la mirada del Redentor negado? ¿Qué significa que Pablo, cuando pretendía extinguir de la tierra el nombre del Redentor, merezca escuchar del cielo sus palabras? La culpa de ambos recibió castigo, porque, como atestigua el evangelio, está escrito sobre Pedro: *Pedro recordó las palabras que Jesús le había dicho, y saliendo fuera lloró amargamente*[93]. Y sobre Pablo, la misma Verdad que lo llamó, dice: *Yo le mostraré todo lo que ten-*

93. Lc 22, 61-62.

*drá que padecer por mi nombre*[94]. El Señor, pues, no perdona al culpable, porque no deja sin castigo el pecado. O el hombre se castiga a sí mismo haciendo penitencia o Dios golpea al hombre con el castigo. Así pues, no se perdona el pecado, porque nunca queda sin castigo.

También David, después de su confesión, mereció escuchar: *El Señor ha perdonado tu pecado*[95]. Y, sin embargo, sólo después de haber sido afligido con muchas amenazas y haber huido, se le perdonó el reato del pecado que había cometido. También nosotros fuimos absueltos con el baño de salvación[96] del pecado de los primeros padres, y, sin embargo, aun lavando el reato de esa culpa y quedando limpios, sufrimos la muerte de la carne. De ahí que rectamente se diga: *Sabiendo que no perdonas al culpable*, porque arranca nuestros pecados, ya sea por nosotros mismos o ya sea directamente, incluso cuando los perdona. El Señor, en efecto, procura limpiar de sus elegidos con castigos temporales las manchas de iniquidad, que no quiere ver en ellos para siempre.

A menudo, sin embargo, cuando la mente teme más de lo justo, cuando está atrapada por el miedo, cuando está angustiada por pensamientos siniestros, siente el tedio de vivir una vida que duda incluso de alcanzar el fin de tantos esfuerzos. Por eso, se añade a continuación:

XXXV **55.** *Si, por el contrario, soy tan impío, ¿por qué esforzarme en vano?* Y es que, si somos examinados con piedad distante, el trabajo nuestro, que esperábamos ver remunerado con premios, es digno de castigo. Por eso, el santo varón, temblando bajo los ocultos juicios divinos, dice: *Si,*

94. Hch 9, 16.
95. 2 S 12, 13.
96. Literalmente «onda de salvación» *(unda salutis)*. Para otras expresiones gregorianas con las que se designa el bautismo, cf. *Libros morales 1*: BPa 42, 238, n. 11.

*por el contrario, soy tan impío, ¿por qué esforzarme en vano?* No se arrepiente del esfuerzo realizado, sino que se duele de que, entre tantos trabajos, no sea seguro el premio.

Se debe saber que los santos tienen una inseguridad tal, que les hace confiar; y confían de tal manera que no les entorpece el sentimiento de seguridad. Como con frecuencia la mente tiembla incluso cuando ha realizado buenas obras, no le queda más que, después de haber realizado la obra buena, presentar súplicas con lágrimas, de modo que la humildad de la súplica eleve el mérito de la obra recta a los premios eternos. Se debe, sin embargo, tener en cuenta que ni la vida ni las lágrimas pueden hacernos perfectamente puros mientras nos retiene la mortalidad de nuestra condición corruptible. De ahí que oportunamente se añada:

XXXVI **56.** *Aunque me lave con agua de nieve y mis manos resplandezcan limpísimas, Tú me hundes en heces y mis vestidos abominan de mí.* Agua de nieve son los lamentos de la humildad. Humildad que, destacando ante los ojos del Juez severo por encima de las demás virtudes, es como si resplandeciera gracias al mérito de su color. Hay algunos que se lamentan, pero no tienen humildad. Lloran afligidos, pero en esas mismas lágrimas o se ensoberbecen contra la vida del prójimo o se erigen contra la disposición del Creador. Tienen, ciertamente, agua, pero no agua de nieve, y no pueden quedar limpios porque no se lavan con las lágrimas de la humildad.

Con agua de nieve lavó su pecado quien, con confianza, decía: *Un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias*[97]. Quienes se afligen con lamentos, pero se rebelan con murmuraciones, castigan, sí, la mente, pero desprecian la humildad.

97. Sal 51, 19.

El agua de nieve también se puede entender de otra manera. El agua de la fuente y del río brota de la tierra. El agua de la nieve, viene, sin embargo, del cielo. Hay muchos que se acongojan mediante los lamentos de las oraciones, pero dirigen todo el esfuerzo de sus lamentos únicamente a deseos terrenos. Se afligen en las oraciones, pero buscan los gozos de una felicidad efímera. Éstos no se purifican con agua de nieve, porque sus lágrimas proceden de lo bajo. Quienes están compungidos en las oraciones por los bienes terrenales es como si estuvieran cubiertos por el agua de la tierra. Por el contrario, quienes lloran porque desean los premios supremos, se lavan con agua de nieve, porque los inunda una compunción celeste. Cuando anhelan con sus lamentos la patria eterna y lloran encendidos en su deseo, reciben de lo alto lo que les purifica. Y ¿qué designan las manos, sino las obras? De ahí que a algunos se diga por el profeta: *Vuestras manos están llenas de sangre*[98], es decir, de obras crueles.

**57.** Se ha de advertir que el santo varón no dijo: «Mis manos resplandecerán limpísimas», sino *Mis manos resplandezcan limpísimas*, porque mientras estamos atados al castigo de la corrupción, aunque sean rectas nuestras obras, no alcanzamos una verdadera pureza, sino que sólo la imitamos. De ahí que oportunamente añada: *Tú me hundes en heces*. Se dice que Dios nos hunde en heces para demostrar que ya estamos hundidos en heces, porque cuanto más nos levantamos a Él por medio de las buenas obras, tanto más finamente reconocemos las manchas de nuestra vida, que contrastan con su pureza. Por eso, dijo: *Aunque me lave con agua de nieve y mis manos resplandezcan limpísimas, Tú me hundes en heces*. Como si abiertamente dijera: «Aunque me inunde con lamentos de compunción divina, aun-

98. Is 1, 15.

que me entregue con empeño a la realización de obras rectas, veo, sin embargo, en tu pureza, que yo no estoy limpio». En verdad, la misma carne corruptible perturba todavía el alma entregada a Dios y contamina la belleza de su amor con pensamientos impuros e ilícitos.

**58.** De ahí que añada: *Y mis vestidos abominan de mí.* ¿Qué se designa con el nombre de vestido sino este cuerpo terreno, con el que se viste el alma para que no aparezca desnuda en la sutileza de su sustancia? Salomón dijo: *En todo tiempo sean tus ropas blancas*[99], es decir, que los miembros de tu cuerpo estén siempre limpios de acciones impuras. También Isaías dijo: *El manto rebozado en sangre será para la quema*[100]. Rebozar el manto en sangre es manchar el cuerpo con deseos carnales. Temía el salmista que éstos le mancharan, cuando decía: *Líbrame de las sangres, oh Dios, Dios de la salvación*[101]. De ahí que por voz del ángel se diga a Juan: *Tienes no obstante en Sardes unos pocos que no han manchado sus vestidos*[102].

Es costumbre de la Sagrada Escritura hablar de la abominación de nuestros vestidos para indicar que nos hacen abominables. Como Pedro, que también dice de Judas: *Éste compró un campo con el precio de su iniquidad*[103]. Judas, en efecto, no pudo poseer el campo del alfarero adquirido a precio de sangre, porque, devueltas las treinta monedas de plata, pagó el crimen de su traición sufriendo una muerte aún más criminal; pero se dice que lo poseyó para indicar que lo hizo poseer.

Así también aquí. Se dice: *Y mis vestidos abominan de mí*, para indicar que hacen abominables; porque cuando los miembros se ensoberbecen contra la mente, cuando las ten-

99. Qo 9, 8.
100. Is 9, 4.
101. Sal 51, 16.
102. Ap 3, 4.
103. Hch 1, 18.

taciones con sus revuelos interrumpen el compromiso de un santo deseo, puesta el alma en su mismo combate, reconoce que aún se aleja de la divinidad, ya que deseando aceptar plenamente su corrección y no pudiendo, se inclina al polvo del sucio pensamiento. Sentía esta abominación de los vestidos quien decía: *Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me conduce cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros*[104]. Quería quitarse rápidamente este vestido, con el cual no podía agradar perfectamente a Dios, para volverlo a tomar en mejor situación, diciendo: *¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?*[105].

Diga, pues, el santo varón: *Aunque me lave con agua de nieve y mis manos resplandezcan limpísimas, Tú me hundes en heces y mis vestidos abominan de mí*, porque, por más que se eleve a los bienes supremos desde la compunción de la contemplación, por más que se ciña en las obras con un firme empeño, se siente todavía indigno debido a su cuerpo mortal y se considera abominable en muchas cosas que comportan el peso de la corrupción. Lo que hace aún más grave esta situación es que con frecuencia ni siquiera sabe en qué peca. Recibe los castigos, pero no sabe en qué desagrada más o menos al Juez severo. De ahí que añada:

XXXVII 59. *Que no es un hombre semejante a mí para que le pueda responder ni para comparecer en juicio conmigo de igual a igual.* Cuando litigamos en un juicio con un igual y sabemos qué va a decir contra nosotros, nos crecemos en lo que decimos y cuanto más claramente captamos las objeciones, más atrevidamente le respondemos. Ahora bien, el Juez invisible ve lo que hacemos y es como si oyera lo que decimos; y como nunca sabemos completamente qué es lo que le desagrada, es como si ignoráramos lo que Él

104. Rm 7, 23. 105. Rm 7, 24.

dice. Por eso, el santo varón, considerando la abominación de sus vestidos, tiembla aún más porque no puede ser escuchado de igual a igual en el juicio. Mientras le oprime el peso de su corrupción, soporta más dolorosamente en su castigo el ignorar la causa de su reprensión. Es como si abiertamente dijera: «No puedo ser escuchado como igual, porque todo lo que hago está a la vista y, sin embargo, ignoro por qué motivos soy reprendido». Sigue:

XXXVIII 60. *No hay quien pueda litigar entre los dos y poner su mano sobre ambos.* Suena duro que se busque quién puede acusar a Dios. Pero no será duro si se busca en la memoria lo que el mismo Señor dice por el profeta. En efecto, por medio de Isaías amonesta, diciendo: *Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, defended a la viuda. Venid, pues, y litigaremos, dice el Señor*[106]. Con el que litigamos, usamos en su contra la autoridad de la razón. ¿Qué significa que el Señor, amonestándonos a hacer cosas santas, añada: *Venid y litigaremos,* sino que abiertamente declara la gran confianza que otorga a las buenas acciones? Como si manifiestamente dijera: «Obrad el bien y oponeos a los movimientos de mi animadversión, no ya por el gemido de la súplica, sino por la autoridad de la confianza». También por eso dice Juan: *Si la conciencia no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios*[107]. Moisés, porque realiza un servicio agradable, escucha callando, cuando en el silencio se le dice: *¿Por qué clamas a mí?*[108]. Y frena la ira de Dios, cuando escucha: *Déjame, que se encienda mi ira contra este pueblo*[109]. Por eso, el Señor se queja de no haber tenido un litigador, cuando se dice por el profeta: *He buscado entre ellos alguno que construyera un muro y se*

106. Is 1, 16-18.
107. 1 Jn 3, 21.
108. Ex 14, 15.
109. Ex 32, 10.

*mantuviera de pie en la brecha ante mí, para proteger la tierra e impedir que yo la destruyera, y no he encontrado a nadie*[110]. De ahí, en fin, lo que gravemente deplora Isaías, diciendo: *Caímos como la hoja todos nosotros, y nuestras culpas como el viento nos llevaron. No hay quien invoque tu nombre, quien se despierte para asirse a ti*[111].

**61.** Todos los hombres rectos, gracias a la inocencia recibida, pueden a veces oponerse a los movimientos presentes de animadversión, pero no pueden, sin embargo, por propia virtud, alejar del género humano los suplicios de la muerte futura. Por eso, que el santo varón considere a dónde ha caído el género humano; contemple los daños de la muerte eterna, a la que ninguna justicia humana puede enfrentarse; vea la perversidad del hombre que peca; vea cómo el Creador se enfurece severamente contra el hombre; e invoque al Mediador entre Dios y los hombres, Jesús, Dios y hombre. Piense que todavía tardará en venir, y, llorando, diga: *No hay quien pueda litigar entre los dos y poner su mano sobre ambos.*

En verdad, el Redentor del género humano, hecho por su carne Mediador entre Dios y los hombres, apareció entre los hombres como el único Justo y, sin embargo, sin Él tener pecado, recibió el castigo del pecado; defendió al hombre para que no pecara, impidió a Dios que lo golpeara, ofreció ejemplo de inocencia y aceptó el castigo por el pecado. Con su Pasión, litigó entre los dos: promoviendo la justicia, condenó la culpa del hombre, y, muriendo, aplacó la ira del Juez. Puso su mano sobre ambos, porque dio a los hombres un ejemplo a imitar, y presentó en sí mismo a Dios obras con las cuales ser aplacado en favor de los hombres. No hubo nadie antes de Él que intercediera por los pecados de otros sin tener él mismo pecado. Pues no podía evi-

110. Ez 22, 30.

111. Is 64, 5-6.

tar la muerte eterna de otros, quien estaba prisionero de los propios pecados. Y así, vino a los hombres el Hombre nuevo, adversario de la culpa, amigo del hombre hasta asumir su pena: manifestó cosas admirables y sufrió cosas crueles. Puso, en efecto, su mano sobre ambos, porque al enseñar la rectitud al culpable, aplacó al Juez enfurecido. Y así, mostró algo aún más maravilloso que sus mismos milagros, porque corrigió los corazones de los pecadores más con la mansedumbre que con el terror. De ahí que añada:

XXXIX **62.** *Aleje de mí su vara y su pavor no me aterre*. Dios sostenía la vara por medio de la ley, cuando decía: «Si uno hace esto o aquello, morirá». Pero al encarnarse dejó la vara y mostró los caminos de la vida por medio de la mansedumbre. Por eso, se le dice al salmista: *Avanza, prospera y reina por la verdad, la mansedumbre y la justicia*[112]. No quiso ser temido como Dios, sino que inspiró que se le amase como Padre. Es lo que Pablo dice en pocas palabras: *No habéis recibido un espíritu de servidumbre para que volváis al temor sino que habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos por medio del cual clamamos: ¡Abba, Padre!*[113]. De ahí que oportunamente también añada:

XL **63.** *Hablaré y no le temeré*. El santo varón, viendo venir humilde al Redentor del género humano, no asume el temor frente al Señor, sino el amor ante el Padre, y evita el temor porque se eleva al amor mediante la gracia de la adopción. De ahí que Juan dijera: *No hay temor en el amor; sino que el amor perfecto expulsa el temor*[114]. También por eso dice Zacarías: *Libres de manos enemigas, podamos servirle sin temor*[115]. El temor no pudo levantarnos de la muerte, pero el soplo humilde de la gracia nos ha ensalzado a la dignidad de la vida.

112. Sal 45, 5.
113. Rm 8, 15.
114. 1 Jn 4, 18.
115. Lc 1, 74.

Eliseo resucitando al hijo de la sunamita representa bien lo que estamos diciendo[116]: cuando envió el bastón al niño que había fallecido, no consiguió devolverlo a la vida, pero cuando se presentó él mismo y se acostó sobre el niño agarrando sus miembros y anduvo por la casa de un lado a otro y sopló siete veces en la boca del muerto, al momento, gracias a su ministerio de compasión, lo reanimó devolviéndolo vivo a la luz.

En verdad, Dios, el Autor del género humano, se conmovió como ante un niño muerto, cuando, estando nosotros muertos por el pecado, nos miró compasivo. Por medio de Moisés, envió el miedo de la ley, como si enviara el bastón por medio del siervo. Pero el siervo no pudo resucitar al muerto con el bastón, tal como atestigua Pablo: *La ley no ha llevado nada a la perfección*[117]. Sin embargo, viniendo Él mismo y postrándose humildemente sobre el cadáver, se unió a los miembros del difunto para asociarlo a Sí: *El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó asumiendo la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre*[118]. Camina de un lado para otro porque llama a los pueblos próximos a Judea y a los lejanos. Sopla siete veces sobre el muerto, porque abre el don divino de la gracia enviando el Espíritu septiforme a todos los que yacen en la muerte del pecado. Y al momento, hace que viva, porque el niño que no pudo resucitar con el bastón del miedo, lo devuelve a la vida mediante el Espíritu de amor. Así pues, que el santo varón diga en nombre propio y en nombre del género humano: *Aleje de mí su vara y su pavor no me aterre. Hablaré y no le temeré.* Oportunamente se añade:

116. Cf. 2 R 4, 30-34.
117. Hb 7, 19.
118. Flp 2, 6-7.

XLI **64.** *Pues si tengo miedo no puedo responder.* Decimos que se responde a alguien cuando pagamos con hechos sus buenas obras. Responder a Dios significa ofrecer a cambio de sus dones precedentes el tributo de nuestra devoción. De ahí que en algunos salmos en los que se propone imitar una obra santa, se indica que han sido escritos para responder a Dios. Dios creó al hombre recto y, en su longanimidad, permitió que cayera en la maldad. Todos los días contempla el pecado del hombre y, sin embargo, no le quita al instante el ámbito de la vida; en su benignidad le concede dones e incluso se los ofrece a los malvados. El hombre debe responder a todos los beneficios, pero no puede responder si tiene miedo, porque, quien todavía teme servilmente al Creador del género humano, no lo ama. Por eso, sólo ofrecemos verdaderamente a Dios el tributo de nuestra devoción, cuando ya no le tememos, gracias a la confianza que nace del amor; cuando nos mueve a obrar el bien, el afecto y no el miedo; cuando a nuestra mente no le agrada más el mal, aunque sea lícito. Pues quien evita cometer una maldad por temor, la llevaría a cabo de buena gana, si estuviera permitido. No es, en efecto, verdaderamente recto quien no está libre todavía del deseo de cometer maldades. Rectamente, pues, se dice: *Pues si tengo miedo no puedo responder*, porque no tributamos a Dios el obsequio de una verdadera devoción, si le servimos por el temor a sus mandatos y no por amor a Él. Pero cuando la dulzura de su amor enciende nuestra mente, todo deseo de la vida presente se atenúa: el amor lo convierte en tedio y la mente lo soporta con tristeza, mientras antes, sometida a ese deseo, le servía con un amor culpable. De ahí que oportunamente se añada:

XLII **65.** *Mi alma siente tedio de mi vida.* Cuando se pierde la estima por la vida presente, cuando se empieza a percibir la dulzura del amor al Creador, el ánimo se enciende contra sí, de modo que siente la obligación de acu-

sarse de culpas, ante las cuales, antes, cuando desconocía los bienes supremos, se defendía. Por eso añade:

XLIII **66.** *Dejaré que mi discurso vaya en mi contra.* Es como si usara la palabra sólo en su favor, quien procura defender con excusas el mal que hizo. Deja que su discurso vaya en su contra, quien empieza a acusarse de lo que hizo mal. A menudo, cuando pecamos, estamos sentenciando lo que hacemos. La misma mente se acusa del mal cometido, pero, como no acaba de dejarlo con el pensamiento, siente vergüenza de confesar lo que hizo. Cuando reprime con juicio firme el placer de la carne, eleva con voz audaz la confesión que le acusa. De ahí que ahora se diga: *Dejaré que mi discurso vaya en mi contra*, porque la mente fuerte empieza a dejar salir en su contra palabras de reproche que antes retenía con falsa discreción. Hay, sin embargo, algunos que proclaman sus culpas con grandes voces, pero en su confesión ignoran el llanto y dicen alegrándose cosas que son lamentables. Por eso se añade oportunamente:

XLIV **67.** *Hablaré en la amargura de mi alma.* Quien habla de las propias culpas detestándolas, debe además hablar de ellas en la amargura del alma, para que esa misma amargura golpee toda culpa que la lengua, por el juicio de la mente, acusa. Se debe saber que el alma obtiene cierta seguridad a partir de la pena de la penitencia que se infringe; y se levanta con mayor confianza al examen del Juez supremo, de modo que se encuentra a sí misma con más finura y reconoce de qué manera cada cosa está dispuesta. Se añade enseguida:

XLV **68.** *Diré a Dios: ¡No me condenes! Indícame por qué me juzgas así.* Quien se confiesa pecador en la amargura del alma, ¿qué pide a Dios sino que no le condene? Porque la amargura de la penitencia presente elimina los suplicios de la ira futura. Dios juzga al hombre en esta vida de dos maneras: o comienza ya a imponerle mediante males presentes los tormentos que vendrán, o con los presentes

suprime ya los tormentos futuros. Si el Juez justo no golpeara a algunos ahora y después, según exijan sus delitos, Judas no habría dicho: *Destruyó después a los que no creyeron*[119], y tampoco el salmista habría dicho sobre los malvados: *Queden envueltos de su confusión como en un manto*[120]. El manto es un vestido doble. Se visten de confusión como con un manto, quienes en pago a su pecado son heridos con castigo temporal y eterno. Sólo libra de las penas del suplicio a los que transforma. Los que no se corrigen con los males presentes, son llevados a los futuros. Si la pena presente no librara a algunos del suplicio eterno, Pablo no habría dicho: *Al ser castigados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo*[121]. De ahí que se diga a Juan por medio de la voz del ángel: *Yo reprendo y castigo a los que amo*[122]. También por eso está escrito: *El Señor castiga al que ama y azota a todo el que acoge como hijo*[123].

**69.** A menudo, la mente del justo, para que esté más segura, tiembla muchísimo; y, mientras es probada con flagelos, se turba con la incertidumbre del juicio divino. Teme que todo lo que ahora padece sea el inicio de su condenación futura, y con el pensamiento interroga al Juez, porque en medio de los padecimientos duda de los méritos de su vida. Pero cuando evoca ante los ojos de la mente la virtud de la propia vida, es como si se convirtiera en motivo de consuelo ante el Juez, porque quien protege golpeando al que actúa inocentemente, nunca golpea para que se pierda. De ahí que ahora rectamente se diga: *Indícame por qué me juzgas así.* Como si abiertamente dijera: «Como me juzgas golpeándome, muéstrame que con los golpes me das seguridad en el juicio».

119. Judas 5.
120. Sal 109, 29.
121. 1 Co 11, 32.
122. Ap 3, 19.
123. Hb 12, 6.

También se puede entender de otra manera. Con frecuencia, el justo recibe azotes para ser probado, y, analizando su vida con sutilísimo examen, aunque se sienta y se confiese pecador, sin embargo, no acaba de saber por qué pecado en concreto es golpeado. Tiembla más en sus golpes porque ignora la causa por la que es golpeado. Pide al Juez que le indique lo que está golpeando para él mismo castigarlo en sí con el llanto. Sabe que el justísimo Juez nunca aflige a nadie injustamente y se conmueve con gran temor, porque siente dolor por la herida y no consigue descubrir qué ha de deplorar en sí. De ahí que se añada:

XLVI 70. *¿Acaso te parece bien calumniar y oprimir al pobre, obra de tus manos, y favorecer el consejo de los impíos?* Se dice en forma de interrogación para expresar una negación. Como si abiertamente dijera: «Tú que eres sumamente bueno, sé que no consideras bueno oprimir al pobre con calumnias. Sé, por eso, que no es injusto lo que padezco, pero siento dolor porque ignoro las causas de tu justicia». Nótese que no dijo: oprimir al inocente, sino al pobre. A la severidad del Juez no opone la inocencia, sino su pobreza; y no gana audacia de su propia vida, sino que muestra hasta qué punto se considera débil. En conformidad con lo cual, añade: *Obra de tus manos*. Como si abiertamente dijera: «No puedes oprimir impíamente a quien tú recuerdas haber creado gratuitamente».

71. Rectamente se añade: *¿Y favorecer el consejo de los impíos?* ¿A quién se designa en este lugar con el nombre de impíos, sino a los espíritus malignos? Como no pueden volver a la vida, buscan cruelmente socios para la muerte. Fue sugerencia de ellos el que el santo Job fuera tocado por la corrección divina, a fin de que quien aparecía como justo en la tranquilidad, pecara al verse probado. Pero el Señor no secundó la sugerencia de los impíos porque permitió que con sus tentaciones tocaran la carne del justo, pero les impidió tocar su alma. Los espíritus malignos continuamente

maquinan maldades contra los buenos, para que los que ven servir a Dios inocentemente en la tranquilidad, probados por las contrariedades, se vean arrastrados a la vorágine de la culpa. Pero el aguijón de su maquinación es destruido, porque el Creador santo ajusta los azotes a las fuerzas, para que la prueba no supere la virtud y la debilidad humana, debido a la astucia de los fuertes, haga sucumbir. De ahí que rectamente se diga también por Pablo: *Dios es fiel; no dejará que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que os dará con la tentación el modo de salir de ella para que podáis soportarla*[124]. Si Dios misericordioso no acomoda las tentaciones a las fuerzas no habrá quien no caiga ante las insidias de los espíritus malignos, porque si el Juez no pone medida a las tentaciones, cae el que está en pie imponiendo cargas superiores a sus fuerzas.

Así, el santo Job, negando, ha pedido lo que ha expresado, al tiempo que, pidiendo, ha negado lo que a continuación añade, al decir:

XLVII **72.** *¿Acaso tus ojos son de carne o vas a ver como ve el hombre? ¿Acaso tus días son como los del hombre o tus años como los tiempos de los hombres, para que busques mi iniquidad y escrutes mi pecado?* Los ojos de la carne no conocen las acciones temporales sino en el tiempo, porque con el tiempo se abren para ver y con el tiempo se cierran. La vista humana puede seguir una acción, pero no preverla, porque apenas percibe las cosas presentes y no conoce en absoluto las futuras. También los días y los años del hombre son diferentes de los días y los años de la eternidad, porque la eternidad, mientras forma la amplitud de su seno, devora nuestra vida, que empieza y termina con el tiempo. La inmensidad de la eternidad, que nos envuelve por todas partes, dilata su ser eterno, sin principio ni fin. Para ella, las

124. 1 Co 10, 13.

cosas pasadas no pasan, ni las venideras faltan como si aún no hubieran pasado, porque quien posee el ser eterno, ve presentes ante sí todas las cosas, y como en su mirar no hay antes ni después, nada cambia en su visión. Diga, por tanto: *¿Acaso tus ojos son de carne o vas a ver como ve el hombre? ¿Acaso tus días son como los del hombre o tus años como los tiempos de los hombres, para que busques mi iniquidad y escrutes mi pecado? Sabes que no he hecho nada malo.* Como si buscando humildemente, dijera: «¿Por qué me examinas en el tiempo por medio de flagelos, si me conoces perfectamente junto a Ti antes del tiempo? ¿Por qué me interrogas con azotes sobre mis culpas, si por la potencia de tu eternidad, me conoces antes incluso de crearme?». Al peso de esta potencia se refiere, cuando añade:

XLVIII **73.** *Y que nadie puede arrancarme de tu mano.* Como si claramente dijera: «¿Qué te falta a Ti, cuya potencia nadie puede resistir, sino perdonar? Puesto que no hay quien detenga tu corrección con el mérito de su virtud es más fácil que tu misma piedad lleve al perdón». Como hemos sido concebidos en pecado y hemos nacido en iniquidad, o hacemos el mal perjudicialmente o pecamos incautamente incluso haciendo el bien, de modo que no tenemos posibilidad de aplacar al Juez severo. Pero como no podemos presentar a su mirada ninguna obra nuestra digna, sólo queda que para aplacarlo le ofrezcamos una obra suya. De ahí que añada:

XLIX **74.** *Tus manos me plasmaron y me hicieron por completo ¿y así, de repente, me destrozas?* Como diciendo humildemente: «Puesto que según tu justo juicio no es digno lo que hice para aplacarte, actúa con misericordia para que no perezca lo que Tú hiciste». Con estas palabras queda destruida la perversa opinión de Mani[125], que sosteniendo

125. Mani (c. 216-276), persa, fundador de la secta maniquea, sincretismo de doctrinas judeocristianas e indoiránicas.

equivocadamente que hay dos principios, pretende afirmar que el espíritu ha sido creado por Dios y la carne por Satanás. El santo varón, lleno de la gracia del espíritu profético, considera lejanas las cosas del futuro y previendo los gérmenes de los errores, los elimina diciendo: *Tus manos me plasmaron y me hicieron por completo*. Quien afirma haber sido plasmado y hecho completamente por Dios, no deja lugar al príncipe de las tinieblas ni para el espíritu, ni para la carne. El ser plasmado se refiere a la imagen interna; el ser hecho por completo evoca el vestido de carne que lleva.

**75.** Se debe notar que, al afirmar que el hombre es plasmado por Dios, está presentando la dignidad de su condición ante la misericordia del Juez. Aunque todas las cosas han sido creadas por el Verbo, coeterno al Padre, sin embargo, del mismo relato de la creación se desprende la preeminencia del hombre respecto a todos los animales y respecto a todos los seres celestes o inanimados. En efecto, *Él lo dijo y todo fue hecho*[126]. Cuando decide crear al hombre, antepone algo que debe ser considerado reverentemente, pues dice: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*[127]. Del hombre no está escrito como en el caso de las demás cosas: *Hágase... y fue hecho*[128]. Ni es la tierra la que produce al hombre, como en el caso del agua y de los pájaros, sino que antes de ser creado, se dice: *Hagámoslo*, para hacer ver que la criatura racional era hecha como después de una reflexión. Tras detenido estudio, el hombre es plasmado de la tierra y levantado a la fuerza del espíritu de vida con el soplo del Creador; de modo que, el que era creado a imagen del Creador, empezó a existir no por una voz de mandato, sino por la dignidad de una acción. Por eso, lo que el hombre ha recibido por su condición de superiori-

126. Sal 148, 5.
127. Gn 1, 26.
128. Gn 1, 3.

dad respecto a las demás criaturas de la tierra, sometido a las pruebas, lo presenta con piedad ante su Creador, diciendo: *Tus manos me plasmaron y me hicieron por completo ¿y así, de repente, me destrozas?* Como diciendo abiertamente: «¿Por qué desprecias con tanta facilidad al que creaste con tanta dignidad? ¿Por qué sometes al dolor, al que pones con su razón por encima de las demás criaturas?». No obstante, esta misma dignidad nuestra resplandece por la imagen, pero dista mucho de la perfección de la santidad por la carne, porque al mezclarse el espíritu al polvo, en cierto modo, se ha unido a la debilidad.

Es esta debilidad la que el santo Job presenta ante la piedad del Juez, cuando añade:

L 76. *Recuerda, te ruego, que me hiciste como lodo.* Los espíritus angélicos pecaron de modo irremisible, precisamente porque, al no haber en ellos mezcla de carne, podían haber permanecido mucho más firmes. El hombre, sin embargo, después de pecar, mereció el perdón, porque con el cuerpo carnal recibió algo que le hacía ser inferior. Así, esta misma debilidad de la carne es ante el Juez un argumento de piedad. Tal como se dice por el salmista: *Él es misericordioso, perdonará sus pecados y no los destruirá; muchas veces contuvo su cólera y no despertó todo su furor: se acordaba de que ellos eran carne*[129].

El hombre ha sido creado como lodo, porque del barro ha sido llevado a su condición. El lodo, en efecto, se hace mezclando el agua con la tierra. El hombre ha sido creado como lodo porque cuando el alma penetra la carne es como el agua que se infunde en el polvo. Es lo que el santo varón rectamente presenta a la piedad del Juez cuando afirma en forma de petición: *Recuerda, te ruego, que me hiciste como lodo.* Como si claramente dijera: «Considera la debilidad de

129. Sal 78, 38-39.

la carne y olvida la iniquidad del pecado». Se refiere también a la muerte de esa misma carne, cuando añade en seguida:

LI **77.** *Y al polvo me reduces.* Como si pidiera abiertamente, diciendo: «Recuerda, te ruego, que por la carne, vengo de la tierra, y, por su muerte, me dirijo a la tierra. Mira la materia de mi origen y la pena de mi fin, y perdona la culpa de quien pasa tan rápidamente». Pero como ha expuesto la condición del hombre creado, ahora añade el orden de su reproducción, diciendo:

LII **78.** *¿Acaso no me vertiste como leche y me cuajaste como queso? De piel y carne me vestiste y me tejiste de huesos y nervios.* El hombre plasmado ha sido hecho como lodo; se reproduce, sin embargo, como leche: se vierte el semen y, como el queso, cuaja formando la carne. De piel y de carne se viste: se consolida con huesos y nervios. Así pues, mediante el lodo se indica la cualidad de la primera condición, mediante la leche el orden posterior de la reproducción, que progresa por el aumento de la cuajadura hasta formar los huesos paulatinamente.

No obstante, la descripción del cuerpo creado es una limitada alabanza a Dios, si no se indica a continuación el admirable soplo vivificador. De ahí que añada:

LIII **79.** *Me concediste vida y misericordia.* En vano nos otorga bienes el Creador, si Él mismo no custodia lo que nos concede. Sigue: *Y tu visita custodió mi espíritu.*

Agrada mostrar, repitiendo brevemente, que lo que hemos dicho sobre el hombre exterior, puede también acomodarse al interior.

**80.** *Recuerda, te ruego, que me hiciste como lodo.* En verdad, nuestro hombre interior existe como lodo, porque la gracia del Espíritu Santo se infunde en la mente terrena, para levantar hasta el conocimiento de su Creador. El pensamiento humano, árido por la esterilidad de su pecado, florece por la fuerza del Espíritu Santo, como tierra regada.

Con frecuencia, sin embargo, al disfrutar sin interrupción de las virtudes del don supremo que se nos ha concedido, acabamos por confiar sólo en nosotros, disfrutando, como estamos, de una continua prosperidad. Sucede entonces que el Espíritu abandona por un tiempo al mismo que había elevado, para hacerle ver que no es más que hombre. Es lo que el santo varón expresa cuando añade: *Y al polvo me reduces*. El alma, privada del Espíritu por un tiempo, es abandonada en la tentación y se seca, como la tierra sin humedad; de esta forma, experimenta su propia debilidad y reconoce la aridez del hombre si le falta el soplo de la gracia divina.

Se dice además que lo reduce al polvo, porque, abandonado a sí mismo, cae al aire de cualquier tentación. Pero cuando, abandonados, somos golpeados, reconocemos más sutilmente los dones que ya conocíamos cuando no nos faltaba la inspiración del Espíritu Santo. De ahí que añada: *¿Acaso no me vertiste como leche y me cuajaste como queso?* Cuando nuestra mente es apartada del antiguo modo de vida por la gracia del Espíritu Santo, se vierte como leche, porque se forma según la ternura y la delicadeza de un nuevo inicio; se cuaja como el queso, porque se centra en el recogimiento de un fecundo pensamiento, de modo que ya ningún deseo lo dispersa, sino que concentrándose en un único amor, adquiere una sólida formación.

Con frecuencia, sin embargo, contra estos mismos comienzos espirituales, la carne, por la vieja costumbre, se rebela y el alma soporta un combate que procede del hombre exterior. De ahí que añada: *De piel y carne me vestiste*. En verdad, el hombre interior se viste de piel y de carne, porque al elevarse a los bienes supremos, se ve acechado por el ataque de movimientos carnales. Pero el Creador, que protege con la infusión de su gracia incluso al que peca, no abandona en la tentación al que practica la justicia, sino que mientras exteriormente abandona en el combate al alma ele-

vada, interiormente la fortalece. Por eso, oportunamente añade: *De piel y carne me vestiste y me tejiste de huesos y nervios.* Como diciendo claramente: «Por fuera me abandonas en la prueba, pero por dentro me proteges, ciñéndome con las virtudes, para que no perezca». El Creador, en efecto, nos concede la rectitud de una vida buena, porque perdona bondadosamente nuestros pecados pasados. De ahí que se añada: *Me concediste vida y misericordia.*

**81.** En verdad, se concede la vida cuando se infunde bondad en las mentes perversas. No se puede recibir vida sin misericordia, porque el Señor no nos ayuda a obtener los bienes de la justicia, sin antes perdonar misericordiosamente las maldades precedentes. Ciertamente nos concede vida y misericordia, porque con la misma misericordia con que nos protege para que vivamos haciendo el bien, nos custodia para que progresemos en él. Si no nos socorriera la misericordia, no se podría conservar la vida que nos ofrece. Envejecemos con el mismo uso diario de la vida humana y, bajo el impulso del huidizo pensamiento del hombre exterior, salimos de nuestro interior.

Si la visita divina no nos vivificara empujándonos al amor mediante la compunción, o no nos restaurara llevándonos al temor mediante la corrección, una inesperada caída bastaría para destruir completamente al alma, que se creía renovada mediante un prolongado compromiso en favor de la virtud. De ahí que añada: *Y tu visita custodió mi espíritu.* La visita divina custodia el espíritu humano cuando, revestido éste con las virtudes, no deja de golpearlo con el flagelo o de llenarlo de compunción con el amor. Si le concede dones, pero no lo eleva con una continua restauración, rápidamente pierde el bien que no es custodiado por quien lo otorga.

El santo varón, conociéndose a sí mismo con humildad, aprende los secretos de la misericordia divina que se distribuye universalmente; y, como confiesa sinceramente su pro-

pia debilidad, repentinamente es arrebatado de forma sublime al conocimiento de la vocación de los paganos. Pues, al momento, añade:

LIV **82.** *Pase que guardes estas cosas en tu corazón, pero sé que recuerdas todo.* Como si claramente dijera: «¿Por qué tiemblo ante mi suerte, si sé que acoges a todas las gentes? Guardas esta verdad en tu corazón, porque todavía no lo declaras con una palabra clara. Pero Tú, que recuerdas todo, haz que esté seguro de mi perdón». Se debe saber que se nos concede certeza del perdón respecto a algunos hechos y somos robustecidos en la confianza de nuestra absolución, después de cometidos los pecados, gracias a la posterior corrección y penitencia. Sin embargo, la memoria de la maldad que cometimos todavía nos afecta y nos vemos golpeados, aún sin querer, por pensamientos ilícitos. Por eso, sigue oportunamente:

LV **83.** *Si he pecado y al momento me has perdonado, ¿por qué no soportas que quede limpio de mi culpa?* El Señor perdona el pecado al momento, cuando lava el pecado con las lágrimas que Él concede. No permite que quedemos limpios de nuestra iniquidad, porque cometimos la culpa voluntariamente, pero, a veces, involuntariamente, soportamos su recuerdo con complacencia. Vuelve al ánimo lo que con llanto ya había sido borrado a los ojos del Juez; la culpa vencida intenta insinuarse de nuevo mediante la complacencia y reaparece con más fuerza el antiguo combate. De esta forma, lo que primero hizo en el cuerpo, lo renueva después en la mente con pensamientos inoportunos. Bien lo sabía percibir el atleta espiritual, que decía: *Mis cicatrices son hedor y putridez, debido a mi locura*[130]. ¿Qué son las cicatrices, sino las heridas curadas? Quien lloraba por las cicatrices, veía que las maldades pasadas volvían a la memoria

130. Sal 38, 6.

mediante la complacencia. Las cicatrices son putridez, cuando las heridas de los pecados que ya estaban curadas, serpentean para suscitar la tentación, y, con sus sugestiones, después de haberse curado la piel por la penitencia, hacen sentir de nuevo el hedor de la culpa y el dolor. En este caso, no se realiza ninguna acción por fuera; se peca sólo con el pensamiento, por dentro; y la mente se ata con una culpa grave, si no la purifica mediante solícitos lamentos.

**84.** De ahí que rectamente se diga por Moisés: *Si hay entre los tuyos un hombre que no esté puro, por causa de una polución nocturna, saldrá del campamento y no volverá a entrar. Pero al llegar la tarde se lavará, y a la puesta del sol podrá volver al campamento*[131]. El sueño nocturno es la tentación oculta, mediante la cual, con un pensamiento tenebroso, se concibe algo sucio en el corazón, que todavía no se traduce en una acción del cuerpo. Se ordena que, quien haya tenido una polución nocturna durante el sueño, abandone el campamento, porque es justo que quien se contamina con un pensamiento impuro, sea considerado indigno de estar en compañía de todos los fieles, ponga ante sus ojos el motivo de la culpa y sea apartado del aprecio de los buenos. Por eso, salir manchado fuera del campamento, significa humillarse al compararse con los continentes, después de una caída deshonesta. Quien se lava con agua al atardecer, derrama lágrimas de penitencia contemplando su propia caída, de modo que lava con el llanto todo lo que es motivo de oculta acusación para el ánimo. A la puesta del sol podrá volver al campamento, porque, desaparecido el ardor de la tentación, es necesario que de nuevo recupere la confianza en favor de la compañía de los buenos. Después de lavarse con agua y de ponerse el sol, vuelve al campamento, quien tras las lágrimas de penitencia y tras el en-

131. Dt 23, 11-12.

friamiento de la llama de los pensamientos ilícitos, recupera la buena estima de los fieles. Deja de estar lejos de los demás, quien se alegra de haberse purificado dando muerte al ardor interior.

Se debe, además, tener presente que, a veces, nos afligimos por el ataque de un pensamiento ilícito, porque nos entregamos de buena gana a algunas empresas terrenas, aunque sean lícitas. Y como en las cosas terrenas, la actividad conduce al deseo de cosas mínimas, creciendo contra nosotros la fortaleza del antiguo enemigo, nuestra mente se inclina con cualquier inesperada tentación. Por eso, el sacerdote de la Ley, separados en partes los miembros de la víctima, debía quemar con fuego la cabeza y las partes internas, y, antes, lavar con agua las pezuñas y los intestinos de la víctima.

Nosotros nos ofrecemos a Dios, cuando consagramos nuestra vida al culto divino. Ponemos sobre el fuego los miembros separados de la víctima, cuando inmolamos las obras de nuestra vida destacando en ella las virtudes. Quemamos la cabeza y las partes internas, cuando en nuestro pensamiento, que rige todo el cuerpo, ardemos, incluso en los más ocultos deseos, con la llama del amor divino.

Se manda, sin embargo, que se laven las pezuñas y los intestinos de la víctima. Con las pezuñas se toca la tierra, en los intestinos se forman los excrementos. Y es que, con frecuencia, nos encendemos ya en el deseo de eternidad y anhelamos ya, con todo el sentimiento de la devoción, entregarnos a la mortificación, pero como todavía, por nuestra debilidad, hacemos cosas terrenas, toleramos aún en el corazón algunas cosas ilícitas que ya habíamos superado. Y como la tentación impura mancha nuestros pensamientos, ¿qué otra cosa llevan los intestinos de la víctima, sino excrementos? Para que se puedan quemar, primero hay que lavarlos, porque es necesario que el llanto del temor limpie los pensamientos impuros, para que el amor divino los

queme, aceptándolos en sacrificio. Todo lo que la mente sufre, ya sea por la inexperiencia en el combate, ya sea por el recuerdo de la condición primera, debe ser lavado, de modo que arda ante la mirada del Observador, con gran suavidad, ya que empieza a asistir ante él sin llevar consigo nada terreno, no poniendo sobre el altar de su oración nada frívolo.

Así pues, que el santo varón observe los daños de la mente humana a los que muchas veces se inclina con pensamientos ilícitos, y, después de que el Juez haya perdonado la culpa cometida, llorando sus pecados, invite a que también nosotros lloremos los nuestros, y diga: *Si he pecado y al momento me has perdonado, ¿por qué no soportas que quede limpio de mi culpa?* Como si claramente dijera: «Si el perdón quitó la culpa, ¿por qué no la borras también de la memoria?». A menudo, la mente es golpeada con el recuerdo de la culpa de tal manera, que es empujada a cometerla de nuevo de forma aún más grave que cuando la cometió por primera vez, y, atrapada, tiembla, viéndose perturbada por movimientos varios que le acechan. Teme ser vencida por las tentaciones, pero, en su resistencia, se horroriza por el prolongado combate que le aflige. De ahí que oportunamente se añada:

LVI **85.** *Si soy culpable, ¡desgraciado de mí!; y si soy inocente no levantaré la cabeza, saturado de aflicción y de miseria.* Al culpable se añade la desgracia y al inocente la miseria, porque la condenación eterna espera al réprobo y todo elegido es purificado con los dolores de una adversidad pasajera. El culpable eleva la cabeza, pero, engreído, no logra evadir la desgracia que le sigue. El inocente, afligido por el esfuerzo de su combate, no llega a levantar la cabeza, pero, oprimido, es liberado de la aflicción perpetua. El primero, se eleva en medio de los placeres, pero se sumerge en los suplicios que le siguen. El segundo, se ve oprimido por el dolor, pero se sustrae al peso del castigo eterno.

Considere, por tanto, el santo varón que el hombre, o apartándose de los vicios soporta el esfuerzo presente, o sucumbiendo a ellos se dirige a la aflicción eterna, y diga: *Si soy culpable, ¡desgraciado de mí!; y si soy inocente no levantaré la cabeza, saturado de aflicción y de miseria.* Como si claramente deplorase: «O atrapado en los deseos de la carne, sufro el suplicio eterno, o rechazando los movimientos ilícitos, padezco la pena presente, porque no estoy libre del esfuerzo del combate».

La providencia eterna permite que, sirviéndole a Él con toda nuestra intención, recibamos los ataques de nuestra carne, para que nuestra mente no ose levantarse con soberbia, presumiendo de su seguridad; y para que al temblar en la prueba, fije más firmemente el pie de la esperanza únicamente en la ayuda del Creador. De ahí que siga oportunamente:

LVII **86.** *A causa de la soberbia, me cazas como a una leona.* La leona, cuando busca alimento para los cachorros, cae ansiosa en la trampa. Tal como se hace en ciertas regiones, se cava una fosa en su camino, dentro de la cual se coloca una presa, para provocar a la leona a que se lance contra ella movida por el hambre. La fosa ha de ser al mismo tiempo estrecha y profunda, para que pueda caer en ella, pero no haya forma de escapar saliéndose. Se excava, además, otra fosa junto a la primera, comunicada con la que tiene la presa por una apertura en el extremo. En ésta se instala una jaula, para que la leona, en su huida, temiendo lo que sucede arriba, buscando ocultarse en la parte más interna de la fosa, entre por sí misma en la jaula. Su ferocidad deja ya de ser motivo de terror, porque la leona es levantada encerrada en una jaula. La que se precipitó por sí misma en la fosa, vuelve a la superficie acorralada.

Así, así también es atrapada la mente humana, que, habiendo sido creada libre, al querer alimentar los deseos de la carne, se comportó como la leona que buscaba alimento

para sus crías y cayó en la fosa de su engaño, pues, persuadida por el enemigo, tendió la mano al alimento prohibido. En la fosa encontró la jaula, porque, acudiendo a la muerte por propia decisión, se vio encerrada, al momento, en la cárcel de su corrupción. Regresa al aire libre, sólo si interviene la gracia. Pero como intenta hacer muchas cosas y no puede, está atrapada, como en una jaula, por los obstáculos de su misma corrupción. Ya ha escapado de la fosa de condenación en que había caído, porque, ayudada por la mano del Redentor, superó el castigo de una muerte segura, volviendo al perdón. Sin embargo, atrapada, soporta todavía la jaula, porque está también ligada con los lazos de la disciplina celeste, para que no deambule por los deseos de la carne. La mente humana, que había caído en la fosa por propia decisión, vuelve encerrada al aire libre, porque, mediante el ejercicio de su libertad, cayó en la culpa, y, sin embargo, la gracia del Creador, la retiene, forzada y sin querer, librándola de sus movimientos. Después de la fosa cae en la jaula la que, apartada del suplicio eterno, por los impulsos de la libertad desordenada, es sometida al designio del Creador celeste. Así pues, rectamente se dice: *A causa de la soberbia, me cazas como a una leona*; porque el hombre libre se ha procurado la muerte por el alimento y, reconducido al perdón, vive mejor sometido a la disciplina. Como una leona, pues, es cazado a causa de la soberbia, porque donde ahora lo constriñe la disciplina de su corrupción, ahí, no temiendo la transgresión del precepto, audazmente dio el salto a la fosa.

**87.** Si apartamos por un momento la mirada de la mente de la culpa del primer progenitor, encontramos que todavía somos capturados todos los días, como la leona, a causa de la soberbia. Y es que, a menudo, el hombre, por las virtudes que ha recibido, hace crecer la audacia de su presunción, pero, por un admirable designio de piedad, aparece ante sus ojos algo que le hace caer. Y mientras desea algo a

causa del pecado, ¿qué otra cosa desea sino cazar la presa en la fosa? Ansioso, cae por su propia determinación, pero es ya incapaz de salir con sus solas fuerzas. Considerando que por sí mismo no es nada, aprende, ciertamente, a quién debe recurrir para ser ayudado. La misericordia divina lo saca, entonces, capturado, de la fosa, porque, una vez reconocida su debilidad, lo conduce al perdón. Y así, al igual que la leona, por la soberbia regresa a las partes superiores en una jaula el hombre que, cuando es exaltado por la virtud y ha caído por los deseos, es atado en la humildad. Como antes había perecido por su propia presunción, Dios, en su admirable piedad, dispone que viva ya encerrado en el conocimiento de su propia debilidad.

Como el santo varón se da cuenta de que esto sucede a los hombres, expresa con su voz nuestro peligro, para que nosotros, reconociendo el motivo de su llanto, aprendamos qué debemos llorar en nosotros mismos. Cuando el orgullo hincha nuestra mente, la compunción del amor supremo se aleja rápidamente de nosotros. Pero, cuando la gracia divina nos visita, suscita al instante, por las lágrimas, el deseo de Él. De ahí que, oportunamente, se añada:

LVIII **88.** *Volviendo, me atormentas en modo admirable.* Cuando somos abandonados por el Creador, ni siquiera nos damos cuenta de las consecuencias de nuestro abandono. Si el Creador nos abandona, nuestra mente se endurece haciéndose más insensible, deja de amar las cosas de Dios y no desea ya los bienes celestes. Y como no tiene el calor del amor interior, yace fría por tierra, y, de forma digna de compasión, se hace cada día más segura cuanto más empeora; y, como no recuerda desde dónde ha caído, no teme los suplicios que le vendrán después, e ignora todo lo que ha de lamentar.

Si, por el contrario, es tocada por el soplo del Espíritu Santo, empieza en seguida a considerar su propia perdición, se compromete en la búsqueda de los bienes celestes, se en-

ciende en el fuego del amor divino, examina los peligros que le acechan y llora, con provecho, por las cosas que antes, llevándole a la perdición, le alegraban. Rectamente, pues, se dice al Creador: *Volviendo, me atormentas en modo admirable*, porque Dios omnipotente, cuando nos levanta a su amor, visitando nuestra mente, la aflige mayormente llevándola a las lágrimas. Como si dijera claramente: «Abandonándome, no me afectas, porque me haces insensible, pero cuando vuelves me atormentas, porque, al tocarme, me enseñas cuánto debo llorar». De ahí que afirme que la atormenta, no de manera cruel, sino digna de admiración, por cuando la mente es arrebatada por el llanto a los bienes supremos, se admira con alegría de la pena que le provoca su compunción. Le agrada ser afligida, porque, gracias a su aflicción, comprueba que es elevada a las alturas.

A menudo, sin embargo, cuando la piedad divina ve que tropezamos en el ejercicio del santo deseo, pone ante nuestras miradas los ejemplos de los que le siguen, de modo que la mente, remisa por la desgana, al considerar el progreso y la vigilancia de los otros, se avergüence de la entorpecedora pereza que encuentra en sí. De ahí que rectamente añada:

LIX **89.** *Preparas a tus testigos en mi contra y multiplicas tu ira; me asaltan las penas.* Testigos de Dios son los que, por el ejercicio de obras santas, atestiguan que a los elegidos se les concederán los premios de la verdad. Con una palabra griega, mártires, es decir, testigos, designamos a los que vemos que han padecido por la verdad. Por medio de Juan, con la voz del ángel, el Señor dice: *En los días de Antipas, mi testigo fiel, que fue muerto entre vosotros*[132]. El Señor prepara enemigos contra nosotros, cuando multiplica los ejemplos de los elegidos contrarios a nuestra maldad, para refutarnos e instruirnos. Sus testigos son puestos con-

132. Ap 2, 13.

tra nosotros, porque todas sus acciones son contrarias a nuestras perversas acciones. De ahí que también la palabra de la verdad sea llamada adversario, cuando con la voz del Mediador se dice por el evangelio: *Ponte enseguida a buenas con tu adversario mientras vas con él por el camino*[133]. Y de este mismo Redentor, los réprobos que lo persiguen dicen: *Es contrario a nuestro modo de obrar*[134]; y, poco después: *Lleva una vida distinta de todas*[135].

Así pues, el Señor prepara testigos contra nosotros, porque muestra, para nuestra corrección, que las obras que nosotros dejamos de hacer, otros las hacen. De modo que, si no nos encendemos por los preceptos, que al menos nos sintamos estimulados por los ejemplos, y nuestra alma, en el camino de la rectitud, no considere difícil lo que ve que otros realizan perfectamente. Sucede con frecuencia que, al observar los bienes de la vida de los otros, tememos con mayor vigilancia los daños que se derivan de la nuestra; de lo cual resulta claro que, cuanto más lejos estamos ahora de la vida de los buenos, tanto más sentiremos el peso de la corrección.

90. Recordada la presentación de los testigos, añade oportunamente: *Y multiplicas tu ira*. Se dice que por nosotros se multiplica la ira de Dios, ya que ésta es múltiple, en cuanto que, a partir de la misma vida y esfuerzo de los buenos, aprendemos que, si no queremos enmendarnos mientras aún hay tiempo, seremos después castigados con una gran corrección. Vemos, en efecto, que los elegidos de Dios realizan obras piadosas y soportan muchas crueldades. De ahí se deduce con cuánto rigor herirá el Juez severo a los que reprueba, si así castiga ahora a los que ama. De ello da testimonio Pedro, que dijo: *Es el momento de que empiece*

133. Mt 5, 25.
134. Sb 2, 12.
135. Sb 2, 15.

*el juicio sobre la casa de Dios. Y si apenas el justo se salvará, ¿dónde acabarán el impío y el pecador?*[136].

Así pues, Dios omnipotente, cuando presenta contra nosotros testigos, multiplica la ira, porque, al presentar ante nuestros ojos la vida de los buenos, muestra con qué rigor golpea en el juicio la dureza de las maldades cometidas. Cuando multiplica los dones sólo a los que le siguen, muestra por qué ha abandonado a los que están entumecidos. Por eso, cuando vemos los bienes en los otros, es del todo necesario que mezclemos alegría a nuestro temor y temor a nuestra alegría, de modo que la caridad se alegre por el bien ajeno, y la conciencia se compadezca de su propia debilidad. Pero cuando nos confortamos con el provecho fraterno, cuando, por nuestro mismo entumecimiento, pensamos en la severidad del Juez interior que viene sobre nosotros, ¿qué queda, sino que el ánimo vuelva a examinarse y se aflija de todo lo que encuentra reprobable y perverso en sí?

Rectamente se añade: *Me asaltan las penas.* En verdad, después de haber considerado los testigos de Dios, nos asaltan las penas, porque mientras observamos sus hechos admirables, atormentamos con trabajada aflicción nuestra vida, que, en comparación con la de ellos, ciertamente, nos desagrada. De modo que las lágrimas laven todo lo que mancharon en nosotros las obras y la pena de la tristeza limpie lo que todavía pueda estar manchando la complacencia en el pecado.

El santo Job, porque observa la vida de los padres precedentes, reconoce lo que debe llorar en sí. Con el magisterio de su gran dolor, mientras llora por su vida, nos enseña a llorar, para que, al ver las virtudes en los otros, temamos solícitamente por nuestros delitos ante el severo Juez. Sigue:

136. 1 P 4, 17-18.

LX **91.** *¿Para qué me sacaste del seno? Habría muerto sin que me viera ningún ojo.* Lo mismo expresó ya en la primera oración, cuando dijo: *¿Por qué no morí en el seno?*[137]. Aquí retoma la pregunta, añadiendo: *Sería como si no hubiera existido; del vientre hubiera sido llevado a la tumba.* Con otras palabras, pero no con diferente sentido, ya había dicho: *O no habría existido, como aborto escondido; como los concebidos que no vieron la luz*[138]. Como ya hemos explicado ampliamente estas expresiones[139], para no cansar al lector, evitamos repetir la explicación. Sigue:

LXI **92.** *¿Acaso mis días no son ya poca cosa?* Manifiesta vivir con prudencia y solicitud, porque, considerando la brevedad de la vida presente, no ve su disfrute, sino su término, para deducir, del fin que lo produce, un placer pasajero que nada vale. De ahí que se diga por Salomón: *Por muchos años que viva un hombre en que todos ellos haya sido feliz, debe recordar los días de tiniebla que serán muchos; y cuando vengan le demostrarán la vanidad de su pasado*[140]. Y en otro lugar también está escrito: *En todas tus acciones ten presente tu fin, y jamás cometerás pecado*[141]. Así pues, cuando la culpa ponga a prueba al alma, es necesario que la mente se fije en la brevedad de su placer, para que la iniquidad no le arrastre a la vivaz muerte, constando que la vida mortal corre rápida a su término. A menudo, el ojo de nuestra contemplación queda confundido, si nuestro dolor se agrava con flagelos frecuentes. Es hermoso gemir por el exilio de la vida presente, pero por esa misma aflicción la mente no puede valorar los daños de su ceguera. De ahí que añada:

LXII **93.** *Déjame para que pueda llorar un poco mi dolor.* Así como una aflicción moderada se expresa con lágrimas,

137. Jb 3, 11.
138. Jb 3, 16.
139. Cf. *Mor* 4, 48-54; 63-65 (BPa 42, 273-279; 287-289).
140. Qo 11, 8.
141. Si 7, 36.

así también una inmoderada las elimina, porque el mismo abatimiento hace que esté como si no estuviera abatido, pues, devorando la mente del afligido, quita el sentimiento de dolor. El santo varón teme ser herido más allá de sus fuerzas, diciendo: *Déjame para que pueda llorar un poco mi dolor*. Como si claramente dijera: «Modera los golpes de tus flagelos, para que, moderados los dolores, pueda apreciar llorando los males que padezco».

También se puede entender de otra manera. A menudo, el pecador está atrapado de tal manera en los lazos de su iniquidad, que tolera, ciertamente, el peso de los pecados, pero ignora que los tolera. A menudo, aunque conoce el pecado que le oprime, intenta librarse de él, persiguiéndolo en sí con mente libre y conversión completa, pero no puede. No puede llorar su dolor, porque considera la culpa de su iniquidad y, sin embargo, por el peso de las ocupaciones terrenas, no tiene tiempo para llorarla. No puede llorar su dolor, quien se esfuerza por ir en contra de las costumbres malvadas y, sin embargo, todavía soporta continuos deseos carnales. La presencia de este dolor atormentaba la mente del profeta, cuando decía: *Mi dolor está siempre ante mí. Yo reconozco mi culpa y pensaré en mi pecado*[142]. Sabía que estaba libre de los lazos de la iniquidad, quien exultaba diciendo: *Rompiste mis cadenas; te ofreceré un sacrificio de alabanza*[143].

**94.** Así pues, el Señor nos deja que lloremos el dolor: nos muestra los males que hemos cometido y nos ayuda a llorar eso mismo que hemos conocido. Pone las culpas ante nuestros ojos y con la santa mano de la gracia desata los lazos del corazón, para que nuestra mente pueda dedicarse a la penitencia y, libre de las cadenas de la carne, oriente libremente el paso del amor hacia su Creador. Muchas veces

142. Sal 38, 18-19. 143. Sal 116, 16-17.

nosotros mismos reprobamos nuestra vida, y, sin embargo, hacemos de buena gana eso mismo que en nosotros rectamente reprobamos. El espíritu nos eleva a la justicia, la carne nos ata a la costumbre. La mente ofrece resistencia al amor propio, pero al momento cae presa del placer. Rectamente, pues, se dice: *Déjame para que pueda llorar un poco mi dolor*; porque si no somos perdonados misericordiosamente del pecado que nos ata, no podemos llorar perfectamente eso que, estando en nosotros mismos, hace que nos dolamos contra nosotros mismos. Se llora sinceramente el dolor de nuestro pecado, cuando con serio temor se contempla esa tenebrosa retribución del infierno. De ahí que añada:

LXIII **95.** *Antes que me vaya, y no vuelva, a la tierra tenebrosa y cubierta con la oscuridad de la muerte.* ¿Qué designa la tierra tenebrosa sino la horrible prisión del infierno?[144]. La cual está cubierta por la tiniebla de la muerte eterna, porque separa para siempre de la luz de la vida a los condenados. No sin razón se llama *tierra* al infierno, porque los que están en él atrapados son retenidos establemente. En verdad, está escrito: *Una generación va, otra generación viene; pero la tierra para siempre permanece*[145]. Así pues, rectamente se llama a la prisión del infierno *tierra tenebrosa*, porque, a los que acoge para ser castigados no los

144. Literalmente «horrible prisión del Tártaro». En la mitología grecorromana, el Tártaro designa la región más baja de los infiernos. Según Hesíodo (cf. *Theogonia*, 119-122; 736; 807 etc.: ed. M. L. West, *Hesiod. Theogony,* Clarendon Press, Oxford 1966), el Tártaro está tan debajo del Hades como la tierra lo está respecto al cielo, y está cerrado por puertas de hierro. El nombre Tártaro llegó a usarse a veces como sinónimo de Hades, o de los Infiernos en general; pero con más frecuencia como el submundo donde se castigaba a los malvados después de la muerte.

145. Qo 1, 4.

atormenta con una pena transitoria[146] ni con una imaginación fantástica, sino que los castiga con la firme sanción de la condenación eterna.

Alguna vez, también se llama *lago* a la condenación eterna, tal como atestigua el profeta, que dijo: *Soportan su ignominia con los que bajan al lago*[147]. Al infierno se le llama tierra, porque retiene establemente a los que acoge; y se le llama *lago*, porque a los que atrapa para siempre, al mismo tiempo, los sumerge en tormentos terroríficos.

El santo varón, en nombre propio o del género humano, pide ser abandonado antes de ir ahí; no porque quien llora la culpa haya de ir a la tierra tenebrosa, sino porque ciertamente va allí quien deja de llorar. Es lo que dice el acreedor al deudor: «Paga la deuda antes de que seas apresado por culpa de lo que debes». Quien no se demora en pagar lo que debe, no es encarcelado. De ahí que rectamente se añada: *Y no vuelva*, porque la misericordia del que perdona no libra ya más a los que la justicia del Juez condena al lugar de condenación. Este lugar se describe con detalle, cuando se dice:

LXIV **96.** *Tierra de miseria y tinieblas.* La miseria tiene que ver con el dolor, las tinieblas con la ceguera. La tierra que retiene a los que han sido expulsados de la mirada del Juez severo, es considerada tierra de miseria y de tinieblas, porque el dolor atormenta por fuera a los que se han sepa-

146. El Concilio II de Constantinopla (553) había formulado, contra la doctrina de la apocatástasis atribuida a Orígenes, el siguiente anatematismo: «Si alguno dice o retiene que el castigo de los demonios y de los hombres impíos es temporal y que, después de un cierto tiempo, tendrá fin, es decir, que habrá una restitución (*apocatástasis*) de los demonios o de los hombres impíos, sea anatema» (DS 411). Gregorio ratificaría las conclusiones de este Concilio con la llamada *Carta synodica* (cf. *Ep* I, 24: CCL 140, 32).

147. Ez 32, 24.

rado de la verdadera luz, mientras la ceguera los entenebrece por dentro. Aunque la tierra de miseria y de tinieblas se puede entender de otra manera.

Esta tierra en que nacemos es, ciertamente, tierra de miseria, pero no de tinieblas, porque aquí padecemos muchos males a causa de nuestra corrupción, pero en ella podemos todavía volver a la luz por la gracia de la conversión. Es lo que sugiere la Verdad, que dijo: *Caminad mientras tenéis luz para que no os sorprendan las tinieblas*[148]. Aquella tierra, por el contrario, es al mismo tiempo tierra de miseria y de tinieblas, porque todo el que desciende a ella para padecer los suplicios, no vuelve nunca más a la luz. En la descripción de esta tierra aún se añade:

LXV 97. *Donde está la sombra de muerte y no hay orden.* Así como la muerte exterior separa el cuerpo del alma, así también la muerte interior separa el alma de Dios. Por eso, la sombra de muerte es la oscuridad de la división, porque todo condenado, cuando arde en el fuego eterno, apartado de la luz interior, se sume en las tinieblas. La naturaleza del fuego es tal, que, por sí mismo, produce luz y quema; sin embargo, aquella llama vengadora de los pecados cometidos quema sin producir luz. Por esta razón dice la Verdad: *Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*[149]. Y en otro lugar, refiriéndose en una sola persona al cuerpo de todos, dice: *Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas exteriores*[150]. Si el fuego que abrasa a los réprobos pudiera producir luz no se diría que se envía a las tinieblas a los que son rechazados. De ahí también que el salmista dijera: *Sobre ellos cayó fuego y no vieron el sol*[151]. El fuego cae sobre los impíos, pero cayendo el fuego no ven el sol, porque a los que de-

148. Jn 12, 35.
149. Mt 25, 41.
150. Mt 22, 13.
151. Sal 57, 9 (s. LXX).

vora la llama de la gehenna se les priva de la visión de la verdadera luz, de modo que, por fuera, los atormenta el dolor del quemamiento, y, por dentro, los entenebrece la pena de la ceguera[152]. De esta manera, los que pecaron contra su Creador con el corazón y con el cuerpo, son castigados al mismo tiempo en el corazón y en el cuerpo. Y quienes, mientras vivían aquí, se entregaron a sus perversos placeres en ambos sentidos, reciben castigos también en ambos sentidos. Por eso, se dice rectamente por el profeta: *Bajaron al infierno con sus armas*[153]. Las armas de los pecadores son los miembros del cuerpo, con los cuales realizan los perversos deseos que conciben. De ahí que se diga por Pablo: *Ni hagáis ya de vuestros miembros armas de injusticia al servicio del pecado*[154]. Así pues, bajar con las armas al infierno, significa sufrir los tormentos del juicio eterno con esos mismos miembros con los que se realizaron los deseos voluptuosos, de manera que, quienes ahora, sometidos a sus propios placeres, pelean por todas partes contra la justicia del que juzga justamente, reciban luego dolor también por todas partes.

**98.** Es sorprendente lo que dice a continuación: *Y no hay orden*. Dios omnipotente, que castiga bien los males, no permite de ninguna manera que los tormentos carezcan de orden, porque los mismos suplicios, que vienen de la balanza de la justicia, no pueden ser infligidos sin orden. ¿Cómo es posible que no haya orden en los suplicios, si la retribución del castigo alcanza al condenado en modo proporcionado a su culpa? En verdad, está escrito: *Los poderosos serán poderosamente atormentados; y un tormento más*

152. La explicación gregoriana está en la base de la doctrina medieval que distingue dos tipos de penas en el infierno: la privación de la visión de Dios (pena de daño) y los tormentos padecidos (pena de sentido).

153. Ez 32, 27.

154. Rm 6, 13.

*terrible espera a los más fuertes*[155]. Sobre la condenación de Babilonia, se dice: *En proporción a su jactancia y a su lujo, dadle tormentos y llantos*[156]. Si, por tanto, la pena es proporcionada a la culpa, es evidente que en los suplicios se guarda un orden. Si las acciones meritorias no eliminasen el peso de los tormentos, no se diría que el Juez, cuando venga, dirá a los segadores: *Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla*[157]. Si no se guardara ningún orden en los suplicios ¿por qué atar la cizaña en gavillas para quemarla? Atar en gavillas para quemar significa poner juntos, emparejados, a los que son enviados al fuego eterno, de modo que a los que mancha una culpa semejante, reciban a la par la misma pena, y los que han sido manchados con una culpa diferente, reciban un tormento también diferente. De esta forma, la condena se aplica al mismo tiempo a los que una misma soberbia rebeló; y, a los que la ambición no ha hinchado de manera diferente, tampoco la aflicción los oprime de forma diferente, sino que la llama del tormento tortura a la par a los que la llama del pecado encendió, también a la par, en el fuego de la lujuria.

Así como: *En la casa de mi Padre hay muchas estancias*[158], según la diversidad de virtudes, así también, según la disparidad de delitos, se aplica a los condenados al fuego de la gehenna un suplicio diverso. Aunque la gehenna es una para todos, sin embargo, no a todos afecta de la misma manera. De la misma forma que a todos nos toca un único sol pero cada uno es calentado por él de manera diferente, porque el efecto del calor es diferente según las cualidades propias del cuerpo, así también, la gehenna, que aflige a los condenados, siendo una, no quema a todos por igual, ya que

155. Sb 6, 6.8; cf. *Dial* 4, 4 (SC 265, 124).
156. Ap 18, 7.
157. Mt 13, 30.
158. Jn 14, 2.

lo que aquí hace la dispar condición de los cuerpos, allí lo realiza la dispar causa de los méritos. ¿Cómo, pues, se puede decir que no hay orden en los suplicios, con los que cada uno es atormentado según su propia culpa?

**99.** El santo varón, después de haber hablado de la sombra de muerte, añade la gran confusión que se produce en la mente de los condenados, porque los mismos suplicios que se reciben según una ordenada justicia, no están ordenados, ciertamente, en el corazón de los que mueren. Como hemos dicho más arriba, mientras el condenado arde con la llama por fuera, es devorado por dentro con el fuego de la ceguera; y, puesto en medio del dolor, se confunde exterior e interiormente, de modo que es atormentado más severamente a causa de su confusión. Para los rechazados, pues, no habrá orden en el suplicio, porque la confusión misma de la mente les hiere más cruelmente en su muerte. No obstante, la equidad del Juez, con admirable potencia, ordena que una pena, como de forma desordenada, confunda el ánimo. Se dice, ciertamente, que no hay orden en los suplicios, porque no se conserva la naturaleza propia de cada una de las cosas destinadas a la pena. De ahí que se añada al momento:

LXVI **100.** *Y habita el horror sempiterno.* En los tormentos de esta vida, el temor comporta dolor, pero el dolor no conlleva temor, porque cuando se empieza a sufrir lo que se temía, el miedo ya no atormenta la mente. Por el contrario, la sombra de muerte oscurece el infierno, donde habita el horror sempiterno, ya que los condenados al fuego sienten el dolor en los suplicios y en la angustia opresora del dolor sufren siempre el pavor. De esa forma, sufren lo que temen y, continuamente, son atemorizados por lo que sufren. Sobre ellos, en efecto, está escrito: *Su gusano no morirá y su fuego no se apagará*[159]. Aquí la llama que encien-

159. Is 66, 24.

de, ilumina; allí, como hemos mostrado antes por las palabras del salmista, el fuego que atormenta, oscurece. Aquí, el miedo remite cuando se empieza a sufrir lo que se temía; allí, el dolor desgarra y el pavor oprime. Así pues, de forma horrorosa los réprobos sufrirán dolor con temor, llama con oscuridad.

Así, justamente así, el peso de la equidad divina debe caer sobre los condenados, para que, quienes no temieron enfrentarse, mientras vivían, a la voluntad del Creador, vean aumentados sus tormentos, proporcionados a las cualidades de cada uno y a su actual comportamiento, pues es a Dios a quien se enfrentaron, y los vean multiplicados, pues también de varias formas se enfrentaron. Los suplicios atormentan por encima de sus fuerzas a los que están inmersos en ellos y los mantienen en vida para arrancarles ininterrumpidamente la vida; los castigan agotando sus vidas, de tal forma que viven con un tormento sin término; los tormentos los llevan irremisiblemente al fin, y, sin embargo, sin debilitarse, duran sin fin. Así pues, para estos miserables, les corresponde una muerte sin muerte, un fin sin fin, un debilitamiento sin debilitamiento, porque la muerte vive, el fin siempre comienza y el debilitamiento no se debilita. Por tanto, como la muerte mata, pero no extingue; el dolor atormenta, pero no elimina el miedo; la llama quema, pero no aleja las tinieblas; según el conocimiento que tenemos de la vida presente, podemos afirmar que los suplicios, como no mantienen lo que correspondería a cada cosa, no siguen un orden.

**101.** Ese fuego no luce para consolar, sino que luce de forma que produce un tormento mayor. A la luz de su llama los condenados verán junto a ellos en el tormento a sus secuaces, por amor de lo cuales ellos pecaron: al comprobar su perdición, se afligen con una condena aún mayor, por haber amado sus vidas carnalmente contra los preceptos del Creador. Así lo advertimos en el evangelio, en que la Ver-

dad cuenta el caso de aquel rico que, condenado a los tormentos del fuego eterno, se acordó de sus cinco hermanos y pidió a Abrahán que les enviara una advertencia para que no sufrieran también ellos la misma pena en aquel lugar. Quien en el culmen de su dolor se acordó de sus familiares ausentes, es indudable que poco después pudo también verlos presentes, aumentando así su dolor. ¿Qué hay de sorprendente en que vea arder junto a sí a los réprobos, si en el culmen de su dolor, ve también en el seno de Abrahán a Lázaro, al que despreció? Si para aumentar su pena le apareció incluso un elegido, ¿por qué no se ha de creer que es posible ver en el suplicio a los que uno amó contra Dios? De lo cual se deduce que a los que ahora aman los réprobos desordenadamente, según el admirable orden del juicio, los verán de nuevo junto a sí en los tormentos, de modo que ese parentesco carnal que se antepuso al Creador aumente la pena del castigo, al ver ante sus ojos que reciben igual condena. Se debe, por tanto, creer que el fuego, que atormenta en la oscuridad, conserva también algo de luz para producir mayor tormento. Si no podemos probar esta afirmación con testimonios, no queda sino que la fundamentemos por otros caminos.

**102.** Tres jóvenes del pueblo judío, por mandato del rey caldeo, fueron arrojados a un horno encendido, atados de pies y manos. Cuando el rey, compadecido, se fijó en las llamas del horno, vio a los jóvenes caminando, con los vestidos intactos. A partir de lo cual se deduce claramente que, por un admirable designio del Creador, la naturaleza del fuego, transformada en una realidad diferente, no afectó a los vestidos, pero sí quemó las ataduras; la llama se enfrió para no producir ningún tormento a los santos varones y, al mismo tiempo, ardió para lograr su liberación. Por eso, así como el fuego es capaz de arder para confortar a los elegidos y no arde para atormentarlos, así también, de forma contraria, la llama de la gehenna no luce para dar consuelo

a los réprobos y, sin embargo, luce para castigarlos; de modo que a los ojos de los condenados el fuego del suplicio arde sin producir resplandor y, para colmo de dolor, muestra cómo son atormentados los amigos. ¿Qué hay, pues, de admirable, en creer que el fuego de la gehenna produce a la vez el suplicio de la oscuridad y de la luz, si sabemos por experiencia que la oscura llama de las antorchas ilumina? Entonces la llama devoradora consumirá a los que ahora mancha el placer carnal; entonces la infinita fosa del infierno devorará a los que ahora exalta la vanagloria; los réprobos que ahora han secundado, con el vicio que sea, la voluntad del astuto tentador, irán entonces con su jefe a los tormentos.

**103.** Aunque la naturaleza de los ángeles y de los hombres es muy diferente, sin embargo, una única pena corresponde a los que une un mismo pecado. Recta y resumidamente lo insinúa el profeta, que dijo: *Allí está Asur y toda su asamblea con sus sepulcros en torno a él*[160]. ¿A quién se designa con el nombre del soberbio rey Asur, sino al antiguo enemigo que, cayendo por orgullo, arrastró consigo a muchos en el pecado, cuando descendió a la prisión del infierno con toda su multitud? Los sepulcros cubren a los muertos. ¿Quién hay que haya sufrido muerte más atroz que él, que, despreciando a su Creador, abandonó la Vida? Cuando los corazones humanos acogen este muerto, ciertamente se convierten en su sepulcro. Sus sepulcros están en torno a él, porque a los que ahora toma para sepultarse en ellos, luego los llevará consigo a los tormentos. Como ahora los réprobos, cometiendo cosas ilícitas, acogen en sí mismos a los espíritus malignos, los sepulcros arderán luego con los muertos.

**104.** Pues bien, sabemos ya qué pena se reserva a los condenados; e instruidos por la Palabra divina, no tenemos

160. Ez 32, 22.

ninguna duda sobre el fuego condenatorio, sobre la oscuridad de este fuego, y sobre el pavor que provoca esta oscuridad. Pero, ¿de qué nos aprovecha saber estas cosas, si no conseguimos evitarlas? Por eso, debemos procurar con todo nuestro empeño, mientras dispongamos de tiempo, vivir rectamente y rechazar los tormentos que reciben en venganza los malvados. De ahí que se diga por Salomón: *Todo lo que encuentres a mano, hazlo con empeño, porque no hay obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría en el infierno a donde vas*[161]. También dijo Isaías: *Buscad al Señor mientras se le encuentra, llamadle mientras está cercano*[162]. Y Pablo dice: *Ahora es tiempo favorable, ahora es el día de la salvación*[163]. Y en otro lugar: *Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos*[164].

**105.** A menudo, sin embargo, el ánimo se determina a recorrer el camino de la rectitud, aparta el embotamiento y se deja llevar por el deseo de las cosas celestes con tal fuerza que le parece no quedar ya nada inferior a él. Cuando vuelve al cuidado de las cosas materiales, sin las cuales es imposible completar el camino de la vida presente, las realidades inferiores lo retienen de tal manera que parece como si nunca hubiera alcanzado ningún bien superior. Escuchando las palabras del oráculo celeste, se eleva al amor de la patria celeste, pero, al rebrotar en él el compromiso por la vida presente, se ve sepultado por el agobio de las preocupaciones terrenas. En la tierra del corazón ya no progresa la semilla de la esperanza divina, porque la ahogan los espinos de los pensamientos mundanos. La misma Verdad arranca estos espinos con la mano de la santa exhortación, diciendo: *No os preocupéis por el mañana*[165]. También Pablo

161. Qo 9, 10.
162. Is 55, 6.
163. 2 Co 6, 2.
164. Ga 6, 10.
165. Mt 6, 34.

dice contra ellos: *No os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias*[166]. En estas palabras del guía y del soldado reconocemos que el ánimo es alcanzado con herida mortal por esos espinos cuando no se conservan en él la equidad y la moderación.

**106.** Mientras aún se vive en una carne mortal no es posible prescindir totalmente de las preocupaciones materiales, sino que, para moderarlas, hay que atenderlas con ánimo discreto. La Verdad, que nos manda no preocuparnos por el mañana, sin negar la atención a las realidades presentes, prohíbe que esta atención se extienda al tiempo futuro. Pablo, por su parte, cuando no deja que los cuidados materiales se hagan desde el deseo desordenado, permite, sin embargo, que se atienda a lo que es necesario. La preocupación, pues, se ha de frenar con la discreción de una gran moderación, para que sirva y no domine. De modo que no venza el ánimo, como si fuera señora, sino que, sometida al dominio de la mente, esté al servicio como si fuera esclava; se presente cuando sea requerida y se aleje rechazada a una sugerencia del corazón; aparezca a la espalda del pensamiento santo y nunca se interponga frente al que medita cosas rectas.

Bien nos lo indica la historia de la Sagrada Escritura, cuando recuerda que Abrahán se encontró con tres ángeles[167]. Él salió al encuentro de los que se acercaban saliendo de la tienda; Sara, sin embargo, permaneció dentro, porque nuestro intelecto, como varón y señor de la casa espiritual, para entregarse con el pensamiento a la Trinidad, debe abandonar la tienda de la carne y cruzar, por así decir, la puerta de la estancia inferior. La preocupación de la carne, como una mujer, no debe aparecer fuera, y debe sentir vergüenza de mostrarse con jactancia, de modo que, como a

166. Rm 13, 14.

167. Cf. Gn 18, 2.

las espaldas del varón, bajo el discernimiento del espíritu, entregada únicamente a las cosas necesarias, evite aparecer desvergonzadamente, y sepa moderarse con modestia.

Con frecuencia, cuando se le dice que no sea presumida, sino que ponga toda su esperanza en Dios, lo rechaza, y, cesando en su compromiso, confía en poder disponer para sí de los auxilios de la vida. De ahí que Sara, al escuchar las promesas del Señor, se echó a reír: fue corregida por reírse, y, al aceptar la corrección, quedó encinta. Y así, la que en el vigor de la juventud no pudo quedar encinta, en los años de la vejez, con el seno marchito, concibió. Y es que, cuando la preocupación de la carne deja de confiar en sí misma, contra toda esperanza humana, recibe de la promesa divina lo que dudaba conseguir de la razón humana. Por eso, al que nace se le llama Isaac, que significa, «sonrisa»[168], porque cuando nuestra mente es alumbrada con la confianza de la esperanza divina, ¿qué da a luz, sino la alegría?. Así pues, hay que tener cuidado para que, por un lado, la preocupación de las cosas materiales no sobrepase los límites de la necesidad, y, por otro, la moderación en este punto no lleve a la presunción.

A menudo, el ánimo se equivoca al considerar como necesario todo lo que apetece, de modo que considera de estricta necesidad para la vida todo lo que le place. Como la providencia hace que lo obtenga, la mente hace crecer su confianza en sí misma. Y cuando ve que posee lo que a otros falta, se alegra, con callado pensamiento, del gran resultado obtenido. Pero, en realidad, tanto más se aleja del auténtico resultado, cuanto más ignora el orgullo que padece. Por eso, cualquier cosa que hagamos o que meditemos en el corazón, se ha de sopesar siempre con la intención y con so-

168. Cf. JERÓNIMO, *Liber quaestionum hebraicorum in Genesim* (CCL 72, 28).

lícita vigilancia, para que, la preocupación por las cosas terrenas no se multiplique por fuera, dañando la mente, o, al menos, el pensamiento no se ensoberbezca por dentro a causa de su moderación. De esta forma, cuando, temamos con circunspección temporal los juicios divinos, ahuyentaremos los suplicios del horror eterno.

# LIBRO DÉCIMO

**11.**[1]*Sofar de Naamat tomó la palabra y dijo:* [2]*¿No habrá respues-*
*ta para el charlatán? ¿Por ser locuaz va a tener razón?* [3]*¿Sólo ante*
*ti callarán los hombres? ¿Te mofarás sin que nadie te confunda?*
[4]*Tú has dicho: «Es pura mi palabra, soy irreprochable a tus ojos».*
[5]*¡Ojalá Dios hablara, que abriera sus labios para responderte* [6]*y te*
*revelara los secretos de la sabiduría y la multiplicidad de su ley, y*
*comprendieras que recibes de Dios castigos mucho menores de lo*
*que merecería tu iniquidad!* [7]*¿Acaso comprendes los vestigios de*
*Dios y llegas a la perfección del Omnipotente?* [8]*Es más alta que*
*los cielos, ¿qué harás tú? Es más profunda que el infierno, ¿qué*
*puedes tú saber?* [9]*Más larga que la tierra es su amplitud, y más*
*ancha que el mar.* [10]*Si todo lo somete y reduce todo a uno, ¿quién*
*se opondrá a Él?* [11]*Pues, Él conoce la vanidad de los hombres, y,*
*considerando la iniquidad, ¿no la va a tener en cuenta?* [12]*El hom-*
*bre vanidoso se levanta con soberbia y, como el asno salvaje, se*
*considera nacido libre.* [13]*Pero tú reafirmaste tu corazón y exten-*
*diste tus manos a Dios.* [14]*Si alejas la iniquidad que hay en tu mano*
*y no dejas que more en tus tiendas la injusticia,* [15]*entonces podrás*
*levantar tu cara sin mancha, te sentirás firme y sin temor.* [16]*Deja-*
*rás tu infortunio en el olvido y como agua pasada no lo recorda-*
*rás.* [17]*Al atardecer surgirá para ti una luz, como resplandor de me-*
*diodía; y cuando te consideres consumido, aparecerás como estrella*
*matutina.* [18]*Tendrás confianza, por la esperanza que se te ofrece;*
*y, aún después de confundido, dormirás tranquilo.* [19]*Descansarás y*
*nadie te turbará; y muchos buscarán tu rostro.* [20]*Mas los ojos de*
*los malvados languidecen; todo refugio les fracasa y su esperanza*
*es un abominio para el alma.* **12.** [1]*Job tomó la palabra y dijo:* [2]*En*
*verdad, vosotros sois los únicos hombres; la sabiduría morirá con*

*vosotros.* [3]*También yo tengo un corazón, como vosotros, y no soy inferior a vosotros. ¿Quién ignora lo que vosotros sabéis?* [4]*¿Quién hay como yo, que de él se ría su amigo, invoque a Dios y le escuche? La simplicidad del justo es motivo de risa.* [5]*Lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos; preparada en el tiempo establecido.*

## *Sentido alegórico y moral*

I **1.** Siempre que un fuerte atleta desciende al espectáculo de la arena, quienes tienen menos fuerzas, se enfrentan en combate con él y, en cuanto ha vencido a uno, otro en seguida se lanza a por él; superado también éste, se incorpora otro para encontrar más débiles las fuerzas del luchador; fuerzas que su misma victoria continua debilita. Cuando aparece otro, si no puede vencer por sus propias fuerzas, espera al menos superarlo por el cambio de luchador.

Así, justamente así, el santo Job, atleta fuerte, avanza en este espectáculo de hombres y ángeles, y muestra, por la constancia de su incansable vigor, cuánto vale frente al cambio de adversarios. El primero en oponerse a él fue Elifaz, el segundo Baldad y, por último, se incorpora Sofar para luchar contra él. Todos ellos se lanzan a herirlo con todo tipo de golpes, pero no consiguen alcanzar la altura de su robusto pecho. Sus mismas palabras demuestran claramente que dan golpes al aire, porque, refutando injustamente al santo varón, pierden las palabras con que golpean lanzándolas al vacío. Lo cual aparece con claridad cuando Sofar de Naamat comienza su respuesta con insultos y dice:

II **2.** *¿No habrá respuesta para el charlatán? ¿Por ser locuaz va a tener razón?* Es costumbre de los insolentes responder siempre a las palabras rectas acudiendo al enfrentamiento, para que, si coinciden con lo que se está diciendo, al menos no parezcan inferiores. Las palabras de los justos,

aunque sean pocas, les parecen muchas, porque como revelan sus vicios les pesa oírlas. Se considera un crimen que se hable contra las maldades con una recta exposición. Sofar, respondiendo a quien había formulado fuertes afirmaciones desde la verdad, le llama charlatán, porque cuando la sabiduría increpa las culpas por boca de los justos, suena como superflua locuacidad a los oídos de los necios. Los malvados no consideran nada recto, salvo lo que ellos mismos opinan; y consideran ociosas las palabras de los justos, simplemente porque ven que son diferentes de lo que ellos piensan. Ni siquiera miente Sofar cuando afirma que el charlatán no puede tener razón, ya que quien se derrama con sus palabras, perdida la gravedad del silencio, pierde la custodia de la mente. De ahí que esté escrito: *Fruto de la justicia es el silencio*[1]. También Salomón dijo: *Como ciudad abierta y sin murallas es el hombre que no puede dominar su espíritu al hablar*[2]. Y en otro lugar dice: *En el mucho hablar no falta pecado*[3]. De ahí, en fin, el testimonio del salmista, al decir: *El charlatán no progresará sobre la tierra*[4]. Se pierde la fuerza de una afirmación verdadera, que no se formula bajo el control de la discreción. Así pues, es verdad que el charlatán no puede tener razón. El bien no se dice rectamente porque no se tiene en cuenta a quién se dice. Una afirmación verdadera contra los malvados pierde su valor si ataca la rectitud de los buenos: si es fuerte lo que golpea, rebota embotada.

Ahora bien, como los malvados son incapaces de escuchar con paciencia cosas buenas y no se preocupan por cambiar de vida, se ciñen a las palabras de respuesta, como claramente revela Sofar, al añadir:

III **3.** *¿Sólo ante ti callarán los hombres? ¿Te mofarás sin que nadie te confunda?* La mente inexperta, como dijimos,

1. Is 32, 17.
2. Pr 25, 28.
3. Pr 10, 19.
4. Sal 140, 12.

malamente soporta las sentencias de la verdad; considera el silencio un castigo y todo lo recto que se dice le parece motivo de vergonzosa mofa; porque cuando la voz de la verdad llega a oídos de los malvados, la culpa muerde la memoria y si la mente, por dentro, es movida con el pensamiento a reconocer los vicios, por fuera se siente empujada al enfrentamiento. No logra soportar la voz, porque, tocada en la herida de su culpa, siente el dolor y sospecha que lo que se dice genéricamente de los perversos, le afecta a él de modo particular. Lo que por dentro recuerda haber hecho, le avergüenza oírlo por fuera. De ahí que se apreste al momento para la defensa, para tapar la vergüenza de su culpa con las palabras de una malvada refutación. Pues así como los rectos consideran una expresión de caridad la voz de corrección que les corrige de las cosas que no han hecho rectamente, así también los malvados las juzgan una injuria de la que hay que mofarse. Aquéllos se inclinan rápido en obediencia; éstos se levantan para una insolente defensa. Aquéllos consideran el auxilio de la corrección una protección para su vida, porque si la culpa es corregida durante la vida presente, se mitiga la ira del Juez que vendrá; éstos, cuando ven que se les corrige, se consideran golpeados por una espada, porque si la voz de corrección descubre la culpa, se ofusca la buena opinión que de ellos se tiene en la vida presente. Por eso, como alabanza del justo, la Verdad dice por Salomón: *Enseña al justo, y se alegrará de aprender*[5]. Y desprecia la obstinación de los malvados, diciendo: *El que corrige al arrogante se acarrea desprecio*[6]. Y es que sucede con frecuencia que, como no pueden defender el mal por el que son corregidos, por la vergüenza se hacen aún peores, y, así, en su defensa, se llenan de soberbia; buscan vicios contra la vida de los que les corrigen; y

5. Pr 9, 9. 6. Pr 9, 7.

si atribuyen maldades a otros, piensan que ellos ya no son malvados. Cuando no pueden encontrar culpas verdaderas, se las inventan, para hacer ver que también a los otros se les ha de increpar con una justicia semejante. De ahí que Sofar se lamente de que Job actúe como si se mofara del reproche y, al momento, añade mintiendo:

IV 4. *Tú has dicho: «Es pura mi palabra, soy irreprochable a tus ojos»*. Quien recuerde las palabras del santo Job, podrá reconocer con cuánta falsedad se replica a su voz. ¿Cómo puede declararse irreprochable, quien dijo: *Si quisiera justificarme, me condenaría mi boca; si me presentara inocente, Él probaría que soy culpable*[7]? Pertenece a la maldad de los perversos, el resistirse a llorar los propios males, siendo verdaderos, e inventar los ajenos. Casi disfrutan con el consuelo del farsante, sin con falsas palabras manchan la vida del que les corrige. No obstante, se ha de saber que, a menudo, escogen de palabra hacer el bien, para manifestar el mal que hay en los presentes, y, como si les importara, exigen la prosperidad, para parecer benignos. De ahí que Sofar, añada, diciendo:

V 5. *¡Ojalá Dios hablara, que abriera sus labios para responderte!* El hombre se habla a sí mismo, cuando, con su pensamiento, gracias al Espíritu de Dios, no se separa de la inteligencia procedente de la prudencia carnal; cuando la carne expresa el pensamiento, lo saca fuera de la mente, como forzando a comprender. De ahí que la Verdad diga a Pedro, dominado aún por la sabiduría terrena: *Tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres*[8]. Sin embargo, cuando hace una recta confesión, se le dice: *No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos*[9].

7. Jb 9, 20.
8. Mc 8, 33.
9. Mt 16, 17.

¿Qué son los *labios de Dios* sino su justicia? Cuando están cerrados los labios, la voz se contiene y se ignora el pensamiento del que calla. Cuando se abren, se pronuncia la palabra y se da a conocer el ánimo del que habla. Dios abre sus labios cuando revela su voluntad a los hombres mediante juicios manifiestos. Habla como si abriese la boca, cuando, removida la oscuridad del designio divino, deja de ocultar su voluntad. Como si tuviera los labios cerrados, no nos comunica su pensamiento, cuando, por medio de ocultos juicios, esconde los motivos de su actuar. Y así, Sofar, queriendo enseñar al santo Job que argumenta con pensamiento carnal y que él, sin embargo, actúa con gran benignidad, le desea bienes, que, aunque los tiene, ignora, diciendo: *¡Ojalá Dios hablara, que abriera sus labios para responderte!* Como si dijera manifiestamente: «Más que tu pena, me compadezco de tu inexperiencia, porque dotado únicamente de la prudencia de la carne, reconozco que careces del Espíritu de la verdad. Si conocieras los ocultos juicios de Dios, no pronunciarías contra Dios afirmaciones tan insolentes».

Como Dios omnipotente, cuando nos eleva a considerar sus juicios, aparta primero la ceguera de nuestra ignorancia y añade luego lo que nos hace avanzar en su conocimiento, abriendo sus labios, continua diciendo:

VI **6.** *Y te revelara los secretos de la sabiduría y la multiplicidad de su ley.* Las obras de la sabiduría divina son públicas cuando Dios omnipotente gobierna a los que crea, lleva a su perfección las obras buenas que comienza, y, con su inspiración, ayuda a los que ilumina con la luz de su visita. Es claro que guía con benevolencia a todos los que gratuitamente ha creado. Cuando concede dones espirituales, Él mismo lleva a cumplimiento lo que Él mismo comenzó movido por su propia benevolencia.

Son secretas las obras de la sabiduría divina, cuando Dios abandona a los que ha creado, cuando no lleva a cumpli-

miento las obras buenas que comenzó, cuando nos ilumina con la claridad de su luz y, sin embargo, permitiendo las tentaciones de la carne, nos turba con las tinieblas de la ceguera; cuando no protege los dones que concedió, cuando suscita en nuestra mente el deseo de Él y, sin embargo, por un oculto juicio, nos angustia con la dificultad de nuestra debilidad.

7. Pocos pueden indagar en los secretos de su sabiduría y ninguno logra descubrirlos, porque es justo que nosotros, todavía mortales, ignoremos las cosas que la sabiduría inmortal dispone sobre nosotros, no injustamente y sí por encima de nosotros. Intuir estos secretos de su sabiduría es ya, en cierto modo, contemplar su inabarcable potencia, porque aunque desfallezcamos en la indagación de sus designios, sin embargo, desfalleciendo, aprendemos con más verdad a temer a Dios.

Pablo tendía a estos secretos de la sabiduría, cuando decía: *¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció el pensamiento de Señor? O ¿quién fue su consejero?*[10]. Antes, desfalleciendo en esta indagación, pero progresando en el conocimiento de su propia debilidad gracias a su desfallecimiento, había dicho: *Hombre, ¿tú quién eres para responder a Dios? ¿Acaso dice la vasija al que la modeló: «Por qué me creaste así»?*[11]. Así pues, quien, no logrando alcanzar los misterios escondidos de Dios, vuelve al conocimiento de su propia debilidad, y, desfalleciendo, reflexiona sobre su propia experiencia, por así decirlo, encuentra, no encontrando, los secretos de la sabiduría; ya que, cuando desfallece en la búsqueda de los designios divinos, aprende a temer con más humildad. Y al que la propia debilidad apartó del conoci-

10. Rm 11, 33-34. 11. Rm 9, 20.

miento interior, la humildad lo une a él de forma más verdadera.

Sofar, experto por el estudio de la ciencia e ignorante por la audacia de su presuntuosa intervención, como carece de gravedad, desea al que es mejor que él lo que ya tiene, diciendo: *¡Ojalá Dios hablara, que abriera sus labios para responderte y te revelara los secretos de la sabiduría!* Deseándosela, alardea de una sabiduría, gracias a la cual se considera mejor que su amigo, cuando añade: *Y la multiplicidad de su ley*. ¿Qué se debe entender aquí por ley sino la caridad, por la cual se leen en la mente los preceptos de la vida que se deben llevar a la práctica? Sobre esta ley se dice por voz de la Verdad: *Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros*[12]. Pablo dijo de ella: *La plenitud de la ley es el amor*[13]. Y en otro lugar: *Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo*[14]. ¿Qué se puede entender por ley de Cristo más congruentemente que la caridad, que verdaderamente practicamos cuando soportamos por amor las cargas fraternas?

**8.** Se dice, además, que esta ley es múltiple, porque la caridad, con atenta solicitud, se extiende a todas las acciones virtuosas. Empieza con dos preceptos, pero se extiende a innumerables. El principio de esta ley es el amor a Dios y el amor al prójimo. En el amor a Dios se distinguen tres aspectos, porque se nos manda amar al Creador con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas[15]. Se debe advertir en este punto que la palabra divina, cuando manda amar a Dios, no sólo indica cómo hay que amarle, sino también cuánto, pues añade *con todo*, para que quien desee complacer a Dios perfectamente, no se reserve nada para sí. El amor al prójimo se traduce en dos preceptos, tal

12. Jn 15, 12.
13. Rm 13, 10.
14. Ga 6, 2.
15. Cf. Dt 6, 5; Mc 12, 30.

como se dice a cierto hombre justo: *No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti*[16]. La misma Verdad dice: *Lo que queráis que os hagan los hombres a vosotros, hacedlo vosotros a ellos*[17]. Cada uno de estos mandatos pertenece a cada uno de los testamentos: con el primero se vence la maldad, con el segundo se promueve la bondad, ya que quien no hace el mal que no desea padecer, deja de cometer obras malvadas; y, a su vez, quien impulsa el bien que le gustaría que se hiciera con él, realiza con bondad obras provechosas para el prójimo.

Cuando el corazón medita con solícita intención sobre estos preceptos se entrega al ejercicio de innumerables virtudes, de modo que no permite que la mente, inquietada por deseos inoportunos, se ocupe en cosas que no debe, o impide que la desocupación sea un obstáculo para realizar lo que debe. Cuando uno procura no hacer a otros lo que uno mismo no soporta, debe poner gran atención para que la soberbia no le domine, ni se engría hasta el punto de despreciar y humillar al prójimo, no sea que la ambición desgarre el pensamiento y, envidiando lo ajeno, acabe por perderse. Debe procurar que la lujuria no manche el corazón y, sometido a los deseos, se corrompa con cosas ilícitas; que la ira no le exaspere y no le empuje a proferir injurias; que la envidia no le muerda, y, celosa de la felicidad ajena, acabe por consumirle; que la locuacidad no encienda sin moderación la lengua y la lleve a detractar desenfrenadamente a otros; que la maldad no suscite odio y provoque que la boca lance dardos de maldición. A su vez, cuando piensa que debe hacer a otros lo que le gustaría que hicieran con él, procura responder al mal con bien, y al bien con lo que es aún mejor, de modo que manifieste la mansedumbre de la generosidad a los insolentes; ofrezca la gracia de la bondad

16. Tb 4, 15.

17. Mt 7, 12.

a los infectados con la peste de la maldad; reconcilie con la paz a los discordes; ciña con el deseo de la paz verdadera a los ya concordes; otorgue los bienes necesarios a los indigentes; manifieste el camino recto a los errantes; sane con la compasión y la palabra a los afligidos; aplaque con la increpación a los embebidos en los deseos mundanos; mitigue con el razonamiento las amenazas de los poderosos; alivie al máximo las angustias de los oprimidos; oponga paciencia a los que se resisten por fuera; con la paciencia manifieste disciplina a los que se engríen por dentro; la mansedumbre tempere el celo frente a los errores de los súbditos, de tal manera que el empeño por la justicia no resulte irritante; el celo lleve, sí, a la corrección, pero de tal manera que no supere el límite de la piedad; con beneficios provoque el amor en los desagradecidos; con su servicio conserve en el amor a los agradecidos; calle cuando no puede corregir las maldades del prójimo; tema consentir con el silencio cuando sea posible corregir hablando; tolere lo que calla, de tal manera que no oculte en el alma la amargura del dolor; manifieste el ejercicio de la bondad con los maleantes, de tal manera que no se aparte, por bondad, de la regla de la rectitud; procure al prójimo todo el bien posible, pero de forma que no se enorgullezca; por los bienes que procura, tema caer en el precipicio de la soberbia y se incapacite para hacer el bien; ofrezca lo que posee, de tal manera que espere sólo la generosidad de Dios; cuando se desprenda de sus bienes terrenos, no piense más de lo necesario en la propia pobreza y la tristeza no oscurezca la luz de la alegría que nace del dar.

**9.** Rectamente, pues, se dice que la ley de Dios es múltiple, porque la caridad, siendo una y la misma, cuando se apodera plenamente del alma, la lleva a realizar, de forma múltiple, innumerables obras. Describimos brevemente su diversidad si, sintetizando, enumeramos en los elegidos cada una de esas obras. Así, la caridad ofreció a Dios, por medio

de Abel, dones escogidos y soportó sin venganza la espada del hermano[18]. Enseñó a Henoch a vivir entre los hombres espiritualmente y lo apartó de los hombres llevándolo a la vida sublime, incluso corporalmente[19]. Reveló a Noé, una vez que todos habían sido rechazados, como el único agradable a Dios y lo implicó en la larga tarea de construir el arca y, por haber realizado esta buena obra, lo conservó en el mundo como superviviente[20]. Por medio de Sem y Jafet se avergonzó humildemente de la desnudez del padre y, cubriéndole con el manto la espalda, lo tapó sin verlo[21]. Levantó la diestra de Abrahán, dispuesto por obediencia a matar al hijo, y lo hizo padre de una prole innumerable, padre de naciones[22]. Dilató la mente de Isaac, que siempre conservó la pureza, para que viese el lejano futuro cuando ya los ojos estaban nublados por la edad[23]. Movió a Jacob a llorar con todo el corazón al hijo bueno perdido y a soportar con ecuanimidad la presencia de los hijos malvados[24]. Enseñó a José, vendido por los hermanos, a vivir como esclavo con la libertad de ánimo intacta y a gobernar después a esos mismos hermanos con una mente libre de resentimiento[25]. Hizo que Moisés se postrara hasta pedir la muerte en sus oraciones por el pueblo delincuente y lo levantó por celo hasta la destrucción del pueblo, de modo que se ofreció a la muerte por el pueblo que perecía y, al momento, se enfureció, en nombre del Dios airado, contra los pecadores[26]. Levantó el brazo de Finés para castigar a los pecadores, de modo que, empuñando la espada, atravesó a los fornicadores y airado aplacó la ira del Señor[27]. Enseñó al explorador Josué, primero a defender la verdad con la pa-

18. Cf. Gn 4, 4-8.
19. Cf. Gn 5, 24.
20. Cf. Gn 7, 6.
21. Cf. Gn 9, 23.
22. Cf. Gn 22, 10.
23. Cf. Gn 27, 1.
24. Cf. Gn 37, 34.
25. Cf. Gn 37, 28.
26. Cf. Ex 32, 33.
27. Cf. Nm 25, 8-9.

labra frente a los ciudadanos falseadores, y, después, a protegerla con la espada frente a los enemigos[28]. Presentó a Samuel humilde en el gobierno y lo mantuvo íntegro en el desprecio: al amar al pueblo que le perseguía, se dio a sí mismo testimonio de que no amaba el poder del que fue despojado[29]. Empujó a David a huir con humildad ante el rey inicuo y lo llenó de bondad para perdonar: huyó de su perseguidor, al que temía como soberano, y, sin embargo, cuando pudo herirlo, no lo consideró enemigo[30]. Suscitó a Natán con la autoridad de la libre corrección contra el rey pecador y, cuando el rey confesó el pecado, lo hizo postrarse humildemente para suplicar[31]. Por medio de Isaías, no se avergonzó de predicar en la desnudez de la carne y, quitado el velo de la carne, penetró los misterios divinos[32]. Enseñó a Elías a vivir con fervoroso celo y lo arrebató de esta vida, también con el cuerpo[33]. Instruyó a Eliseo para que amara con sencillez al maestro y lo llenó doblemente de su espíritu[34]. Por medio de ella, Jeremías desaconsejó al pueblo descender a Egipto y, sin embargo, amando al pueblo desobediente, bajó él mismo con el pueblo al que había prohibido bajar[35]. A Ezequiel, a quien primero sometió a deseos terrenales, después lo libró lavantándolo en vuelo por los pelos de la cabeza[36]. En Daniel, que alimentó sin probar los sacrificios del rey, cerró la boca de los leones hambrientos[37]. Sometió con tranquilidad el incendio de los vicios en los tres jóvenes y, en el tiempo de la tribulación, mitigó las llamas en el horno[38]. En Pedro resistió con fortaleza a las amenazas de los terribles gobernantes y, cuan-

28. Cf. Nm 14, 6-38.
29. Cf. 1 Sm 3.
30. Cf. 1 Sm 24, 6.18.
31. Cf. 2 Sm 12, 1.
32. Cf. Is 20, 2.
33. Cf. 2 R 2, 11.
34. Cf. 2 R 2, 10.
35. Cf. Jr 42, 18.
36. Cf. Ez 8, 3.
37. Cf. Dn 14, 40.
38. Cf. Dn 3, 50.

do se quiso suprimir la circuncisión, escuchó humildemente las palabras de los inferiores. En Pablo soportó humildemente la mano de los perseguidores y, sin embargo, en el tema de la circuncisión, reprochó audazmente la opinión de quienes eran superiores a él[39]. Múltiple es, en efecto, esta ley de Dios que, sin cambiar, se acomoda a cada caso, y, sin variar, aúna las situaciones más variadas.

10. Pablo indica rectamente la multiplicidad de esta ley, diciendo: *La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; no es ambiciosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad*[40]. La caridad es paciente, porque acepta ecuánimemente el mal que recibe. Es benigna, porque ofrece con generosidad bienes a cambio de males. No es envidiosa, porque como no apetece nada de este mundo ignora qué significa ignorar los éxitos terrenos. No es jactanciosa, porque deseando ardientemente el premio de la retribución interior, no se exalta por los bienes exteriores. No se engríe, porque dilatándose únicamente en el amor de Dios y del prójimo, ignora todo lo que se aparta de la rectitud. No es ambiciosa, porque cuanto más se preocupa interiormente de sus cosas, menos desea exteriormente las ajenas. No busca su interés, porque todo lo que aquí posee transitoriamente, lo descuida como si no fuera suyo, no reconociendo como propio sino lo que siempre permanece con él. No se irrita, porque, aunque reciba insultos, no abriga movimientos de venganza contra nadie, esperando, a cambio de sus grandes trabajos, premios aún mayores. No toma en cuenta el mal, porque consolidando la mente en el amor de la pureza, mientras arranca de raíz todo odio, no deja que se produzca en el ánimo nada que lo manche. No se alegra de la injusticia, porque deseando

39. Cf. Hch 15; Ga 2, 11.

40. 1 Co 13, 4-6.

dar únicamente amor a todos, no exulta ni siquiera con la ruina de los enemigos. Se alegra con la verdad, porque, amando a los demás como a sí mismo, se alegra del bien que ve en los otros, considerándolo como propio. Múltiple es, en efecto, esta ley de Dios, que, contra la flecha de cualquier culpa que pretende dar muerte al alma, protege con la armadura de su instrucción, de modo que, cuando el antiguo enemigo nos asedia de diferentes formas, nos defiende también de múltiples maneras. Si pensamos atentamente en esta ley, nos damos cuenta de cuánto ofendemos a diario a nuestro Creador. Si sopesamos las culpas, soportamos ecuánimemente los flagelos, y, cuando la conciencia se somete a su propio juicio, no salta con impaciencia por el dolor.

Por eso, Sofar, sabiendo lo que decía, pero ignorando a quién se lo decía, después de afirmar: *Y te revelara los secretos de la sabiduría y la multiplicidad de su ley*, añade:

VII **11.** *Y comprendieras que recibes de Dios castigos mucho menores de lo que merecería tu iniquidad.* Tal como hemos dicho, el dolor de los flagelos se modera cuando se reconoce la culpa, porque cuanto más pacientemente se soportan los instrumentos del médico, tanto más se percibe la infección que se cura. Por tanto, quien comprende la multiplicidad de la ley, descubre la pequeñez de las cosas que padece, porque al reconocer el peso de la culpa, se alivia la pena de la aflicción.

**12.** Se debe, además, saber que fue muy grande la maldad de Sofar al increpar a un hombre justo atribuyéndole la maldad. Por eso, la Verdad reprocha justamente su audacia, pero lo conduce benignamente a la gracia, porque ante el Juez misericordioso la culpa no queda nunca sin perdón, cuando en el fervor del celo se peca por su amor. A menudo, sucede que grandes y admirables doctores, en el fervor de una alta caridad, exageran el modo de su corrección y su lengua termina diciendo lo que no debía, porque el amor

inflama la mente en el cumplimiento del deber. No obstante, la palabra ofensiva se perdona en cuanto se piensa la raíz de la que procede. De ahí que el Señor mande rectamente por medio de Moisés: *Si uno se introduce en el bosque con un amigo para cortar leña, y se le escapa el hacha de la mano por el árbol y salta el hierro del mango y le da a su amigo y lo mata, éste huirá a una de las ciudades citadas y vivirá. No sea que algún pariente de aquel cuya sangre fue derramada, arrebatado de dolor, le persiga, le dé alcance y acabe con su vida*[41]. Vamos al bosque con un amigo siempre que con algún prójimo nos volvemos para considerar nuestros pecados; y cortamos leña cuando eliminamos los vicios de los pecadores con buena intención. Pero se escapa el hacha de la mano, cuando la increpación se hace más áspera de lo que es necesario. Salta el hierro del mango, cuando la palabra de corrección es excesivamente dura. Da al amigo y lo mata, cuando el ultraje nacido del espíritu de amor mata a su oyente. Y es que, la mente del corregido prorrumpe repentinamente en odio, si se le aplica más de lo necesario una increpación inmoderada. El que corta incautamente la leña y mata al prójimo, debe huir a tres ciudades, para vivir a salvo en una de ellas, porque si, convertido al llanto de la penitencia, se esconde en la unidad del sacramento, bajo la fe, la esperanza y la caridad, ya no es considerado culpable del homicidio cometido. El pariente del desaparecido no lo mata cuando lo encuentra, porque cuando venga el Juez severo, que se unió a nosotros haciéndose consorte de nuestra naturaleza, no temerá que se vengue su culpa, ya que se esconde bajo el perdón de la fe, la esperanza y la caridad. Así pues, se perdona en seguida la culpa que se comete sin maldad. De ahí que Sofar llame inicuo a quien la sentencia divina había alabado; y, sin embargo, aún siendo reproba-

41. Dt 19, 5-6; cf. *Reg Past* II, 10 (BPa 22, 232-233).

do, no es excluido del perdón, porque pronunció palabras injuriosas movido por el celo del amor divino.

Como no conoce los méritos del santo Job, continúa todavía con su burla, diciendo:

VIII **13.** *¿Acaso comprendes los vestigios de Dios y llegas a la perfección del Omnipotente?* ¿A qué llama *vestigios de Dios* sino a la benignidad de su visita? A partir de ellos progresamos hacia los bienes supremos cuando somos tocados por el soplo de su Espíritu y, apartados de las angustias de la carne, reconocemos por el amor la belleza que seguimos de nuestro Creador, ofrecida a nuestra contemplación. Pues cuando el amor de la patria espiritual inflama nuestra mente, insinúa el camino a seguir; y se imprime en nuestro corazón, como si fuera el suelo, la huella de las pisadas de Dios, de modo que gracias a ellas, los pasos rectos de nuestros pensamientos se mantienen en el camino de la vida. Al que todavía no vemos, es necesario que lo busquemos a partir de las huellas de su amor, de modo que el alma llegue un día a alcanzar la belleza de la contemplación, que ahora explora por medio de santos deseos, siguiéndola como por la espalda. Bien sabía el salmista seguir estas huellas de nuestro Creador, cuando decía: *Mi alma se une en pos de ti*[42]. Pretendía, además, llegar a la visión de su grandeza, diciendo: *Mi alma tiene sed del Dios vivo; ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?*[43]. En verdad, se llega al Omnipotente con conocimiento manifiesto, cuando, aplastada totalmente la corrupción de nuestra condición mortal, y elevados al cielo, se contemple la claridad de su divinidad. Ahora, sin embargo, la gracia del Espíritu Santo, que se nos ha concedido, eleva nuestro ánimo apartándolo del pensamiento carnal y nos levanta provocando el desprecio de las cosas pasajeras. La mente desprecia todas las bajezas que

42. Sal 63, 9.

43. Sal 42, 3.

antes apetecía, se enciende en deseos divinos, y, con la fuerza de su contemplación, es arrebatada fuera de la carne, estando todavía sometida en la carne al peso de su corrupción. Se empeña en intuir el fulgor de su luz infinita y no puede, porque, atrapado el ánimo en su debilidad, no consigue penetrar en ella, y, sin embargo, aunque se siente rechazado, la ama. El Creador ya nos ha revelado de Sí lo que se ha de amar, pero la belleza de su visión aún no la concede a los que le aman. Por eso, quienes seguimos al que aún no vemos, mediante los signos de sus dones, caminamos viendo únicamente sus vestigios. No pueden comprender sus vestigios, porque se ignora de dónde, en dónde y por qué medios vienen los dones de su Espíritu. Así lo atestigua la Verdad, que dijo: *El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va*[44]. En el culmen de la recompensa se puede encontrar al Omnipotente mediante la contemplación de su belleza, pero no se puede alcanzar su perfección, porque, aunque lo contemplemos en su claridad, no captaremos plenamente su esencia[45]. La mente angélica, como la humana, anhela la luz infinita, pero por el hecho de ser criatura, la restringe; tiende, ciertamente, a elevarse por encima de sí, pero, ni siquiera dilatada, llega a contener su resplandor, porque Dios, tras-

44. Jn 3, 8.

45. La visión beatífica revela a Dios tal cual es; el hombre, sin embargo, como el ángel, no llega a abarcar la grandeza de su Luz, no porque ésta no se dé a la criatura en su infinito esplendor, sino porque la criatura, siendo limitada, no puede encerrarla en su visión limitada; cf. *Mor* 2, 3; 4, 19; 5, 66 (BPa 42, 130-131; 256; 348-349). Gregorio matiza así, sutilmente, la concepción oriental, según la cual, de Dios se contemplará su Semejanza, pero no su esencia; la Semejanza divina revela la manifestación de la acción de Dios «hacia fuera», nunca lo escondido y secreto de su Misterio, cf. Ps.-Dionisio Areopagita, *Jerarquía celeste*, IV, 3; VII, 2 (BAC 511, 138; 255).

cendiendo, llevando y completando todas las cosas, las encierra dentro de Sí. De ahí que todavía añada:

IX **14.** *Es más alta que los cielos, ¿qué harás tú? Es más profunda que el infierno, ¿qué puedes tú saber? Más larga que la tierra es su amplitud, y más ancha que el mar.* Que se diga que Dios es más alto que los cielos, más profundo que el infierno, más largo que la tierra y más ancho que el mar, es algo que se debe entender en sentido espiritual, pues no es posible tener de Él una percepción según los parámetros corporales. Es más alto que el cielo porque su Espíritu no tiene límites y todo lo trasciende; es más profundo que el infierno porque trascendiéndolo lo domina; es más largo que la tierra porque con su eternidad supera la condición de la criatura; es más ancho que el mar porque rige y domina los flujos de los sucesos temporales de tal manera que los abarca conteniéndolos bajo la omnímoda presencia de su potencia.

Con el nombre de *cielo* se puede también entender los ángeles; con la palabra *infierno* se puede designar a los demonios; por *tierra* se puede dar a entender los hombres justos y por *mar* a los pecadores. Así, es más alto que el cielo porque los mismos espíritus elegidos no logran penetrar perfectamente en la visión de su grandeza. Es más profundo que el infierno porque condena la astucia de los espíritus malignos, juzgándola mucho más sutilmente de lo que ellos mismos piensan. Es más largo que la tierra porque la paciencia de la longanimidad divina supera nuestra longanimidad, gracias a la cual nos soporta a nosotros que somos pecadores y lleva a los convertidos a los premios de la recompensa. Es más ancho que el mar porque con la presencia de su retribución controla por todas partes los hechos de los pecadores, de modo que, cuando su presencia no se percibe con los sentidos, se siente al menos por su juicio.

**15.** Todas estas cosas se pueden referir también al hombre, de modo que es cielo cuando por el deseo se une ya a

los bienes supremos; es infierno cuando, perturbado por la oscuridad de sus tentaciones, yace en las cosas más bajas; es tierra porque, enraizado en las buenas obras, fructifica por la fecundidad de la esperanza; es mar porque ante ciertas cosas se estremece y se agita con el viento de su condición cambiante. Pero Dios es más alto que el cielo porque somos vencidos por la magnitud de su potencia incluso cuando nos elevamos por encima de nosotros mismos. Es más profundo que el infierno porque su juicio es mayor que el análisis que el mismo ánimo humano hace de sí en medio de las tentaciones. Es más largo que la tierra porque nuestra esperanza no puede comprender ahora los frutos de vida que se nos otorgarán al final como recompensa. Es más ancho que el mar porque la fluctuante mente humana hace muchas conjeturas sobre el futuro, pero, cuando empiece a contemplar lo que era objeto de su conjetura, reconocerá qué estrecho había sido en su estimación.

Así pues, se descubre a Dios más alto que el cielo cuando nuestra misma contemplación se pierde en Él. De ahí que el salmista, que había puesto su corazón en las alturas, sintiese que aún no lo había alcanzado, al decir: *Admirable es tu ciencia para mí; demasiado elevada, no puedo alcanzarla*[46]. Sabía que Dios es más profundo que el infierno, quien, examinándose a sí mismo pero temiendo los juicios divinos más sutiles, decía: *Mi conciencia nada me reprocha, mas no por eso quedo justificado; quien me juzga es el Señor*[47]. Veía que era más largo que la tierra, cuando consideraba que los deseos de la mente humana son siempre inferiores a Él, diciendo: *A Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar*[48]. Observaba que era más ancho que

46. Sal 139, 6.
47. 1 Co 4, 4.
48. Ef 3, 20.

el mar, quien pensaba con temor, que la mente humana no puede conocer la inmensidad de su rigor, más aún fluctuando en su indagación, al decir: *¿Quién conoce la fuerza de tu ira, y, temiéndote, tu indignación?*[49]. El egregio doctor rectamente nos habla de su potencia, cuando brevemente narra: *Para que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad*[50]. En verdad, Dios tiene anchura, porque extiende su amor hasta acoger a los que le persiguen. Tiene también longitud, porque nos soporta con generosidad conduciéndonos a la patria de la vida. Tiene altura, porque trasciende la inteligencia de quienes son recibidos en la asamblea celeste. Tiene profundidad, porque hace salir incomprensiblemente su severo juicio a lo más bajo para juzgar a los condenados.

Cada una de estas cualidades la ejercita sobre nosotros en esta vida, porque muestra su anchura amándonos, su longitud soportándonos, su altura superando no sólo nuestra inteligencia sino también nuestros deseos, y su profundidad juzgando con rigor los movimientos ilícitos y ocultos de nuestros pensamientos. Nadie sane cómo son de inescrutables su altura y su profundidad, sino quien, o bien por la contemplación es elevado a los bienes supremos, o bien, resistiendo a los movimientos ocultos, ha empezado a ser turbado con la importunidad de las tentaciones. De ahí que se le diga al santo Job: *Es más alta que los cielos, ¿qué harás tú? Es más profunda que el infierno, ¿qué puedes tú saber?* Como si claramente, con desprecio, se le dijera: «¿Cuándo alcanzarás a conocer su excelencia y profundidad, tú que ignoras lo que significa ser elevado por la virtud a los bienes supremos o reprenderte a ti mismo en las tentaciones?». Sigue:

X **16.** *Si todo lo somete y reduce todo a uno, ¿quién se opondrá a Él?* ¿Quién le puede decir: «Por qué actúas así»?

49. Sal 90, 11.

50. Ef 3, 18.

El Señor somete el cielo cuando, por un terrible y oculto designio, destruye la altura de la contemplación humana. Somete el infierno, cuando permite que el alma de cada uno, aterrorizada en medio de sus tentaciones, caiga en una situación aún peor. Somete la tierra, cuando introduciendo adversidades interrumpe la fructificación de una buena obra. Somete el mar, cuando confunde la fluctuación de nuestra titubeante mente con la aparición de un inesperado temor. En verdad, el corazón ansioso duda y tiembla con sus propios titubeos, y es sometido como el mar, cuando nuestro mismo temblor ante Dios se turba al considerar su tremendo juicio. Así pues, ya hemos dicho brevemente cómo somete el cielo, el infierno, la tierra y el mar; queda ahora una tarea aún más fatigosa: mostrar cómo puede reducir todo a unidad.

**17.** Ocurre con frecuencia que el espíritu eleva ya la mente a los bienes supremos, pero la carne, sin embargo, la asalta con importunas tentaciones. Mientras el ánimo es llevado a contemplar realidades celestes, es turbado con imágenes de acciones ilícitas. El empuje de la carne hiere repentinamente al que ya había sido arrebatado fuera de la carne a la contemplación de realidades santas. Cielo y tierra, por tanto, se ven obligados a convivir cuando la elevada contemplación ilumina y la importunidad de la tentación oscurece a una misma y única mente, de modo que ve, entendiendo, lo que desea, y, sucumbiendo en su pensamiento, soporta lo que le avergüenza.

Del cielo, en verdad, viene la luz. En el infierno, sin embargo, se encuentran las tinieblas. Cielo e infierno se reducen a uno, cuando la mente, que considera ya la luz de la patria celeste, lleva también las tinieblas de la tentación oculta procedente del combate de la carne. Ciertamente, Pablo ya había subido al tercer cielo, ya conocía los secretos del paraíso y, sin embargo, todavía gemía soportando el combate de la carne, diciendo: *Veo otra ley en mis miembros*

*que lucha contra la ley de mi mente y me conduce cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros*[51]. ¿Qué se juntaba, sino el cielo y el infierno, en el pecho de este gran predicador, que había recibido ya la luz de la visión interior y, sin embargo, soportaba todavía las tinieblas de la carne? Veía sobre sí lo que deseaba con alegría; descubría en sí lo que le hacía sufrir con temor. Ya lo irradiaba la luz de la patria celeste, pero todavía la oscuridad de la tentación confundía su ánimo. Soportó, pues, el cielo con el infierno, ya que, iluminado, se elevaba con seguridad y, tentado, se postraba con llanto.

**18.** Sucede también con frecuencia que la fe ya es vigorosa en la mente, y, sin embargo, en algunos aspectos todavía la consumen las dudas, de modo que, con seguridad se eleva sobre las cosas visibles y, al mismo tiempo, con inseguridad se ve perturbada por ciertas cosas. A menudo se levanta deseando los bienes eternos y, agitada por pensamientos que la turban, entra en contradicción consigo misma. Así, tierra y mar se hacen una sola cosa, cuando la certeza de una sólida fe robustece la misma y única mente que, sin embargo, por cierto resto de incredulidad, se ve sacudida por el viento de la duda. ¿Acaso no había experimentado cómo tierra y mar coincidían en su pecho, quien, esperando por la fe y fluctuando por la incredulidad, decía: *Creo, Señor, ayuda mi incredulidad*[52]? ¿Qué significa que afirme creer y pida ser ayudado en su incredulidad, sino que había comprendido que en sus pensamientos se juntaba la tierra con el mar, él, que ya había empezado a orar, seguro como estaba gracias a la fe, y, sin embargo, soportaba todavía las olas de la incredulidad, inseguro por la falta de fe?

**19.** No obstante, por un oculto designio, Dios permite que la mente, cuando ya empieza a alcanzar la rectitud, sea

51. Rm 7, 23.

52. Mc 9, 23.

atacada por lo que aún le queda de perversidad, para que, gracias a ese mismo ataque, ejercite su resistencia o caiga seducida por los placeres. Por eso, ahora, rectamente se dice: *Si todo lo somete y reduce todo a uno, ¿quién se opondrá a Él?* O bien: *¿Quién le podrá decir: «Por qué lo haces así»?*[53]. Y es que, el juicio divino ni puede debilitarse por la adversidad ni puede ser conocido con un examen, cuando retira las virtudes que había concedido o cuando, sin retirarlas, permite el ataque de los vicios. Pues, con frecuencia, el corazón se llena de orgullo cuando, gracias a felices sucesos, se robustece en la virtud, pero, cuando el Creador observa ocultos movimientos de audacia en el pensamiento, lo abandona a sí mismo mostrándole que sólo es un hombre, a fin de que su mente, abandonada, descubra quién es en realidad la que se alegraba equivocadamente estando segura de sí. Por eso, al decir que todo lo somete y que lo reduce a una sola cosa, añade en seguida:

XI **20.** *Pues, Él conoce la vanidad de los hombres, y, considerando la iniquidad, ¿no la va a tener en cuenta?* Como si manifestando las premisas sacara la conclusión, diciendo: «Como ve que al tolerar los vicios, éstos crecen, confunde los dones juzgándolos». En la descripción se guarda un recto orden: primero se reconoce la vanidad y después se alude a la iniquidad. Toda iniquidad es vanidad. Sin embargo, no toda vanidad es iniquidad. Hacemos cosas vanas siempre que pensamos en cosas pasajeras. De ahí que llamemos evanescer a lo que rápidamente desaparece de la vista del que mira. Por eso dijo el salmista: *Vanidad total es todo hombre que vive*[54], porque, como viviendo se encamina a la muerte, se dice ciertamente que es vanidad. Ahora bien, rectamente no se dice que sea iniquidad, porque si bien es verdad que perece como castigo a su pecado, no es, sin em-

53. Jb 9, 12.

54. Sal 39, 6.

bargo, pecado lo que le acontece en la vida. Vanas son, en efecto, las cosas que pasan. Por eso, también por Salomón se dice: *Todo es vanidad*[55].

**21.** No obstante, con facilidad llega la iniquidad después de la vanidad, ya que, mientras pasamos por algunas cosas transitorias, nos atamos a algunas de ellas perjudicialmente; y, como la mente no se mantiene inalterada, escapando de sí misma, se abandona a los vicios. Así, acostumbrada a cosas cambiantes, pasa de la vanidad a la iniquidad, y, mientras es llevada de una cosa a otra, se ve manchada por culpas que van surgiendo.

Por la palabra *vanidad* se puede entender también la culpa y con el término *iniquidad* se puede designar el pecado más grave. Si la vanidad no fuese a veces culpa, el salmista no habría dicho: *Nada más en imagen de Dios camina el hombre. En vano se agita; acumula riquezas y no sabe para quién las amontona*[56]. Aunque conservamos en la naturaleza la imagen de la Trinidad, sin embargo, turbados por los vanos movimientos del placer, pecamos con nuestro comportamiento. Alternando siempre en nosotros, la pasión nos golpea, el miedo nos abate, la alegría nos seduce y el dolor nos aflige. Por eso, como se ha dicho antes, de la vanidad pasamos a la iniquidad, cuando primero consentimos con faltas leves y, como la costumbre hace que todo parezca leve, después ya no tememos cometer las que son más graves. Así, cuando se deja de moderar la lengua diciendo palabras ociosas, debido a una arraigada costumbre, se llega con atrevimiento a palabras nocivas; cuando se alimenta la gula, se cae en una demente labilidad; y cuando la mente renuncia a someter los placeres de la carne, se precipita con frecuencia en la vorágine de la perfidia. Por eso, Pablo, considerando los daños del pueblo de Israel, para impedir males inminentes a

55. Qo 1, 2.

56. Sal 39, 7.

sus oyentes, se preocupó de narrar con orden los males cometidos, diciendo: *No os hagáis idólatras como algunos de ellos, según dice la Escritura: «Se sentó el pueblo a comer y a beber y se levantó a divertirse»*[57]. En verdad, el comer y el beber les empujó a la diversión; la diversión les llevó a la idolatría, porque si no se reprime con precaución la culpa de la vanidad, la mente incauta es devorada al momento por la iniquidad, tal como Salomón atestigua al decir: *El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá*[58]. Si descuidamos las cosas pequeñas, seducidos insensiblemente, cometemos con atrevimiento también las mayores.

Adviértase que no se dice «viendo la iniquidad», sino *considerando la iniquidad*. Las cosas que consideramos las observamos más atentamente. Y así, Dios conoce la vanidad de los hombres y considera su iniquidad, porque no deja sin castigo las culpas menores y se aplica con mayor empeño a golpear las mayores. Ahora bien, como se empieza por las maldades más leves y se pasa luego a las más graves, la vanidad obnubila la mente, mientras la iniquidad la ciega. La mente, en cuanto pierde la luz, se eleva con una soberbia tanto mayor, cuanto más se aleja de la verdad, atrapada en los lazos de la iniquidad. De ahí que, oportunamente, exprese dónde la vanidad se puede juntar con la iniquidad, cuando añade de repente:

XII **22.** *El hombre vanidoso se levanta con soberbia*. En verdad, el fin de la vanidad consiste en que, cuando el pecado hiere la mente, debido a la culpa, la hace arrogante. Así, olvidado su pecado, no siente dolor por haber perdido la inocencia y, cegada por un justo juicio, pierde a la vez la humildad. Sucede entonces con frecuencia que, sirviendo a deseos perversos, aparta de sí el yugo del temor divino y, como si fuera libre para cometer maldades, se entrega a sa-

57. 1 Co 10, 7.

58. Si 19, 1.

tisfacer todo lo que la pasión le sugiere. Por eso, al decir que el hombre vanidoso se levanta con soberbia, añade a continuación:

XIII **23.** *Y, como el asno salvaje, se considera nacido libre.* Con *asno salvaje* se designa a todo animal salvaje que, abandonado a los instintos de la naturaleza, no está sometido a las riendas de un amo. Los animales salvajes son libres, van donde quieren y descansan cuando están cansados. Aunque el hombre sea mucho mejor que los animales privados de razón, sin embargo, en muchas ocasiones no le está permitido al hombre lo que es lícito para los animales. Ellos no deben preservarse para otra vida, por eso no deben someter sus movimientos a disciplina. El hombre, sin embargo, como se encamina a la vida futura, es necesario que en todos sus movimientos esté sujeto con los lazos de una ordenada disciplina, y, como animal doméstico sometido a unas riendas, viva subordinado a disposiciones eternas. Por tanto, quien busca satisfacer todo lo que le apetece con una desenfrenada libertad, ¿qué otra cosa desea sino ser semejante al asno salvaje, para no estar ahora sujeto a ninguna rienda de disciplina, y poder correr suelto, caprichosamente, por la selva de sus deseos?

**24.** La misericordia divina, a los que ve correr desenfrenadamente con una ilícita libertad, los frena con el obstáculo de una rápida adversidad, para que, bloqueados, aprendan cuan reprobable es el orgullo que les engríe, y, domados ya por la experiencia del fracaso, como jumentos domésticos, sometan la cerviz de la mente a las riendas de los preceptos y puedan recorrer los caminos de la vida presente atendiendo al que los guía. Bien se sabía cometido a riendas, quien decía: *He sido hecho como jumento ante ti y siempre estoy contigo*[59]. También, por eso, el cruel perseguidor,

59. Sal 73, 23.

llevado de la pérfida pasión salvaje a la casa de la fe, pegado a los pasos de su guía, escuchaba: *Te es duro dar coces contra el aguijón*[60]. Queda, entonces, que si no queremos ser semejantes al asno salvaje, busquemos primero en todo lo que deseamos la indicación de la voluntad divina, para que nuestra mente, en todo cuanto emprenda, esté sujeta a la rienda del gobierno divino y pueda cumplir mejor sus propósitos en orden a la vida, precisamente por someter los proyectos de la vida presente, actuando contra la propia voluntad. Sofar pronunció muchas palabras fuertes, pero ignoraba que se las decía a uno mejor que él. Por eso, le increpa añadiendo:

XIV 25. *Pero tú reafirmaste tu corazón y extendiste tus manos a Dios.* No se dice en este lugar que haya reafirmado su corazón por la virtud, sino por la insensibilidad. Todo ánimo que se somete a la consideración del juicio interior, se debilita al instante por el temor a Dios y es atravesado por la flecha del miedo divino, porque la humildad produce entrañas débiles. Por el contrario, todo el que se endurece con una pertinaz insensibilidad, como si reafirmara el corazón, no es traspasado por los dardos del temor divino. Por eso, el Señor dice a algunos por medio del profeta: *Os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne*[61]. En verdad, arranca el corazón de piedra cuando quita de nosotros la dureza de la soberbia y nos concede un corazón de carne cuando transforma nuestra dureza en sensibilidad.

Las manos, como ya hemos enseñado repetidas veces, designan las obras. Tender con culpa las manos a Dios significa llenarse de soberbia por la virtud de las obras contra la gracia del Dador. El que hablando ante la mirada del Juez eterno se atribuye las obras buenas que hace, tiende las

60. Hch 26, 14. 61. Ez 36, 26.

manos a Dios con soberbia. Así atacan los réprobos a los elegidos, así atacan siempre los herejes a los católicos[62]: como no pueden criticar sus acciones, intentan reprender a los buenos por el orgullo de sus obras, de modo que, a los que no pueden corregir por la debilidad en el actuar, los acusan de pecar de orgullo. El bien que realizan exteriormente, no lo consideran bien, como si hicieran alarde de él con torcida intención. Llenos de orgullo, critican con frecuencia las cosas humildes y no saben que con sus palabras se hieren a ellos mismos.

Como hasta el momento Sofar ha corregido con su reprensión a un hombre que es justo, ahora, como si le diera una lección, añade:

XV **26.** *Si alejas la iniquidad que hay en tu mano y no dejas que more en tus tiendas la injusticia, entonces podrás levantar tu cara sin mancha, te sentirás firme y sin temor.* Todo pecado se comete o de pensamiento solo o de pensamiento y obra. La iniquidad es el pecado en el obrar; la injusticia en la tienda es la iniquidad en la mente. No sin razón se llama *tienda* a nuestra mente, pues en ella nos escondemos cuando no somos vistos fuera en la acción. Y así, Sofar, como es amigo del hombre justo, sabe lo que dice, pero como increpa al que es justo, manteniendo la apariencia de los herejes, no sabe expresar rectamente lo que sabe. Por nuestra parte, dejando a un lado el que hable desde el orgullo, pensemos en la rectitud de sus palabras y si se dicen con acierto. Primero exhorta a apartar de la mano la iniquidad y, después, a alejar de la tienda la injusticia. Y es que, el que empieza ya a arrancar de sí exteriormente las obras malvadas, es necesario que, volviendo sobre sí mismo, examine con solicitud la intención de su mente, para que la culpa, que ya ha desaparecido de su actuar, no permanezca

62. Cf. supra *Mor* 8, 61.

todavía en su pensamiento. De ahí que se diga rectamente por Salomón: *Ordena tus trabajos de fuera y prepara tus faenas en el campo; y después puedes construirte tu casa*[63]. ¿Qué significa ordenar los trabajos de fuera y preparar las faenas en el campo, sino, arrancadas las malas hierbas de la iniquidad, cultivar con esmero nuestro obrar para que produzca el fruto de la recompensa? ¿Qué significa construir una casa después de realizadas las labores del campo, sino que muchas veces aprendemos de las obras buenas cuánta pureza de vida debemos construir en el pensamiento? Casi todas las obras buenas proceden del pensamiento, pero hay algunas intuiciones que nacen de la acción, pues de la misma forma que la obra toma fuerza del ánimo, así también el ánimo, por su parte, se instruye por la acción. En verdad, la mente, captando los inicios del amor divino, ordena que se hagan las obras buenas, pero después que se han empezado a realizar las obras mandadas, aprende de esas mismas obras que era poco lo que sabía cuando empezó a ordenar que se realizaran esas obras. Así pues, se realizan las tareas del campo, por fuera, y, luego, se construye la casa, porque, muchas veces, a partir de la obra exterior podemos saber cuánta rectitud guardamos en el corazón. Sofar procuró seguir este orden, cuando dijo que primero había que quitar la iniquidad de las manos y después la injusticia de la tienda. Y es que, el ánimo no puede ser plenamente recto en el pensamiento si todavía se equivoca exteriormente al actuar.

**27.** Si mantenemos perfectamente limpios estos dos aspectos, podemos elevar a Dios un rostro sin mancha. En verdad, la mente es el rostro interior del hombre, en ella podemos reconocer que somos amados por nuestro Creador. Elevar el rostro es levantar el ánimo a Dios mediante

63. Pr 24, 27.

la entrega a la oración. Pero la mente elevada se mancha si la conciencia del propio pecado acusa la mente orientada a Dios; se aleja al momento de la confianza propia de la esperanza si, entregada a la oración, siente el remordimiento de una culpa aún no vencida. Desconfía de poder recibir lo que desea, pues se da cuenta de que todavía no quiere hacer lo que ha oído al Señor. De ahí que se diga por Juan: *Si nuestro corazón no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios; y cuanto pidamos lo recibimos de Él*[64]. También Salomón dijo: *El que aparta su oído para no escuchar la ley, hace execrable su oración*[65]. El corazón nos reprende en la oración, cuando se da cuenta de estar poniendo resistencia a los mandatos de Aquel a quien pide. La oración se hace execrable, cuando se aparta de la corrección de la ley; porque es justo, ciertamente, que no se reciban beneficios de Aquel cuyos mandatos no se desean cumplir.

**28.** El remedio saludable para esto es que, cuando la mente se dé cuenta de ser culpable, llore, primero, en la oración el error cometido. Si la mancha del error se lava con el llanto, Dios ve puro su rostro en la oración. Pero se debe tener cuidado de no volver a caer en el pecado que lavó con el llanto, no sea que, volviendo a cometer la culpa ya lavada, esos mismos lamentos pierdan su valor a los ojos del Juez justo. Debemos recordar con atención lo que se dice: *En tu plegaria no repitas palabras*[66]. Con esta afirmación el hombre sabio no prohíbe pedir con frecuencia el perdón, sino repetir las culpas. Como si abiertamente dijera: «Cuando llores el mal que has hecho, no vuelvas a hacer lo que tendrás que llorar de nuevo en la oración».

**29.** Por eso, para elevar sin mancha el rostro en la plegaria, antes de entregarse a la oración, se debe siempre exa-

64. 1 Jn 3, 21-22.
65. Pr 28, 9.
66. Si 7, 14.

minar solícitamente todo lo que puede ser reprobado y se debe procurar presentar la mente tal como se desea que aparezca ante el Juez durante la oración. A menudo, cuando dejamos la plegaria, introducimos en el ánimo ciertos pensamientos impuros e ilícitos. Entonces, cuando la mente se aplica a la oración, padece la turbación de esas imágenes en las que antes se había entretenido voluntariamente. Y así, es como si ya no pudiera el alma levantar su rostro a Dios, porque en su interior se avergüenza de las manchas del pensamiento impuro que contaminó la mente. Nos entregamos de buena gana a las tareas del mundo. Y cuando pretendemos dedicarnos a la oración, la mente no se eleva a los bienes celestes, porque el peso de la solicitud por las cosas terrenas la empuja a lo más bajo. En la oración el rostro ya no aparece limpio, porque se mancha con el lodo de bajos pensamientos.

30. A veces, sin embargo, aún sin dedicarnos a la oración, alejamos del corazón todo pensamiento ilícito, pero como entonces pecamos con menos frecuencia, tenemos más pereza para perdonar las faltas ajenas; y, nuestro ánimo, que era más cuidadoso en evitar el pecado, condena con mayor rigor el pecado que otros cometen. Sucede entonces que el cauto para pecar, se hace lento para perdonar; y, por temer en exceso ofender a otros, acaba por exigir mayor dureza a la hora de castigar a quien a él le ofende. ¿A los ojos del Juez, qué ofensa puede ser más perjudicial que ésta, que no mancha la caridad pero la destruye? En verdad, todo pecado mancha la vida del alma, pero el rencor, cultivado contra el prójimo, mata. Como espada, traspasa el alma, y, con su punta, atraviesa sus entrañas escondidas. Si primero no se saca el rencor del corazón traspasado, no se obtiene en la oración ningún auxilio divino, porque no se pueden aplicar las medicinas saludables a los miembros heridos si antes no se extrae el hierro de la herida. De ahí que se diga por la misma Verdad: *Si no perdonáis a los hombres sus ofensas,*

*tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas*[67]. Y exhorta diciendo: *Cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno*[68]. Y en otro lugar: *Dad y se os dará; perdonad y seréis perdonados*[69]. Al mandato de petición puso como condición la piedad, diciendo: *Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*[70]. El bien que nosotros, arrepentidos, pedimos a Dios, es necesario que antes, convertidos, lo practiquemos con el prójimo. Por tanto, levantamos el rostro sin mancha, cuando no cometemos el mal prohibido ni retenemos con rencor el mal que nos han hecho. Nuestra mente, entregada a la oración, cae en una grave confusión, si todavía le mancha su actuar o si todavía guarda rencor por el mal que se le hizo. Quien lava estas dos culpas, se eleva libre a los bienes relacionados.

*Te sentirás firme y sin temor.* Tanto menos se tiembla ante el Juez, cuanto más afianzado se está en las buenas acciones. Quien se mantiene firme, supera el temor, porque, al procurar cumplir con solicitud lo que el Creador manda hacer con humildad, piensa en las amenazas terribles del Juez sin perder la serenidad.

**31.** Se debe, además, saber que perseveramos en algunas obras buenas sin cansarnos, mientras que hay otras en las cuales continuamente desfallecemos intentándolas hacer una y otra vez con grandes esfuerzos. La mente se entrega a la vida activa sin gran esfuerzo, pero se cansa de la vida contemplativa, vencida por el peso de su debilidad. Persevera tanto más firmemente en la primera, cuanto más se compromete en obras de provecho para el prójimo; se debilita tanto más rápidamente en la segunda, cuanto más se empeña en superarse a sí misma traspasando los límites de la

67. Mt 6, 15.
68. Mc 11, 25.
69. Lc 6, 37-38.
70. Mt 6, 12.

carne. En aquélla camina como por una llanura y, por eso, pisa más firmemente con el pie de la acción; en ésta, por desear elevarse por encima de sí, cae rápidamente cansada de sí. Recta y brevemente lo afirma Ezequiel, cuando narra los movimientos de esos seres vivos que había visto, diciendo: *Al andar no se volvían*[71]. Y poco después añade: *Y los seres iban y venían*[72]. En verdad, esos santos vivientes a veces van y no vuelven; a veces van y, en seguida, vuelven, porque las mentes de los elegidos, cuando abandonan los caminos del error, recibiendo la gracia de la vida activa, no vuelven a las maldades del mundo que dejaron. No obstante, cuando se entregan a la contemplación y, por ella, suspenden la vida activa, van y vienen, porque no logran perseverar largo tiempo en la contemplación y pasan de nuevo a la acción. Así, entregándose a obras que le son familiares toman fuerzas y pueden volver de nuevo a elevarse por encima de sí mediante la contemplación.

Si esta forma de contemplación se repite según intervalos fijos de tiempo, no hay duda de que se afianzará y alcanzará la perseverancia, porque, aunque la mente desfallezca, superada por el peso de su debilidad, puede alcanzar la estabilidad, restaurada por sus continuos esfuerzos. No se puede decir que haya perdido su estabilidad, aunque siempre desfallezca, por el hecho de estar siempre buscando lo que ha perdido. Sigue:

XVI **32.** *Dejarás tu infortunio en el olvido y como agua pasada no lo recordarás.* El ánimo siente los males de la vida presente tanto más duramente cuanto más deja de pensar en el bien que le sigue, y, como no quiere considerar los premios que vienen después, considera grave lo que ahora soporta. Por eso, el alma ciega, se estrella contra el daño del sufrimiento y le parece que su calamidad, que con el pasar

71. Ez 1, 9.

72. Ez 1, 14.

de los días se encamina a su fin, es interminable. Si uno se eleva a los bienes eternos y, a la vez, fija la mirada del corazón en esos bienes permanentes, descubre que apenas importa todo lo que camina hacia su fin. Soporta, entonces, las adversidades de la vida presente, pero piensa que todo lo caduco no vale nada. Se enraíza en los gozos eternos con tanta más firmeza, cuanto menos siente los dolores exteriormente.

Sofar, a quien no le pareció atrevimiento enseñar al que era mejor que él, exhorta a la justicia y muestra que a los ojos del justo la pena no vale nada. Como diciendo claramente: «Si saboreas el gozo que permanece por dentro, te parecerá leve todo lo que padezcas por fuera». Compara bien las miserias de la vida presente al agua pasada, ya que la calamidad que pasa no cubre con fuerza la mente del elegido, aunque, tocándolo, lo llena de tristeza. Pues aunque la certeza de la salvación no se destruya, la herida, ciertamente, sangra con crudeza.

Con frecuencia, en el alma de un hombre justo no sólo se experimenta la aspereza de los flagelos, sino también las tentaciones de los espíritus malignos, de modo que exteriormente siente el dolor del golpe e interiormente el frío de la tentación. La gracia, sin embargo, nunca nos abandona, pues cuanto más duramente somos golpeados, por disposición divina, tanto más ampliamente somos protegidos por su misericordia. Cuando empiezan a entenebrecer las tentaciones, la luz interior vuelve de nuevo a encenderse. Por eso, sigue:

XVII **33.** *Al atardecer surgirá para ti una luz como resplandor de mediodía.* Como luz que surge al atardecer es la renovación de la virtud en la tentación, pues la mente, que temía que para ella la luz de la gracia había llegado a su ocaso, se ve fortalecida inesperadamente con el fervor de la caridad. Es todavía Sofar quien sutilmente lo desvela, al añadir:

XVIII 34. *Y cuando te consideres consumido, aparecerás como estrella matutina.* A menudo, son tantas las tentaciones que nos acechan, que, dado su número, nos ponen casi al borde de la desesperación. La mente cae en el tedio y apenas considera ya los peligros que existen para su virtud; totalmente dolida, aunque ya casi ajena al sentimiento de dolor, se siente destrozada y es incapaz de calcular cuántos pensamientos le asaltan. Se ve arruinada por momentos y su tristeza es tan grave que ni siquiera empuña las armas para reaccionar. La oscuridad le persigue ahí donde pone su mirada, y, como las tinieblas acechan su vista, la mente apesadumbrada no ve otra cosa que tinieblas. Ante el Juez misericordioso, esta misma tristeza, que dificulta aún más la entrega a la oración, se convierte para nosotros en una oración más eficaz. Pues al igual que el Creador ve la oscuridad de nuestra tristeza y manda de nuevo los rayos de luz que había quitado, así también, la mente, que poco antes se deprimía aplastada por los vicios acechantes de la soberbia, se levanta al momento con nuevo vigor gracias a los dones divinos. Aparta en seguida el peso del embotamiento y, tras las tinieblas de su perturbación, hace surgir la luz de la contemplación. La que en medio de las tentaciones se veía forzada, por la desesperación, a caer en tentaciones aún mayores, experimenta ahora el gozo del progreso. Sin lucha contra los pensamientos, desprecia las cosas presentes; sin el obstáculo de la duda, confía en la recompensa futura. Por eso, el justo, que se consideraba ya acabado, aparece como estrella matutina, porque en cuanto empiezan a desaparecer las tinieblas de las tentaciones, es conducido de nuevo a la luz de la gracia, y, quien poco antes temía caer en la noche de la culpa, muestra ahora en sí mismo el día de justicia.

Rectamente se compara la vida del justo a la estrella matutina. El lucero del alba anuncia al sol que ya viene. ¿Qué nos proclama la inocencia de los santos, sino la claridad del

Juez que viene? Mirándolos a ellos, nos hacemos una idea de la majestad de la Luz verdadera. No vemos todavía la potencia del Redentor, pero en las costumbres de sus elegidos podemos admirar su fuerza. Por tanto, como en la consideración de la vida de los buenos se presenta ante nuestros ojos la fuerza de la Verdad, antes del sol viene a nosotros la claridad de la estrella matutina.

**35.** Se debe saber que lo que hemos expuesto sobre la adversidad de las tentaciones espirituales, se puede también entender de los males externos. Los santos, que aman de corazón los bienes supremos, sufren con dureza las cosas más bajas, pero al final encuentran la luz de ese gozo al que renuncian en el curso de esta vida pasajera. De ahí que se diga ahora por Sofar: *Al atardecer surgirá para ti una luz como resplandor de mediodía*. La luz del pecador durante el día, se convierte en oscuridad durante la noche, porque en la vida presente disfruta de felicidad, pero al final será devorado por las tinieblas de la adversidad.

Para el justo, por el contrario, surge al atardecer una luz como resplandor de mediodía, porque sabe que cuando empiece su ocaso permanecerá para él una gran claridad. Está escrito: *Para el que teme al Señor, todo irá bien al fin*[73]. También se dice por el salmista: *Cuando colma a sus amados mientras duermen; ésta es la heredad del Señor*[74]. Quien, encontrándose todavía en el combate de esta vida, se considera acabado, surge como estrella matutina, porque cayendo por fuera, se renueva por dentro. Y cuanto más adversidades soporta exteriormente, tanto más provecho recibe interiormente de la luz de las virtudes. Así lo atestigua Pablo, cuando dijo: *Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día; pues, la leve tribulación de un*

73. Si 1, 13.

74. Sal 127, 2-3.

*momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna*[75].

Nótese que no se dice «cuando estés consumido», sino *cuando te consideres consumido*, porque lo que vemos pertenece a la duda, lo que esperamos a la certidumbre. El mismo Pablo, que, pasando por las adversidades de la tribulación, resplandecía como estrella matutina, no se veía, sino que se consideraba, consumido, diciendo: *Estamos casi muertos, pero aún vivimos; nos castigan, pero no nos alcanza la muerte; nos tienen por tristes, pero estamos siempre alegres; nos consideran pobres, pero enriquecemos a muchos*[76]. Se ha de saber que la mente de los santos soporta por la verdad contrariedades tanto más grandes, cuanto más firmemente espera los premios de la eternidad. De ahí que oportunamente añada:

XIX **36.** *Tendrás confianza, por la esperanza que se te ofrece*. Tanto más sólida surge la fe en Dios, cuanto más graves son las pruebas que por Él se soportan, porque en la eternidad no se cosecha ningún gozo de recompensa que antes no haya sido sembrado aquí en la tribulación. De ahí que se diga por el salmista: *Al ir iban llorando llevando sus semillas, al volver vuelven cantando trayendo sus gavillas*[77]. Pablo dijo: *Si hemos muerto con él, también viviremos con él; si nos mantenemos firmes, también reinaremos con él*[78]. Y a los discípulos los amonesta, diciendo: *Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios*[79]. Por eso, también, el ángel, mostrando a Juan la gloria de los santos, dijo: *Ésos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero*[80]. Así pues, como ahora siembra

75. 2 Co 4, 16-17.
76. 2 Co 6, 9-10.
77. Sal 126, 6.
78. 2 Tm 2, 11-12.
79. Hch 14, 22.
80. Ap 7, 14.

por medio de la tribulación, para después recolectar el fruto del gozo, robustece la mente con una confianza tanto mayor, cuanto más fuerte es la aflicción que le angustia por la verdad. De ahí que oportunamente añada:

XX 37. *Y, aún después de confundido, dormirás tranquilo.* Así como la seguridad presente provoca cansancio, así también el cansancio presente produce seguridad eterna a los buenos. Sabía ya que, después de confundido, dormiría tranquilo, quien decía: *Porque yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel Día me entregará el Señor, el justo Juez*[81]. Como había combatido sin desfallecer contra los males pasajeros, confiaba sin duda en los gozos que permanecen.

38. *Confundido* se puede entender también de otra manera. A menudo, ocupados en las cosas transitorias, dejamos de pensar en la gravedad de nuestros pecados, pero si, vuelto el ojo de la reflexión, se remueve del fondo del corazón la tierra de los pensamientos terrenos, se descubre todo lo que estaba escondido en la mente. Por eso, los santos no dejan de escrutar los escondrijos del alma y, examinándose atentamente, abandonan el cuidado de las cosas terrenas. Sepultados plenamente los pensamientos, como ya no descubren ningún resto de culpa que les remuerda, descansan interiormente seguros como en el lecho del corazón. Desean apartarse de la actividad de este mundo, siempre centran su reflexión en sus cosas, y, cuando no están sujetos con los lazos del ejercicio del gobierno, rehuyen juzgar los asuntos de otros. Por tanto, confundidos duermen seguros, quienes mientras profundizan con vigilancia en su

81. 2 Tm 4, 6-8.

propia vida interior, se ocultan, buscando la quietud, de las pesadas cargas de este mundo. De ahí que añada:

XXI **39.** *Descansarás y nadie te turbará.* Quien busca la gloria de este mundo, teme ser despreciado. Quien ansía siempre acumular, teme siempre perder. A quien recibir le conforta, dejar, ciertamente, le destruye; como está ligado a cosas cambiantes y perecederas, yace en bajezas alejado de la fortaleza de la seguridad. Por el contrario, quien fija el deseo sólo en la eternidad, ni se exalta con la prosperidad, ni se abate con la adversidad. Como no hay nada que desee de este mundo, tampoco teme nada de este mundo. Por eso, Salomón dijo: *Nada de lo que le sucede contrista al justo*[82]. Y en otro lugar, dice: *El justo, como un león, no conocerá el terror*[83].

Rectamente, pues, se dice aquí: *Descansarás y nadie te turbará*, porque tanto más plenamente se aleja uno del miedo de este mundo, cuanto más verdaderamente vence uno en sí mismo la concupiscencia del mundo. ¿Acaso Pablo no descansaba sin terror en su corazón, cuando decía: *Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro*[84]? La fortaleza de esta caridad es alabada por la verdadera voz de la Iglesia, cuando se dice por el *Cantar de los cantares*: *Es fuerte el amor como la muerte*[85]. El amor se compara a la fuerza de la muerte, porque una vez que se apodera de la mente, mata en ella totalmente el gusto del mundo, y tanto más vigorosamente la erige en autoridad, cuanto más la vuelve insensible al miedo. Se debe además saber que los malvados, cuando predican cosas rectas, es

82. Pr 12, 21.
83. Pr 28, 1.
84. Rm 8, 38-39.
85. Ct 8, 6.

muy difícil que no saquen fuera lo que escondidamente desean. Por eso, Sofar añade al momento:

XXII **40.** *Y muchos buscarán tu rostro.* Los justos no se mantienen en los caminos estrechos de la inocencia para que otros les supliquen. Tanto los herejes, como cualquier otro malvado, como viven entre los hombres con una aparente inocencia, quieren que la gente los considere intercesores en favor de otros hombres. Cuando hablan tratan de cosas santas que ellos mismos desean y se las prometen a otros a lo grande; y, mientras exponen las realidades celestes, en sus promesas manifiestan espontáneamente lo que aman. Pero para que al prometer cosas terrenas no se descubra lo que verdaderamente son, recurren prontos a palabras de rectitud. De ahí que en seguida añada:

XXIII **41.** *Mas los ojos de los malvados languidecen; todo refugio les fracasa.* Que con el nombre de *ojos* se designa la fuerza de la intención, queda atestiguado por el evangelio de la Verdad al decir: *Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso*[86], ya que si una intención limpia precede nuestro actuar, aunque a los hombres parezca otra cosa, el cuerpo de la acción que le sigue se manifestará limpio a los ojos del Juez interior. Los ojos de los malvados son las intenciones de los deseos carnales que hay en ellos. Languidecen, porque descuidan las realidades eternas y se ocupan sólo de las cosas transitorias. Piensan alcanzar la gloria eterna, se empeñan en multiplicar sus bienes temporales, cada día corren a la muerte siguiendo el curso de las cosas perecederas, pero no saben valorar las cosas mortales en cuanto tales. La vida de la carne languidece por momentos y, sin embargo, crece en ellos el deseo carnal. Lo que se consigue termina al instante, pero no termina el ansia de poseer más. Pero cuando la muerte alcanza a los impíos, sus deseos ter-

86. Mt 6, 22.

minan con su vida. Entonces, por castigo divino, sus ojos languidecen, porque, aquí, a su juicio, no quisieron alejarse del placer terreno. El salmista había visto sus ojos cerrarse a la felicidad primera, cuando decía: *Ese día sus proyectos fenecen*[87]. Reciben los males eternos en que nunca pensaron y pierden los bienes temporales a los que a diario se entregaban.

*Todo refugio les fracasa,* porque su maldad no encuentra dónde esconderse de la condena del Juez severo. Ahora los inicuos, cuando sufren cualquier contrariedad o tristeza, encuentran escondrijos donde esconderse, porque recurren rápido a la satisfacción de los deseos carnales. Para que la pobreza no les abrume, contentan su ánimo con riquezas. Para que el rechazo de los prójimos no les oprima, se exaltan con honores. Si el cuerpo sufre molestias, lo alimentan con manjares suculentos. Si el ánimo decae bajo el impulso de la aflicción, en seguida lo intentan alegrar con distracciones y bromas. Aquí, pues, tienen tantos refugios, como consuelos buscan. Pero también su refugio fracasa, porque sus mentes, perdidas todas las cosas, se verán a solas con el Juez. Entonces se les quitará el placer, permanecerá su culpa, y, miserables, aprenderán pereciendo que sólo retuvieron cosas perecederas. Y es que, mientras viven en el cuerpo, no dejan de buscar las cosas que les perjudicarán. De ahí que se añada:

XXIV **42.** *Y su esperanza es un abominio para el alma.* ¿Qué espera aquí el pecador, con todos sus pensamientos, sino superar a otros en poder, estar por encima de todos en abundancia de bienes materiales, someter a los adversarios dominándolos, ganarse la admiración de los aduladores, desahogar la ira a placer, mostrarse benigno con el que le alaba, ofrecer a la gula todo cuanto apetezca, dar cumplimiento a

87. Sal 146, 4.

todo lo que manden las pasiones? Por eso, rectamente se dice que su esperanza es un abominio para el alma, porque todo lo que los hombres carnales ambicionan, los espirituales lo detestan con recto juicio. Lo que los pecadores consideran placentero, los justos lo estiman pena. Abominio para el alma es, por tanto, la esperanza de los malvados, ya que el espíritu decae donde la carne se conforta. Mientras la carne se alimenta con blanduras, el espíritu lo hace con rigores; aquélla se reanima con lisonjas, éste se ejercita con asperezas; aquélla se nutre de placeres, éste se robustece con amarguras. Y así como las durezas dañan la carne, así también la molicie destruye el espíritu; así como los trabajos excesivos debilitan a aquélla, así también los placeres arruinan a éste. Se dice, pues, que la esperanza de los carnales es abominio para el alma, porque lo que hace que la carne viva placenteramente en el tiempo es lo que destruye el espíritu para toda la eternidad.

**43.** Sofar habría dicho rectamente estas cosas si el santo Job no las hubiera predicado sobradamente viviéndolas. Tras pretender corregir la vida del que es más santo e intentar enseñar con el magisterio de la sabiduría al que es más docto, él mismo resta valor a sus palabras y, por indiscreto, destruye todo lo que había dicho, ya que echa el líquido de la ciencia en un vaso que ya está lleno. Y es que, con frecuencia, los indiscretos usan de la riqueza de la ciencia de la misma forma que los necios emplean las riquezas materiales. Hay, en efecto, algunos que rebosan de bienes terrenos y regalan en abundancia a lo que ya tienen, para hacer ver a todos que son muy ricos. Así también los malvados: cuando conocen la verdad, hablan de cosas rectas a los que son más rectos que ellos, no para enseñar a los que le escuchan, sino para alardear de todo lo que saben. Se creen que aventajan a todos en sabiduría y, por eso, no se dan cuenta de que con lo que dicen superan los límites de su capacidad. Así los malvados, así todos los herejes, no temen

enseñar con voz soberbia a los que son mejores que ellos, porque consideran a todos inferiores. La santa Iglesia aparta a los soberbios del pedestal de su presunción y con la mano de la discreción pone las cosas en su sitio.

Por eso, el santo Job, que es miembro de la santa Iglesia, viendo que la mente de los amigos se había engreído por las palabras de instrucción que habían proferido, les responde, diciendo:

XXV **44.** *En verdad, vosotros sois los únicos hombres; la sabiduría morirá con vosotros.* Quien se cree que aventaja a todos en inteligencia, ¿qué hace sino pensar que él es el único hombre? Sucede a menudo que cuando la mente se eleva en alto por el orgullo, termina por despreciar a todos y sentir admiración sólo por sí mismo. Las alabanzas brotan sólo para sus propias ocurrencias y su misma fatuidad le lleva a creer que tiene una inteligencia singular. Compara las palabras que escucha con las que él pronuncia; admira las propias y se burla de las ajenas. Por eso, quien piensa que sólo él sabe, ¿qué otra cosa cree sino que la sabiduría morirá con él? Si niega estar presente en otros y se la atribuye sólo a sí mismo, es claro que la limita al tiempo de su breve vida.

Adviértase cuánta discreción emplea el santo varón para reprimir la arrogancia de los amigos soberbios, cuando añade:

XXVI **45.** *También yo tengo un corazón, como vosotros, y no soy inferior a vosotros.* ¿Quién ignora que la vida y la ciencia del santo Job superan la ciencia de sus amigos? Pero para corregir su soberbia, niega ser inferior; y para que traspasen el límite de su humildad, calla ser superior. No se pone por encima, sino que se iguala a ellos, mostrándoles así, a los que son inferiores, lo que deben aprender de él. De esta forma, mientras la sabiduría que destaca se inclina voluntariamente, la ciencia que es inferior no se erige por encima de sus fuerzas.

Los trae al momento al sentido de la igualdad, porque considera que es gran soberbia el considerarse grandes ellos solos, cuando continúa:

XXVII **46.** *¿Quién ignora lo que vosotros sabéis?* Como si abiertamente dijera: «Siendo conocidas todas las cosas que decís, ¿por qué presumís de tener una ciencia singular?». Y así, como reprochó con una perfecta corrección el orgullo de los arrogantes llevándolo a la comunión de la igualdad, ahora prorrumpe pronunciando las sentencias de la doctrina, para que los amigos, antes de que acepten el peso de la verdad, escuchen con respeto lo que se refiere a su humildad. Sigue:

XXVIII **47.** *¿Quién hay como yo, que de él se ría su amigo, invoque a Dios y le escuche?* A menudo, la mente débil, cuando por sus buenas acciones se gana la aceptación entre los hombres, se deja llevar por la alegría exterior, de modo que pospone lo que desea por dentro, en favor de lo que escucha por fuera, sintiéndose, además, satisfecha en esta situación. Así, se alegra, no tanto de ser santa, sino de que le digan que lo es; y, como anhela que le alaben, deja lo que había empezado a ser. Se aleja entonces de Dios, cuando parecía que estaba afianzada en Él.

Otras veces, el ánimo se compromete con firmeza en una obra recta, pero no la culmina por las burlas de los hombres. Actúa de forma admirable, pero recibe a cambio oprobios. Y quien por las alabanzas pudo salir fuera de sí, vuelve de nuevo a su interior rechazado por los insultos. Se consolida entonces en Dios tanto más robustamente por dentro, cuanto mayor fue por fuera la desazón que encontró. Fija así toda su esperanza en el Creador y, en medio de las burlas, lo invoca como único testigo interior. El ánimo afligido se aproxima a Dios tanto más, cuanto más extraño se hace al favor de los hombres. Presionado exteriormente se entrega con mayor prontitud a la oración y progresa con más pureza en la penetración de los misterios interiores.

Rectamente, pues, se dice ahora: *¿Quién hay como yo, que de él se ría su amigo, invoque a Dios y le escuche?*, porque los malvados, al despreciar el ánimo de los buenos, manifiestan quién desean que sea el testigo de sus obras. El alma afligida entregada a la oración consigue interiormente que Dios le escuche, precisamente por verse exteriormente separada de las alabanzas humanas.

Obsérvese que antepone un *como yo*, porque hay algunos que soportan las burlas humanas y, sin embargo, no consiguen que Dios les escuche. Y es que, cuando la burla es contra una culpa, es evidente que no genera mérito alguno de virtud. Los sacerdotes de Baal, que lo invocaban con grandes gritos, reciben la burla de Elías, cuando les decía: *¡Gritad más alto, porque es un dios; quizás esté hablando o estará en algún negocio!*[88]. Esta burla no les valía como virtud ya que era a causa de su pecado. Así pues, oportunamente, dice ahora: *¿Quién hay como yo, que de él se ría su amigo, invoque a Dios y le escuche?*, ya que, la burla humana acerca más a Dios a quien la inocencia de vida mantiene alejado de las maldades humanas. Sigue:

XXIX **48.** *La simplicidad del justo es motivo de risa.* Es propio de la sabiduría del mundo cubrir el corazón con artificios, velar la razón con palabras, presentar como verdadero lo que es falso, mostrar como mentiras las verdades. Se ejercita a los jóvenes en la práctica de esta prudencia, se les enseña a los niños previo pago; quienes la conocen desprecian a los demás con soberbia, quienes la ignoran la admiran en los otros con complejo y timidez, porque también ellos aman esa ambigüedad inicua, perversidad disimulada de la mente, a la que llaman cultura. A sus seguidores, les enseña a buscar la cima de los honores, a gozar con la vanidad de la gloria temporal, a devolver males mucho ma-

88. 1 R 18, 27.

yores de los que se han recibido, a no ceder mientras las fuerzas aguanten, a disimular con pacífica bondad, como si faltaran las fuerzas, cuando por maldad no se han podido llevar a término las empresas.

Por el contrario, la sabiduría de los justos consiste en no fingir por ostentación, en evitar la ambigüedad al hablar, en amar la verdad tal cual es, en evitar la mentira, en hacer el bien desinteresadamente, en estar más dispuesto a soportar el mal que a hacerlo, en no querer vengar la ofensa recibida, en considerar ganancia los ultrajes recibidos a causa de la verdad. Pero esta simplicidad del justo es motivo de risa, porque los sabios de este mundo consideran necedad la pureza de la virtud. Todo lo que se realiza con inocencia, les parece estúpido, y todo lo que se hace conforme a la verdad, les suena vacío por la sabiduría carnal. Pues, ¿qué hay más necio para el mundo, que manifestar el pensamiento con las palabras, no disimilar nada con astutas maquinaciones, no responder con insultos a las ofensas, orar por los que te maldicen, buscar la pobreza, renunciar a lo que se posee, no oponerte al que te roba y poner la otra mejilla al que te abofetea? Por eso, bien dice ese egregio sabio de Dios a los que aman este mundo: *Lo que nosotros inmolamos al Señor nuestro Dios es abominación para los egipcios*[89]. Los egipcios evitan comer oveja, pero los israelitas ofrecen a Dios lo que los egipcios abominan, porque los justos transforman en sacrificio de virtud la simplicidad de conciencia que los injustos desprecian por considerarla cosa ínfima y abyecta. Los rectos cultivan y ofrecen a Dios la pureza y la mansedumbre, cosas que los réprobos desprecian por considerarlas necedad.

Breve, pero suficientemente, se habla de esta simplicidad del justo, cuando se indica a continuación:

89. Ex 8, 26.

XXX **49.** *Lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos.* ¿Qué se designa aquí con el nombre de *ricos* sino la arrogancia de los soberbios, que no respetan al Juez que ha de venir, mientras se engríen orgullosos en su pensamiento? Hay algunos que no se engríen por lo que tienen, pero sí por las obras de misericordia. Hay otros que, viéndose nadar en la abundancia de riquezas terrenas, no buscan las verdaderas riquezas de Dios y no aman la patria eterna, porque piensan que les basta con tener abundancia de bienes temporales. El pecado no está en lo que poseen sino en poner su afecto en ello. Dios, en efecto, creó buenas todas las cosas, pero quien usa mal las cosas buenas, hace que el pan, por el que debía vivir, le lleve a la muerte, como por una mala digestión. El pobre Lázaro fue llevado al descanso; el rico, por el contrario, sufría entre tormentos[90]. Abrahán, que había sido rico, y en cuyo seno se encontraba Lázaro, hablando con su Creador, dijo: *Hablaré a mi Señor siendo polvo y ceniza*[91]. ¿En qué estima tenía sus riquezas, éste, que se consideraba polvo y ceniza? ¿O cómo podían llenarle de soberbia las posesiones, si él, que era el dueño, se consideraba tan poca cosa?

**50.** Hay, además, otros que no nadan en la abundancia y, sin embargo, en su interior tienen una actitud orgullosa. Sus bienes no son como para alardear de potencia y, sin embargo, su actitud arrogante los coloca entre los ricos reprobables. Por eso, como el amor de la vida futura no los hace humildes, la palabra sagrada aquí los llama ricos, porque en el Juicio no se distingue si son soberbios debido a lo que poseen o debido sólo a su comportamiento. Como ven que en este mundo la vida de los sencillos es humilde y abyecta, se ríen de ellos con orgullo y desprecio. Piensan que exteriormente les falta lo que ellos anhelan con tanto empe-

90. Cf. Lc 16, 23. 91. Gn 18, 27.

ño. Desprecian como necios a los que no tienen esas cosas, que, o por ellos poseerlas o simplemente por amarlas, les llevan a la muerte; y consideran muertos a los que no viven carnalmente como ellos. Quien muere al deseo de este mundo, es considerado, por quienes piensan terrenalmente, totalmente acabado.

El milagro de nuestro Redentor, por el que libera a un hombre de un espíritu inmundo, representa bien lo que hemos dicho. Está escrito: *El espíritu salió dando gritos y agitándole con violencia. El muchacho quedó como muerto, hasta el punto de que muchos decían que había muerto. Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y se puso en pie*[92]. En verdad, aparece como muerto quien es librado del poder de un espíritu maligno, porque quien logra someter los deseos terrenos, extingue en sí el comportamiento carnal; aparece muerto al mundo, porque quien se agitaba a causa de deseos inmundos, deja de tener ya un dueño malvado. Muchos dicen que está muerto, porque quienes no viven espiritualmente consideran completamente acabado a quien no sigue los bienes carnales.

**51.** Pero como los que se ríen de los sencillos pertenecen también a la cristiandad, atrapados por el respeto a la religión, se avergüenzan de manifestar públicamente el mal de su burla. Sucede entonces que, llenos de orgullo, se ríen interiormente y en silencio, de quienes consideran, por su sencillez, abyectos y despreciables. Rectamente, pues, se dice: *Lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos*, porque los soberbios, siendo incapaces, como hemos dicho, de pensar en los bienes futuros, no estiman a quienes ven carecer de lo que ellos aman.

Ocurre con frecuencia que un elegido, mientras es llevado a la felicidad eterna, padece en este mundo adversidades

92. Mc 9, 25-26.

continuas, no destaca por abundancia de bienes, la gloria de las dignidades no lo hace honorable, no hay quien le admire, no se distingue a los ojos de los hombres por su elegancia en el vestir, a todos parece despreciable y se le considera indigno del favor de este mundo. Y, sin embargo, a los ojos del Juez oculto, brilla por sus virtudes, resplandece por los méritos de su vida, teme los honores, no rehuye el desprecio, somete el cuerpo a disciplina, ensancha el ánimo sólo con el amor, su mente está siempre pronta a la paciencia y a defender la justicia, exulta al recibir insultos, se compadece de corazón de los afligidos, se alegra de la prosperidad de los buenos como si fuera propia, rumia en su mente con solicitud el alimento de la Palabra sagrada y al que le pregunta no responde nunca con doblez. Con razón, pues, se dice que la simplicidad del justo es lámpara despreciada. Lámpara porque brilla interiormente; despreciada porque no brilla exteriormente. Por dentro arde la llama de la caridad; por fuera no resplandece con belleza. Así pues, brilla y es despreciado, quien inflamado en virtudes es considerado abyecto.

En verdad, las mentes de los carnales no consideran bueno sino lo que ven carnalmente. Por eso, el santo David fue despreciado por su mismo padre, que no quería presentarlo a los ojos del profeta Samuel[93]. Habiendo presentado a siete hijos para que recibieran la gracia de la unción, preguntó el profeta si se había completado el número de hijos, a lo cual respondió con gran desesperación: *Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño*[94]. Cuando llegó y fue elegido, escuchó: *El hombre mira las apariencias, pero Dios mira el corazón*[95]. David, pues, era una lámpara por su inocencia, pero muy despreciada, porque no lucía para quien miraba las apariencias.

93. Cf. 1 S 16, 10.
94. 1 S 16, 11.
95. 1 S 16, 7.

Se debe saber que el justo, o no tiene gloria temporal, o si la posee la destruye en su interior, para mantener libre su honor y no sucumbir vencido ante ella. De ahí que el predicador egregio humillara ante los ojos humanos la gloria de su apostolado, diciendo: *Aunque pudimos imponer nuestra autoridad por ser apóstoles de Cristo, no hicimos uso de este poder, sino que nos hicimos pequeños en medio de vosotros*[96]. No obstante, en el corazón de sus oyentes permanecía todavía el engreimiento de los ricos, cuando decía: *Las cartas son severas y fuertes, mientras que la presencia del cuerpo es pobre y la palabra despreciable*[97]. Pensaban que quien era capaz de decir tales cosas, no podía vivir entre ellos con sencillez. Como le veían vivir humildemente y apreciaban la altura de su palabra, su orgullo les empujaba a despreciar por su aspecto al que temían por sus palabras. Por tanto, ¿qué es Pablo sino una lámpara despreciada en el pensamiento de los ricos, que al ejercer un magisterio de humildad, recibió insultos de soberbia por parte de sus ineptos discípulos? De forma espantosa creció la enfermedad de los soberbios, precisamente ahí donde debía haberse debilitado, pues la mente engreída de los carnales rechazó como despreciable lo que el maestro mostraba como imitable. ¿Acaso no era una lámpara despreciada quien, resplandeciendo con tantas virtudes, soportaba tantas adversidades de sus perseguidores[98]? En prisión hizo de abogado y la razón de sus cadenas quedó manifiesta en todo el pretorio[99], soportó los azotes, afrontó todo tipo de peligros de parte de los gentiles[100], fue lapidado en Listra y arrastrado fuera de la ciudad porque lo creyeron muerto[101]. ¿Hasta dónde llega el desprecio a esta lámpara? ¿Hasta qué punto se la consi-

96. 1 Ts 2, 7.
97. 2 Co 10, 10.
98. Cf. Ef 6, 20.
99. Cf. Flp 1, 3.
100. Cf. 2 Co 11, 25-26.
101. Cf. Hch 14, 18.

dera despreciable? ¿Acaso no queda ya nada de su resplandor? ¿Acaso no muestra ya con qué claridad brilla? Sí, ciertamente lo muestra. Pues, al decir que la lámpara fue despreciada en los pensamientos de los ricos, en seguida añade:

XXXI **52.** *Preparada en el tiempo establecido.* El tiempo establecido para la lámpara despreciada es el día predestinado del juicio final, en el que se mostrará con cuánta potencia brilla el justo, que ahora es despreciado. Entonces comparecerán como jueces junto a Dios los que ahora son juzgados injustamente a causa de Dios. Entonces su luz brillará con tanto más fulgor, cuanto más dura es ahora la opresión que padecen de manos de sus perseguidores. Entonces aparecerá a los ojos de los réprobos que quienes abandonaron voluntariamente las cosas terrenas fueron sostenidos por la potencia celeste. Por eso la Verdad dice a sus elegidos: *Vosotros que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel*[102]. Ese tribunal interior no tendrá, en efecto, más de doce jueces. El número doce simboliza la universalidad, porque todo el que, movido por el amor divino, abandona aquí sus posesiones, no hay duda de que allí obtendrá el más alto grado del poder judicial; quien ahora abraza voluntariamente la pobreza considerando el juicio final, llegará entonces a ser juez junto al Juez. Esto es lo que se dice, por medio de Salomón, del Esposo de la santa Iglesia: *Su marido es como un noble en las puertas, cuando se sienta con los senadores de la tierra*[103]. Por eso Isaías dijo: *El Señor viene a juzgar con los ancianos de su pueblo*[104]. De ahí que a estos ancianos, la Verdad no los llame ya siervos, sino amigos, diciendo: *Ya no os llamo siervos, sino amigos*[105].

102. Mt 19, 28.
103. Pr 31, 23.
104. Is 3, 14.
105. Jn 15, 15.

Y el Salmista, viéndolos, dijo: *Para mí, oh Dios, son muy honorables tus amigos*[106]. Al ver la sublimidad de su corazón y que habían despreciado la gloria de este mundo, añadió: *Han afianzado mucho sus dominios*[107]. Y para que no creyéramos que son pocos los que llegan a la cima de tan alta perfección, continuó diciendo: *Los contaré y se multiplicarán más que la arena*[108]. Así pues, cuantos se humillan ahora voluntariamente por amor a la Verdad, brillarán entonces, como tantas lámparas, en el juicio. Que diga, pues, rectamente: *Lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos; preparada en el tiempo establecido*, porque el alma de cada justo es despreciada como abyecta, cuando aquí mientras vive no tiene gloria, pero aparece como admirable resplandeciendo allí en las alturas.

**53.** Es hermoso, además, elevar los ojos de la mente a los caminos del Redentor y pasar progresivamente de los miembros a la Cabeza. Verdaderamente fue lámpara para nosotros quien, muriendo en la cruz para nuestra Redención, iluminó mediante el leño las tinieblas de nuestras mentes. Juan veía que somos iluminados por esta lámpara, cuando decía: *La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*[109]. Vio, sin embargo, que era despreciada en los pensamientos de los ricos, cuando poco después seguía: *Vino a lo suyo y los suyos no le recibieron*[110]. Herodes quiso explorar las llamas de esta lámpara, cuando deseó ver sus milagros, tal como está escrito: *Cuando Herodes vio a Jesús se alegró mucho, pues hacía largo tiempo que deseaba verle, por las cosas que oía de él, y esperaba presenciar alguna señal que él hiciera*[111]. Pero esta lámpara no emitió ningún rayo de luz ante sus ojos, por-

106. Sal 138, 17 (s. LXX).
107. *Ibid.*
108. Sal 138, 18 (s. LXX).
109. Jn 1, 9.
110. Jn 1, 11.
111. Lc 23, 8.

que no hizo nada admirable ante quien lo buscaba por curiosidad y no por fe. Interrogado, el Redentor calló; interpelado, no quiso hacer milagros y, manteniéndose oculto en sí mismo, dejó desilusionados por fuera a los que sabía que buscaban de Él sólo cosas exteriores. Prefirió claramente ser despreciado por los soberbios antes que ser alabado por los no creyentes con palabras vacías. Por eso, al momento, esta lámpara fue despreciada, tal como allí se indica: *Pero Herodes, con su guardia, después de despreciarle y burlarse de él, le puso un vestido blanco*[112].

**54.** Pero la lámpara despreciada que soporta burlas en la tierra, ilumina el juicio desde el cielo. De ahí que oportunamente se añada: *Preparada en el tiempo establecido.* Sobre este tiempo se dice por el salmista: *En el momento en que decida, yo mismo juzgaré con rectitud*[113]. De ahí que en el evangelio diga la misma Verdad: *Todavía no ha llegado mi tiempo*[114]. Por eso, dijo Pedro: *A quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración*[115].

Así pues, la lámpara, que ahora es despreciada, es preparada en el futuro para el tiempo establecido, porque el que ahora soporta las burlas de los pecadores, es el mismo que vendrá a juzgar los pecados en el último día. Y tanto mayor será entonces el rigor que manifieste, cuanto más suave es la paciencia que ahora ejercita llamando a los pecadores. Quien espera largo tiempo a los que deben convertirse, condena sin miramientos a los que no se convierten. Brevemente se indica por el salmista cuando dice: *He callado desde siempre, he permanecido en silencio, me he reprimido; ahora grito como parturienta*[116]. Como ya hemos dicho, la mujer encinta da a luz con dolor lo que durante

112. Lc 23, 11.
113. Sal 75, 3.
114. Jn 7, 6.
115. Hch 3, 21.
116. Is 42, 14.

largo tiempo ha llevado en su interior. Por eso, quien siempre ha callado grita como una parturienta, ya que el Juez que ha de venir, que ha soportado durante largo tiempo las culpas de los hombres sin castigarlas, manifestará entonces, con juicio encendido, como con dolor de la mente, el severo castigo que ha mantenido dentro.

Que nadie, pues, desprecie esta lámpara cuando está escondida, para que, cuando resplandezca desde el cielo, no abrase a sus detractores. Para quien no arde ahora en forma de perdón, arderá entonces en forma de castigo. Por eso, como se nos ha concedido por gracia divina el tiempo de la conversión, huyamos, cambiando de comportamiento, de la ira de quien está en todas partes, mientras todavía es posible. Pues, el castigo sólo alcanza a quien no rehuye la conversión.

**55.** Por nuestra parte, nos basta haber podido desarrollar ya, con la gracia de Dios, nuestro comentario en dos libros. Como no podemos abarcar con una breve exposición las páginas siguientes del libro sagrado, repletas de la fuerza de los misterios, es necesario que las reservemos para otros volúmenes, de modo que el lector se aplique de nuevo a la lectura con ánimo renovado después de un intervalo de tiempo para respirar.

# *ÍNDICES**

*** Advertencia**

1) Las referencias al texto de los *Libros morales* se dan, no indicando la página, sino la numeración de los Libros (capítulos): el primer número indica el libro (capítulo); el segundo, el párrafo numerado correspondiente.

2) Aunque las citas bíblicas se han traducido directamente del texto latino que ofrece Gregorio, para la numeración, denominación de los libros bíblicos y sus siglas correspondientes, se han adoptado los criterios de la Biblia de Jerusalén. En el caso del Libro de Job, sólo se indican en el Índice bíblico las citas que no pertenecen a la perícopa comentada en el capítulo. Para ver los versículos que comprende cada capítulo, cf. Índice general.

# ÍNDICE BÍBLICO

**Salmos**

**Juan**



**Hechos de los Apóstoles**



**Romanos**

# ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

# ÍNDICE GENERAL

## *ÍNDICES*

## Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA*

AGUSTÍN DE HIPONA
- Confesiones (60)

AMBROSIO DE MILÁN
- La penitencia (21)
- El Espíritu Santo (41)

ANDRÉS DE CRETA
- Homilías marianas (29)

ATANASIO
- La encarnación del Verbo (6)
- Contra los paganos (19)
- Vida de Antonio (27)

BASILIO DE CESAREA
- El Espíritu Santo (32)

CASIODORO
- Iniciación a las Sagradas Escrituras (43)

CESÁREO DE ARLÉS
- Comentario al Apocalipsis (26)

CIPRIANO
- La unidad de la Iglesia - El Padrenuestro - A Donato (12)

* Se indica entre paréntesis el número de volumen.

Cirilo de Alejandría
– ¿Por qué Cristo es uno? (14)

Cirilo de Jerusalén
– El Espíritu Santo (11)

Cromacio de Aquileya
– Comentario al Evangelio de Mateo (58)

Diadoco de Fótice
– Obras completas (47)

Dídimo el Ciego
– Tratado sobre El Espíritu Santo (36)

Epifanio el Monje
– Vida de María (8)

Evagrio Póntico
– Obras espirituales (28)

Germán de Constantinopla
– Homilías mariológicas (13)

Gregorio de Nisa
– La gran catequesis (9)
– Sobre la vocación cristiana (18)
– Sobre la vida de Moisés (23)
– La virginidad (49)
– Vida de Macrina - Elogio de Basilio (31)

Gregorio Magno
– Regla pastoral (22)
– Libros morales/1 (42)
– Libros morales/2 (62)

Gregorio Nacianceno
– Homilías sobre la Natividad (2)
– La pasión de Cristo (4)
– Fuga y autobiografía (35)
– Los cinco discursos teológicos (30)

Orígenes
- Comentario al Cantar de los Cantares (1)
- Homilías sobre el Éxodo (17)
- Homilías sobre el Génesis (48)
- Homilías sobre el Cantar de los Cantares (51)

Padres Apostólicos (50)

Pedro Crisólogo
- Homilías escogidas (44)

Rufino de Aquileya
- Comentario al símbolo apostólico (56)

Tertuliano
- El apologético (38)
- A los mártires - El escorpión - La huida en la persecución (61)

## Editorial Ciudad Nueva

FUENTES PATRÍSTICAS

*SECCIÓN TEXTOS:*

1 - IGNACIO DE ANTIOQUÍA, Cartas - POLICARPO DE ESMIRNA, Carta - Carta de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomelio
2ª Ed., 320 págs.

2 - IRENEO DE LIÓN, Demostración de la predicación apostólica
2ª Ed., 272 págs.

3 - Didaché - Doctrina Apostolorum - Epístola del Pseudo-Bernabé
256 págs.

4 - CLEMENTE DE ROMA, Carta a los Corintios - Homilía anónima (Secunda Clementis)
240 págs.

5 - CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, El Pedagogo
746 págs.

6 - HERMAS, El pastor
314 págs.

7 - CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, Stromata I
478 págs.

8 - NOVACIANO, La Trinidad
320 págs.

9 - GREGORIO DE ELVIRA, Tratados sobre los libros de las Santas Escrituras
480 págs.

10 - Clemente de Alejandría, Stromata II-III
560 págs.

11 - Gregorio de Elvira, La fe
200 págs.

12 - Ambrosio de Milán, Sobre las vírgenes y sobre las viudas
328 págs.

13 - Gregorio de Elvira, Comentario al Cantar de los Cantares y otros tratados exegéticos
272 págs.

14 - Tertuliano, «Prescripciones» contra todas las herejías
336 págs.

15 - Clemente de Alejandría, Stromata IV-V
640 págs.

*SECCIÓN ESTUDIOS:*

1 - Antonio Orbe, Estudios sobre la teología cristiana primitiva
920 págs.

2 - Ramón Trevijano, Estudios sobre el Evangelio de Tomás
456 págs.

**Biblioteca de Patrística**

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente sociocultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.